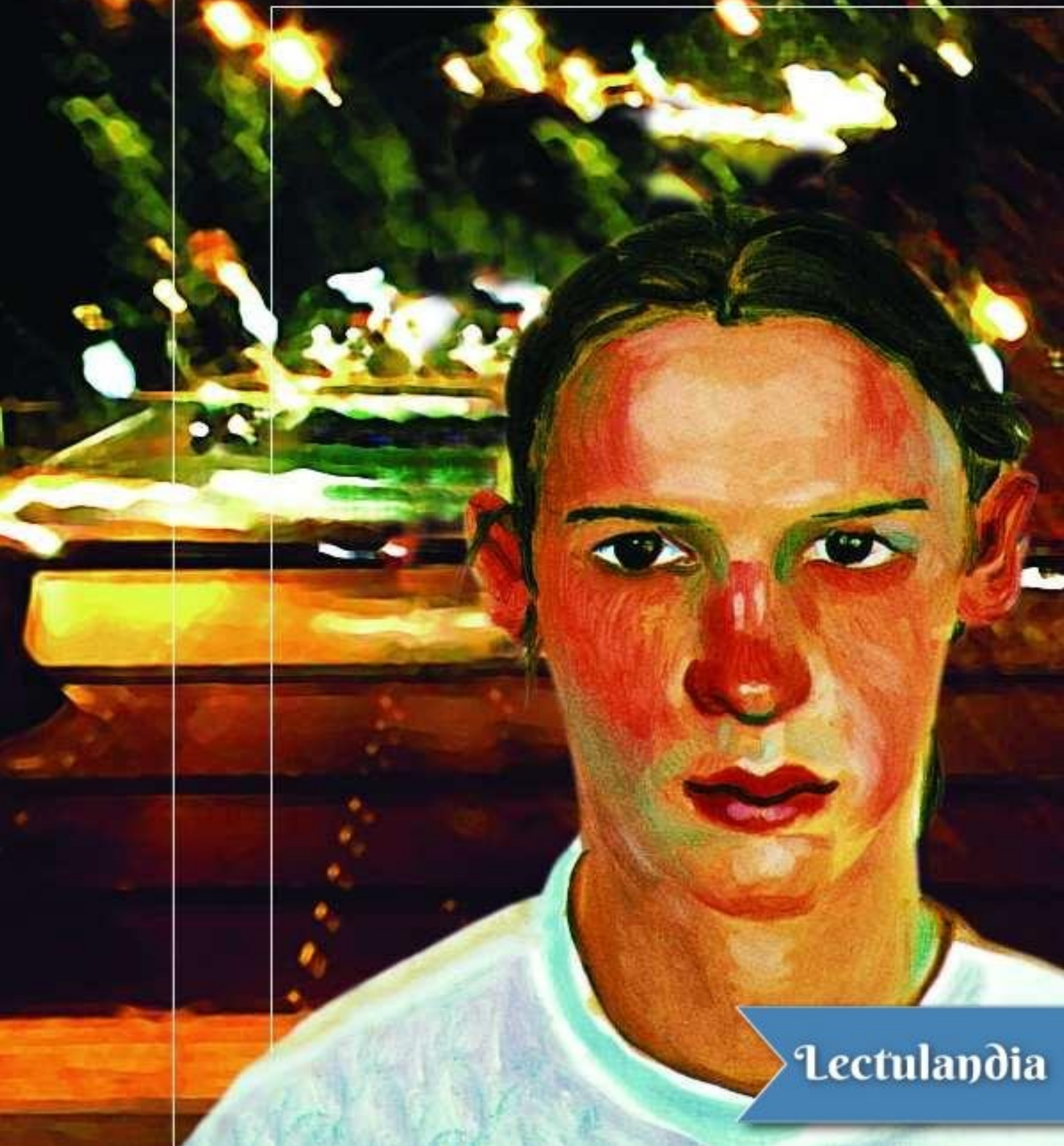


Sylvia Iparraguirre

El muchacho de los senos
de goma



Lectulandia

Un adolescente que se va de su casa para sobrevivir por su cuenta; un profesor de Filosofía enfrentado con sus propias contradicciones; una mujer traspasada por el dolor de una muerte y a contrapelo de la realidad cruzan imprevistamente sus destinos en una Buenos Aires donde ya se han instalado firmemente la pobreza, el desamparo y la picaresca de los buscavidas.

En el transcurso de este relato entrañable y singular, los personajes darán un giro a sus destinos, que se rozan entre sí sobre el telón de fondo de una ciudad por momentos festiva y humorística, por momentos sórdida y melancólica, siempre tan real como enigmática.

Escrita con la prosa diáfana y sutil que distingue a Sylvia Iparraguirre, la novela condensa en sus páginas las contradicciones del mundo urbano de hoy, atravesado por infinitos mensajes y donde, al mismo tiempo, la posibilidad de comunicarse encuentra sus límites y los personajes se enfrentan a la irreductible soledad de su condición.

Lectulandia

Sylvia Iparraguirre

El muchacho de los senos de goma

ePub r1.0
Titivillus 02.03.16

Título original: *El muchacho de los senos de goma*
Sylvia Iparraguirre, 2007
Imagen de tapa: Fragmento de un retrato de David Hokney

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Bordes

¿CÓMO era la ciudad vista desde allá, desde arriba? Mentasti, en la cama, volvió a preguntarse qué había visto; el entresueño dilató un tablero luminoso, una grilla de bordes desatados, un estuario de oro veteado de noche derramándose sobre el lomo del río, el más ancho del mundo, núcleo irradiante de diagonales doradas y autopistas azules sobre la línea negra del horizonte. Galaxia cuadrangular engarzada en la curva de la Tierra que se pierde abajo, cuyo vertiginoso desplazamiento en el espacio, con todo lo que hubiera sobre ella afirmado o volando (como hacía unas horas el Boeing 747 del Lloyd Aéreo Boliviano), era felizmente indiscernible a los exiguos sentidos humanos que la percibían inmóvil. En los confines, la ciudad se diluía en orillas nebulosas, a las que veía si se inclinaba lo suficiente sobre el pasillo o miraba por encima del hombro de su compañero de asiento (durante unos segundos —había quedado sin aliento— la ciudad iluminó todas las ventanillas). En aquellas fronteras de oscuridad, los filamentos entrecortados de callecitas perdidas se desmadejaban en un titilante polvo de estrellas y, justo allí, donde se hubiera creído que lo negro ganaba la batalla, el fulgor inesperado de una luz de intensidad anacrónica con respecto al centro resplandecía como un último alarde antes de que ganara la noche y Buenos Aires, para quien quisiera pensarla desde el espacio, dejaba las dimensiones estelares, el negro vacío, y se posaba sobre la tierra, sobre esa extensión desmesurada de pampa o llanura o como quiera que se llame, que la acorralaba desde siempre contra el límite del agua. La llovizna le daba a las luces ese particular brillo estelar, azulado, distante y melancólico, y a él, que miraba (había mirado hacía unas horas) agotado e insomne por la ventanilla, un sentimiento de disminución y nostalgia por algo impreciso y perdido en el tiempo, simultáneo al rugir de las turbinas cuyo último eco de temblor y desasosiego le vibraba en el plexo. Algo por lo que tal vez valió la pena subir, volar y volver: la ciudad nocturna, desde el aire. En la cama de su departamento de Almagro, Mentasti supo, sin abrir los ojos, que faltaba poco para que amaneciera. Su oído recogía rumores inequívocos. Un ápice de idea, o más bien el fugaz residuo de un sueño, se reveló y en un instante se desvaneció: las ciudades del mundo iluminadas en la noche como señales humanas (¿para quiénes?) de que habíamos logrado algo sobre la antigua Tierra. ¿Cómo eras? Barcos perdidos en la corriente mítica, galopes en la espalda y en el medio mugre y sudor, conglomerado de horas pico, gente reunida espacialmente según ingresos, triste calle desierta, sórdido pastizal de muerte al costado de un paso a nivel, estaciones abandonadas, hoteles rutilantes, barrios secretos, billares nocturnos llenos de humo. Desde tiempos de cabildeos y paraguas, la perla de América del sur amasa caóticamente su historia (peroraba Mentasti, los ojos cerrados, aferrado todavía a una huidiza sombra de sueño); pacífica duerme, la espalda al río (ya lo dijiste), sí, esta hembra desvelada tiene la espalda curva, su postura es fetal, de piernas recogidas, los pies descalzos se

pierden desguarnecidos en la oscuridad de abajo. A veces, en la zozobra y la amenaza, entre la delación y el miedo, las sirenas aullantes perforaban la noche. A veces, deidad indiferente, miraba absorta a los hombres, mujeres y niños que se deshacían en sus calles. Nadie la miraba a ella. Hecha a los tumbos de las décadas, cabeza amorfa y grandilocuente, bella de noche, ¿cómo eras? Celebrada y denostada y como quiera que sea, amada, parece oportuno señalar (Mentasti, ahora más doctoral, se dirigía a alguien) que sus habitantes viven en ella acunados por incesantes mitos: la reina del Plata, la europea, la insomne y cosmopolita. La gran capital del sur junto al río color del desierto, junto al río color de león, junto al río inmóvil. Opulenta en el centro y mísera en la periferia, a veces despertaba con la vida a favor y la gloria y transparencia de un cielo incomparable; a veces, había que mirarla con los ojos de la tristeza: puro cambalache, apelotonaba hoteles miserables, maternales nidos de suicidas, lujos exorbitantes, trenes suburbanos de luz enferma y ventanillas rotas donde una vez, hace mucho, se mató Erdosain. Barrios de millonarios y conventillos de anarquistas. Grandeza arquitectónica cimentada en vacas, mar de ganaderías que cotizó en París. Metafísica y cabalística, soñaste recodos con esquinas rosadas y verduleras olímpicas. Acogedora y voraz, corrompida o inocente en plazas de toboganes y violadores cumpliendo su triste destino, demasiado joven para ser definitivamente mala con tus madrugadas de aire límpido y brillo metálico en las avenidas vacías. En tus peores momentos no supiste proteger a hombres arrancados de sus camas a patadas y sacrificaste madres y futuras madres en un matadero que hizo honor y supo emular al fundacional. Mutante, inasible, condenados a amarte o a odiarte, sólo en la contradicción se encuentra tu forma, ¿cómo eras?

Estaba por amanecer.

Mentasti discurría, derivaba, lo que sea para no traer el viaje aquí y ahora, para no examinar. Cortinas de humo. Ya era tarde para volver al sueño. Horas atrás se desplazaba majestuoso en un asiento del Boeing 747 del Lloyd Aéreo Boliviano. Arribo: nueve de la noche. Claudia en Ezeiza. Lloviznaba y él volvía con el corazón helado. Volvía de su primer viaje al exterior, salvo Montevideo (en catamarán). Treinta y nueve años, primer viaje al exterior: Bolivia. Dejaría para más tarde las resonancias de ese nombre, para un poco después, para cuando se repusiera del agujero negro que el viaje le había ¿irreparablemente? ocasionado. El Lloyd Aéreo de ida, la tradicional y comentada dificultad del aterrizaje en La Paz. De regreso, Buenos Aires de noche y al bajar aún más, el esplendente hongo atómico que millones de luces prefiguraban en las nubes bajas, en su techo denso, oscuro y lluvioso; y luego él en su cama, en su departamento del barrio de Almagro, sin abrir los ojos todavía, anclado a esa imagen, varado en esa imagen, de la que iba saliendo muy de a poco. El balde en planta baja, bajo la canilla, sonido familiar subiendo siete pisos por el aire y luz como por un tubo, el sonoro chorro de agua, del grave al agudo, con notable acústica. La escoba de la portera sobre las baldosas, leve chapoteo, o sea, las seis.

Taconeo en el pasillo de la que va a trabajar temprano; el ladrido del perro de todos los días; el rugido de un colectivo, el chirrido del caucho sobre el pavimento. ¿En Iquitos era? Indígenas muertos de a miles por la explotación del caucho, fortunas latinoamericanas inconmensurables, playboys de cara mestiza y esmoquin blanco. La plata de Potosí. Ahora conocía esas caras, había visto la cara de una mujer, una chola, con un chico atado a la espalda, reflejada en el vidrio con Visa-Mastercard, la expresión amable no quería decir nada; dejaría a la chola y al chico para más tarde, se decía sin decirse Mentasti, con una puntada como de dolor en el costado, la puntada del que recuerda asuntos penosos cuando despierta y quiere olvidar, pasar a otro tema, abolir. Puerta del ascensor, algo parecido a una sierra que corta metal (la construcción, en la esquina) y martillazos sin continuidad. La continuidad era un tema importante (ya estaba irremediadamente despierto): la fuente de ansiedad y por lo tanto de desvelo provenía de no saber cuándo se produciría el siguiente martillazo. La ciudad despertaba y arrancaba y bufaba y martillaba, crepitaba, aullaba y se aquietaba. Almagro, Corrientes cerca, demasiado (decidió no abrir los ojos, no todavía). Fitzcarraldo, aquel personaje hecho por Kinski; el auge del caucho causado por la masificación del automóvil había quedado lejos; la visión futurista de Ford, no obstante, continuaba. La jungla y los templos modernos de la cultura, palacios de la ópera en Manaus hundiéndose en la decadencia de un mundo que desaparecía; lianas reventando el terciopelo granate de las butacas, el dorado francés volviéndose negro, familias de monos parloteando en los palcos, el sonido múltiple de la selva, el sostenido acorde opaco y grave de los insectos, sin desmayar, atravesado por el fulgurante grito del guacamayo donde antes se elevó purísima la voz de las *prima donnas* (se dejaba hamacar por imágenes barrocas, cosas que acá, en la tierra baldía, nunca se habían visto). Ladinamente, por debajo de las imágenes caóticas que llegaban en tropel y de la acumulación de palabras, algo porfiaba en formularse y se formulaba: categorías modernas para pensar lo premoderno y hasta lo arcaico, ésa era la síntesis general; ésa era la renguera, el defecto, el desfase. Subcontinente periférico pensado desde el centro. Las insidiosas palabras, filtradas por alguna grieta no obturada le sonaron a blasfemia. ¡Carajo!, gritó en silencio Mentasti. Deseó intensamente, con todo su corazón, el sonido del trueno (cuando bajó del avión, llovía, Claudia con un paraguas violeta), un trueno que por pura altisonancia cósmica apagara los sonidos cuchicheantes de acá abajo, por irrisorios y mezquinos, en especial la cháchara de su cabeza. Un ruido poderoso, atronador, irrumpe, crece, ocupa todo el espacio y cumple, en este mismo instante, su deseo: un avión despega de Aeroparque y alza vuelo, lo más parecido al trueno que se puede pedir. Coincidencias o pequeños milagros de los que somos solitarios testigos, reflexionó con cansancio Mentasti. Arriba, otro hombre cualquiera, como él, un corredor de jabones rumbo a Santiago del Estero. La República Argentina despierta. Por las calles, como un río incontenible se vuelca la multitud (metrópolis). En esta ciudad hubo de golpe multitud, de la aldea al aluvión, apenas tiempo para que tomara forma

quimérica y ya se borrara el solitario *flâneur*, el deambulador urbano quedaba para las otras, las que habían crecido morosamente al fuego lento del calor de los siglos, al abrigo del castillo feudal (resabios de la lectura en el avión, remanentes diurnos dando la vuelta espiralada). Naciste en ultramar, de un trazo utópico en el papel (Mentasti seguía, sumiso, su interpelante voz interior), de líneas trasladadas a la tierra que el viento borraba antes de que el español de sombrero volado lograra clavar la estaca. La insignificante cuadrícula llevada al suelo fangoso por hombres agotados, gesticulantes, escudriñados desde lejos por seres invisibles, tal vez por tener el color de la tierra. Hija de contrabandistas y gauchos, de gente que bajó de los barcos con los ojos redondos y el gesto perplejo o adusto, hipnotizados por la línea plana. Estaba irremediablemente despierto y su discurso discurría (apreció), si no con lógica, ya con cierta retórica. Seguí, se alentó Mentasti encaramado a un púlpito o silla: espacio de una picaresca cuyo sustento fue una pobreza apurada por salir del paso, expresada en una lengua temporal, ocasional, entreverada (cocoliche, jerigonza hebrea, árabe mal llamada turca, etcétera), que dio forma audible a esa babel dispersada hacia la línea de un horizonte inalcanzable, o que soñaba (la babel) con volver, rumbosa, hacer la América y pegar la vuelta en otro barco, de regreso al pueblito campesino. ¿Cómo sos?, preguntó al aire Mentasti, abriendo los ojos y mirando, ahora sí, el ventilador de techo inmóvil. Como sea, desde ahora me gusta imaginarte de noche y desde arriba. Esto último le sonó a final de un tango. De noche y desde arriba formaba algo, una síntesis posible, una figura, un diseño. Debía tenerlo en cuenta para cuando retomara su ensayo sobre la ciudad, una y mil veces postergado, su gran excusa de «estar trabajando».

Se sentó en la cama, la sangre le bombeó detrás de los ojos y en las sienes. Millones haciendo el mismo gesto, sacar las piernas de entre las sábanas. Torció la cabeza con cautela. La felicidad de estar solo. Claudia había tenido la suprema consideración de irse a eso de las dos.

MEDIANOCHE en las dársenas, en las avenidas desiertas, en el obelisco, en las luces de algún auto apurado. El vuelo del Lloyd Aéreo Boliviano hace más de tres horas tocó tierra en Ezeiza. En el momento en que Mentasti en su departamento dos ambientes de Almagro ensaya una explicación de cansancio frente a Claudia, Cristóbal espera, en un bar de la Avenida de Mayo, que se haga la una y media de la madrugada, hora en que va a cumplir diecisiete años. Tratando de no parpadear, mira, inmóvil, el reloj de pared atento a que la aguja mayor llegue al seis.

La una y media, la hora en que su madre le había asegurado que había nacido. Frente a su insistencia, había terminado por decirlo, recuerda Cris, aunque no recuerda cuándo se había desarrollado aquella conversación entre él y su madre sobre el tema. Seguramente alguna vez que él se sentía acosado por los pedidos de Melisa, ávida por develar su carta astral. Algo se escabullía como una sabandija en su mente y no podía ocultarlo ni fingir que no lo pensaba: su madre bien podía haber mentido para terminar rápido con un tema que le resultaba incómodo. Si su madre había mentido o no recordaba bien la hora de su nacimiento, su vida se balanceaba en la cornisa porque ese dato era el único que lo ubicaba en el plano astral. El plano astral era un modo de llevarle la corriente a Melisa, porque Melisa cuando hablaba del plano astral, de la magia y del destino lo miraba fijo, intensamente, y sus ojos grandes y pintados y sus piernas bajo la minifalda imitación cuero negro podían trastornarlo. Pero existía la sospecha de que su madre podía haber dicho cualquier cosa. Las mujeres siempre guardando sus secretos, por lo general insignificantes; aunque la hora de su nacimiento no era una insignificancia, concedió Cris. La necesidad de preguntar a las mujeres sobre ciertos asuntos era deprimente. Tomó nota de este pensamiento para su filosofía personal. Una sirena de ambulancia se agrandó en la noche y lo distrajo. Con el costado del ojo se dio cuenta de que el mozo lo estaba mirando. Al fin, dejó tranquilo el reloj de pared y unos puntos blancos bailaron en el aire. Le iba a dar algo al viejo aquel que lo miraba con bronca porque tenía que estar sirviéndole al pendejo que se pasaba las horas con un café. En ese momento, la aguja mayor cayó sobre el seis y marcó la una y media de la madrugada. Cristóbal levantó con ímpetu la mano por arriba de la cabeza. El mozo se despertó y puso en marcha la maquinaria oxidada de las piernas: crash, crash, crash, crash. Cuando con agache de miope miraba el ticket para cobrarle, Cris dijo en tono alegre:

—Tráigame una cerveza, mozo —el mozo torció la cara. Sin una palabra, dio media vuelta. Cuando había sorteado cuatro mesas, Cris gritó a todo pulmón, como si el mozo estuviera a una cuadra—: ¡Mozo! —el viejo se sobresaltó, de verdad se había asustado, el de la caja también se despabiló—. Y un platito de maníes —agregó Cris con voz normal.

La expresión del mozo fue de odio.

—Es mi cumpleaños, mozo.

Cris se regocijaba. El viejo había salido disparado de los zapatos, casi se había estrellado la cabeza contra el techo. Hasta habría podido darle un ataque al corazón. Miró el reloj: tenía diecisiete años desde hacía diez minutos. Por hacer algo dramático, levantó el vaso de cerveza en el aire, como brindando con un amigo invisible, y se lo tomó de un trago. 31 de julio de 1995, hacía un frío de pelarse en el bar desierto, mesas de fórmica marrón y servilletas de papel abolladas en el piso, con llovizna como agua sucia bajando por los vidrios de las ventanas. En la calle no se veía un alma. En la pared de enfrente Iwanna rock The Police La Renga, hubiera agregado: violencia es mentir; el aerosol era caro, el flaco Pereda lo robaba en la cara del ferretero. *No lo soñé... ibas corriendo a la deriva, no lo soñé... los ojos ciegos bien abiertos...* marcó un ritmo desafortunado sobre la fórmica, el vaso y el platito temblaron. Necesitaba el walkman. Cris se apaciguó. Le gustaba el brillo del asfalto mojado en invierno, bajo la luz de la calle. La sudestada, decía su vieja. La lluvia había sido la causante de todo. Se movió en la silla, incómodo otra vez por la imagen desgraciada de las tarjetas de Navidad. Si no les hubiera caído agua por la gotera del techo, las tarjetas musicales no se habrían puesto a sonar, su madre no habría hecho un escándalo y ahora estaría durmiendo en su cama. Pero no, su madre había tenido que asomar la cara de todos los días cuando subía a despertarlo para ir al colegio, la cara cubierta con la crema amarillenta con olor a petardo. Las últimas palabras que le dedicó antes del portazo fueron para ese unguento repugnante. Pero si había un ser en el mundo que no entendía las ironías ése era su madre. Había deambulado por Warnes sin pensar en nada, el día entero deambulando por Villa Crespo hasta venir al centro y caer en este bar. En un rato, se iba a dormir a Retiro. A la mañana iría a buscar sus cosas. Si creían que iba a tratar de volver a esa pieza asquerosa estaban equivocados. Qué habría visto su madre en el polaco. Una historia de amor, era para vomitar. Rubio de ojos celestes, eso debió haberla cautivado; los morochos estaban descalificados, mientras que un rubio aunque fuera una bestia ya tenía algo a favor. Tal vez por complejo: era morocha, hija de italianos. Aunque el tema venía pesado desde lejos, concedió Cris, todo había explotado por el asunto de las tarjetas musicales. Una inversión aconsejada por el armenio, el mayorista importador: comprá ahora y las vendés al triple para las fiestas, le había dicho en marzo, mientras desplegaba entre las manos peludas una tarjeta con temblequeantes trineos de Santa Claus y un paisaje nevado y se escuchaba dindon-bell, din-don-bell. Una musiquita con todas su notas, como tocada por una orquestita de hormigas. Tin-tin-tin... Tin-tin-tin... Tin-tin-tin-tiin... Algo distinto, decía el armenio, te va a dar plata para empezar. Todos sus ahorros estaban en aquella caja que, como un idiota, había comprado en el mes de abril en espera de la próxima Navidad. Los chinos fabrican sin parar y copian a la perfección, decía Margosián. Decía: A un chino le ponen un tango y en el acto lo toca igual. ¿D'Arienzo?, D'Arienzo. ¿Baffa-Berlingieri?, Baffa-Berlingieri, mientras él, Cris, hacía como que escuchaba los patéticos monólogos del mayorista importador,

gordo y grasiento como era, encajonado detrás del mostrador lleno hasta reventar de sacacorchos luminosos, serruchos plegables, lanternas musicales, ceniceros para dejar de fumar, y con el celular incrustado en la oreja. Es el furor del importado chino, pibe, decía, ¿no te enteraste? Cris buscó en el bolsillo de la campera y desparramó un montón de volantes sobre la mesa MORFAX casa de comidas pizza empanadas Albergue transitorio Discret Eroticsuite Watersuit... TE LLAMA la Iglesia Universal del Reino de Dios en el Monumental de Núñez, El pisito de Maipú — Diosas en portaliqas, servicio de Bar sin cargo..., ¡¡¡Tu piel merece otra vida!!! MODEL STAR — ¿Soñaste ser modelo? Casting gratis..., aliviado, lo encontró: en el reverso había anotado el teléfono del armenio. Esa mañana, quinientas tarjetas descontroladas, activadas por la humedad de la gotera o algo así, habían empezado a sonar, primero una y después otra y después todas hasta que los din-don-bell y las noche de amor se habían mezclado en un chillido de rata medio muerta acompañado de campanas y flautas desafinadas para orquestita de enanos. Justo apareció su madre que venía a despertarlo, en camisón, con el tapado gris encima, y con la cara alarmada y brillante por el ungüento antiarrugas que le preparaba la farmacéutica de la esquina. ¿Qué es ese ruido? Él se había abalanzado con una frazada sobre la caja de cartón y ella detrás de él para ver qué ocultaba, porque él debía ocultar algo raro, se daba por hecho. Fue en ese momento cuando oyó el ruido crujiente del plástico destrozado y sin mirar supo que su madre le había pisado el walkman. No pudo detenerse a lamentarlo porque su madre, después de estudiar el walkman hecho pedazos y decir ¡Mirá qué picardía, esto por dejarlo en el piso!, concentró su atención en el contenido de la caja mojada y luego de un segundo de sorpresa (era de las personas que no habían mandado ni recibido una tarjeta de Navidad en toda su vida), empezó con que era lo único que les faltaba, que seguramente había gastado la poca plata que tenía en esas porquerías (dijo *porquerías*), que por qué no se buscaba un trabajo en serio, que estaban hartos (dijo *hartos*) de sus locuras y que hiciera algo con esa caja o iba a aparecer Poteki (su madre llamaba a su segundo marido por el apellido, nunca por el nombre; como a su casa nunca le decía mi casa sino Warnes, «mándemelo a Warnes», decía) y le iba a tirar todo al medio del patio. Entre las exclamaciones de su madre se filtraban las quejas lastimeras de algunos arpegios navideños. Al fin su madre se fue, pero antes dijo, con voz amargada: Y por estas porquerías no querés ayudar en el negocio. En un solo envión, Cris se vistió y sacó la caja a la terraza. Rescató cinco tarjetas en buen estado y las guardó; después, prendió fuego a la caja. Le dio trabajo que prendiera. Mirando el humo negro en que se evaporaba su inversión, Cris se dijo, se había dicho en la terraza esa mañana, que aquella vida no iba más. La casa era horrible, arriba del negocio de repuestos de autos con un mostrador negro impregnado de grasa de motor, y su pieza, más arriba, con puerta a esa terraza mezquina desde la cual había visto en los últimos años, todos los del colegio secundario, los mismos techos desvencijados y antenas torcidas contra un cielo gris plomo. ¿Cómo su madre se había acostumbrado a eso? ¿Cómo podía aguantar a un

hombre como su padrastro? Por su parte, eran cuestiones que sólo le interesaban cuando estaba deprimido. «A ver, vos, alcanzame aquella caja», lo había mandado Poteki con voz despectiva, delante de unos clientes. Las orejas todavía le ardían cuando se acordaba del tono sobrador. A principios de año, su madre lo obligó a ayudarlo en el negocio después del colegio y Cris sospechaba que ése sería su destino cuando terminara el secundario. Hacía tres meses le habían mandado a su madre una carta del colegio para felicitarla porque su hijo —él— había sacado la mejor nota del curso en una especie de competencia que había hecho el profesor Mentasti, su profesor de historia y filosofía. Si había algo que a sus compañeros no les interesaba era lo que Mentasti se empeñaba en darles, pero a él le había ido bien. Como tema había elegido Descartes y la duda metódica. Qué tipazo Renato, ése sí que era sincero. Pero su madre no había respondido, ni había hecho ningún comentario sobre la carta que le mandó el profesor, en la que le decía que lo alentaran a estudiar, que él iba a ayudarlo, ni nada. De ese momento venían dos cosas: la decisión de irse de su casa para quitarles de la cabeza la idea de que él podía entrar en el negocio, y la costumbre de imaginar el crimen perfecto. Era un buen pasatiempo de muchas noches en su pieza: las mil maneras de liquidar al polaco bestia. Había perfeccionado planes con coartadas pulidas hasta el más mínimo detalle y respuestas ingeniosas a la policía. ¿La noche de la muerte? Estaba estudiando en lo de un compañero. ¿Qué estudiaban? Leíamos a Descartes, ¿conoce la duda metódica, oficial? Se la recomiendo. Para el plan había procedido metódicamente, filosóficamente. Un mes después había abandonado la idea porque ya el polaco le parecía un pobre tipo al que en cualquier momento podía darle una piña y dejarlo inconsciente en el piso. Además, por medio de Mariano en marzo había conocido al armenio, el mayorista importador y, sin que su madre supiera, trabajaba por su cuenta. Ahora lo había descubierto por la maldita gotera.

En el platito quedaban cuatro maníes. Con la boca exageradamente abierta, los fue embocando cada vez desde más arriba. Podía abrir los maxilares de forma bastante impresionante o sonreír como un lunático, se aplastaba el pelo, apretaba los dientes y estiraba la boca de oreja a oreja. A veces lo usaba. Le hizo una seña al mozo, que empezó el oxidado arrastre de pies.

—Sabe qué, mozo, usted pega demasiada onda ricotera. Es mucho.

Una explosión de risa ahogada se le escapó en la misma cara del viejo. Pagó sin mirarlo, se levantó y salió.

3

LA voz hueca, lejana, rebotaba en un espacio negro que se abría al fondo de un túnel blanco. Abrió los ojos, irritado por el sonido continuo que le reverberaba en la cabeza. A la altura de su cara, un chico de unos cuatro años lo miraba fijo desde una distancia de quince centímetros.

—¿Qué pasa, nene? —dijo Cristóbal, enderezándose. Sentía una pierna acalambrada.

La madre agarró al chico de un brazo como para separarlo de cualquier contacto que él pensara establecer. Había que ver cómo podían tirar las mujeres del brazo de un chico. Cristóbal bostezó. Nueve de la mañana en Retiro, en el tremendo reloj de dos caras suspendido arriba, por encima de los apurados que abajo iban y venían sin levantar la cabeza. La claridad débil del día bajaba desde los arcos empotrados en las moles grises, y se fundía abajo con el resplandor de las luces de los negocios, encendidas perpetuamente. Una voz, metálica y con eco, repetía horarios de trenes y nombres de destinos que rebotaban en las paredes, volvían a rebotar y se perdían en los recovecos de las alturas, entre gigantescas vigas de mampostería y rejas cruzadas de hierro. Antes de extinguirse, el eco del último horario competía con el siguiente que a su vez se extinguía y al que se encadenaba otro y otro, encabalgándose las voces y los ecos en un sonido continuo y sin forma.

Su estado no podía ser mejor, consideró Cris, todavía un tanto somnoliento. El banco no era mullido, pero había dormido de lo lindo. Ahora necesitaba volver a Warnes a buscar sus cosas, sobre todo el traje azul barato. Pero no se movió. Un vendedor tiene que venderse primero él, decía el armenio embutido entre cajas, al fondo del local. Si tocás el timbre de una casa y parecés un croto de los caños, decía, la doña que te salga a abrir te cierra en la cara. No te da ni una oportunidad. Vos tenés pinta, pibe, comprate un traje y ya vas a ver. Haceme caso. El armenio creía que él lo escuchaba porque le decía a todo que sí. El mayorista era un tipo repugnante, repugnante y patético.

La madre y el chico se alejaban por el hall central como dos gnomos en un palacio gigantesco. Sobre ellos se elevaba la imponente perspectiva de las paredes monumentales. Porque cuando se entraba en el hall central, se ensimismó Cris haciendo precisamente eso, saliendo del recoveco en donde había dormido, el espacio subía hacia otra dimensión y si uno levantaba la mirada, como hacía él ahora, dejando abajo los agregados de las marquesinas y los letreros de neón, descubría arriba las superficies generosas, combadas y rectas, de los muros de la estación que la luz del día hacía brillar débilmente. Y si volvía abajo, el piso luminoso por el reflejo de las vidrieras de los negocios se extendía en cientos de metros cuadrados de granito pulido sobre el que la gente cruzaba huidiza o atareada, seria o riéndose o hablando sola, y que cuando Cris la enfocaba entrecerrando los ojos, como hacía ahora, veía

patinadores sobre hielo en una pista sin límites, deslizándose y cruzándose de un extremo al otro del hall en todas direcciones. Chicos como él, hombres y mujeres altos y bajos, gordos y flacos, pelados o con peluca venían hacia él, se atravesaban en su camino y desviaban en diagonal, sin mirarlo; bufandas, gorros, carteras, portafolios, paquetes de diario, bolsos de feria, mochilas. Un pelirrojo, pecoso y risueño, ceñido el pecho por pesadas correas llenas de termos, ofrecía café derivando entre la gente. Cris se detuvo a admirar las antorchas de bronce que, reunidas de a tres, se adosaban cada tanto a la pared: las lámparas, blancas y opacas, simulaban llamas de fuego. Decidió que si alguien alguna vez, en un reportaje por ejemplo, le preguntaba cuáles eran los lugares que más le gustaban, contestaría: las estaciones de trenes. Se miró de reojo en una vidriera de cortaplumas, sellos y despertadores. Aplastó el pelo parado con un golpe preciso. Una chica pasó a su lado, lo miró con ojos alegres. Eso le gustó, le pareció una buena señal. El gasto del día: un café con leche y el bondi a Warnes. Último bondi a finisterre, anticipó. La confitería y restaurante repetía los mismos techos y molduras del hall, pero tenía, además, gruesas columnas como de mármol de un rosa oscuro. Y las arañas eran del tamaño de una mesa de comedor. La misma gente apurada, la misma voz difusa con la retahíla de horarios. En la pared que daba a la calle, maciza como la de una muralla, un extractor enorme giraba las paletas tan lentamente que las palomas planeaban entre sus aspas marcando una sombra en la luz nublada y fría. Día de invierno, el día de su cumpleaños. Cris eligió una mesa, se sentó y pidió un café con leche con medialunas para seguir festejando. Había que ver lo bien que se sentía. Era libre, dueño de su tiempo; empezaba a experimentar los alcances de esa idea. Se demoró con el desayuno; sin apuro salió y cruzó la calle hasta la parada del colectivo.

El polaco se levantaba muy temprano y se iba a tomar mate y a revolver papeles en el cuartucho detrás del negocio. Su madre se quedaba en la casa y hacía las compras; un poco más tarde bajaba también al negocio y, si había gente, le daba una mano a su segundo marido. Con suerte, no se los iba a encontrar. Cuando bajó del colectivo la vio barriendo la vereda. Cris le dijo un hola apenas audible y subió las escaleras de tres en tres, antes de que ella pudiera contestarle nada; atravesó la cocina y lo que hacía de comedor y subió a su pieza. En el piso de la terraza estaban los restos chamuscados de la caja. Trajo una bolsa de plástico y una pala, también unas revistas y papeles viejos de su pieza, juntó todo y lo metió dentro, anudó la bolsa y de una corrida la depositó en la vereda. Cuando volvió a pasar por la cocina, su madre preguntó ¿qué estás haciendo?, pero él siguió viaje y se metió en su pieza. Esta vez iba en serio, a ver si ella alcanzaba a darse cuenta de algo tan simple. No iba a volver nunca más a vivir con el polaco. Aunque se muriera de hambre. Abrió el ropero, ahí estaban el traje azul, el más barato de todo el Once, la camisa blanca y su única corbata. El día que lo había visto en el maniquí de una vidriera, le pareció extraordinario que ese traje que caía tan bien fuera tan barato. Cuando entró y se lo señaló al vendedor, vio que por detrás el traje estaba sujeto con alfileres de arriba

abajo. Le había quedado bien o tal vez lo pensó porque era la primera vez que se veía de traje, no porque el vendedor se lo dijera. Esos idiotas pensaban que el cliente se creía la cantidad de pavadas que le decían con tal de que se llevara algo y ni qué decir un traje, porque trabajaban a comisión con un sueldo miserable. Por eso a él le gustaba su trabajo: compraba importados y los vendía puerta a puerta, en negocios o en kioscos. Quién lo mandaba: nadie. Ni siquiera el armenio importador, porque si quería compraba en otra parte. Él no era como algunos de esos empleados, no se inclinaba delante de los clientes. ¿Quiere comprar algo? Sí, muy bien: él les mostraba lo que llevaba en la valija. No quiere, muy bien. Hasta luego. Su madre lo había seguido y lo miraba desde la puerta. ¿Adónde vas?, decía ahora. Ya te voy a avisar, contestó Cris sin mirarla. Sacó de debajo de la cama la valija chica, marrón, con las muestras de importados. Corrió las muestras, puso en el fondo la mochila gris aplastada, arriba amontonó el traje, un buzo, ropa interior, la camisa y la corbata y los zapatos viejos, marrones, que detestaba. Manoteó casi a ciegas los libros que le había prestado Mentasti, las tarjetas que se habían salvado, la libreta espiralada y los casetes del único estante de su repisa. Revolvió cajones y terminó tirando todo de cualquier manera: no quería volver a buscar nada. Encontró sus ahorros, cincuenta pesos, y los guardó en el bolsillo del jean. Por último, sacó las fotos del cajón de la mesa de luz y las guardó dentro de la libreta. Cerró la valija. Lo que más lamentaba, lo que de verdad le dolía estaba ahí, a sus pies, hecho pedazos: el walkman, pisoteado la noche anterior. Lo revisó, pero era imposible arreglar nada; los auriculares estaban también destruidos. Su madre hacía como que acomodaba las macetas. Ahora lo seguía por la escalera. ¿Adónde vas? ¿Tenés plata? Sí, dijo él, pasando rápido por la cocina y bajando hacia la puerta de calle. Esperá, Cris, tomá... decía su madre a su espalda, venía bajando detrás de él, pero él ya casi estaba en la calle y no se dio vuelta. Aunque le sacó ventaja, ella alcanzó a decir, casi a gritar: Avisá dónde vas a estar... si precisás algo. Si había esperado que su madre se acordara de que era su cumpleaños era porque era un reverendo idiota. Que se pudrieran ella, el polaco y los rulemanes. Bien que iban a festejar que les quedaba la pieza libre. Por ahí la alquilaban.

En la calle, el cielo seguía amenazando lluvia. Detrás de la polvorienta vidriera del negocio se amontonaban de cualquier modo correas de ventilador, juntas, volantes, cajas de bujías y docenas de cables. Coronando el conjunto, más atrás, la silueta de su padastro se inclinaba sobre el mostrador. Se puso a silbar con toda su fuerza. En la esquina se compró el diario para conseguir cambio y subió al colectivo.

Cuadra tras cuadra se iba sintiendo cada vez mejor. Una mujer flaca y avinagrada lo miró desde los asientos individuales. ¿Qué pasaba? ¿Tenía monos en la cara? Le dedicó la sonrisa de desquiciado y la mujer giró la cabeza en otra dirección. Hacía un frío bárbaro, metió las manos en los bolsillos de la campera. Estaba procediendo metódicamente; en la regla cuatro Renato decía que para la investigación de la verdad de las cosas es necesario el Método. El empuje había sido precipitado, pero ahora

estaba cumpliendo los pasos, estaba empleando el Método. Renato dudaba de todo y empezaba de cero. Él dudaba de todo: de su madre, de la muerte de su padre, de su casa, del colegio. Cortaba y empezaba de cero. Primer paso: cumplido. Tenía que mantenerse en estado, siempre alerta y pensando. Si alguien le preguntaba alguna vez qué personaje histórico le hubiera gustado conocer, en el acto iba a responder: Descartes. Por algo Mentasti lo había invitado al curso de filosofía para cuando volviera de Bolivia, y hacía un mes había estado en la reunión preliminar, así le decía el profesor antes del viaje: *la reunión preliminar*. No se había sentido cómodo en la reunión preliminar, pero por algo el profesor lo había invitado (mirá en lo que te venís a destacar, había dicho), por algo había mandado la carta a su casa. Reprimió la risa que le subía desde la garganta porque sí, y se revolvió inquieto en el asiento. Varios minutos después cayó en la cuenta de que ni una sola vez había pensado en Melisa. En cuanto dejamos de pensar en las mujeres, dejan de dominarnos. Anotó el pensamiento en su libreta mental cuyo título era «filosofía personal». Se acomodó en el asiento y controló la plata en el bolsillo de la campera. Tendría que pedirle al armenio crédito hasta salir adelante. Satisfecho echó una mirada circular a los pasajeros; lástima el walkman... *me estoy por ahogar, me voy a pique ¡glú, glú!... me está por hundir mi fiel fantasma bu-buuú...* El flaco Pereda, Mariano, el gordo Di Tomassi, todos estarían por entrar a la hora de matemáticas. El pensamiento le produjo otra risita de euforia. En ese momento, el colectivo tomó la curva de Ángel Gallardo hacia Díaz Vélez. Miró la arboleda alta de plátanos del parque y el perfil del Museo de Ciencias Naturales que se perdía atrás. En un arrebato, Cris decidió que Parque Centenario era el lugar donde buscaría una pieza para vivir.

Y, al fin y al cabo, ¿qué había sido lo que sucedió en Bolivia?

El bolso, cerrado, seguía en el piso, cerca de la cama. Mentasti estiró el brazo y, sin levantarse, corrió el cierre y revolvió a ciegas buscando algo que ponerse. Sí, ¿qué me pasó en Bolivia? Su mano, tanteando, dio con el papel de regalo; sacó unos pedazos hechos jirones y el resto lo empujó al fondo del bolso, pero no pudo hacer lo mismo con un sentimiento que mezclaba lo ridículo y lo absurdo de la escena. Él, parado a tres mil metros de altura, con aquellos objetos incalificables, regalos para los hijos de Manuel, idea de Claudia, futura madre y futura profesional, recorredora de *shoppings* y sabedora de qué le gusta a un niño. Un estremecimiento de frío y repugnancia lo hizo saltar de la cama. Se puso el cobertor encima y fue, descalzo, a la cocina. Echó agua en la pava y puso la pava sobre la hornalla. Miró por la ventana el día gris, con amenaza de lluvia. En el vidrio, contra el cielo plomizo, su perfil bajo el cubrecama tenía algo de monje budista. Hacia La Paz por Coroico, hacinados en colectivos de la década del cincuenta, entre bolsos descomunales, una chola, atado de leña al hombro y olla de guiso, *Cómpreme, cómpreme unito*; el camino amarillo y seco, las rodillas encogidas, el dolor en los riñones, el aire denso apestando a humanidad y especias. Contra los azulejos de su cocina de Almagro, aquellas imágenes adquirieron trazas de alucinación, restos de una resaca, de un mal viaje. Las palabras siempre terminaban teniendo razón: un mal viaje. Se pasó la mano por el pelo y por la cara áspera de barba de dos días. Buscó una silla porque el piso se le volvió inseguro. Había hecho el trayecto, finalmente, la travesía tantas veces imaginada. El viaje empezaba a corroerlo como un delicado trago de ácido. Nada era, nada fue o había sido como lo había imaginado. ¿Y Manuel? Manuel no existía más. Cuando pudo pararse (¿había comido algo últimamente?), Mentasti llamó a la secretaria de la escuela y dijo que había vuelto de su viaje enfermo, que buscaran un suplente.

No, no sabía por cuantos días.

Sí, iba a presentar el correspondiente certificado.

Colgó.

Probó el café que le resultó repulsivo. Había dormido muy pocas horas, cuatro a todo trapo. Se tiró otra vez en la cama; antes, desconectó el teléfono.

Tal vez fuera la vastedad del horizonte, o la distorsión de la perspectiva, o el soroche (cuidado con el mal de altura, la falta de oxígeno puede afectarlo; el folleto del aeropuerto: dolor de cabeza, mareos, ¿distorsiones?). Remota, una franja de montañas nevadas y azules; acá al lado, los cerros gibosos, oscuros, que se levantaban desde el mismo borde del camino, al alcance de la mano si uno sacaba el brazo por la ventanilla, pensaba en la cama. El colectivo bordeaba la base de los cerros como un escarabajo laborioso, apurado. La altura, que de golpe emborrachaba;

la nieve acumulada en recodos y huecos entre las piedras alternaba, en una vuelta descendente de mil quinientos metros, con vegetación tropical. Una combinación a la que los sentidos adormilados de Mentasti no estaban acostumbrados; tal vez fuera, entonces, la distorsión de la perspectiva, un sacudimiento interno que desplazaba su conciencia, todo lo que él era, hacia el fondo, aplastándolo bajo un espectáculo tan imponente como inasimilable. Incómodo con la naturaleza, la culpó, la había culpado, por provocarle esa maligna disolución moral, esa suspensión del juicio. El trópico, el altiplano y las montañas se conjuraron y jugaron con él, ejercieron su indiferente influjo sobre un hombre desprevenido de latitud sur y mundo plano. Era una explicación fácil, pero Mentasti, acostumbrado a las interpretaciones y a las explicaciones la adoptó como hipótesis de trabajo, aunque fuera provisoriamente, aunque fuera mientras se iba acostumbrando hasta llegar al pueblito de Manuel, había pensado allá, en la cordillera occidental, recordó en la cama. Una vida —la de Manuel— que se perdía entre la montaña y el bosque subtropical latinoamericano, en medio de caras redondas como tortas y ojos enigmáticos de paciencia mineral, todos navegando en un tiempo lento, letárgico. En una carta de hacía muchísimo tiempo — el tiempo era una categoría a revisar, entre otras tantas, pensaba en la cama— le había dicho, él mismo, Mentasti, le había dicho *esperando la revolución* y había hecho el mal chiste de que parecía el título de algún álbum de rock, o la variante *mientras llega la revolución*, o la otra variante más manualesca: *mientras construimos la revolución*; en tanto esperaban que esto sucediera, porque no era cosa de esperar la revolución para el día siguiente, no era cosa de creer que un día te levantabas y estaba todo cocinado (así le escribía él a Manolo en aquellos días, unos seis o siete años atrás, con aquella liviandad producto del cultivado cinismo, típico del último tiempo de su amistad con Manuel, recordaba en la cama, le hablaba y le escribía, le había escrito a lo largo de los años, con ironía, sarcasmo y cinismo, creyéndolos compartidos). Creyendo, ingenuamente, que la escritura reproducía o resucitaba sus discusiones en bares de la facultad donde él hacía ese papel, el papel del jodón, escéptico y sarcástico, que le resultaba cómodo hay que reconocer porque se mostraba muy brillante desplegando teoría, y que Manuel soportaba con calma y sosiego hasta que se ponía serio y salía con aquello de dónde estaba el hombre, que no veía al Hombre; y él que su tercermundismo trasnochado, el de Manuel, era producto de haber comido demasiado Darcy Ribeiro, demasiado Paulo Freire. Y mientras esperaban, porque el cambio llevaba su tiempo, llevaba un tiempo voraz que no se medía por una sola vida humana, sino por generaciones, Manuel se había internado en un país que parecía estar al borde de la desaparición (¡qué carajo iba a desaparecer!, había explotado inesperadamente Manuel, ¡eso era lo que querían hacer creer!) y desde allá le mandaba cartas que con los años se fueron espaciando, se fueron haciendo cada vez más esporádicas, cada vez más reconcentradas y parecidas a sí mismas, sin ninguna alusión a las ironías ni a los malos chistes de las suyas, ni a sus pedidos de que volviera a la civilización, aunque fuera por una semana. Ni

tampoco, pensaba en la cama, sobre todo tampoco ningún comentario de Manuel (y aquello sí lo había molestado, lo había ofendido, para ser sincero) a sus elucubraciones, a sus vuelos discursivos sobre filosofía, modernidad y posmodernidad y la aldea global. Las últimas cartas de Manuel, tan espaciadas entre sí, tan largas y llenas de explicaciones confusas. O a él se lo parecían porque carecían de los datos imprescindibles para la comprensión, datos que, a lo largo de los años, Manuel había ido raleando o considerando innecesario repetir o volver a explicar, cartas un poco paranoicas (consideraba Mentasti) que, paradójicamente, por ausencia de cualquier complicidad, abolían su tono irónico, lo deshacían sin nombrarlo, lo desalentaban y exiliaban del diálogo por pura indiferencia. Cartas, las de Manuel, cada vez más enrevesadas de explicaciones, de las razones de tal o cual fracaso sindical, de la posición de la COB (Central Obrera Boliviana, dedujo aquella vez ya que Manuel lo daba por sabido), mencionada constantemente, de reuniones de importancia decisiva con tales o cuales dirigentes campesinos de nombres que Mentasti olvidaba enseguida, obligado a aplicarse al desciframiento de la carta, maldiciendo el poco cuidado que ponía Manuel en la letra, en que usara, en las últimas (y era el colmo), un lápiz. Finalmente, cartas sin encabezamiento como si, en vez de escribirle, Manuel se sentara a pensar frente a unas hojas de cuaderno barato textos que iban perdiendo su lógica y su coherencia a medida que los incisos y las argumentaciones se enredaban en mil detalles de estrategia a tener en cuenta para la próxima movilización, con profusos detalles de horas y lugares de las reuniones, o de las causas de la repentina suspensión de esas mismas reuniones. Sin contar, pensaba en la cama, sin contar con los análisis psicológicos que Manuel distribuía, aquí y allá, aplicados a las personalidades de los otros, los de la contra, los gubernamentales o los representantes de las multinacionales, Mentasti no lograba darse cuenta en realidad, que respondiendo a la ola neoliberal salvaje de los tiempos se oponían a todo tipo de respiro obrero y a los que había que enfrentar con cuidado e inteligencia y cautela porque representaban intereses internacionales que podían presionar muy duro, dejando a miles sin trabajo, y eran muy vivos, muy despiertos en la dialéctica y en los engaños y estaban ganando en todo. Eso se veía ahí, en carne viva, había escrito Manuel, no en la teoría (esto no lo había escrito pero él lo había leído igual), sino en una casa de adobe en el cerro, con lámpara de kerosén como lujo y hambre todos los días. La última carta, espaciada seis meses de la anterior, recordó en la cama, hizo que Mentasti experimentara una señal de alarma que hasta ese momento se había estado negando: su amigo de infancia, su compinche de toda la vida, su compañero de facultad parecía no recordar ya a quién le escribía. Sus razones eran tan locales, precisas, domésticas, que maniobraban sólo en las líneas del papel, como si Manuel hubiera olvidado por completo que él vivía en Buenos Aires y que no tenía ni la más vaga idea de lo que le estaba hablando ni la posibilidad de averiguarlo; no obstante atinaba a ponerle la dirección al sobre e ir al correo, siempre desde La Paz, en viajes periódicos ya que Manuel vivía en el interior (bien lo sabía él ahora, bien lo sabía;

Manuel se lo había dicho ya en alguna de sus primeras cartas o por teléfono cuando llamó para contarle del nacimiento de su primer hijo: que se iba a vivir al interior, había dicho, a su casa propia, y le había dado los datos precisos del lugar), se dijo en la cama, Manuel escribía su dirección en el sobre como para conservar el gesto externo indispensable que lo unía a él y a Buenos Aires y no romper definitivamente el hilo de la comunicación. De un tirón se quitó la almohada de debajo de la cabeza. Otra vez le bailaban las cosas a su antojo detrás de los párpados apretados, otra vez no iba a poder dormir.

Se sentó en la cama y tanteando buscó el paquete de cigarrillos. Prendió uno. Iba a tratar de poner orden, de controlar el de-sa-so-sie-go. Las causas de su viaje. Bien. Bolivia. Y aquel insignificante punto en el mapa, en algún lugar entre Charazani y Ulla Ulla, cuya relevancia desproporcionada ante sus ojos provenía sólo de que allí vivía su amigo Manuel Urruty. Un lugar ignoto, perdido en el espacio abigarrado de América del Sur, clavado en la geografía de ese país llamado Bolivia, transformado en fuente de significado y hasta de legitimidad para su vida. Al menos ahora esto último había quedado claro, se decía y fumaba en la cama. Allá estaba Manuel, ocupándose de la vida práctica (oh la praxis), acá él, buscando el hilo de los argumentos en un laberinto de teorías pensadas por otros hombres en otras latitudes y en otras circunstancias. El apuntar «en otras latitudes y en otras circunstancias», latitudes y circunstancias que no tenían nada que ver con las propias, no invalidaba su dedicación, su trabajo intelectual, argumentó. No obstante, desde hacía un buen tiempo —Mentasti no podía negarlo como tampoco lo podía precisar, más de un año, seguramente mucho más—, esa corriente de legitimidad y significado que manaba de la muesca perdida en la corteza del continente americano se había vuelto intermitente, recordaba en la cama, como una comunicación de larga distancia interrumpida por descargas de estática o bruscos silencios que terminaron transformándose en un gran silencio creciente, sonoro, indisimulable y, finalmente, aplastante de Manuel. Silencio obstinado que había empezado a minar subterráneamente sus certezas o lo que ahora le parecían su suficiencia, su pedantería, en definitiva, su propia autojustificación. Y hasta algo peor: su ingenua elocuencia. A lo largo de ese año o más, había luchado sordamente (qué bien lo planteaba, qué bien lo estaba planteando) contra la sensación creciente de que, a pesar de las cartas, algo iba mal de aquel otro lado —pero ¿qué?—. Ahora, analizado fríamente, se le presentaba la evidencia retrospectiva de que el silencio de Manuel desde Bolivia le iba —le había ido— quitando malignamente peso y medida a lo que él hacía o decía en Buenos Aires. Si bien había empezado como una vaga sensación de incomodidad que se colaba de manera inesperada por los huecos de su vida de todos los días, el silencio de Manuel fue alzándose como el rumor sordo de una crecida para llegar a hacerse omnipresente. Silencio que desnaturalizaba lo que él, acá, hacía y, sobre todo, decía. Debajo de sus meditaciones acotaciones en algún encuentro con gente de la facultad, o de sus explicaciones frente a una clase, o de sus entusiastas digresiones, aquel silencio minaba de inconsistencia

sus palabras; las llenaba de aire. Al fin, todo orden se había vuelto incierto. El proyecto del viaje había logrado sofocar el silencio y restituir al lejano norte, a aquel punto perdido en el mapa, la atracción de imán que siempre había ejercido sobre él, acotándolo, volviéndolo a lo que era al principio: un lugar concreto en el mapa que latía, lejos, pero alcanzable. La decisión del viaje reinstaló por unos meses las cosas en su lugar; le devolvió un entusiasmo que había empezado a creer irrecuperable. Volvió a deambular por Buenos Aires tomando notas para su inconcluso ensayo sobre la ciudad y hasta se arrojó a la tarea de proyectar cosas como el seminario sobre Wittgenstein. Manuel había sabido usar bien el silencio, consideró en la cama. Fue entonces cuando, calculando sus vacaciones de invierno en el colegio, sacó un pasaje en el Lloyd Aéreo Boliviano, se lo guardó en el bolsillo y caminó, había caminado aquel día por Florida, cada vez más liviano, más abierto al viaje, con la cara de Manuel bailándole en la cabeza, dejando a cargo del próximo encuentro la recuperación total de los rasgos de su amigo al que hacía ocho años no veía. Y, para qué negarlo, dejando de lado una pregunta que le había bailado en la cabeza y en la sensibilidad de aquellos días: ¿se iban a sentir cómodos al verse?, cosa que había decidido dejar entre paréntesis. Esa misma tarde había despachado la carta (La Paz, casilla de correo 1203) en la que le anunciaba el día y la hora de su llegada, y dos días después, para asegurarse, había mandado otra, otro anuncio, otro heraldo de su esperado desembarco. En las dos se había cuidado de aclararle y subrayarle que no se preocupara por ir a buscarlo al aeropuerto, porque él... Una punzada de dolor le clavó una aguja en la nuca, le recorrió la espalda y le erizó la piel de los brazos; apoyó la cabeza en la pared. La aldea imperceptible, monos gesticulantes en palcos color granate, los yungas, el colectivo atestado, las cocaleras y el grito de los guacamayos se encabalaron en una danza frenética y fantasmal como fragmentos inconexos de un relato mítico. Nunca más voy a poder dormir, se advirtió Mentasti en la oscuridad grisácea de la pieza. El cigarrillo le quemó los dedos y largó una puteada. Manoteó sobre el cobertor las pequeñas brasas hasta apagarlas por completo. No supo en qué momento, la oscuridad y el cansancio del viaje le cayeron encima y lo hundieron en un sueño de piedra.

LA mujer lo estudió un momento por la puerta entreabierta. En voz baja dijo:

—No alquilo ninguna habitación.

—En la esquina me dijeron que preguntara acá —insistió Cris.

La mujer sacó la cabeza y miró en dirección a la esquina. Cris detectó fastidio o rencor. El pelo castaño algo ondulado osciló en el aire. La mujer volvió a mirarlo. La cara, como recién lavada, era pálida pero no desagradable; la boca, grande, tenía algo de color.

—No alquilo ninguna habitación.

Cris intuyó que la mujer dudaba, como si, sin quererlo, estuviera midiendo mentalmente la posibilidad.

—Mire —aprovechó, las cosas le salían así de fáciles, se le ocurrían solas—. Doy una vuelta manzana mientras lo piensa. ¿Qué le parece?

—¿Qué edad tiene —preguntó la mujer, mirándolo directo a los ojos.

—Veinticuatro. Mañana voy a hacer un negocio importante en el centro y este barrio me gusta. Necesito una habitación.

—¿Por qué? —dijo la mujer.

La pregunta lo desconcertó.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué le gusta el barrio? —insistió la mujer.

—Bueno, está el parque, no hay ruido. Para alguien que trabaja con importados, es tranquilo... —Cris miró el cielo bajo y plomizo a ver si allí encontraba algo más; había puesto la cara de cuando buscaba una respuesta para Mentasti.

La mujer empezó a cerrar la puerta.

—Espere —insistió Cris—. ¿Por qué no lo piensa? Doy una vuelta manzana y vuelvo.

Antes de que la mujer respondiera, le dio la espalda y empezó a caminar en cualquier dirección que resultó ser la del parque. Ahora que se había presentado esa posibilidad, de una manera tan casual y seguramente por una broma de los de la esquina, unos pibes bastante pesados, se veía, un poco al borde del desastre, se veía, no iba a desaprovechar la oportunidad. Parque Centenario le gustaba cada vez más. Seguro, los de la esquina habían querido tomarlo por gil pero le habían hecho un favor: ya no podía imaginar otro lugar mejor para vivir; sobre todo aquella cortada tan tranquila, de calle adoquinada que desembocaba en los plátanos altos del borde perimetral del parque. Poco más allá se abría la avenida Warnes, en su parte mejor, ancha y con árboles. Cris se paró en la vereda a mirar. A los plátanos seguían fresnos, palos borrachos y jacarandás. Una de las cosas buenas que recordaba de su madre: enseñarle el nombre de los árboles. Otra cosa que no sabía si agradecerle era el temor cervical a las drogas. Una noche, él tendría nueve o diez años, su madre lo había

levantado de la cama a los apurones, le había lavado la cara con agua fría y lo había sentado delante de la pantalla del televisor. Unos tipos horribles, desgredados, flacos como esqueletos, en alguna calle se inyectaban droga en el suelo, en otra parte un tipo en una celda acolchada pegaba aullidos. Todo eso era la droga. Su madre había hecho ese trabajo muchas veces. Un porro sí, no iba a despreciar, pero más, aunque el flaco Pereda lo gastara, la verdad que lo iba a tener que pensar. Miró alrededor. Mentasti le había dicho una vez que en Parque Centenario se podían comprar libros buenos y baratos. Caminó en dirección a la fila de kioscos de chapa color verde. Estaban cerrados. Del otro lado se alzaba la silueta imponente del Museo. Cambió la valija de mano y miró a una chica que lo miraba.

Estaba otra vez frente a la puerta.

—¿Lo pensó? —mostró la amplia sonrisa de vendedor; no la de lunático desencajado. Hubiera sido un error equivocarse, justo ahora. Se puso nervioso.

La mujer estaba fumando. Lo estudió sin devolver la sonrisa.

—Así que te gusta este barrio —antes de que él pudiera contestar, la mujer continuó—: Sabés que acá la gente abandona animales, gatos, o perros enfermos en el parque, ¿lo sabías?

Cris fijó la mirada al costado de la cara de la mujer. Pestañeó.

—No sabía nada.

—Y ahora, ¿te gusta igual?

—Bueno, para vivir por un tiempo... es decir, no sabía que hacían esas cosas. Creo que no se sabe. Gente mala hay en todas partes. Una vez en Warnes...

De golpe la mujer abrió la puerta y se corrió a un costado. Cris vio el interior del zaguán, una puerta cancel y, al fondo, una galería vidriada y detrás un patio con plantas. Pisos brillantes. Todo junto, de un golpe de ojo.

—Vamos a conversar —dijo ella con voz lenta, con un toque ronco, y cerró la puerta cuando él entró.

Plantas, sillones y cuadros. Sorprendido, Cris apenas pudo asimilar lo que veía, pero algo se dibujó con claridad en su mente: esa mujer no necesitaba pensionistas ni aquélla era una casa para alquilar piezas. Los de la esquina lo habían estado cargando.

—Yo no alquilo piezas. Te mandaron a propósito.

—¿Por qué?

La mujer hizo un gesto vago con la mano que sostenía el cigarrillo. Cris pensó que por milagro el cigarrillo no había salido volando, tan delgados eran los dedos de la mujer, y el cigarrillo parecía simplemente estar allí, como olvidado.

—No importa. Soy Marcia Vidot. —No hizo el gesto de darle la mano. Cris, que instintivamente había sacado la suya del bolsillo de la campera, terminó bajando y subiendo el cierre, por hacer algo—. ¿Y vos?

La mujer lo intimidaba. Se le cruzó decirle que se llamaba Renato. No lo hizo. Se sintió bastante seguro cuando respondió que se llamaba Cristóbal (la mujer no iba a

caer en la típica del colegio, no le iba a preguntar con cara de idiota ¿Colón?). Sin pensarlo, agregó que también le decían Cris. «Mis amigos me dicen Cris», dijo, y en el acto hubiera querido desaparecer, hacerse humo por haber largado semejante estupidez. Con los sentidos alerta, decidido a dar la mejor impresión, Cris se repuso y casi sin respiro siguió diciendo que ahora estaba resolviendo algunos negocios pero que el año próximo iba a ingresar en la facultad para cursar la carrera de filosofía. Es más, ahora mismo estaba haciendo un curso sobre un pensador (tal vez la mujer se diera cuenta de que hablaba de un tipo importante); tragó aire y pronunció marcando las sílabas como decía Mentasti: René Descartes. Con este párrafo y con la palabra pensador, Cris esperó causar una buena impresión en la señora Vidot, pero ella no demostró ninguna emoción. Sobresaltado, recordó que pocos minutos antes, cuando ella había abierto la puerta por primera vez, le había dicho que tenía veinticuatro años. ¿A los veinticuatro años iba a entrar en la facultad? Dejó la valija en el piso, entre las piernas. La mujer debía pensar que era un retrasado mental. En ese momento la señora Vidot estaba diciendo algo, pero Cris la interrumpió. No lo había comentado antes, dijo, por las presentaciones y todo eso pero, en realidad, hasta ese momento había vivido con su abuela, una mujer muy enferma desde hacía años; él había tenido que trabajar bastante para pagar dos internaciones, en una de las internaciones le habían hecho una operación que había durado catorce horas. Justamente de esa operación su abuela nunca se repuso y terminó falleciendo (así hablan los viejos aprobó Renato), por eso había postergado su ingreso en la universidad, sin embargo no había perdido el tiempo para nada; había aprovechado esos años de hospital de su abuela (¿eran años?) para ir estudiando y leyendo algo y ahora que estaba solo en el mundo ya que, como le acababa de decir, su abuela paterna de noventa y tres años había fallecido, buscaba una habitación. Respiró. No supo si la señora Vidot se sintió conmovida con el relato porque no hizo un solo gesto. La dama era de piedra, consideró Cris.

—¿Ése es tu equipaje?

Cris quedó desconcertado.

—Cuál, ¿éste? —miró su valija vieja de importados y no alcanzó a controlar una risita sofocada que sonó a graznido. Fue un graznido. Las orejas empezaron el conocido precalentamiento.

La señora Vidot le dio la espalda, salió del living, pasó a la galería y de allí a lo que a Cris, asomado cautelosamente, le pareció la cocina. Volvió con unas llaves en la mano. La señora Vidot no se veía enojada o molesta por lo del equipaje y la risita. Igual, se sentía tenso.

—Desde que murió mi abuela uso poca ropa —explicó Cris, sosteniendo el gesto serio que había logrado componer cuando ella salió. Se inclinó y palmeó la valija como si se tratara de un perro.

—Las llaves no salen de acá —dijo la señora Vidot, dando un giro hacia los vidrios repartidos de la galería y, a través de ellos, al parque no muy grande de la

casa. Quedó en silencio, como si de su parte hubiera cesado todo intento de comunicación, mirando las ramas verde oscuro del pino que estaba más cerca. No le había caído bien la risita, decidió Cris; debía estar enojada y lo iba a mandar al diablo.

Tal vez el chico podía resultar un orden obligado en el ir y venir de los días y las noches con sus descensos y subidas en la vigilia tensa, a la mañana sobre todo; necesitaba horarios, consideraba sin convicción la señora Vidot apretando la llave hasta incrustársela en la palma, como si la palabra tuviera un peso mágico, horarios, un ritmo al cual plegarse como la enredadera a los desniveles del muro. Ella, que solía sentir horror a la confusión (eso era antes), a los placares abiertos, a la ropa tirada, a la cama revuelta, no al inocente desorden de las cosas de todos los días sino a lo que yacía, maligno, debajo del inocuo revoltijo, como un pantano oculto que asomaba por los bordes, el límite de algo sobre lo que era peligroso balancearse, como un oscuro magma que la acechaba y la llamaba y que no era otra cosa, ahora se daba cuenta, que el infinito océano, la muerte al fin y al cabo, la tumba oceánica, azul sí, en la superficie, pero cada vez más negra a medida que el cuerpo bajaba, suspendido y lento, hundiéndose entre miríadas de peces plateados que lo acompañaban, inocentes, sí, y, más abajo, en la oscuridad del abismo marino, otros seres, monstruosos ahora, sí, de filamentos, ¿el infierno?, ¿podía ser un infierno submarino?, lo desechó horrorizada. Andrés jamás podía ir al infierno, su cuerpo bajando blandamente entre las aguas, Andrés la esperaba, en alguna fosa oceánica entre Sumatra y Java, cementerio submarino azul al que le acababa de superponer una idea maligna y se odiaba, se odió por ese pensamiento. Lo cambió de lugar, cambió el infierno de lugar: el caos era el infierno. Había permitido al caos entrar, había traicionado una cuerda central de sí misma, tensa y nítida, como si se castigara (Andrés había muerto, ella no), se había dejado arrastrar, llevar por la corriente de los días, de las semanas, de los meses, un año, hoy, Andrés, los ojos cerrados, la persianas cerradas, los mínimos gestos de sobrevivir, obligándose en una persistencia criminal a alimentar los gatos, sus dioses tutelares, vigilantes y alertas sobre su arrastrarse de caracol apestado, ay dios, cómo los amaba, ahora, podía decirlo, sí, o decírselo, desde aquel momento habitaba un delicado equilibrio lejos de todos, un punto central, indiferente pero despierto. Serena en su aislamiento, seguía su ruta como una astronauta helada. Un año hoy de la muerte en el mar de Andrés. Pero ahora estoy bien, argumentó la señora Vidot, asintiendo, volviendo a ver el pino, dice el doctor que ahora estoy mejor. Qué bueno es estar de vuelta, se obligó a enunciar, mirando absorta las ramas verdinegras, las tupidas ramas de agujas verdinegras donde dos gorriones se perseguían. Se arrojaban en picada al mínimo escándalo del pasto. Un cortejo: uno se contoneaba con las alas abiertas y bajas, lo que le daba el aspecto cómico de alguien satisfecho, con las manos en la cintura.

—¿Sabe de qué hablaba mi abuela cuando deliraba en el hospital? Hablaba de plantas. Usted tiene unas muy lindas acá, muy lindo parque, tranquilo, buen lugar

para leer a Descartes, sabe que...

La señora Vidot se dio vuelta de golpe y Cris cerró la boca. Había algo raro en la mirada de la mujer, algo glacial y lejano. No maligno pero sí distante, casi despectivo, como se mira a un intruso. Ahora le decía que no, que no le alquilaba la pieza.

—Venga, le muestro el lugar.

No lo tuteaba, algo había pasado, sin duda, pero por suerte la señora Vidot no había cambiado de parecer y le había dicho que le mostraría la pieza, se tranquilizó Cris, acostumbrado a repetirse las cosas para su apaciguamiento mental. Pasaron por una amplia sala comedor, que comunicaba, por medio de una puerta vidriada, con un espacio más chico donde se veían un escritorio y una lámpara de pantalla encendida. Le llamó la atención, sobre un mueble, la maqueta de un barco moderno de un tamaño bastante grande. Cris apenas alcanzó a asimilar en una ojeada rasante una multitud de objetos que le resultaron raros, unas máscaras negras que le parecieron africanas y otras cosas, tal vez hindúes, una foto grande de un lugar llamado Dakar, también una especie de repisa con barquitos en miniatura. Sin saber por qué, pasó como cruzando una iglesia, un poco encorvado y tratando de no hacer ruido. Siguió a la señora Vidot a través de la galería y de ahí al parque del ancho de la casa que se extendía unos veinte metros hasta el fondo, donde una cerca baja de listones de madera comunicaba con el último sector del terreno; detrás de la cerca, las ramas desnudas de la enorme copa de un fresno dominaban el cielo nublado; al lado del fresno se levantaba lo que parecía un galponcito. La casa era mucho más espaciosa de lo que parecía desde la calle, donde el frente mostraba la puerta doble del zaguán y, a la derecha, dos ventanas altas con rejas. Aunque lo grande, comprobaba Cris, no era la casa en sí sino aquel fondo lleno de árboles y de silencio. En la mitad del parque, adosada a la medianera de la izquierda, se alzaba una pequeña construcción cubierta, como el resto del muro, por una enredadera. Se notaba más nueva que la casa. Tenía techo de tejas inclinado, las paredes blancas y las ventanas y la puerta pintadas de verde. No podía ser verdad, lo sacudió un impulso de ansiedad, como cuando lo llamaban a contestar en el colegio y no sabía nada. (Esto, tal vez, no está sucediendo, dijo Renato). La señora Vidot lo precedía por un camino de adoquines dispuestos entre el césped que a Cris le pareció el colmo de la perfección: un paso, un adoquín, otro paso, otro adoquín. La señora Vidot caminaba mirando el piso, balanceaba suavemente el cuerpo pero de una manera un tanto mecánica. Llevaba una pollera larga, oscura, un suéter amplio y botas sin taco. Cris escuchó el gorjeo de los pájaros, estaba aturdido. La señora Vidot le producía un ligero sobresalto, tal vez le hubiera gustado que fuera una viejita de rodete, pero todo no se podía pedir.

—Del lado del museo, no; de ese lado los cuidan. Es de este lado donde los abandonan.

Se había detenido de golpe y había dicho eso con aire distraído. Cris contestó Ah y le pareció mejor no hacer ningún comentario. Ella emprendió otra vez la marcha.

Dos gatos echados sobre el césped los miraron, indiferentes. Ulises y Penélope, dijo al pasar la señora Vidot. A Cris se le escapó un ¡Hola! Era la cosa más ridícula que podía haber hecho en toda su vida; la mujer iba a creer que era un retrasado mental. Interiormente saltaba y se reía a los gritos y no podía acostumbrarse a su suerte, a lo fácil que le había salido lo de encontrar un lugar, pero se mantuvo serio (veinticuatro años, universitario). Ahí estaba la señora Vidot abriendo la puerta y mostrándole la que iba a ser su pieza, el piso brillante, la madera del techo barnizada. Una sola cama estaba tendida, en la otra se veía un colchón desnudo. Cris se sintió avergonzado, acorralado. Estuvo a punto de salir corriendo y decirle que no quería alquilar la pieza, que todo había sido un error, que le parecía demasiado chica o algo. Sin saber por qué, hizo todo lo contrario: como un autómatas entró y dejó la valija en el piso. A su espalda, la señora Vidot decía que aquél era el cuarto de huéspedes, que el baño estaba ahí, que aquél era el calefactor, que lo prendiera cuando quisiera, y que lo dejaba un momento. Después, si quería hablar con ella, iba a estar adelante. Cuando Cris reaccionó, la puerta se había cerrado y él miraba por la ventana cómo Marcia Vidot se alejaba con ese caminar mirando el suelo, seguida por los dos gatos, y entraba en la galería.

No se movió; quieto, miró el vacío. ¿Qué edad tendría la señora Vidot? Se notaba que era una mujer grande, tal vez casi como su madre, que tenía cuarenta y siete. El pensamiento le disgustó. Su madre y la señora Vidot pertenecían a planetas distintos, si una era Marte, la otra era Venus. Venus le correspondía a la señora Vidot que, por otra parte, aunque no era linda, era la clase de mujer a la que nunca podría imaginarse como su madre. Dio una vuelta observando la habitación, sin tocar nada. Todavía no podía moverse con soltura. Algo no encajaba, hasta había cuadros en las paredes. Y un baño para él solo. Se sentó en el borde de la cama sin saber qué hacer. Se obligó a pararse y abrió la puerta. El baño lo deslumbró. Cerró suavemente y fue al placard pintado de blanco, abrió la puerta y dio un salto. Ahí estaba él, de cuerpo entero. Se miró de frente y de perfil: uno setenta y ocho, bastante pasable. Los jeans, las zapatillas viejas, la campera. Estaba un poco pálido y con el pelo un poco más largo que lo habitual, pero bastante bien, el pelo estaba bastante bien. Salvo los maníes de la noche anterior y las dos medialunas de la mañana, no había comido nada. No te podés quedar parado como un poste, dijo la voz de Renato. Fue hasta el calefactor y dudó un momento, después lo encendió. Hay cosas urgentes que hacer, siguió Renato: tenés que hablar con Margosián y conseguir un adelanto. Tenés que preguntarle a la señora Vidot cuánto sale el alquiler, esto no es barato. ¿Y si le decía una suma imposible? ¿Y si la señora Vidot andaba en algo raro y por eso le alquilaba tan fácil?, preguntó Renato de repente, como un rayo, tomándolo por sorpresa, ¿si por ejemplo la señora Vidot vendía órganos?, ¿si esa noche alguien entraba en la pieza, lo liquidaba y vendía sus órganos en la Triple Frontera? ¿Cuánto pagaban un hígado, un riñón? Se desprecizó y se dejó caer a lo largo de la cama, la única tendida, la más cercana al baño. Sacó las zapatillas del cubrecama. Era demasiado bueno. Mejor no

acostumbrarme, pensó, mañana o pasado me voy. Buscó en el bolsillo el teléfono del armenio. Compró oro. Cadenas-Anillos-Relojes. Alhajas modernas y antiguas. Brillantes. Plata Platino Oro Blanco. Relojes: Rolex-Cartier. Patek Philippe. Omega. Piaget y otras PRIMERAS MARCAS. Pago en el acto. Pasajes en micro a más de 800 DESTINOS EN LA ARGENTINA. También internacional. Terminal Retiro. MODEL STAR ¿Soñaste ser modelo? Casting gratis... atrás estaba el número.

El cuerpo torcido, los pies fuera de la cama, durmió unas horas hasta que, con un sobresalto y de la misma manera súbita en que se había dormido, se despertó. Miró el reloj: las cinco de la tarde. Enseguida estuvo de pie, extendió la campera sobre la cama y apoyó la valija. Sacó el traje, la camisa y la corbata, y los colgó; los zapatos y los libros que le había prestado Mentasti los puso en un estante junto con los casetes. Para qué los había traído, el walkman era lo único que le venía saliendo mal. Cerró la valija en la que habían quedado sólo las muestras y salió pensando en lo que le iba a decir a Margosían.

No veía por ningún lado a la señora Vidot. Golpeó la puerta de la galería vidriada. Finalmente se decidió a entrar. En la sala el televisor estaba encendido y frente a él, la señora Vidot, sentada en un sillón con las piernas recogidas, no se daba cuenta de nada. Estaba descalza. Cris dijo: Señora Vidot, pero ella no lo escuchó. Golpeó y tosió dos o tres veces hasta que, al rato, ella pareció despertar y dio vuelta la cabeza.

—Señora Vidot, tengo que salir un momento. Por negocios. Cuando vuelva me gustaría hablar con usted.

Ella lo miró como si lo viera por primera vez o como si recordara, perpleja, su existencia.

—Ah, sí. Voy a estar acá.

Cris se quedó parado sin saber qué hacer. Ella miraba otra vez la pantalla. Unos perros de San Bernardo rescataban a un hombre semienterrado en la nieve, uno de ellos tironeaba de la bufanda mientras el otro le zampaba lengüetazos en la cara.

—¿Me va a dar una llave o quiere que llame?

Cris estuvo seguro de que ella todavía no lo había pensado.

—Mejor llame —dijo al fin sin tutearlo—. Estoy levantada hasta tarde.

MENTASTI despertó embotado y con el corazón a los saltos. Miró el reloj: las cinco y media de la tarde. En el pasillo de su departamento estaba por atardecer, faltaba un poco todavía. Esperó a que se le aplacara el pecho. Alguna pesadilla de la que no se acordaba. No era una pesadilla; como un relámpago (era víctima de esos asaltos intempestivos) volvieron la ciudad en la noche, el resplandor de las luces en la lluvia, el viaje en taxi desde Ezeiza, Claudia indagando cuestiones turísticas, él evasivo. No le había traído nada del viaje (ni se le había ocurrido hasta el momento en que ella lo mencionó). Se puso encima un pantalón y una camisa, fue al baño, se lavó los dientes y se afeitó. De medio perfil, desconfiado, escrutó su cara en el espejo. Salvo palidez y cansancio, ninguna otra seña particular. Más repuesto, entró en la cocina y puso la pava sobre la hornalla. Echó yerba en el mate y una cucharadita de azúcar; metió la bombilla y revolvió, puso el mate bajo la canilla de agua caliente y dejó caer un chorro de agua. Chupó y escupió el agua en la pileta. Se cebó el primer mate. En la ventana, el único lujo de sus dos ambientes, empezaba a anochecer.

¿Por qué Wittgenstein? (el viaje había hecho saltar esta cuestión, al fin y al cabo, y ya no podía negarla). Sobre su dedicación al parafilósofo había caído como un manto de escarcha la sospecha de sostenerse en motivos poco claros, tal vez poco serios. El viaje estaba corroyendo su relación con W. como un devastador trago de ácido. Su largo diálogo con W. no era un detalle a escamotear, porque era de eso precisamente de lo que él había estado hablando por carta con Manuel, incontables veces. No era así, se aclaró Mentasti: había estado hablando solo o, sin ninguna lógica, había monologado, mejor dicho, se había dirigido a una caja de madera: la casilla número 1203, del correo central de La Paz. Crispado, repasó el diario personal de su relación íntima con W. puesta ahora en tela de juicio por el maldito viaje y el silencio de Manuel. No lo iba a permitir. Casi se ríe de esta ocurrencia. ¡No lo iba a permitir! La verdad era que seguía delirando un poco, la verdad era que dejaba fluir de cualquier manera lo que quería fluir, afectado todavía por el inmoderado desplazamiento y, quién te dice, por el soroche, detalle nuevo a tener en cuenta en el repaso de sus vacilantes estados de ánimo. Ya pondría orden mañana, o pasado mañana o nunca. El parafilósofo podía esperar, aunque era su propia cabeza la que no esperaba. El parafilósofo sostenía un pensamiento de la destrucción de la filosofía. ¿Era posible un lenguaje despejado de ambigüedad?, ¿querer alcanzarlo no era un mito? El propio W. había gestado su anticuerpo: la lógica pura era un espejismo, querer alcanzarla, una superstición. Regresaba de un lugar donde cualquier especulación, por trivial que fuera, se volvía (se le había vuelto) bizantina. Y ahora él, Mentasti, puesto en tela de juicio: dedicado (era un decir) a una filosofía del lenguaje que se mordía la cola. ¿Había sido infectado por el pragmatismo de Manuel? Mentasti cebó otro mate y quedó absorto en la ventana. Los que trataban con el

lenguaje se balanceaban entre una lógica disecada y una jungla de proliferación de sentidos. El lenguaje: una estructura de cristal en la que se podía llegar a tocar ciertos límites, ciertas regiones peligrosas donde el sentido de las proposiciones y hasta de las mismas palabras se volvía inasible, se transformaba, se daba vuelta como un guante, o se esfumaba en un fantasma de niebla, deshaciéndose en nada. Aquel que se moviera en los bordes de la elusiva estructura de cristal corría el riesgo de sufrir los vértigos del misterio, de la metafísica o de la mística. Categorías (o espejismos) reverberantes, en absoluto científicas, cargadas de ambigüedad y de sentidos múltiples. La gente vivía, amaba y sufría en el lenguaje común, lo que confinaba al otro, al puro y yerto lenguaje de la lógica, a las cuatro paredes de una biblioteca donde tipos paranoicos se entreveraban en argumentos indescifrables. La escena era fácil y de divulgación, se dijo Mentasti impaciente.

Lo imposible de soslayar era que el viaje había puesto en escena esas dos dimensiones contrapuestas: el lenguaje de la vida, el lenguaje de la especulación. Pero, se indignó Mentasti cambiando la yerba sobre el platito y argumentando contra un contrincante invisible, W. no era un espécimen raquíutico de biblioteca, un inaplicable, un remoto de la humanidad: si algo había sido, era un hombre metido hasta el fondo en el barro de su época, sumergido en un mundo devastador, en las trincheras de la Primera Guerra. No era una entelequia pensante. Absurdo que tuviera que tranquilizarse de esa manera tan primaria, tan poco racional. Por otra parte, W. ejercía una indudable seducción y él la había experimentado. Fuera de cualquier tradición filosófica, se volvía difícil de clasificar. Obligaba a pensar, la filosofía no es una doctrina, es una actividad continua, enseñaba. Sin hablar de su modo de escribir aforístico. Russell había sido muy irónico con esto: con el aforismo, W. le dejaba al lector la responsabilidad de una interpretación. El punto era por qué él había llegado a W. ¿Había sido atraído por la indudable *teatralidad* de su existencia? ¿O todo se reducía a un rasgo de inconfesado esnobismo argentino (ah, Manuel), al vanidoso manejo de un discurso casi inaccesible (*parte* de un discurso), que lo justificaba? He aquí el dilema. El prestigioso nombre de W. utilizado como paraguas. W., un tipo que se había jugado literalmente la cabeza en el proceso implacable de indagación de su verdad, y él, Mentasti (todo estaba sujeto a revisión), sin verdad propia, encaramado (¿inmoralmente?) a esa búsqueda. Pero sobre todo, pero sobre todo, pensaba, W. había buscado una ética; en un mundo que se derrumbaba, cuando se había puesto de manifiesto que el sentido de la vida no podía encontrarse en categorías intelectuales sino en la experiencia, W. había buscado una ética. ¿Y acaso él mismo, el modesto profesor Mentasti, ironizó, no había llegado a la solitaria convicción de que la justificación de toda filosofía, de todo pensamiento, era construir una ética? Los tiempos no daban para otra cosa. Ningún tiempo había dado para otra cosa. El mate se había enfriado. Volcándose por la ventana, la noche oscurecía hasta el último rincón del departamento. Volvió a la cocina a calentar el agua.

Todavía le duraba el dolor de cabeza. Sobre el latido doloroso volvió a picotear el

pájaro negro de la duda: ¿el vacío que experimentaba era la fase posterior de la experiencia del viaje o era la consecuencia directa de la actitud de Manuel? *Chi lo sa*. Se acercó al vidrio: el perfil negro de los edificios estaba bellamente perforado por las intermitentes ventanas iluminadas. En una de ellas, Mentasti veía la silueta de una mujer hablando por teléfono. No podía contestarlo. Lo único claro era que había hecho un viaje, y que en ese viaje había sido objeto de un despojamiento.

—HOLA, ¿Margosían...?

Hubo un silencio en la línea, como si dudaran en contestar.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Qué hacés, pibe?

—Necesito ir para allá.

Su voz debió delatar algo porque del otro lado hubo un evidente titubeo. Después la voz fría del armenio dijo:

—Ahora estoy ocupado. Venite mañana a la mañana.

Cris colgó el teléfono público y caminó por el parque. No había nadie en los bancos ni caminando ni paseando el perro. Eligió un banco y se sentó. Para hacer tiempo puso la valija sobre las rodillas y la abrió: inspeccionó las muestras que le quedaban. Tenía que convencerse de que aquello era bueno para la gente, que los hacía felices. El primer paso para vender era mentalizarse, hacerle cantidad de pedidos al armenio, ganar plata y alquilarse un departamento. Aunque podía quedarse a vivir en lo de la señora Vidot. Todavía le costaba creer que hubiera conseguido aquel lugar por pura casualidad. La actitud de ella cuando salió había sido fría y distante. ¿No se habría arrepentido? La cuestión era no precipitarse, decía Renato: parcializar un problema, ir resolviéndolo paso a paso. Si conseguía mantenerse a flote, el año que viene terminaba la secundaria y podía hablar en serio con Mentasti. Seguramente el flaco Pereda había hecho algún estropicio en la clase de la pobre mina de matemáticas. El flaco era ingenioso pero cuando fumaba un porro se creía Dios. Se estarían preguntando dónde se habría metido. Alguno iba a llamar esa noche a su casa. «Se fue», diría su madre. Y así eran las cosas, finalmente lo había hecho. No iba a volver más a Warnes y se las estaba arreglando bastante bien. Cris estaba orgulloso del paso que había dado pero, aunque quería retenerla a toda costa, la euforia de esa mañana en Retiro iba desapareciendo. Si por lo menos hubiera llamado a Melisa, pero tampoco tenía ganas. Todavía no le iba a decir a Melisa dónde estaba. En el otro extremo del banco se había sentado un viejo, con un saco grueso abotonado. La bufanda le daba dos vueltas al cuello, le subía hasta las orejas y por delante desaparecía debajo de las solapas del saco; llevaba encasquetada una gorra a cuadros. Cris ubicó la valija entre las piernas y metió las manos en los bolsillos de la campera. Por hacer algo, se puso a mirar los gorriones y a pensar en ellos. Era extraordinaria la cantidad de cosas que puede hacer un gorrión si uno se detiene a mirarlo, daban saltitos, vuelos cortos rasantes, se espulgaban, se bañaban en la tierra levantando una minúscula polvareda, buscaban comida y todo esto con un frío que pelaba. El corazón debía latirles con una aceleración terrible, un corazón de qué tamaño, ¿qué tamaño podía tener el corazón de un gorrión? Una semilla de naranja,

tal vez menos. Era insoportable. Cris se estiró hacia atrás en el banco y apoyó la nuca en la madera curva; las ramas grises contra la luz fría del cielo gris de la tarde. Empezaba a oscurecer. Iba a hacer tiempo, el suficiente para que la señora Vidot pensara que había estado tratando negocios. Cerró los ojos y canturreó con voz de falsete *esto es efímero ahora efímero como corre el tiempo! tic... tac efímero luces efímeras...*

Abrió los ojos y casi salta en el banco: el viejo lo estaba mirando a una distancia corta. Se había olvidado por completo de su existencia.

—Eh, no te quise asustar.

—No me asustó —dijo Cris enderezándose. Con los dientes apretados recommenzó *es casi hipnótico el tic no alcanza al tac ni me moja el paladar el ritmo efímero...* Sacudió los pies contra el piso de cemento.

—¿Venís siempre por acá? —el anciano le hablaba otra vez; Cris detuvo la canción, la verdad era que le hacía una falta terrible el walkman. El viejo no debía hablar con nadie desde hacía años.

—Nací en este barrio —contestó Cris para no defraudarlo.

—Entonces hace un montón de años —dijo el viejo haciéndose el chistoso.

—Tengo más años de los que parece, si es que se refiere a eso —dijo Cris con aire serio.

—Y yo —dijo el viejo con ojitos maliciosos—, ¿cuántos años te parece?

—¿Que viene a la plaza?

—No —exclamó el viejo echando la cabeza hacia atrás, adoptando como una pose, pero tratando de que no se notara—. ¿Qué edad me das?

El viejo volvió a acomodarse en el banco como para dar la impresión de marcialidad. Los ojos emitieron una chispita. Cris suspiró; ésa era justamente una pregunta que lo sacaba de quicio. Si alguien alguna vez le preguntaba cuál era la pregunta que lo volvía loco iba a contestar que un viejo me pregunte qué edad le doy. Se sostuvo el mentón entre el índice y el pulgar, como hacía Mentasti cuando pensaba.

—¿Noventa y pico?

El viejo se envalentonó, dio un respingo nervioso y los pómulos se le pusieron colorados, lo único que tenía color porque el resto de la cara era gris y las orejas, ahora Cris se las miraba por primera vez, eran gigantescas. Eran las orejas más grandes y carnosas que había visto en su vida: le salían por los costados de la gorra y se metían debajo de la bufanda, y a pesar de eso era casi seguro que el viejo no escuchaba bien. El hombre hacía unos gestos como de tragar y respirar, y hundía y sacaba la boca buscando desesperadamente aire.

—No, espere, espere, me equivoqué. Un error comete cualquiera. Le doy setenta y tres.

El viejo dejó de resoplar, de hundir y sacar, y pudo articular levantando el índice al cielo:

—Ochenta y seis.

—Está bárbaro. No, de verdad le digo, está muy bien de salud para su edad, un estado general excelente. Mi abuelo tiene setenta y tres, por eso le dije esa cifra, y parece su abuelo. Juega a las bochas día por medio. Yo creo que es un ejercicio violento. Se dice que las bochas son algo liviano, pero están equivocados.

—Vos no sabés nada de nada, ni dónde estás parado —dijo rencoroso el viejo con voz aflautada y empezó a resoplar otra vez, como una locomotora calentando motores. Cris pensó que le podía dar un ataque.

—Tiene razón. Hablemos en serio. Resultó un hombre de carácter. ¿Usted vive por acá? ¿Es del barrio?

El hombre le clavó la mirada ladeando el cuerpo. Toda la cara tenía un suave color rosado, un color más saludable. No habló.

Cris sacó la mano del bolsillo de la campera y la extendió por arriba del banco, cruzando el espacio entre los dos. El viejo no esperaba esto y otra vez dio un respingo nervioso, aunque menor que el primero. Lo volvió a mirar. Cris estaba serio. El hombre extendió una mano flaca y huesuda y se saludaron sin decir palabra.

—En serio —insistió Cris sentándose de costado para verlo mejor—. ¿Usted es del barrio?

—Desde hace cincuenta y cuatro años vivo en Parque Centenario —dijo el hombre. Sacó un pañuelo blanco con una raya bordó, perfectamente doblado y planchado, y se lo pasó de un lado y del otro de la boca. Volvió a guardarlo parsimoniosamente.

A Cris le gustó el gesto, le hubiera gustado que lo repitiera; ahora sentía un interés completo y urgente por ese hombre. No quería que se levantara y se fuera, quería quedarse con él conversando en el frío del parque; que le contara toda su vida; mejor, que le hablara de la vida, de todo lo que se le ocurriera. Que filosofara. Un hombre a los ochenta y seis podía filosofar, esto se lo tenía que decir a Mentasti: un hombre viejísimo podía filosofar. No había nadie más que ellos dos en varios bancos y árboles a la redonda y estaba oscureciendo muy rápido.

—Una pregunta, ¿usted en qué trabajaba?

—¿Yo? —dijo asombrado el viejo, abriendo todo lo que podía los ojos celestes. Era como si no le hubieran hecho esa pregunta en cien años.

—Sí. En qué empezó trabajando —Cris sentía crecer un entusiasmo desmedido, imparable.

El viejo dejó que la pregunta anduviera por su cabeza, la miró desde todos los ángulos, la encontró aceptable y pareció acostumbrarse. Se acomodó un poco en el banco y metió las manos en los bolsillos de los pantalones, gesto que al parecer de Cristóbal le bajó veinte años.

—Bueno, en el 29 yo empecé el corretaje en Terrabusi; cuando el viejo Terrabusi puso la fábrica se necesitaron vendedores. Un muchacho que supo ser un gran amigo ya estaba en Terrabusi. Te hablo del año treinta, después de la conscripción, porque

este muchacho ahora fallecido y yo estuvimos juntos en Palomar, me hizo quedar fijo. Por él empecé el corretaje.

—¿Qué es el corretaje? —Cris lo miró expectante. Rachas de gente corriendo medio enloquecida, entre ellos el viejo, pero joven. Miró directo la cara arrugada, sumergida en dos vueltas de lana.

El viejo se encogió de hombros.

—Qué pregunta. Corretaje, ir a los negocios con las muestras a levantar pedidos, después la fábrica se los manda. Yo tuve cualquier cantidad de clientes. Una carpeta muy buena.

Cris se sorprendió de verdad. Sintió un vacío en la cabeza.

—Yo hago lo mismo —casi grita—. Yo hago el corretaje —se sentía eufórico y con un hambre terrible—. Qué casualidad venir a conocernos en este banco. Usted seguro tiene algunos secretos del oficio, deme alguna lección. Edúqueme, señor... Perdome, ¿cómo es su nombre?

El viejo lo miraba desconfiado.

—Román, Eliseo Román —recitó al fin más tranquilo el viejo.

—Don Román, deme algunas lecciones, edúqueme en el corretaje. Creo que hoy me voy a independizar.

—¿Qué vendés? —dijo el viejo, desempolvando un gesto de suficiencia que no debía usar desde hacía medio siglo, así le pareció a Cris.

Cris se apresuró a levantar la valija y a ponerla sobre el banco, entre los dos. Con un gesto rápido abrió la tapa. Tenía las manos heladas y en el estómago un vacío en expansión. El viejo se asomó por encima de la tapa con curiosidad genuina. Cris revolvió entre el sacacorchos musical, el perchero de pared luminoso, la radio-zapatilla, el cenicero para dejar de fumar y las cinco tarjetas musicales que se habían salvado de la catástrofe.

—Mire —exclamó Cris; una ansiedad difícil de controlar le recorría el cuerpo como una polea cada vez más rápida. Un escape nervioso de energía que buscaba descontrolarse. Cerró de golpe la tapa de la valija, puso arriba el cenicero, salió disparado y buscó una rama en el suelo. Cortó un pedacito. El viejo lo miraba hacer sin expresión. Se sentó otra vez. Levantó el pedazo de rama, del tamaño de un cigarrillo, a la altura de los ojos del viejo, hizo como que daba una pitada y que lo apagaba contra el cenicero ejerciendo una ostensible presión. Inmediatamente una voz hueca, de muñeco mecánico, salió del cenicero: *Cof, cof. ¡Don't smoke! Cof, cof. ¡Don't smoke!*

Cris miró al viejo unos segundos; parecía no entender.

—Quiere decir «no fume» en inglés. Nada en la otra cara. —Hace como que tose... es por el cigarrillo. El viejo ahora sacudía la cabeza. Sin hacer comentarios, él mismo volvió a levantar la tapa de la valija y curioseó, revolviendo las cosas.

—¿Y todo esto para qué sirve? —dijo al fin. Las manos huesudas y arrugadas palpaban la mercadería, la daban vuelta, la abrían, la doblaban, la plegaban—. Esto se

rompe enseguida, no está hecho para durar. Y encima en inglés —concluyó sin énfasis—. Con esto se engaña a la gente.

—Yo no engaño a nadie —saltó Cris, más molesto de lo que quería admitir.

El viejo lo miraba irónico, dueño ahora de la situación, con simpatía.

—Tenés que dedicarte al ramo comestibles; la gente siempre come, entonces la gente siempre compra. Mirá Terrabusi. ¿Quiénes hacen estas cosas?

—Los chinos.

—Los chinos, y por qué no vendés cosas hechas acá.

—Qué quiere que venda, ¿boleadoras?

—Podría ser —dijo tranquilamente el viejo.

Se levantó y se acomodó los pantalones.

—Se me hizo tarde —dijo—, y hace frío. Vos andás desabrigado.

Cris también se paró, aunque no iba a ninguna parte.

—Hasta la vista. Acordate: el ramo comestibles, es el mejor.

—¿Vive cerca, don Román?

El hombre se detuvo a unos metros y desde ahí lo miró.

—Andate a tu casa que hace frío. Vivo a la vuelta —y señaló una cortada, a una cuadra de lo de la señora Vidot.

Cris se quedó solo mirando la espalda del viejo que se alejaba lentamente. En ese momento se encendieron las luces del parque, pero lejos de alegrarlo, esto le dio un aspecto inesperadamente sombrío. La mole oscurecida del Museo de Ciencias Naturales recortaba su perfil de fortaleza entre los árboles, contra la luz de la avenida. Cris se dio ánimo. Necesitaba hacer un poco más de tiempo para que la señora Vidot creyera que había estado ocupado en algún negocio importante que le daba plata para pagar la pieza. Caminó a la deriva por el parque helado y desierto; cruzó Díaz Vélez y entró en un bar. Puso la valija en una silla y la acercó a la suya. Revolvió en los bolsillos y sacó algunos billetes entre el manajo desordenado de papeles Mitos argentinos, bife de chorizo \$6, Tango Show En el corazón de San Telmo, Sex shop El lado oscuro vibradores desarrolladores peneanos prótesis realísticas lencería videos. MODEL STAR ¿Soñaste ser modelo? Casting gratis... ¡CUÍDESE LA BOCA! Dentistas al alcance de todos...

El mozo esperaba al costado.

—Me trae un pancho.

—¿Solo?

Cris lo pensó; era su cumpleaños, al fin y al cabo, podía seguir festejando un poco.

—Con una Coca.

... por el aniversario 100 de la clínica ¡CARIES GRATIS! Coronas de porcelana — Odontopediatría. Antigüedades ¡¡REMATO!! muñecas (*dolls*) platería (*silver*) lapiceras (*pen*) juguetes (*toys*) alhajas (*jewels*). Más de 24 millones de pies curados Piecidex te aconseja sobre el contagio, sobre la picazón, sobre el enrojecimiento, ¡¡BASTA DE

DOLOR!!: tengo el agrado de dirigirme a usted y su familia para ofrecerle mis servicios en una terapia completamente peruana que trabaja la enfermedad referente (masticaba y leía). Ejemplos de algunas enfermedades tratadas: Angustia, Edemas, Cistitis, Várices, Codo de tenista, Hemiplejias. Cris separó la plata. Contó meticulosamente lo que necesitaba para el pancho y la Coca y pagó. Guardó los volantes y levantó la valija. Afuera, el frío húmedo le embistió el cuerpo. Caminó sin apuro, una mano en el bolsillo de la campera, la otra balanceando un poco la valija. Ahora éste es mi barrio, pensó Cris, echando una mirada circular a la arboleda sombría. Descubrió un ángulo iluminado del edificio de Amigos de la Astronomía por cuya puerta se filtraba un débil resplandor amarillento. Cris se detuvo a mirar de lejos el efecto de aquella luz entre los árboles y se vio como el héroe de una historia, perdido en el bosque una noche de tormenta, descubriendo, al borde de la desesperación, una pequeña cabaña iluminada en medio de la soledad. Se parecía a la historia de Renato. Siguió su camino. Al fin lo había hecho, reflexionó asombrado; lo que había imaginado tantas veces, sucedió. Por ahí se lo debía a la gotera del techo. Un entusiasmo explosivo le hizo hormiguar el cuerpo: no tendría que ver más al polaco, ni siquiera de pasada. Se rió solo, en voz alta; le dieron ganas de salir corriendo, de hacer porque sí, para nadie, la cara de lunático desencajado. Frente a la casa de la señora Vidot, recompuso el gesto serio de alguien que volvía, con alguna preocupación, de hacer negocios en la city. Apretó el timbre. La señora Vidot le abrió la puerta con una revista en la mano. Cris tuvo la impresión incómoda de que siempre la interrumpía.

Mientras la seguía por el living no se le ocurrió ningún tema de conversación interesante. Sintió caer sobre él el cansancio de un día que no se acordaba cuándo había empezado.

—Hasta mañana —dijo Cris, con el tono más amable que encontró.

—Hasta mañana —contestó ella con voz apagada.

Una vez en su pieza, Cris se despabiló. Entre el regocijo y el asombro, volvió a hacer una recorrida. No sabía bien cómo había sido, pero su decisión lo había traído hasta este lugar. Al calor de la estufa, la pereza lo envolvió como una frazada aflojándole el cuerpo; la dispersión de los últimos dos días le vino a la cabeza en un desfile alocado: su madre, la mujer y el chico en Retiro, la sombra del polaco tras la vidriera del negocio, los pibes de la esquina, la señora Vidot... ancló en don Román. Don Román le pareció extraordinario, una reliquia viviente. Si alguna vez le hacían la pregunta ¿qué persona le resultó interesante en su vida? Contestaría don Eliseo Román. Una de las personas, aclaró, porque también estaba Mentasti. Se sacó las zapatillas y se tiró vestido en la cama. Se levantó, fue hasta la puerta y la cerró con llave. Creía que se iba a dormir parado y ahora estaba desvelado, inquieto. En el baño se miró en el espejo. Abrió y cerró las canillas; se había olvidado el cepillo de dientes. Mañana se iba a bañar, hoy no; además, no tenía toalla. Se tiró otra vez en la cama. El cansancio le cayó a plomo sobre el cuerpo. Comestibles; eso era algo antiguo, para almaceneros. Él compraba y vendía manufacturas de Taiwán. «La

filosofía no se compra ni se vende», decía el profesor Mentasti.

«La filosofía no se compra ni se vende», había dicho Mentasti en la clase de hacía cuatro meses, a principios de año, cuando había hablado de Renato. «El pensamiento es pura especulación, pertenece al orden de las cosas gratuitas, que no entran en el mercado. No es un bien de consumo, ahí reside su valor. No digo el saber, porque el saber, el conocimiento técnico de un área específica, es lo que tiene hoy día mayor cotización, hablo del pensamiento, de la especulación pura: quiénes somos, para qué vivimos, cómo conocemos. Todavía los hombres producen hechos y bienes que quedan fuera de cotización. Cuando eso no ocurra más, algún derrumbe va a suceder. Mientras tanto vivimos en plena transición. Por eso hay que trabajar para la inutilidad. En el paraíso de los mercachifles vamos a sostener esta hipótesis: lo único bueno es lo que no se vende, lo que no se usa, lo que no es útil». De alguna manera él trabajaba con cosas inútiles, si no ¿a quiénes les servían esas pavadas chinas, como dijo don Román? Anteojos dobles con viseras, gorras con audífonos, copetineras musicales. «Antes, siglos atrás, el mundo era el problema», decía Mentasti en aquella clase sobre Renato, «y el hombre iba hacia él para conocerlo. En la edad de la razón (en alguna clase anterior Mentasti había dicho que ellos estaban justo en la edad de la razón, el mejor momento para filosofar, y se había reído), en la edad de la razón el centro del mundo se instala en el hombre, en su razón, en su logos. Desde ahí empieza a contemplar el mundo. En la razón es donde Descartes busca un punto de apoyo. Como Arquímedes en la antigüedad, que pedía un punto de apoyo para mover el mundo, una palanca, así Descartes busca una base para poder pensar. Un lugar firme desde el cual partir. Y lo había encontrado, había ido retrocediendo, desechando la incerteza, quedándose sin nada en el camino, hasta que estuvo solo, desnudo de todo concepto, rodeado de un gran silencio y también de una gran oscuridad (esto no lo había dicho Mentasti, él se había imaginado a Renato en medio de la noche sideral) y desde allí había formulado: *cogito ergo sum*, pienso luego existo». Aquella primera clase en que Mentasti habló de Descartes, Cris la recordaba por muchos motivos. Su cabeza funcionaba como un radar ese día; hacia fuera era capaz de captar lo que ocurría en el aula hasta en el más mínimo detalle: cómo en el último banco, con una cautela de presidiario, el flaco Pereda se deslizaba hacia un costado de la espalda del gordo Di Tomassi, cómo el sol opaco daba sobre los vidrios sucios de las ventanas, cómo se concentraba Mentasti. Hacia dentro iba comprendiendo lo que el profesor decía palabra por palabra, las frases caían en su cabeza y hacían asociaciones, producían círculos de ideas que se expandían, alcanzando zonas cada vez más lejanas. Hacia fuera, mientras Mentasti hablaba, el flaco Pereda trataba de colocar un forro desplegado en el hombro de Di Tomassi, sentado adelante. La intención era que Di Tomassi, embelesado en la contemplación de un reloj color oro y tamaño olla que le había traído el tío del Paraguay, no se diera cuenta de que llevaba esa escarapela. El flaco avanzaba milímetro a milímetro y ya había superado el hombro del gordo cuando Mentasti cerró la boca. El silencio los tomó a todos desprevenidos. Miraron al

profesor: se le había helado la cara.

—Pereda —había dicho Mentasti—. ¿Qué estás haciendo? —Antes de que Pereda pudiera reaccionar, siguió—: Guardá ese forro para una ocasión mejor. Ahora salí, te podés ir al patio o a donde carajo sea, pero acá adentro no te quiero ver más.

Lo dijo sin violencia, pero en el aula no volaba una mosca.

—Miren —siguió con un tono distinto del que empleaba todos los días—, esto es así: si hay una materia a la que no están obligados a venir es a ésta. No sé si lo entienden, si lo entienden ya algo han avanzado. Nadie puede obligar a nadie a estudiar filosofía, a interesarse por el pensamiento, a conocer cómo se piensa, es una *contradictio in adjecto*. No entienden nada de lo que digo porque es latín y porque son unos burros. Así que al que no le interesa se va. Me hacen un gran favor, vamos, salgan. No voy a estar acá hablando al pedo.

Mentasti era el profesor más mal hablado del colegio, y eso lo hacía excelente; ayudaba el hecho de que en la división no había mujeres. Nadie dijo una palabra. Aunque la materia no le interesaba a la mayoría, a Mentasti todos lo respetaban.

—No me jodan, salgan. A ver, vos Pereda, vos García, vos De Santo, vos, vos y vos. Se van a dar una vuelta por ahí. No quiero que estén en mi clase. Ni hoy, ni hasta fin de año.

Cuando salían, Pereda hizo una mueca para el público, pero no tuvo eco. Mentasti cerró la puerta sin ruido. Se tomó la mandíbula y se restregó un poco el mentón, como el que piensa o como el que quiere recordar en qué punto estaba, y siguió hablando. Eso era lo que más le gustaba de Mentasti. No era un tipo rencoroso, no le importaba de verdad que se hubieran ido, que no les interesara la clase. Seguro que a fin de curso les iba a dar una mano. Pero una vez que decidía algo era inapelable.

—Descartes busca primero en lo que el hombre tiene a mano, de primera intención, busca las leyes de la ciencia y del conocimiento en lo que él llama «el gran libro del mundo». ¿Y qué le pasa con el mundo?: su enorme diversidad, su incoherencia, su multiplicidad lo abruma; el mundo le parece un caos y hace que desista. ¿No nos parece hoy el mundo un caos, les pregunto? Silencio total, se contestó Mentasti. Sigo, entonces, ¿qué hace un día Descartes? Él mismo nos lo dice: «me resolví un día a estudiar en mí mismo». Se repliega, deja el mundo, va a buscar la razón donde la razón reside: en su propio interior, en su propio logos. ¿Alguna vez hicieron ustedes algo parecido?, ¿buscaron hacia dentro para saber no ya quiénes son sino cómo piensan, de qué manera sucede eso que caracteriza a nuestra especie y que llamamos pensar, reflexionar sobre uno y el mundo, desentrañar la cantidad de prejuicios (esto ya lo vimos dijo Mentasti, cómo se construye el prejuicio, cómo el prejuicio es una construcción social, y él no había tenido idea, se perdió totalmente, porque había faltado ese día a clase, pero esto no le impedía ir entendiendo lo que decía el profesor) que modelan o distorsionan nuestra apreciación del mundo? Piensen en esto y en algo más. Descartes, como Leonardo, como Sócrates, como Shakespeare, era un ejemplo de «el Hombre» en su expresión más alta, el hombre en

la plenitud de su razón y de su ser, histórico, poético, estético, político. Un hombre puesto por sí mismo en el límite. Ahora anoten esta frase, este aforismo, de Guillermo Boido, un poeta argentino: «A veces el Hombre no cabe en un hombre». Me estudian Descartes y piensan qué quiere decir Boido, me lo traen pensado para la próxima. Pensado y anotado.

A él, durante la semana, le pareció una frase muy oscura, pero en un momento había empezado a encontrarle un sentido y mientras pensaba en ese sentido se iba sintiendo cada vez mejor, como el que resuelve un problema. Pero cuando a la clase siguiente Mentasti preguntó si habían pensado en la frase, nadie levantó la mano y él tampoco, aunque le hubiera gustado hacerlo nada más que para que Mentasti viera que no iba de gusto a aquel colegio asqueroso, que no todos eran degenerados como Pereda o De Santo. Pero ya el profesor, sin importarle al parecer su fracaso con la tarea que les había encomendado a sus alumnos, cosa a la que estaba acostumbrado, había empezado diciendo que abrieran la mollera, que avivaran el seso, que la frase podía bien referirse a la relación entre nosotros, ustedes dijo (y allí sintió que lo que había pensado no tenía nada que ver con lo que estaba diciendo Mentasti, que estaba todo mal), y Descartes, porque Descartes bien podía llegar, a veces, a habitarnos (dijo *habitarnos*); pero sin duda, a veces no, a veces ni siquiera se alcanzaba a comprender qué significado tenía el pensamiento de este hombre excepcional, a veces ese pensamiento ni nos rozaba, ni lograba un contacto aunque fuera fugaz con nuestra gruesa piel de elefantes; a veces era pereza mental de nuestra parte, ignorancia; a veces pura y simple indiferencia o peor, imbecilidad moral: entonces era cuando el Hombre no cabía en un hombre. Descartes no cabía en nosotros, dijo, le quedábamos chicos. Le quedábamos como veinte, treinta talles más chico. Lo mismo pasaba con Kant o con Tolstoi, agregó, pero Cris se jugaba a que ninguno en la clase entendió qué quiso decir Mentasti con lo último, porque nadie ni remotamente había leído a esos autores. En cambio Mentasti había leído como un desquiciado.

A la salida se había acercado al profesor que ya se iba por el pasillo y sin preámbulos le había dicho: Lo de la frase y todo eso ¿quiere decir que si lo leo y lo entiendo a Descartes, soy como Descartes? Mentasti esperó un momento, miró el techo, y después dijo: Si entendés plenamente lo que Descartes escribió, aunque sea una frase, en ese momento sos Descartes. Estás poniendo en juego los mismos procesos de pensamiento. Ahora bien, probar que eso ocurra, ya es otro problema.

—Otra pregunta —se había animado Cris—. Usted dijo que Descartes deja la experiencia, que Descartes no mira más alrededor, el mundo, que busca en su mente, ¿no?

—Se puede decir así.

—Entonces todo pasa en su cabeza. La de él, o la de cualquiera.

—A ver, a ver. —Mentasti miró furtivamente la hora.

—Que yo le puedo decir, por ejemplo, que en este pasillo hay una vaca y usted me puede decir que no, pero en mi cabeza pienso que en este pasillo hay una vaca, y

eso no es imposible. ¿De dónde empiezo?, ¿de lo que yo pienso en mi mente o de la realidad, de afuera? Quiero decir, para armar un pensamiento sobre el mundo, ¿por dónde se empieza?

A Cris le ardían las orejas. Mentasti se había quedado mirándolo. Antes de seguir apurado hacia el otro curso, le había dado dos palmaditas en el brazo y le había dicho: «Ahora tengo otra clase, pero ya vamos a hablar». Dos semanas después, Mentasti lo había felicitado por la prueba sobre Renato, le había dado la carta «para sus padres», había hablado varias veces con él en el colegio y lo había invitado a ir un día a su casa «para hablar de varias cosas». Mientras tanto, él había llevado la carta a su madre, que no había pronunciado ni una sola palabra, ni había hecho un solo comentario.

Cuando una semana más tarde, a la noche, dijo en la mesa que un profesor, el mismo de la carta (su madre, nada), le había preguntado si iba a seguir estudiando cuando terminara el colegio, lo dijo mirándola a ella, pero el que contestó fue Poteki. Levantando la cara del plato, preguntó:

—¿Estudiar para qué?

Había querido decir para qué profesión: ¿para médico, para ingeniero?

Cris se dio cuenta de que no podía contestar.

—Estudiar —dijo solamente, pero no lo miraba a él, la miraba a ella. Como siempre, su madre dejó la conversación y el tema de su hijo en manos de su segundo marido. Esto exasperaba a Cris más que ninguna otra cosa.

—Más vale que te quedes en el negocio a ayudar. Tu madre no te va a estar manteniendo toda la vida.

—No me gusta el negocio.

La situación se había vuelto tensa y él quería llevarla lo más lejos posible.

Como regocijado, Poteki sacudía la cabeza a un lado y a otro mirando el plato.

—Así que no te gusta el negocio. Qué pasa, ¿tenés miedo de ensuciarte las manos? —Largó una risita sarcástica.

—No me gustan los bulones ni los compresores ni las juntas ni los amortiguadores. No sirven para nada. Nunca voy a tener un auto.

—A eso ponele la firma —la furia del polaco aumentaba mientras él se volvía frío y suicida con aquel tipo a quien una vez había visto levantarle un fierro a un cliente y casi partirle la cabeza por una cuestión de plata.

—No quiero morirme lleno de grasa.

—Cris, callate —dijo su madre, alarmada.

Sin darse cuenta había cerrado los puños. El polaco lo taladraba con ojos de chancho.

—Te voy a romper la cabeza, mocososo de mierda. Agradecé que aparecí en tu vida, o qué querés ser, uno de esos mariconcitos que tienen miedo de ensuciarse las manos.

La silla se dio vuelta y uno de los platos se estrelló contra el piso. Lo que Cris

sintió a continuación fue el cuerpo blando de su madre haciendo una fuerza desesperada contra el suyo, que se abalanzaba sobre el polaco, quien, sorprendido, no había alcanzado a levantarse de la silla. Su madre cayó sentada sobre las rodillas del marido; fue tan grotesca la visión que Cris despertó como de un trance. Una frialdad eléctrica cayó sobre él dejándole una palpitación seca en las sienes. Aflojó los dedos, que le dolieron. Subió a la terraza y se encerró en su pieza. Al día siguiente había ido a lo del armenio y había invertido todos sus ahorros en las tarjetas de Navidad: «En diciembre las vendés al triple», le había aconsejado el mayorista importador. Y él puso en diciembre la idea de independizarse. Desde entonces no había vuelto a hablar con el marido de su madre ni a sentarse a la mesa.

Cuando las cosas retornaron a una cierta calma, decidió llamar a Mentasti para avisarle que pasaría a hacerle la visita de la que habían hablado en el colegio. El profesor se mostró entusiasmado y él se preparó metódicamente para la entrevista porque sabía que iban a salir temas importantes. Mentasti vivía en un departamento de contrafrente en el barrio de Almagro. Cris se había sentido algo decepcionado. El edificio no era nada del otro mundo y el ascensor, bastante desvencijado, tenía puertas enteras, metálicas, pintadas de verde claro, Boca capo, River puto, aquí vivo yo, políticos a la cámara de gas, Deborah te amo, devuelvan la llave de la terraza, mientras subía Cris se había imaginado al propio Mentasti dejando alguna inscripción pesada. El profesor llevaba una doble vida: de día daba clases de historia y filosofía en el colegio y a la noche se drogaba, meaba en las puertas de los departamentos y con un cortaplumas garrapateaba mensajes pornográficos en el ascensor, hasta tal vez podría llegar a ser un violador serial. La idea le pareció algo grande, el tema fenomenal para una película, algo como lo del doctor Jekyll y mister Hyde, que había leído, pero moderno y en Buenos Aires; se lo tenía que comentar a Mariano. La cara de Mentasti, sin el adorno de ninguna mueca diabólica, apareció del otro lado de la puerta con la sonrisa tranquila que le conocía de clase. Estatura mediana, sólido, pelo corto con entradas bastante pronunciadas, debía tener como treinta y pico, a lo mejor hasta cuarenta por las arrugas paralelas que le cruzaban la frente. Estaba de jeans y camisa también de jean afuera del pantalón, usaba zapatos leñadores. Filosofía barata y zapatos de goma. Cris estaba pensando si el profesor se bancaría ese chiste, cuando Mentasti lo sorprendió por completo al reaparecer con una chica a la que le presentó como Claudia, una amiga. Cris se sintió descolocado. De manera un poco desmañada le había dado la mano. Se hizo un momento de silencio, en medio del cual una idea apareció perturbadora y clarísima en su mente, como iluminada por varios reflectores: habían saltado de la cama y se habían vestido a los apurones para abrirle la puerta. La certeza fue fulminante. Se sintió tremendamente nervioso y no terminaba de acomodarse en la silla. La chica buscaba la cartera y el saco de lana mientras hacía comentarios sobre que estaba buscando la cartera y el saco de lana. Cosas de una estupidez increíble para alguien que acababa de acostarse con el profesor de filosofía. «Me voy a poner el saco porque seguro que hace frío», o algo

así dijo. Ahí lo había mirado con esa mirada alentadora de las mujeres que creen que todo pasa a su alrededor, que todos están pendientes de las pavadas que hacen, seguramente para que él le dijera que sí, que se pusiera el saco que afuera hacía frío. Era una morocha bastante impresionante. Decidió ignorarla mientras hacía como que miraba apreciativamente el departamento. Lo bueno de verdad era la ventana que daba a un espacio de centro de manzana enorme y vacío, abajo parecía extenderse una gran playa de estacionamiento abandonada, más lejos los edificios de las calles vecinas, del barrio, se abrían en un semicírculo de crestas irregulares que dibujaba el perfil de una ciudad completa vista desde cierta distancia, o parte de la ciudad, que ahora empezaba a encender las luces. Le gustó demasiado esa ventana y le costó darle la espalda. Solamente dos ambientes chicos, pero había que ver la cantidad de libros que tenía Mentasti. La biblioteca ocupaba una pared entera y la mitad de otra, hasta el techo, y descubrió que el pasillo también estaba lleno de libros. Le llamó la atención un cuadro muy alargado que ocupaba la única pared sin biblioteca, una reproducción llena de rayas irregulares y manchitas. Fue a hacer como que lo estudiaba más de cerca mientras le echaba una mirada de reojo. Para qué le había dicho Mentasti que fuera si iba a estar con la novia. Al fin, la chica, que no era tan chica, debía tener como veinticinco años, tal vez más, se fue. Mentasti la acompañó hasta el ascensor y dejó la puerta del departamento abierta. Desde el pasillo le llegó la risa de ella. La risa terminó de ponerlo nervioso; sabía bien a qué correspondía esa risa, no era una risa como puede ser la de un chiste, era una risa intencionada que aludía a lo que había pasado antes que él llegara, a la escena en el dormitorio mientras él subía ingenuamente por el ascensor. La chica desnuda con el pelo desparramado al borde de la cama, colgando hacia el piso y Mentasti encima de ella. Justo hoy que él tenía que venir. Como si se evaporaran, todos los razonamientos que tenía preparados se le fueron de la cabeza. Era sensible a la presencia femenina y ahora no podía recuperar ni siquiera el interés que le había despertado la invitación de su profesor de historia y filosofía. Ni siquiera la tranquilidad. Tenía las orejas calientes, seguramente coloradas, y se sintió furioso. Mentasti volvió a entrar en el departamento con una media sonrisa distraída en los labios.

—Te interesa Pollock —dijo señalando el cuadro. Cris escuchaba ese nombre por primera vez, pero ya el profesor seguía—. Es una muy buena reproducción, me la trajo una amiga. ¿Querés tomar mate, un café? —pasó derecho a la minúscula cocina mientras él volvía a sentarse en lo que hacía de comedor. La mesa estaba llena de libros y apuntes.

—No, gracias. La verdad es que estoy apurado, pasé un momento para saludarlo. Mentasti lo miró desde la puerta de la cocina.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? —dijo (y quién más hay acá, imbécil, dijo la vocecita que conocía tan bien)—. Nada, qué me va a pasar.

Se concentró en un ángulo del techo.

Mentasti no dijo nada. Volvió con una bandeja con tazas, azúcar, el Nescafé y una pava de agua caliente. Dejó todo sobre la mesa y lo miró.

—Vos tenés pasta.

—¿Yo? —otra vez, idiota.

Mentasti, que empezaba a preparar el café, levantó la cabeza y lo miró irónico.

—Sí, vos, con quién más voy a estar hablando —se concentró en la tacita mientras revolvía con la cuchara—. El otro día con lo de la vaca en el pasillo, me dejaste bastante impresionado —se rió—. Hay una anécdota, una discusión sobre lógica entre Russell y Wittgenstein, pero ahí interviene un hipopótamo..., lo curioso o lo notable es que, vos tenés dieciséis, ¿no?, es que ciertas ideas pueden darse... —Mentasti se detuvo y lo miró, no pareció encontrar nada en su cara de lo que esperaba encontrar porque empezó a echar agua caliente en los pocillos. Después de un minuto en esta tarea, dijo en otro tono—: ¿Qué pensás hacer cuando terminés el colegio?

Todo se desarrollaba tal como él lo había imaginado en su pieza de Warnes: se sucedían las preguntas de Mentasti a las que él, sin dificultad, iba dando una tras otra las respuestas planeadas cuidadosamente. Salvo lo del hipopótamo que no tenía ni idea a qué se refería el profesor y que parecía una broma, había pasado dos días haciendo la lista de los temas y las citas de Renato. No fuera a ser que Mentasti creyera que lo del examen había sido una casualidad. Ahora estaba en blanco. La chica desnuda atravesada en la cama había destruido su esfuerzo por ser coherente. Las mujeres siempre distraen, tenían esa maldita cualidad, sobre todo las que eran como la que se acababa de ir, una morocha muy fuerte, de pelo largo, bastante alta. Si llegaba a pasar por delante del colegio a la hora de la salida, los comentarios de sus compañeros no le iban a gustar a Mentasti. Sobre todo los comentarios del flaco Pereda y de De Santo no le iban a caer nada bien al profesor, en el supuesto caso de que anduviera rondando por ahí, esperando que su chica lo viniera a buscar mientras observaba disimuladamente a los degenerados de sus alumnos.

—¿Tanto te cuesta pensarlo? El año que viene terminás.

—No sé. Voy a tener que trabajar. Ya estoy trabajando.

Ni loco pensaba decirle a Mentasti lo del armenio.

—Entiendo. Pero podés trabajar y estudiar. ¿Tus viejos te ayudarían?

Acá la risa de él fue sincera; se le escapó como un graznido que lo dijo todo. Cris quedó bastante satisfecho con esa risa que, a su juicio, dejaba cualquier comentario de lado.

—Bueno, te hice venir porque quiero proponerte algo. —Mentasti empujaba hacia él el pocillo de café y la azucarera. Era un tipo fenómeno, no le importaba hacer las cosas de la casa, llevar la ropa al lavadero, a nadie se le iba a ocurrir decirle nada. Negó con la cabeza cuando Mentasti le ofreció un cigarrillo.

—Te digo la verdad. En los años que llevo en este colegio, y en otros con chicos de más posibilidades económicas, nunca tuve un alumno tan bueno como vos. Cómo te lo explico; tenés una relación natural con el pensamiento —Mentasti le estaba

hablando en serio—. Tu trabajito sobre Descartes es mucho más que una prueba de colegio. Te instalás en el pensamiento desde adentro, no lo aprendés, no repetís, ¿me entendés? Por ahora es algo primario, muy intuitivo, pero el texto no es una dificultad para vos, lo podés asimilar, conceptualizar sin intermediarios. —Lo miró con simpatía—. Mirá en lo que te venís a destacar, en algo que no sirve para nada.

Mentasti se rió. Aturdido por los elogios, él no supo qué contestar. Las operaciones brillantes de su cerebro se daban en la madrugada, en la soledad de su cuarto asqueroso, cuando pensaba el asesinato perfecto del polaco o cuando admiraba sinceramente a Renato. O cuando le decía alguna mentira a Melisa sobre la importancia de los horóscopos chinos y el ocultismo mientras trataba de tocarle las piernas o le metía la mano debajo de la blusa. El silencio se prolongaba.

—Profesor, ¿usted cree que el ocultismo es filosofía?

Mentasti lo miró como si se hubiera vuelto loco de repente. De todos modos, contestó.

—¿La magia? No, es un pensamiento de otra índole. —Como si le concediera algo, el profesor prosiguió—: No busca explicaciones causales, no necesita ni de hipótesis ni de pruebas. Te quería decir esto: en unos dos meses, después que haga un viaje, voy a dar un curso aquí, en mi casa, para alumnos buenos como vos, incluso para algunos que están empezando la facultad. Toda gente muy joven. Me gustaría que vinieras. Te voy a confesar que quiero hacer un experimento con vos. ¿Oíste alguna vez nombrar a Wittgenstein?

Él negó con la cabeza. Jamás había escuchado semejante nombre.

—Lógicamente que no —el profesor sacudió la cabeza como si hubiera cometido un error—. Bueno, te quiero poner en contacto con Wittgenstein, así, sin previo aviso. —Mentasti hablaba en serio, le estaba hablando de cosas importantes, le decía cosas que nadie le había dicho nunca y él andaba en el aire, se había ido como a mil kilómetros y desde allá lo escuchaba—. Estoy haciendo un trabajo y tengo una hipótesis, tal vez vos me ayudes a probarla. Por supuesto, les voy a dar fundamentos de lógica. Antes de irme vamos a hacer un encuentro preliminar, para que se conozcan. En junio.

Se había reclinado hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, y Cris se dio cuenta de que quería seguir hablando en esa dirección, pero Mentasti debió notar algo de nada en su cara porque en unos segundos se le borró la mirada concentrada y brillante para volver a la expresión bonachona, un poco burlona, que usaba en el colegio. Le palmeó el hombro a través de la mesa.

—No te tenés que preocupar por nada, el curso es gratis. ¿Qué me decís?

—¿Adónde se va?

—¿Cómo?

—De viaje.

—A Bolivia.

—¿A Bolivia?

—A ver a un amigo.

—¿Por mucho tiempo?

—Una semana, diez días... no sé; en las vacaciones de invierno —Mentasti sonreía, se veía que la idea del viaje lo ponía contento. Volvió al tema—. Tal vez te pueda ayudar a encontrar algún trabajito. Seguimos con las clases del colegio, pero pensalo, aunque sea como una prueba. Acordate que primero hacemos la reunión preliminar. Yo te aviso.

Se levantó de la silla y él hizo lo mismo.

—Esperá un momento, quiero prestarte unos libros. Cuando leas, anotá siempre lo que se te vaya ocurriendo. Llevá un cuaderno, acostumbrate a leer con método.

Cuando llegaron a la puerta, aunque las orejas le ardían, se dio vuelta. Con una voz que quiso ser fuerte pero le salió débil, dijo:

—Gracias, profesor —Mentasti le estrechó la mano.

No esperó el ascensor. Bajó de tres en tres las escaleras y salió del edificio como si lo persiguieran. En la esquina quería darse la cabeza contra la pared. Profesor, usted cree que el ocultismo es filosofía, era un pedazo de imbécil, un tarado, un tipo que lo mejor que podía hacer era tirarse debajo del tren en el primer paso a nivel que encontrara. Como demostración aquello debió haber sido suficiente para Mentasti, habría pensado que se equivocó de medio a medio y que le podía haber dado la oportunidad a otro, seguramente ya debía estar arrepentido del ofrecimiento, le había dado conversación a un infradotado, a un débil mental. Daba respingos mientras caminaba buscando algo para patear. Eso se lo debía a Melisa, a todas esas boludeces del ocultismo y del tarot y del horóscopo chino, estupideces en las que él había querido ver algo interesante. En realidad quería adornarla a Melisa porque lo que perseguía era acostarse con ella. Volver a acostarse como la gente con ella porque todo había pasado sólo un par de veces y de manera un poco apurada. Las mujeres no servían para nada, mejor no juntarse con ellas, terminaban reblandeciéndole el cerebro a uno. Pero el profesor se juntaba, sí que se juntaba con la morocha. Ferozmente, Cris empezó a recitarse la Regla Número Uno de Renato: *El fin de los estudios debe ser dar al espíritu o la mente una dirección que le permita formular juicios sólidos y verdaderos sobre todo lo que se presenta a él.* Estaba completamente de acuerdo. Hasta podría haberle comentado a Mentasti la nota al pie de página donde se aclaraba que el término latino *ingenium* usado por Descartes conservaba algo de su sentido primitivo latino de capacidades intelectuales del alma. Todo eso quería decir *ingenium*, «el espíritu o la mente», como había puesto el traductor, aunque para él podrían haber puesto «ingenio» y se entendía perfectamente lo que Renato había querido decir, porque nadie más que los idiotas podían confundirlo con el espíritu ingenioso, chistoso. *Sólo debe aceptarse aquello que resulta claro para el discernimiento. Los problemas mayores deben dividirse en otros menores. Debe avanzarse de lo simple a lo complejo.* A las cinco cuerdas reconoció que Renato lo tranquilizaba. A los zafarranchos de su cabeza les ponía orden y con el orden se

quedaba más tranquilo; todo se limitaba a que había que seguir un método y verificar todo cuidadosamente. La experiencia de Renato lo decía. La vida de Renato había sido bastante enquilombada hasta aquella noche en la posada de la montaña, en medio de la tormenta de nieve. A Cris esa imagen le gustaba muchísimo: la tormenta de nieve fuera y dentro Renato, en su habitación, solo, con fuego en la chimenea, mientras soñaba aquellos sueños que lo habían llevado a desconfiar de todo y a empezar de cero. Le gustaba sobre todo la leña ardiendo en la estufa y fuera las estrellas brillantes en la noche helada de las montañas después de la tormenta de nieve de no se acordaba dónde. Así debía ser fácil ser filósofo, que una noche se te diera todo en la cabeza, que se te revelara todo en un sueño. Caminó más tranquilo por calles cada vez más oscuras hasta que salió a la parte arbolada de Warnes. Paredones pelados en la noche fría. Shangay rock, La cruda, Trabajo sucio, Badú del sur, Iwanna rock...

Tres meses después de estos sucesos, en la pieza de huéspedes de la señora Vidot, Cristóbal se había dormido vestido.

ANTES de levantar los párpados, la señora Vidot sabía con lo que se iba a encontrar. Los preciosos y amarillos ojos de Penélope la estarían mirando absortos, fijos en su cara, sin expresar nada, sólo ese esperar vacío y paciente a que ella despertara, quién sabe desde cuándo. Inmediatamente después que ella decidió encarar el día, el animal salió de su quietud y se aproximó por el borde de la cama dando suaves gruñidos de satisfacción. Cuando llegó a su altura, empezó a pasarle suavemente la lengua por el antebrazo y la mano. «Buen día», susurró la voz de la señora Vidot. Hundió la cara en el pelo suave y brillante de la gata, «hermosa», le dijo. Ulises dormía enroscado a los pies de la cama, la nuca contra el acolchado y el cuello y la barbilla estirados hacia el techo. La señora Vidot sostuvo a Penélope contra su costado, sentía el calor del pequeño cuerpo y el leve traquetear del ronroneo. El amor del animal cerraba con puntos invisibles la herida por veinticuatro nuevas horas, algo que iba de la garganta al pecho. Un año atrás, cuando Andrés había muerto, ella pensó que iba a morir así, de un ataque al corazón en su cama con sus gatos. No podía pedir nada más. Su única preocupación, qué sería de ellos, ya la había solucionado con Tommy. Pero no se había muerto, no se moría, y cada mañana debía mirar el ángulo del techo hasta que el absurdo del ángulo del techo se volvía tan absurdo y el calor de Penélope tan intenso y los sonidos de la calle tan identificables que empezaba a pensar en enfrentar el día. Se puso la bata azul encima del camisón y dejó el dormitorio. La gata corrió delante de ella hasta la cocina. Ulises, más perezoso, vendría cuando ya las cosas estuvieran marchando. La imagen de la gata herida que había refugiado en el galponcito del fondo la traspasó. Acostumbrada a sus propias y solitarias efusiones, la señora Vidot se secó de un manotazo airado las lágrimas que cayeron sobre el mantel. Idiota, no hagas esto, dijo en voz alta. Sacó leche de la heladera. Dejó a los gatos en la galería de vidrio, ajustó mejor el cinturón de la bata, se echó un chal sobre los hombros y caminó por el sendero hacia el fondo. El frío del parque terminó de despabilarla. Abrió la puertita de la cerca que comunicaba con el otro patio y entró en el cuarto estrecho que era a la vez lavadero y lugar donde se guardaban las herramientas del jardín. Allí, en una caja bajo la pileta, la había acomodado. Tenía heridos un ojo y la mano derecha. La señora Vidot se inclinó sobre el animal. Dormía profundamente, quizá como nunca lo había hecho en su vida. Había comido, le habían curado las heridas y tenía un pulóver viejo debajo del cuerpo. Posiblemente durmiera toda la mañana. Puso alimento en el plato y leche en la latita. Los ojos verde suave se abrieron y la reconocieron: el gesto agradecido, la pequeña lengua áspera sobre su mano. Ahora todo se veía mejor, el velo gris se había rasgado por la sola presencia de ese cuerpo blanco y tibio a resguardo. El patio y el pasto brillaban, y hasta escuchaba el gorjeo de los pájaros. Había cientos, miles abandonados, pero ella había visto ésta y la había salvado y eso le proporcionaba un consuelo tan grande

que Marcia Vidot se puso a canturrear entre dientes. Como si hubiera logrado insertar una cuña ínfima de alivio en un mundo que la acechaba sin descanso, a su costado, detrás de ella, en los rincones, dentro de su cabeza, a duras penas contenido tras de una compuerta siempre a punto de romperse, resollando sombrío y turbio con su abigarrado cuerpo caótico de crueldades y abusos sin nombre. Así percibía el mundo en que vivía, desde siempre pero más, mucho más, desde hacía un año, desde que había quedado sin la protección de Andrés, sola, suspendida en el vacío. La gata está bien, se increpó la señora Vidot, y eso para la próxima media hora es más que suficiente. Cerró la puerta con cuidado y emprendió la vuelta dispuesta a prepararse el desayuno, *e capirai en un solo momento, cosa voi dire... un anno d'amore...* Minna, la canción venía de hacía mil años. Un buen café con leche pensaba y sonreía porque veía la cara de Tomás, sus maravillosas manos, con qué delicadeza y firmeza había procedido, qué bueno era. Su agradecimiento no tenía límites ni condiciones. Tommy, mi alma gemela, sonrió para adentro. Le iba a comprar un regalo, se entusiasmó, sí, un buen regalo; se le ocurrió algo fantástico: una bufanda de cashmere color verde inglés. Le iba a encantar. Se detuvo en seco y su garganta por cuenta propia emitió un grito que a ella misma la asustó. Un desconocido de pelo revuelto estaba parado en el parque, al lado del cuarto de huéspedes, mirándola.

—Disculpe, la asusté.

La señora Vidot, aturdida, rebobinó velozmente imágenes del día anterior. Claro, por supuesto, el chico. Ella misma le había dicho que le alquilaba la pieza. Ni se acordaba de haberlo visto bien, por Dios, ni siquiera atinaba a contestarle algo. Qué susto le había dado, se había olvidado por completo de su existencia.

—Ah, sí. Venía distraída.

Por qué había decidido alquilarle la habitación sin tener ni la más mínima idea de quién era ni qué hacía ese chico. Había sido uno de sus lapsus de sonambulismo. Ahí estaba mirándola, se notaba que desconcertado, sin saber qué decirle.

—¿Quiere tomar un café conmigo? —le dijo lo primero que se le ocurrió; le parecía que el día anterior lo había tuteado, no se acordaba, en realidad. Era un chiquilín, pero por ahora le pareció mejor mantener cierta distancia. Poco a poco las cosas volvieron a su lugar, el chico fue el chico, el pino fue el pino, la casa la casa, y su vida su vida. Como consecuencia del orden restablecido, el aleteo leve del desconsuelo volvió a subir y bajar por el cuerpo y la mente de la señora Vidot; su estado habitual. Se quedó absorta mirando la corteza del olmo donde en una imagen lúgubre Andrés se hundía en un abismo negro. La señora Vidot se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Disculpe, soy un desastre con los nombres, me dijo que se llamaba...

—Cristóbal —dijo el chico.

—Ah, sí... —Marcia no supo qué hacer, se arregló un poco el pelo—. Tengo una gata, una gatita blanca, ahí, en el galponcito, ya está mucho mejor, ¿quiere verla?

El chico la miraba con la cara abierta, no sabía si era sorpresa o expectación, o

algo así que no le interesaba en lo más mínimo desentrañar.

—No, mejor venga a la cocina a tomar un café.

Allá él si quería venir o no. Caminó rápido hacia la galería vidriada cerrándose mejor la bata sobre el pecho. En la cocina se calmó, encendió el fuego para calentar café, cortó rebanadas de pan y las colocó sobre el tostador. Las manos le temblaban menos. Sirvió café en las dos tazas, puso las tostadas en un plato y lo depositó sobre la mesa; puso manteca y mermelada. Volvió a cruzar y a anudar la bata sobre el cuerpo y se sentó. Cuando el chico golpeó la puerta, una apatía espesa se posaba sobre ella, sobre la casa y sobre el día flamante. El chico se había peinado y un poco de agua le goteaba del pelo; estaba incómodo, como si tuviera que dar lección. Marcia terminó su café y encendió el primer cigarrillo del día.

—¿Bien el cuarto? —su voz era una voz inexpresiva, hasta ella misma pudo notarlo.

—Sí, muy bien, muy cómodo —se apuró a comentar el chico, acomodándose en la silla frente a ella.

Marcia Vidot espió la cara, con el pelo peinado y ojos bajos, inclinada sobre la taza. Un escolar aplicado tomando su café con leche. Sin saber cómo ni por qué, el ánimo de la señora Vidot experimentó un giro brusco; percibió los colores de la cocina, el cuidado del chico al peinarse, la sombra de los gorriones: una palpitación de la vida. Estás de vuelta, Marcia, estás de vuelta, la voz esforzada, alentadora de Tommy.

—Señora Vidot... —empezó Cris tomando aire.

—Podés decirme Marcia —murmuró la señora Vidot que, cuidadosamente, elegía las palabras, disponía los objetos y se movía con la cautela de quien no quiere espantar esa volátil hebra de entusiasmo que como una espiral suave y caprichosa sobrevolaba la cocina. Puso la azucarera entre las tazas.

—Señora Marcia, quiero decir, Marcia —se corrigió Cris.

—Marcia, Marcia —repitió ella casi con buen humor; distribuía una carga de dulce sobre una tostada—. Marcia Orsini, mi nombre de soltera. Apellido italiano. Ilustre. Pero no tengo nada que ver, ni siquiera de lejos. Los condottieri nunca se cruzaron con mi familia, gente trabajadora, campesinos del norte. Ni siquiera pudieron alegar, aunque trataron, eso sí —la señora Vidot hablaba tensa como si se le hubiera destapado un escape de energía y monologara sola en la cocina—, mis antepasados ni siquiera pudieron alegar, por más que lo intentaron, algún derecho de pernada del que arrancara alguna rama putativa... —a Cris lo sobresaltó la palabra. Hacía treinta y seis horas que conocía a la señora Vidot y lo impresionaba que hablara tanto—... el *ursus*, el oso del escudo de los condottieri.

Lo miró. Había dejado la galletita en el plato y le apuntaba con la cuchara:

—Los Orsini —dijo—; no tenés idea de lo que estoy hablando.

La mujer había cambiado, hacía unos minutos que había cambiado; los ojos se veían despejados, como si la película de opacidad se hubiera diluido. A Cris le

pareció que brillaban con algo de diversión, pero sólo los ojos. La cara permanecía seria y pálida. Estuvo a punto de inventar algo.

—No —dijo—. Ni idea.

Ella enarcó las cejas y asintió lentamente, aprobando.

—Dijiste la verdad.

La cuchara estaba en suspenso.

—Y usted levantó las persianas —dijo Cris sin pensar.

Pareció que la señora Vidot iba a sonreír, pero no lo hizo. No hizo nada. «Ahora me echa», se espantó Cris. Pasaron unos segundos con el gorjear de los gorriones y el tic-tac del reloj de pared. El amigable olor a café y tostadas se había apagado. Ella desvió la mirada por encima de la taza. Cuando dejó la taza en el plato, los gatos, a través de la ventana, habían capturado su completa atención. Ulises acechaba algo entre el pasto, seguramente un insecto. Su concentración era total; empezó a balancear la grupa de un lado a otro, preparándose para el salto. Se preparó tanto, tanto movió el trasero precavido que la señora Vidot no pudo más que reírse. De inmediato miró al chico, era como si se olvidara de él. Sintió que le nacía cierta curiosidad; la incomodidad del chico era evidente, tenía las orejas coloradas.

—Mire... —dijo el chico al mismo tiempo que ella dijo:

—Me da risa Ulises, mi gato.

—Señora Vidot —volvió a la carga Cris hablando de un tirón—, disculpe que la moleste, pero necesito saber cuánto me va a cobrar por la pieza.

Ella suspiró. Cuando lo miró, los ojos se habían vuelto otra vez opacos.

—No te preocupes, nada que no puedas pagar.

«Sí, pero yo no puedo pagar casi nada», se dijo Cris.

—Mire que yo no pensaba en una cosa así. Quiero decir, cuando entramos en su casa me di cuenta de que no era una casa que...

—No te preocupes —cortó la señora Vidot, con el tono incuestionable de quien da por terminada la conversación y quiere quedarse solo.

—Está bien, gracias —Cris se levantó con torpeza—. Y gracias por el café, estuvo muy bueno.

Ella no contestó; miraba otra vez los gatos.

Cris dejó la cocina.

La señora Vidot dio una pitada y largó lentamente el humo. Desde el césped un poco seco del invierno se alzó un tribunal, un tribunal supremo. ¿Había existido alguna extrema necesidad? Era diabético, contestó ella, tomó aliento y prosiguió, pero estaba completamente, se interrumpió, estábamos, perdón, dijo la señora Vidot disculpándose ante la mirada de los jueces, seguros de que... ¿Por qué tomó esa decisión? ¿Por qué decidió que fuera así, su cuerpo en el mar en vez de que lo trajeran a puerto? Y por qué tan premeditadamente. Con severidad el juez dijo: Porque había tenido que firmar papeles, por los reglamentos, allá, cuando se sintió tan enfermo que supo que iba a morir en el viaje... Consuelo, era lo único que

buscaba, que el tribunal la comprendiera y la consolara; que la exculpara. Hacía un año su marido, muerto en alta mar en el buque mercante en el que trabajaba desde hacía veintitrés años, en un viaje rutinario al Sudeste asiático, etcétera etcétera luego de un ataque y sabiendo que iba a morir había decidido, por nota manuscrita, que su cuerpo fuera arrojado al mar. ¿La otra opción? Prosiguió una voz burocrática desde lo alto del estrado: dar la vuelta al mundo en bodega (peor, todavía peor, en la cámara frigorífica del barco, idea espantosa) en un ataúd, para dos meses después ser entregado por aduana, en un despacho macabro. Andrés jamás lo habría permitido. Y no lo permitió. Lo había pensado todo, los detalles, la carta, sortear las disposiciones, los reglamentos. Usted no tuvo nada que ver con su decisión, decía la toga hacia el banquillo de los acusados. ¿Qué hubiera hecho recibiendo entre trámites un ataúd confinado en bodega? Lo hubiera enterrado aquí, susurró la señora Vidot, la cabeza gacha, y ahora tendría un lugar adonde ir a sentarme junto a él, adonde ir a verlo. ¿A verlo?, tronó la voz escandalizada del juez. Sepa respetar la decisión de los muertos, sentenció el tribunal. No se trata de *usted*, o de lo que *usted* quiere o no quiere. La señora Vidot apretó los dientes, estaba mirando sin ver la cafetera azul enlozada sobre la hornalla que en la luz ópalo de la ventana adquiría una nitidez sorprendente, hiperreal. Entre la cafetera y una taza, un poco al sesgo, Marcia Vidot encontró un perfecto instante de sosiego, de corazón en paz, «como antes de que todo pasara»; la formulación destruyó la esfera balsámica. Reapareció el tic-tac cayendo como una gota incesante en el agua blanda del tiempo y la señora Vidot se cerró sobre sí misma, se replegó como si hubiera dilapidado sus fuerzas en esos segundos y en esas imágenes gastadas y todo a su alrededor se apagó, se recogió sobre sí mismo, la cafetera, la taza, la cocina, la ventana se apagaron y se cerraron sobre sí mismas perdiendo color y sólo quedó el pulso lento del cansancio más vasto al comienzo del día. Con un gran esfuerzo, miró otra vez el parque.

El chico volvía a salir, ahora con una valija, ¿se estaría yendo? La saludó con un gesto de la mano. Esa presencia la obligaba a sobresaltarse, a reaccionar. Desvió la vista disimuladamente para no avergonzarse. El chico parecía susceptible y no supo por qué tuvo esto en cuenta; en realidad no le importaba nada. Escuchó el sonido de la puerta de calle al cerrarse. ¿Y ahora? El día se extendía quieto e inmóvil, lleno de horas vacías. Estaba nublado. Ulises inspeccionaba cauteloso una hoja seca; Penélope se lavaba concienzudamente la cara. Quedó con la pata en suspenso y los ojos amarillos clavados en Ulises. Ya sé qué vas a hacer, dijo Marcia. Negra y brillante, la pequeña pantera emprendió una marcha decidida con la cola en alto. Llegó hasta Ulises y sin previo aviso empezó a lavarle, enérgica, la cara y las orejas. Él la dejó hacer hasta que, fastidiado, se tendió panza arriba y tiró manotones defendiéndose de la pertinaz lengua de Penélope, que seguía impávida su tarea de limpieza.

La señora Vidot fue al dormitorio, se sacó la bata y se duchó. Unos minutos después encendía la computadora y retomaba la traducción de los prospectos. A los cinco minutos se levantó. No recordaba si había cerrado la puerta del galponcito. Si

Ulises o Penélope encontraban la gata las cosas iban a andar mal. Fue rápido hasta el fondo y volvió lentamente. Las ramas desnudas del roble apuntaban a las nubes bajas... *la mie nere colline non hanno mai visto sorgere il sole*. La oprimió el deseo de contarle de esas colinas a Andrés, pero Andrés estaba muerto, corrientes submarinas arrastran el cuerpo envuelto, la bandera argentina entre otras telas, deshechas por el agua, comidas por los peces, en algún lugar que no había visto jamás la luz solar, tal vez una caverna en la base de alguna de las islas, sería un consuelo, pensó Marcia Vidot, ¿sería un consuelo? Ulises apareció detrás del cuarto de huéspedes corriendo por el pasto, frenó en la base del roble y empezó a afilarse las uñas en la corteza. Penélope, disimulando el interés, se acercó despacio y se puso a hacer lo mismo; de a poco lo fue desplazando hasta que logró ubicarse en el mismo lugar que él había elegido y allí mismo se afiló las uñas. Traducía del italiano folletos de carpas para *camping*, para irse al mar, a las sierras. La naturaleza, divagaba Marcia, paraíso perdido al que no se podía volver; no al menos de una manera permanente. Un instinto recóndito, alquimia inexplicable de su sangre, la llevaba a favorecer los animales, los árboles, el agua, las piedras. La inocencia pura de ese mundo. A veces, la señora Vidot había experimentado con tanta intensidad la perfección de una hoja o de una mata de jazmín del país, sus flores blancas y estrelladas bajo la lluvia, el verde brillante en la luz diáfana de un mediodía de verano después de la lluvia, o la perfección de una torcaza bañándose en un ínfimo charco en el pasto, que sentía cualquier irrupción en ese mundo como un sacrilegio, una blasfemia por la que los que pisotearan, arrancaran o apedrearán serían condenados por toda la eternidad. El encono la ganaba y no supo qué hacer. De golpe, todo le pareció feo. La naturaleza era siniestra vista de cerca. Aire puro, ladera escarpada, pantorrillas tensas pero lo más rápido posible, de vuelta al refugio de un interior, hotel de las sierras o casa en el mar. Encerrada en su casa, una mujer viuda (odiaba la palabra, jamás la admitiría, jamás la usaría), en varias partes descarnada, como Andrés, miraba el mundo. Tomó aire y despertó. Ulises corre agazapado, orejas gachas, de allá para acá. Como si remara en el aire, en la curva resbaladiza de las baldosas de la galería, el cuerpo le queda boqueando, se afirma y sale disparado hasta el extremo, un metro antes de la pared frena y se desliza sentado. Marcia sonrió. Desde los treinta centímetros que distaban sus ojos del suelo veía un mundo desmedido, tal vez en gris y negro. La señora Vidot reemprendió la marcha, un golpe de decisión la hizo ir a la cocina, servirse otra taza de café y volver a la máquina.

—¿QUÉ hacés, pibe, todo bien?

A Cris siempre le producían incomodidad los primeros momentos con Margosián, tener que explicarse con el mayorista importador. Saludó a dos empleados que en la parte de atrás del negocio apilaban cajas. Las cosas le iban cada vez mejor al armenio, la gente se enloquecía con los importados, tenía que convencerse.

—Todo bien —contestó Cris tratando de darle un tono frío, indiferente, a su voz—. ¿Llegó algo bueno?

—Ja —dijo el armenio—, siempre está llegando algo bueno. Acá no hay basura. Yo selecciono, a mí no me encajan cualquier cosa, ¿estamos? No te olvidés de que mi abuelo era fabricante de alfombras.

Cris nunca supo que quería decir el armenio con esto, que repetía a cada rato, ni tampoco le interesaba averiguarlo. Tomó impulso y dijo de un golpe:

—Le vengo a pedir crédito, cincuenta pesos. Quiero independizarme. Deme treinta días, le vendo todo, le pago y me independizo.

—Vos sí que sos pichón. ¿Independizarte de quién, de Margosián? —le dio una cachetadita floja con la mano peluda.

Cris apartó la cara.

—No, de mi vieja.

—Ahh, de los viejos —el armenio levantó las manos al cielo, una con el teléfono, parecía que había nacido agarrado al celular—. ¿Y yo qué gano con eso?

—Nada. Le digo que me dé la oportunidad.

Le dio vergüenza. Parecía uno de esos imbéciles de propaganda, los que quieren triunfar en la vida: «deme una oportunidad», si lo escuchara el flaco Pereda. Sintió que las orejas le empezaban a arder, antes lo vio en los ojos de camello del armenio que brillaban burlones. No le iba a decir nada de las tarjetas.

Margosián dio media vuelta y enfiló para la parte posterior del enorme local. En la calle, los negocios del rubro importados se alineaban uno tras otro siguiendo el designio comercial de la ciudad que reunía a los que vendían las mismas cosas en los mismos barrios y hasta en las mismas cuadras. Herencia europea de la época preindustrial, cuando los artesanos se agrupaban por zonas y por gremios. Cris recordó esta explicación de Mentasti en una clase de principios de año que había dedicado a la ciudad o a las ciudades, algo sobre lo que el profesor estaba escribiendo, había dicho, pero que él recordaba porque había coincidido con la primera vez que había venido a lo de Margosián. Comprobó justamente eso: que todos los negocios mayoristas se agrupaban, uno al lado del otro. Aquella primera vez, mezclado con el ajetreado ir y venir de los compradores, contento porque tenía un nuevo trabajo, Cris había pensado en los alegres buhoneros. «Los alegres buhoneros» era un cuento de su infancia y Cris se había sentido como un alegre

buhonero, parte de esa gente que transportaba su carga de baratijas a lejanos barrios de la ciudad, a negocios humildes y periféricos, en lugares de nombres tan pintorescos como El Zorzal o Crucesita. Ahora, a duras penas lograba aguantar al armenio más de quince minutos. El de enfrente había levantado las redes metálicas y los empleados acomodaban la mercadería. Ataban con sogas la que exhibían en la vereda, casi hasta el límite con la calle. Un olor indefinido y seco, mezcla de plástico, polvo, cartón y algo más agudo como el de alguna clase de pegamento llenaba el aire y le hería la nariz. Cris esperó. Envases y cajas acumulados y apilados casi hasta el techo, dejaban libre un corredor. El negocio del armenio parecía la cueva de Alí Babá.

—¿Tenés el traje? —le preguntaba Margosián, invisible detrás de la mampara que separaba la mínima oficina del mostrador. Antes de que Cris respondiera continuó—: Porque lo vas a necesitar. Entró una mercadería de primera. La vas a tener que colocar en lugares con clase, en barrios del centro. No son cualquier cosa, son cosas para ejecutivos, para yupis, me entendés.

Había vuelto tras el mostrador y buscaba entre unos estuches de cartulina brillante apilados sobre una mesa atestada.

—Vení, pibe, vení.

Se acercó dispuesto a decirle que sí a cualquier cosa. Cris empezaba a creer que el armenio le iba a dar crédito. Por lo menos no había dicho que no. Ahora le mostraba una de las cajas azul brillante. Cosas nuevas que él no había visto. Trató de parecer lo más interesado posible. Eso le gustaba a Margosián.

—Atención, pibe, que esto es lo último. ¿Qué te parece? —Margosián había abierto una de las cajas azules, cuadrada, de unos veinte centímetros por veinte, y extraía un estuche igualmente cuadrado de celuloide transparente y base oscura. Cris no alcanzó a ver qué era cuando ya el armenio, con una mueca apreciativa, se lo acercaba a la cara—. Lo que no inventan...

Él se quedó mirando.

—No te quedés ahí con la boca abierta —dijo Margosián, disfrutando el momento culminante de su trato con el cliente, aquel que deleitaba tanto su aguda sensualidad oriental por los materiales (le gustaba tocar, oler y hasta morder los objetos) como su atávica avidez comercial: el momento de mostrar la mercadería—, ¿sabés lo que es o nunca viste una?

—Sí... —titubeó Cris— parece una...

No supo cómo seguir y se quedó callado mirando el estuche de celuloide rígido. ¿Y si era una cargada?

—¡Sí, pibe, sí, decilo! ¡Es una teta, una teta de goma! —estalló triunfal Margosián—. Poliuretano, pero no cualquier poliuretano, el de mejor calidad en plaza. Mirá, mirá lo que dice acá —acercaba la caja a la cara de Cris—. Ves lo que dice acá, abajo del chino, en inglés: seno de goma.

—Y esto a quién se lo vendo —se le escapó a Cris antes de poder pensar en otra

cosa; no podía salir del estupor, le daba un poco de risa, pero estaba confundido, podía ser una broma pesada de Margosián.

—A los tipos de las empresas, a los ejecutivos, estos chiches se los hacen para que descarguen tensiones; no viste los que operan con la Bolsa, los de ual estrit, ¿no viste la película? Esos que apretan y apretan una pelotita para sacarse los nervios mientras miran las cotizaciones. Bueno, en vez de una pelotita..., pero mirá.

El armenio quitó la cubierta de celuloide del estuche y delicadamente extrajo el seno de goma de la base de pana sintética azul eléctrico. Era una réplica muy buena, muy realista, de una teta mediana, rosada, con el pezón de un rosa carne un poco más oscuro.

—Ves, acá dice «seno de goma» —repetía el armenio como para un infradotado.

Las manos peludas con los codos y los meñiques en alto depositaron la novedad sobre el mostrador, frente a él, como una ofrenda floral a los pies de un monumento. Sobre la madera oscura la teta suelta se veía rara, desprotegida. Impresionaba un poco. Cris se había empezado a poner nervioso, no llegaba a darse cuenta adónde iba a ir a parar el armenio.

—Tocala, tocala —le decía ahora—, es buena mercadería, no es berreta, está bien hecha. Tocá.

Cris extendió la mano y la puso sobre la teta, era muy suave, igual que la piel de una chica. Retiró la mano sin apuro, haciéndose el desganado, pero se sentía más nervioso que el diablo. ¿Qué está pasando acá?, pensó al mismo tiempo que no alcanzaba a formularse lo que pugnaba por salir debajo de esa pregunta y que el armenio enseguida formuló.

—Pero no, pibe, ¿nunca tocaste una teta? Apretá, que ahora viene lo mejor. Apretá la teta, apretala. Imaginate algo, pibe no pongas esa cara. ¡Ja! Tenés que sobarla un poquito. ¡Ja!

Le daba un poco de impresión pero trató de parecer tranquilo, no sea cosa que el armenio pensara que nunca había tocado a una mujer. Era ridículo estar tocando, así, de parado, más bien, posando una mano sobre una teta en un mostrador, delante del armenio de gesto cada vez más repugnante. Bajo su mano, el seno de goma, increíblemente suave tenía que reconocerlo, comenzaba a tomar otra consistencia, tal vez otra densidad, Cris no sabía cómo explicárselo, cuando bruscamente sintió en el centro de la palma una pequeña presión. Retiró la mano como si quemara.

—¡Ja! —la risotada del armenio hizo que los muchachos del fondo levantaran la cabeza—. La cara que pusiste —volvió a reírse y casi se ahoga; la panza prominente se sacudía contra el mostrador; no podía parar; cuando se calmó, sacudió la cabeza—. Lo que no inventan. Es para relajar a los ejecutivos, para hacerlos pensar en otra cosa, al mediodía, ¿viste?, cuando están en medio de los negocios, de las grandes decisiones, un recreo, que se calienten un poco, que piensen en otra cosa. Hay que sobarla nomás. Un chiche. Vas a tener que venderme unas cuantas de éstas, pibe. Soy el único que las tiene, el único importador de la Argentina: mercadería de origen sirio

copiada en Taiwán. Vos, a pesar de lo que parecés, sos despierto. Te van a llamar que no vas a dar abasto.

El armenio había girado y le hablaba de espaldas, mientras buscaba otras cajas detrás del mostrador.

A pesar de ser plena mañana, esa parte del fondo del negocio estaba siempre en penumbra. Cris sospechaba que el armenio no prendía la luz a propósito, como para crear algo de clima teatral, porque Margosián, como un mago de cuarta, daba la espalda a la platea y se tomaba su tiempo para causar mayor suspenso en el público, mientras trajinaba con las cajas en la oscuridad. O tal vez lo hacía solamente con él, le tomaba el pelo. Cris no terminaba de acomodarse a lo del seno de goma, qué bien hecho estaba, no pudo reprimir el impulso de tocarlo otra vez, aprovechando que el armenio estaba de espaldas. Extendió la mano.

—¡Ahh...! ¡Ja! Te gustó... —asomada al borde del mostrador, agitada por la gordura y el esfuerzo de agacharse, la cara del armenio lo espiaba. Cris sintió fuego en las orejas y el odio le nubló la cabeza. Margosián se enderezaba, depositó algo sobre el mostrador—. Está muy bien, si no te gusta la teta ahora, cuándo te va a gustar, pichón... pero enfriate que te tengo que mostrar otra cosa.

Era una máquina de coser en miniatura.

—Hay que tener de todo, y yo lo tengo, si Margosián no lo tiene, no existe. No hay que dormirse en los laureles, sabés lo que era vender alfombras en Armenia, como naranjas en el Paraguay, pero a mi abuelo le sobraba esto —dijo y se tocó la frente—; y esto —dijo y se agarró con dificultad la entrepierna—. Ahora mirá la mercadería, es para las criaturas, las nenitas, o quién sabe, un pibito si es mariconcito. ¡Ja, ja!, funciona a pila como una de tamaño natural; es un poco cara, para que piquen tenés que hacer la demostración.

Margosián la exhibía desde todos los ángulos, como le gustaba hacer. Sacó un papel doblado de la caja. Era increíble lo repugnante que podía llegar a ser el armenio.

—Aprendete el funcionamiento. Puede llegar a salir un montón. Ojo, es un juguete pero cose, así le decís a la madre de la nenita o del pibito, je.

La penumbra del negocio, más el frío, más el hambre más el olor de las cajas le venían produciendo a Cris una especie de modorra que se volvía cada vez más pesada. Lo peor era la sensación de náusea creciente. Se aferró al borde del mostrador.

—Después llegó esto que te hipnotiza —cuando mostraba mercadería el armenio era imparable; la codicia lo transfiguraba. No había que confundirse, recordó Cris tratando de recobrar las ideas claras, detrás de aparentes burlas y amabilidades había un tipo frío en permanente vigilancia, y cuidado con pensar en hacerle trampa, ni la más mínima—. Este tubo transparente tiene adentro lo de los termómetros, mercurio: ves, burbujas que suben y bajan, son de colores, luminosos, te ponen la mente en blanco. Te descansa.

Le pasó el tubo con un soporte.

—¿Esto también para ejecutivos? —dijo Cris por decir algo, ya desesperado por irse. Enseguida sintió que había hecho mal, Margosián iba a pensar que no había entendido nada.

—Pibe, despabilate, la teta te dejó mal, para quién va a ser, ¿para mi abuelita? Mercadería de alta calidad, para oficinas de ejecutivos.

—Quiero decir, también se puede vender para la mesa de luz, qué sé yo, cuando uno no se puede dormir.

—Eso es. Vos inventate algo y el cliente se lo cree. Está muy bien, para la mesa de luz. Pero la teta no, pibe. A vos no te recomiendo la teta en la mesa de luz, a ver si te me vas por el sumidero. ¡Ja!

El armenio se reía, le temblaba la panza; le gustaba gastarlo. Que le diera todo de una buena vez. Ahora lo miraba serio.

—Todo lo que te doy es bueno, pero lo mejor, la novedad, es la teta. Te lo dice Margosián. Te me vas a la city, la zona de bancos al mediodía, te buscás los restaurantes caros, ahí los vas a ver reunidos: trajes elegantes, pelo tirante para atrás, muy limpios y tostados aunque es invierno porque éstos se van al Caribe. Venta directa. Vos te acercás y les decís: Muchachos, tengo algo para ustedes y les plantás una o dos tetas sobre la mesa. En cuanto las toquen, te quieren comprar todo el stock. Hacelo fino, no vendedor barato. Ésta no es de coger, es para los nervios, para el estrés, ¿captás? Vos decí que hay existencia limitada. Primero se pasan el dato, después las quieren para regalar, así se hace la cadena. Acordate, no vas a dar abasto. ¿No te querés independizar? Con la teta vos te independizás, pibe.

Cris empezó a acomodar las cajas en la valija. Al fin, luego de un escandalizado: «¿Un adelanto?», el armenio le había dado los cincuenta pesos.

Cuando Cris se iba sin disimular el apuro por irse, Margosián lo agarró del hombro con esa costumbre que tenía el armenio y que Cris detestaba de tocar a la gente con la que hablaba. Lo miró serio.

—Y no digas teta, decí seno, que cae mejor.

Afuera hacía un frío terrible; la autopista, el asfalto, los cables cruzando el cielo gris y los negocios se veían recortados y azules. El barrio había entrado en pleno movimiento y la mercadería, barata y multicolor, bailaba en las cuerdas atravesadas sobre las entradas de los locales, o se amontonaba en la vereda o se apilaba tras las vidrieras creando una estética de *bricolage*, de cambio veloz, de inventos inverosímiles embarcados todos en el chispeante barquito de la era del importado chino; el barquito lucía en la proa una bandera argentina *made in Taiwán*.

Cris cruzó por debajo de la autopista. Entre dos columnas de cemento y bajo el chirrido de las gomas sobre los bloques de concreto, un hombre dormía en la vereda, encogido de costado sobre unos cartones. Por arriba de la zapatilla reventada, alrededor del tobillo sucio, amoratado y desnudo, había enroscado una soga que, en el otro extremo, anudaba un carro de supermercado abollado, a medias lleno de diarios

y botellas de plástico vacías.

Centro

DERRUMBADO en su sillón de leer de segunda mano, las piernas extendidas, los tobillos cruzados, Mentasti dejó caer el libro sobre el pecho y se miró los zapatos. ¿Pensaba seriamente en escribir, él mismo, un libro sobre W.? Y una pregunta que de pronto desplazó a la que acababa de formularse para resultar, por el momento, más importante y, sobre todo, más urgente: ¿se decidiría a buscar las zapatillas o admitiría que habían ido a parar a la basura, arrojadas sin piedad por la temible Sara, siempre al acecho de su incomparable vestuario? Meditó, perdido en la maraña terapéutica de su Jackson Pollock. Un dato a tener en cuenta: no las había llevado en el viaje; por el contrario, había viajado provisto de su mejor equipo ciudadano. Apoyó la cabeza en el respaldo. Ahora lo iba a hacer, se iba a disponer a hacerlo en cualquier momento. La vida de W., pensó. Podía entrar por cualquier portal de la secuencia, suponiendo que las secuencias tuvieran portales. Cada escena, trivial o decisiva, coincidía con el dibujo final de un destino tenazmente elegido. Sin moverse, se dejó mecer por la indecisión del momento; al fin, con un suspiro de aburrimiento, se levantó del sillón y fue al dormitorio. El fastidio de Russell aquella noche de 1911, con un sueño de muerte soportando a su nuevo alumno, muchacho desquiciado que se le presentaba a medianoche para plantear un problema de lógica con la amenaza de suicidarse no bien dejara la casa. No se trataba de cualquier muchacho: entre los excéntricos de Cambridge sobresalía por méritos propios. Estaba chiflado pero era un genio. Prendió la luz de la pieza: empezaría por lo que había dejado siempre para el final, por no aceptar el trabajo de agacharse a mirar debajo de la cama. En cuatro patas, metió la cabeza, buscó y tanteó. No estaban ahí sus viejas Adidas, amoldadas afectuosamente a sus pies, las que debió llevar en su periplo por la cordillera, considerable bulto que no había tomado en cuenta a la hora de preparar el bolso, abombado por la cercanía de su primer vuelo y del encuentro con Manuel. Y ahora las requería, perentoriamente (lo trastornaba no encontrar algo), las necesitaba para desplazarse por el parquet barato de su departamento de Almagro, por las veredas desparejas y nocturnas de su Buenos Aires querido. A lo lejos brilló el «Palacio Wittgenstein», en una Viena fastuosa, envuelta en un aura irisada, como de sueño: en un cuarto de techos altos y artesonados, entre preceptores e institutrices, el pequeño Ludwig fabrica una máquina coser. El objeto modesto se erige en una prefiguración. Nada más distante del austero W. que toda la artificiosidad y riqueza que lo rodea. Su hermana le dice Aliosha, como el más tarado de los Karamazov. Ojo, se advierte Mentasti, agachado ahora contra el placard, también el más puro. Estiró el brazo cautamente por el hueco entre la madera lateral del placard y la pared y, con cierta aprensión, tanteó. Había dejado su cuantiosa herencia (ocupado en el menester menor de la busca, Mentasti fue indulgente con su lugar común: sí, era cuantiosa, más que cuantiosa: fabulosa herencia) a sus hermanos. «El dinero es un estorbo para un

filósofo», decía. Tenía razón, si no mírenme a mí, pensó Mentasti con un despunte de humor que no duró mucho. Recuperó su mano cubierta de pelusas y de polvo; la sacudió con repulsión. Ludovico, si es que era Ludovico, interesante, pensó: ludo, juego (los juegos del lenguaje) vico, Vico (el que había dicho que los sucesos no pueden reducirse a abstracciones matemáticas), era una buena inferencia, ¿le parecía de verdad una buena inferencia?, o Luis, en fin, Ludwig era lector fervoroso de Dostoievski, también de Kierkegaard y, sobre todo, de Tolstoi. Sacudía la mano de la que las pelusas, como repugnantes animalitos pegajosos, no terminaban de desprenderse. Con San Agustín componían el repertorio de sus lecturas cuando llegó a Cambridge. Nada de filosofía. Mentasti se detuvo a reconsiderar lo hecho. La conclusión fue inmediata: debía empezar otra vez con método. Nadie podía decir que no las había buscado, ayer y antes de ayer. Sin embargo, no había sido una búsqueda seria, estaba distraído, sin convicción. En el medio de la pieza, terminó de quitarse el polvo de la mano frotándola sobre el pantalón: repasó lugares y desechó lugares. ¿El lavadero? ¿Sara las habría rescatado para lavar? Se desplazó para el lado de la cocina mientras Ludwig se agazapaba en una ominosa trinchera del frente oriental, voluntario del ejército austríaco, más tarde prisionero de los italianos en Montecassino; lleva en la mochila el cuaderno de notas que será después el diario filosófico que será después el *Tractatus*. Justo ahí, piensa Mentasti abriendo la puerta del lavaderito, en el choque brutal con la muerte absurda, en medio de la masacre del catorce, en un borroso almacén de algún lugar todavía en pie, el soldado Wittgenstein encuentra un librito: *Vida y doctrina de Jesús*, de Tolstoi. De esa lectura emana lo que deseaba sobre todas las cosas: la posibilidad de una religión, una vida cristiana de sencillez y pobreza. Mentasti echa una mirada general: el minúsculo lavadero no parecía poder ocultar nada. El cuarto de W. en Cambridge: una mesa, una silla, una cama y una caja fuerte para guardar sus manuscritos. Esa cosa con la austeridad y lo imprescindible, ese respeto sacrosanto por los trabajos manuales eran conmovedores en semejante tipo, pensó vagamente Mentasti mientras corría a un costado una pila de diarios viejos y unas botellas de cerveza vacías debajo de la pileta. Nada. Estaba por abandonar, estaba por tirar la toalla. Se quedó en cuclillas, mirando un lánguido y solitario par de medias colgado del tendedero, como el que se deja estar confiado en que su cabeza, operando autónoma en recónditos circuitos, producirá una idea salvadora. Lo asaltó la imagen de la aldea en los Alpes: por el sendero de montaña llega el desheredado por decisión propia, trata de colocarse como maestro de escuela, también ha sido jardinero en el convento de Hütteldorf (como el padre Serguei, se le ocurrió a Mentasti, confirmando la existencia de un agujero en una de las medias, ésa sí era una buena inferencia ¿o no lo era?). Costaba imaginárselo. Mentasti, agachado en el lavadero, sacudió la cabeza y sonrió. W. no iba con ese mundo estrecho, de aldeanos pétreos que no querían nada raro para sus hijos salvo sumar y restar. La experiencia desconsuela a Ludwig: Los hombres de Trattenbach (padres de sus alarmados párvulos) son depravados, le escribe a Russell. Russell contesta: Todos los

hombres son depravados; Ludwig, a su vez: Es verdad, pero los hombres de Trattenbach son más depravados que los de otros lugares, y la cosa sigue, de ahí en más, entreverada con cuestiones de lógica. Mentasti, ahora de pie, inspecciona la repisa de los elementos de limpieza. Ausencia total de sus zapatillas; mira el tragaluz del lavaderito: el vidrio completamente opaco y sucio le trae la experiencia reciente con las pelusas. Sara hacía lo que le daba la gana. Puta madre, gruñe Mentasti en voz baja, sin entusiasmo. W. entrando en casa de los Malcolm con un estropajo nuevo para la mujer de Malcolm: sostenía la teoría de que los platos se lavan mejor en la bañera. Después de cenar, pasa a la práctica y lava los platos en la bañera con eficacia matemática. Cuando él había hecho lo mismo sin haber leído nada sobre W. lo habían tratado de loco y cabía preguntarse, reflexionó Mentasti contra el tragaluz, ¿no había sido entonces, cuando se enteró del asunto de los platos, que empezó su obsesión por W.? Toda filosofía empieza en el cuerpo, pensaba Nietzsche. Mentasti se asoma al fragmento de calle que se ve desde su tragaluz: siete pisos abajo, una mujer con un perro que levanta la pata junto a un árbol, una parejita abrazada, tan indefensos y mínimos bajo su mirada olímpica. El baño; tal vez en el cesto de la ropa sucia. Mentasti cobra bríos. Cuando creía haber agotado sus recursos, surgía esta idea brillante; cerró la puerta del lavaderito y cruzó la cocina en sentido inverso. Necesitaba con urgencia sus zapatillas para salir a caminar. Y debían ser ésas, no otras, protestó ante una imaginaria objeción.

Sentado en el borde de la bañera, algunas de sus camisas y una toalla desparramadas por el piso, consideró la posibilidad de ir hasta el sillón a buscar los cigarrillos. Tenía unas ganas mortales de fumar, pero pudo más la inercia, el peso de quedarse donde estaba, sin mover un músculo. Otro fracaso. Recurriendo a una voluntad inexistente, metió todo en el cesto de cualquier modo y puso la tapa. Estaba en blanco, como los azulejos en los que dejó descansar la vista, perdido en un mundo nívico que se ensanchó de golpe en el horizonte invernal de Cambridge, cuando W. regresa a Inglaterra: en aquel 1929 ni él ni Cambridge eran los mismos. Petardista, conmina a sus alumnos a no tomar el camino de la cátedra universitaria: la gente dejaba de pensar, se engañaba, se stupidizaba o peor, se corrompía. Los alumnos tenían que acarrear las sillas a su pieza de monje. No admitía a cualquiera: Mis clases no son para turistas, espetaba. Mentasti fue consciente de que estaba haciendo tiempo: no podía engañarse, estaba haciendo tiempo antes de decidirse a ir a buscar los cigarrillos al sillón, aunque el baño empezaba a darle frío y el borde de la bañera en el traste no era confortable, pero precisamente allá se producía aquel encuentro increíble, tan magnánimo había sido el azar y tan conspicuos los actores, porque W. da nada menos que ¿con quién?, con el hermano de Mijaíl Bajtín. Cambridge, 1932. Nikolai viene de Francia, y antes, de vagar por el Mediterráneo, enrolado en la Legión Extranjera una noche de borrachera en Constantinopla; y antes, de huir de los bolcheviques (en la Primera Guerra ha luchado en las filas del Zar), mientras su hermano, que tomó el camino opuesto, se queda. A Mentasti le gustaba el

personaje, muestra brillante del hervidero de superdotados que era el mundo de los años veinte al treinta. De pelo electrizado y comportamiento imprevisible (así lo tenía sintetizado en sus notas), Nikolai Bajtín se doctora en Cambridge sobre el origen del mito del centauro en Tesalia. Qué duo. Hasta acá llegaba la reverberación de esa energía mental; fósforo como para producir un incendio, considera Mentasti, divertido. Sin embargo había sido un encuentro muy serio y W. había tomado en cuenta muchas de las observaciones del ruso en su transición del *Tractatus* a las *Investigaciones*. Nikolai y Mijaíl Bajtín pensaban que el sustrato más profundo y arcaico de la psiquis se sostenía en el lenguaje. Sin lenguaje no hay pensamiento, coincidiría W. Como sea, Ludwig y Nikolai, que pasan por una fase tolstoiana radical, meditan irse a vivir juntos a un barrio obrero de la ciudad. Tomando impulso, Mentasti deja el borde de la bañera y un tanto acalambrado camina hasta el living. De ahí venía esa recurrencia suya de imaginarlo en overol azul. No sé si lo usó, admite, pero le conviene en todo. Mientras Nikolai y Ludwig se funden en una perspectiva de jardines ingleses, cercanos al campus, Mentasti hunde la mano entre el almohadón y el posabrazos y saca el atado, busca más abajo, donde ha desaparecido entre pliegues el encendedor. Vuelve a sentarse, otra vez en su posición inicial, y enciende un cigarrillo. Bien, había vuelto al punto de partida, con nada entre las manos. Estaba a punto de indignarse. Estaba a punto largarle un largo y meditado insulto a su incomparable doméstica. Chupó una pitada. Así nomás: tendría que esperar dos días y preguntarle a la gorda, calmosa y circunspecta Sara por sus zapatillas. Una idea súbita, maligna, le produjo una sonrisa. Sara debió trabajar para Ludwig, mandársela a Nikolai y a Ludwig a su casa del barrio obrero: en una semana los volvía más desequilibrados de lo que normalmente eran, sobre todo por sus preferencias lingüísticas. El uso que esta señora hacía de las palabras era digno de estudio y más de una vez Mentasti había anotado frases inmortales. Se inclinaba por las expresiones pomposas, cuanto más ornamentadas, mejor. En varias oportunidades, Mentasti le había escuchado un «porsupuestamente» como respuesta; era la única persona que él conocía que usaba la palabra «plebe». Ante un escándalo de la realeza británica, había sentenciado: «Hay que ver qué dice la plebe». Era un notable caso lingüístico su empleada. La cosa era que su empleada hacía lo que se le daba en el quinto forro y debía haber tirado sus zapatillas a la basura. Calma, Martincito, calma, se recomendó Mentasti. No era un detalle menor, protestó, era una cuestión de vida o muerte: si quería recuperar la ciudad después del viaje, tenía que ser con sus amoldadas, zaparrastrosas zapatillas. Aplastó el cigarrillo en el cenicero. *La carta robada*, recordó sin ningún gesto ni euforia particular. Despacio, se dijo Mentasti. No hacer demasiada bulla, ir cautelosamente hasta su pieza y buscar en el lugar correcto, el único lugar donde, naturalmente, no había buscado: su cochambrosa mesa de luz. Con cierto sigilo producto de una inocultable ansiedad, fue hasta el costado de la cama y abrió la puertita. Efectivamente, allí estaban. El alivio de Mentasti fue tan desproporcionado como momentáneo. Perdón, Sara, dijo en voz alta. Se sentó en la

cama; disponía de todo el tiempo del mundo. Desanudó los cordones de los zapatos con parsimonia mientras imágenes de gente corriendo ocupaban su mente por entero porque aquella escena era verdaderamente regocijante. En raras ocasiones hacía acto de presencia el espíritu jocosos de W., ahora, paseando por Midsummer Common, con Malcolm y su mujer, hablando de los movimientos del Sistema Solar, se le ocurre un juego y los insta a jugar con entusiasmo: la mujer de Malcolm, caminando a paso normal, es el Sol; Malcolm, la Tierra, y da vueltas alrededor de su mujer, mientras el propio W. se reserva la parte más agotadora: es la Luna y gira rápido alrededor de Malcolm, que a su vez trota alrededor de su mujer, que a su vez se desplaza a paso regular sobre el pasto del parque. Mentasti escondió los zapatos debajo de la cama y con las zapatillas puestas practicó un desmañado y corto trote en el lugar. Suspiró satisfecho. Se había salvado de algo, no sabía bien de qué, pero algún peligro difuso había sido neutralizado. *La carta robada* funcionaba, el precepto básico de los detectives: buscar en el lugar más obvio, aquel que, por principio, se descarta. Recordó a Wittgenstein, ya grande, en su casita en Irlanda, leyendo los relatos policiales de *Streat & Smith*, la revista que le mandaba Malcolm desde Estados Unidos y que llegó a apreciar más que a *Mind*, cumbre de las publicaciones de filosofía en Inglaterra, *¿Cómo puede ser que la gente lea Mind pudiendo leer Streat & Smith? Si la filosofía tiene algo que ver con la sensatez no hay ni un grano de ella en Mind y sí, muchas veces, en las historias detectivescas*, le escribía a Norman Malcolm un agradecido y solitario Ludwig.

Anécdotas singulares, como corresponde al «menos neurótico de los hombres», consideró Mentasti yendo elásticamente a la cocina porque había decidido premiarse con un café, premiar su persistencia en la busca. El menos neurótico de los hombres: definición satisfactoria para quien había apostado su cabeza al intento de eliminar la falsedad de lo que decía y a la férrea elección de vivir según pensaba. Ejemplo: en 1942, incapaz de enseñar filosofía en medio de la guerra, se emplea como maletero y practicante en el Guy's Hospital, en Londres. Entre la oscuridad y la ceniza de una ciudad bombardeada, Mentasti volvió al sillón con una taza de café caliente, estiró las piernas y se miró las zapatillas.

Por encima de los avatares biográficos, siempre había estado claro para él que era desde Viena donde se comprendía el propósito monumental de W. Visto desde Cambridge, interpretado por los ingleses, quedaba disecado y reducido, despojado, carente de toda emanación mística. Cuando era precisamente la irrupción de lo místico lo que iluminaba la teoría de W. ¿No había escrito en su diario: *Vive sólo para el espíritu. Es el único puerto seguro protegido, alejado del sombrío e infinito mar de los acontecimientos?* ¿No había tenido el coraje, después, de encarar la transformación de todos sus puntos de vista, de dejar atrás el *Tractatus* para empezar de nuevo?

Mentasti se levantó del sillón y fue hasta la ventana donde una niebla leve empezaba a difuminar los contornos de la tarde. Como una ola de agua turbia, había

vuelto a cubrirlo un ánimo sombrío. Conocía el peligro de seguir adormeciéndose en el fluir de esas anécdotas tan conocidas, eludiendo lo esencial. Porque el hecho, el incontrastable hecho era que mientras él, Mentasti, encontraba un sentido vicario a su vida en esa otra vida (o se lo imaginaba así ahora, lo estaba considerando así, por lo menos desde su vuelta), la realidad cambiaba, ya había cambiado y lo dejaba atrás. También él podía armar los años de su vida en una serie que en este preciso momento parecía carecer de sustento, de base. Participaba de una carrera desventajosa para él, en la que había quedado rezagado; era una posible explicación. O una de las formas que asumía la fisura, que crecía y se desarrollaba a expensas del viaje, alimentada por el viaje, hasta alcanzar entidad y volumen propios (La Fisura). Su desajuste era evidente. El mundo cambiaba a una velocidad tan inhumana que la conciencia de los procesos y sus consecuencias y sentidos solía descubrirlos mucho tiempo después, en detalles nimios en los que se manifestaban aspectos laterales, pero por eso mismo significativos, de esa transformación. La mayoría de la gente buscaba desesperada modos de sobrevivir, miraba televisión catorce horas por día, aparecía en la pantalla hablando de violadores y de casas tomadas utilizando un lenguaje paupérrimo — lenguaje que representaba precisamente los límites de ese mundo, la estrechez indigente de ese mundo—, lenguaje que los periodistas de la tevé se encargaban de reproducir en infinitas variantes cada vez más limitadas, variantes copiadas a su vez por la calle en una mutua subalimentación sin fin. Se vio hablando frente a una cámara, proyectándose desde la pantalla de un televisor en una casa anónima. No lograría capturar ninguna atención; la atención era una mercancía volátil, cada vez más rara. Sus palabras resultarían rebuscadas, pedantes, librescas. Incomprensibles. El lenguaje, cargado de eslóganes, furia, esclerosis y jergas televisivas, daba cuenta de la degradación de la realidad. Nuestra absurda manera de vivir se reflejaba como nunca en ese espejo.

A punto de cumplir cuarenta años, Mentasti se sentía sobreviviente de una civilización perdida. Un residuo de otra época abocado al estudio del filósofo más «moderno» de los últimos tiempos. Puesto de otra manera: había acumulado lecturas que no tenían nada que ver con el mundo en el cual vivía. No era raro; las lecturas armaban un mapa, una geografía naturalmente distinta del diario vivir, por decirlo así, pero él había agarrado para el lado de la especulación aislada, que le servía solamente a él. Podría haber vivido con esto toda su vida si la Fisura no se lo hubiera presentado con tan evidente patetismo. La miraba de frente: una grieta, tan gráfica como la rajadura de la casa Usher por donde se veía, siniestra, la luna. Ya otra cosa eran los motivos reales, los motivos honestamente escudriñados por los cuales él se había dedicado a patinar sobre todo aquello que lo incomodara, se había dedicado a meter la cabeza en el agujero de las teorías, actitud en la que ahora percibía un principio inocultable de vanidad. ¿Por qué? Porque entre otras cosas, *la filosofía proporcionaba el medio de hacerse admirar por los menos sabios*. Cortésmente, Descartes había querido decir *los ignorantes*. ¿Había estado ensimismado en

demostrar lo poco que sabía? (lo poco que sabía de un hombre raro y por eso muypreciado), ¿y frente a quiénes? ¿Se había transformado en uno de esos tipos que mentaban el nombre de Wittgenstein para adornarse, como el que se pone un sombrero? W. encarnaba tal vez el último ejemplar de una racionalidad europea de siglos que, efectivamente, había engendrado monstruos. ¿Valía la pena semejante especulación para tan pocos? ¿Valía la pena ese salto a la lógica sideral de W. cuando acá las ideas todavía no habían empezado a dar cuenta de este pedazo de mundo? Vivía en la Argentina del *shopping* y la desnutrición en el Chaco y en Laferrere. Vivía en un lugar *previo*. Categorías modernas o posmodernas para pensar lo premoderno y hasta lo arcaico, recordó que había pensado en el avión que lo traía de vuelta, pero antes lo había pensado en un traqueteante colectivo laboriosamente encaramado a la Cordillera Occidental, en un país que empezaba a parecerle cada vez más claro.

¿Invalidaban estas derivaciones a W.? Ni siquiera lo tocaban. W. permanecía remoto y perfecto, en un horizonte fijo, con su cara consumida y alerta, la mirada deslumbrante y violenta; la esfinge muda en overol azul. Y en algún lugar flotante, ellos, los consumidores y reproductores de los discursos de ultramar. El tema, por una vez sinceramente planteado, era: ¿qué había hecho él, Mentasti, con todo eso?

Siento, en plena cara, el viento frío y desértico de un mundo incomprensible. ¿Era eso?

Tras el vidrio de su séptimo piso, su mangrullo panóptico, un Mentasti súbitamente atrapado por el afuera, súbitamente despejado y dispuesto y atraído otra vez por el espectáculo que desplegaba la ventana, agradeció la presencia desacostumbrada de la niebla como un inesperado don que volvía irreal la ciudad, y la transfiguraba para él en un lugar desconocido. Ansioso por la necesidad casi infantil de salir a caminar, de perderse en un laberinto extraño de calles con la doméstica felicidad de sus recuperadas zapatillas, alcanzó la campera y la bufanda, cerró la puerta del departamento y llamó el ascensor. Estaba seguro de que afuera podía esperarlo alguna sorpresa.

ASOMADO a la ventana, mirando con curiosidad lo que creyó humo y resultó ser niebla sobre el parquecito, Cris pensó que aquella pieza y aquella ventana rodeada de hiedra tenían algo que lo hacía sentirse fenomenalmente bien. A lo que se agregaba la magnánima indiferencia de la señora Vidot, que nunca preguntaba ni averiguaba nada. Indiferencia o distraimiento o lo que fuera, él lo había tomado a su favor y había decidido quedarse, dejar lo que viniera librado al azar. Un sentimiento poco claro pero firme le decía que iba a poder vivir y arreglarse hasta decidir qué hacer. Por lo pronto nunca había tenido para él solo un lugar como éste, un lugar donde se escuchara en la ventana el temblor de una rama de hiedra. El vaivén de la sombra sobre el vidrio lo había sobresaltado la primera noche. Ahora le gustaba. Era el primer lugar que tenía para él solo. Un repaso de la situación, pidió con voz despreocupada Renato: estaba estirando al máximo los cincuenta pesos que le había adelantado el armenio. La plata podía llegar a durarle ocho o diez días. El acolchado era caliente, el baño era grandioso. Una mujer que limpiaba la casa le había puesto toallas en el baño y hasta un cepillo de dientes y dentífrico; sin duda, atenciones de la señora Vidot. No tenía televisor, pero en su pieza de Warnes tampoco tenía. Como se veía, todo OK. Miró otra vez por la ventana la galería vidriada; ni sombra de la señora Vidot. En el parquecito, la neblina flotaba envolviendo los árboles.

Decidió ponerse en acción y revisar la mercadería. Bajó la valija del placard, la abrió sobre la cama y seleccionó las cajas. Iba a aprender el funcionamiento de la máquina de coser para nenas. Siguiendo un impulso, Cris dejó la maquinita y sacó una de las cajas con el seno de goma. Volvió a dudar, y buscó otra; quería verlos juntos, algo que ni en sueños se le hubiera ocurrido hacer frente al armenio. Les quitó la base y puso los senos sobre la cama, uno al lado del otro. No le gustó cómo quedaban sobre el acolchado; para apreciarlos mejor corrió el cubrecama, puso la almohada perpendicular a la cabecera y en la parte superior los colocó, uno al lado del otro, como si fuera un cuerpo de mujer. No se podía creer lo buenos que eran; se los tendría que dejar en su pieza al flaco Pereda. Dio unos toques a los costados de la almohada para marcar una supuesta cintura. Entrecerró los ojos; mirados así, en medio del contorno desdibujado, podía imaginarse bastante bien una mujer desnuda. La luz, suavizada por la pantalla del velador, les daba una apariencia tan real que Cris estuvo a punto de tocarlos. Al fin y al cabo, si iba a venderlos tenía que saber bien cómo era el material del que estaban hechos. Frente a Margosián apenas había podido darse cuenta de qué pasaba con el seno de goma cuando se lo tocaba. Una mujer desnuda, boca arriba en la cama. Era insensato, pero le estaban provocando un efecto bastante especial. Unos golpecitos en la puerta lo sobresaltaron.

—¿Sí? —dijo Cris.

Por la puerta entreabierta, la cara de la señora Vidot se asomó pidiendo permiso.

Cris se puso tenso.

—¿Puedo pasar? —preguntó la señora Vidot con medio cuerpo adentro.

—Sí, sí —tartamudeó Cris, y lo atormentó un nerviosismo torpe, como cada vez que compartía ese espacio con Marcia Vidot, porque se le hacía evidente hasta el asombro que el lugar era demasiado para él, a lo que seguían otras cuestiones acuciantes: no sabía cuánto le iba a salir el alquiler y tampoco sabía cómo hacer para que ella le dijera lo que pensaba cobrarle, a pesar de que se lo había preguntado cuatro veces. Y otra cosa más: Marcia le estaba resultando una mujer muy atractiva. Tenía que reconocerlo.

La señora Vidot traía apretada contra sí, abrazándola, una almohada. Se había recogido el pelo y parecía más joven.

—Pensé que te podía faltar una almohada. A veces para leer es mejor tener dos.

Había dado un paso adelante y esperaba la reacción de Cris.

—Muchas gracias. Estoy muy bien. Tengo una almohada.

Miraron la cama al mismo tiempo. A Cris la sangre se le escurrió de la cabeza y un ejército enloquecido de hormigas le recorrió el cuerpo. La señora Vidot tenía los ojos clavados en los senos de goma a los que ahora Cris veía a través de los ojos de ella: habían perdido el influjo erótico de hacía un momento y les quedaba nada más que la rareza, porque Cris, azorado, a punto de balbucear alguna explicación, se daba cuenta de lo insólitos que resultaban los senos de goma, lo raros y extravagantes que se veían ahí, sobre la almohada, uno al lado del otro. Daban la impresión de que él había querido armar una mujer desnuda, boca arriba en su cama. La oleada de sangre que lo había abandonado fluyó con furia incontenible a su cara y orejas. ¿Qué estaría pensando Marcia Vidot? Que era un degenerado, o quizás un asesino, pero sobre todo un perverso sexual.

—Señora Vidot —empezó Cris con una voz diferente de la suya, una voz de gallinero; no sabía qué iba a seguir diciendo, pero continuó sin pensar, sin calcular, sin respirar—, le va a parecer extraño, pero enseguida le voy a explicar de qué se trata.

Cuando pudo mirarla vio que Marcia Vidot estaba seria y con las cejas algo levantadas como si dijera, pero no lo dijo: «Así que a esto se dedica en la pieza que le alquilo». Sin dejar de mirar los senos de goma, ella fue hasta los pies de la cama y con un gesto digno, leve, tal vez algo irónico, depositó allí la almohada que había venido a traer. Cuando daba la vuelta para irse, Cris, que la había estado mirando hacer paralizado, recuperó el habla.

—Señora Vidot, quiero explicarle: yo vendo importados —en un intento fallido, trató de encontrar en la valija la maquina de coser, así Marcia veía algo inocente, algo para niñas, pero encontró el cenicero para dejar de fumar y después el relajador de mercurio y al fin dio con la caja de la máquina de coser cuando ella ya estaba en la puerta—. Esto no es lo que parece —sin darse cuenta, Cris la había tomado del brazo pero instantáneamente la soltó, más nervioso todavía por haberse dejado llevar por

ese impulso—. Es material para ejecutivos, no es para... no es lo que parece. Es para tranquilizar los nervios. —Sin calcular lo que estaba haciendo fue hasta la almohada, levantó uno de los senos de goma y rápidamente lo trajo junto a Marcia Vidot, se lo acercó a la cara—. Ve, mire —y sosteniendo el seno en la palma de la mano izquierda empezó a amasarlo con la mano derecha—. Es para el estrés. —Cada vez más ansioso, pero esforzándose al máximo por conseguir una actitud profesional, Cris aseguró—: Señora Vidot, usted misma puede hacerlo si quiere.

La señora Vidot torció la boca y levantó aún más las cejas en un gesto de incredulidad. Hablaba sin hablar y Cris la entendía perfectamente. Había dicho: «¿No me diga?». Le dio la espalda y abrió la puerta.

—Le dejo la almohada —dijo y salió.

Cris la siguió por el parque.

—Vendo importados, los senos de goma son una de las cosas que vendo, para ejecutivos a la hora del almuerzo.

La señora Vidot entraba en la galería cubierta. Con una cara completamente indiferente o, mejor dicho, la cara que Cris había empezado a descifrar y que quería decir: «No me aburra, déjeme sola», dijo:

—De verdad, no me importa lo que venda. Tengo que hacer. Hasta luego.

Cris volvió cabizbajo a su pieza. Cuando cerró la puerta, los nervios y el furor se desataron. Tenía razón don Román. Con todas sus fuerzas arrojó el seno contra la cama. Mal calculado el tiro, la teta pegó en el ángulo de madera del respaldo y salió disparada hacia arriba con un rebote tan violento que Cris, de repente calmo, se estiró hasta atraparla en el aire antes de que rebotara otra vez, con la mala suerte de golpear contra algún borde agudo que abriera el poliuretano. Eran más caras que la máquina de coser.

Con cuidado las volvió a ubicar en las bases de pana azul, las cubrió con la tapa de celuloide y las guardó en las cajas. De repente estaba deprimido y se tiró en la cama. Una incomodidad espantosa lo invadió; una desazón aguda en la que naufragó el optimismo que había sentido antes de la visita de la señora Vidot. ¿Qué vida era aquélla? ¿Para eso se había ido de su casa? Sin plata, sin el walkman, sin ver a ninguno de sus amigos. Cris se sintió cada vez peor. Iba a llamar a Melisa, hoy la llamaba a Melisa. La decisión terminó tranquilizándolo. Al fin y al cabo, ¿qué pasaba?, no pasaba nada. Esa cara de asco, ¿por qué, a ver? ¿No era un trabajo? ¿Su trabajo no era igual o mejor que pasear perros, que lavar autos, que reponer en un supermercado, que limpiar parabrisas, que entregar pizzas? Al que le gustara, bien y al que no, que se fuera al diablo. Renato vino volando a posarse en su mente. La primera certeza era «yo soy», se enderezaba Cris, se ponía firme en un plano límpido y frío, y «todo lo que yo perciba de manera clara será verdad». Muy bien, la voz salió disparada hacia el techo. «Hay que privarse de emitir juicios apresurados» (¿era apresurados o defectuosos?), «hay que limitarse a las ideas que para uno sean claras». Resolver los problemas de a uno; ir paso a paso. ¿Cuál era la idea clara en este

momento? Estudiar la mercadería, todo lo demás quedaba fuera porque era confuso. ¿No decía la regla Diez que *había que ejercitar el espíritu para hacerlo sagaz de manera metódica en todas las artes y oficios de los hombres, aun en los menos importantes?* Bien. Su misión por el momento era hacerse sagaz en su oficio: estudiar la mercadería, primer paso; segundo paso, venderla; tercero, devolverle el adelanto al armenio; cuarto, pagarle la pieza a la señora Vidot. Iba a cumplir cada uno de los pasos sin volverse atrás, siguiendo a Renato con disciplina militar. Para hacer aún más firme su propósito iba a anotar los pasos. También recomendaba esto por ahí Renato: había que enumerar. Buscó en la campera un volante. MODEL STAR ¿Soñaste ser modelo? Casting gratis ¡¡Tu piel merece otra vida!!, 800 DESTINOS EN LA ARGENTINA Terminal Retiro... enrojecimiento, mal olor... Piecidex. En el reverso, escribió: 1) estudiar la mercadería; 2) venderla; 3) devolver el adelanto; 4) pagar la pieza. Releyó los pasos y agregó «bien» al primero. Por último, trazó un círculo y lo remarcó varias veces alrededor del número 1) Estudiar *bien* la mercadería. La idea de que se disponía a trabajar, mejor dicho que *ya* estaba trabajando, tomó cuerpo en su cabeza, se abrió paso como un viento fresco y tonificante de responsabilidad, de seriedad, que diluyó la mala sensación que le había creado la visita inesperada de la señora Vidot y su mirada fija en las tetas de goma, y provocó en Cris un sentimiento recién nacido pero muy gratificante de autoestima. Se sentó y ordenó los objetos, uno al lado del otro a lo ancho de los pies de la cama. Empezó por la máquina de coser en miniatura. Abrió la caja y sacó la maquinita de coser. La estudió desde todos los ángulos. Le gustó. Que le gustara, porque de verdad le gustaba, le dio más ánimo todavía: Cris consideraba fundamental que al vendedor lo convenciera lo que iba a vender. Un principio básico de honestidad, de ética, como decía el profesor Mentasti. Corrió la tapa del sector del cable: ahí estaba el cable prolijamente enrollado: OK. Controló la aguja: OK. Empezó por lo fácil: abrió el sobrecito de nailon con las cuatro pilas y las colocó en el compartimiento de las pilas; lo cerró. Encastró la maquinita en el soporte de plástico de base más ancha, un plástico notablemente resistente, bien; se largó a cantar: *Me estoy por ahogar, me voy a pique glú! glú!, me está por hundir, mi fiel fantasma bu buuú...* Corrió el velador y colocó la maquinita en el centro de la mesa de luz. Se paró y la miró desde una cierta distancia, había que reconocer que estaba bien hecha, se veía espectacular con el color celeste brillante, Cris se movió como el Indio, el micrófono en la mano derecha, separó las piernas, levantó un poco la rodilla en el aire... *el futuro ya llegó, ya lo ves... llegó como vos no lo esperabas... algo me late y no es mi corazón... yo voy en trenes no tengo dónde ir,* se levantó la voz estirada y aguda de Cris; con el pie abrió la puerta del placard y se miró en el espejo: flexionó un poco las rodillas, no mucho, balanceó los hombros de un lado a otro, *banderas rojas, banderas negras en tu corazón...* no mucho, levantó la rodilla derecha, el Indio no era un desorejado, la cosa estaba en la voz, la bandera que habían llevado a Huracán, *fuegos de octubre*, letras negras contra un fondo de llamaradas rojo sangre, la bandera pintada en lo del flaco Pereda, una bocha de

banderas pero la de ellos buena entre las buenas, como dijo el flaco, no era la más grande pero era la mejor, para dejar bien al pago... Y la frase aquella, grabada a fuego, ¿por qué le había gustado tanto si no terminaba de entenderla...? Se la iba a llevar a Mentasti, aquella frase dicha por ellos o para ellos en algún lugar *El fuego siempre crea metáforas de sombra*, ¡qué grandes eran!, cuarenta mil pibes hicieron temblar Huracán y él estaba ahí. ¡¡Grande!!, gritó Cris a todo pulmón. Cerró la puerta del placard de un golpe.

Se sentó en la cama y desplegó el folleto en chino y español con las indicaciones de uso de la máquina de coser para niñas. «Instrucciones de la máquina de la costura», leyó aplicadamente Cris.

—ENHEBRA

Befiere igurar al inverso de caja del (folourful) por método correcto de enhebrar. Use el threaderer suministro adjunto por el & conveniente enhebra de costura enhebro extiende por lo menos 3 cm de la aguja agujerea.

—FUNCIONAMIENTO

Aumento la aguja sobre el pie por rodar HAND RUEDA, ontonoes aumento el ALIMENTADOR PAGA por aizar el FEEER PAGA PALANCA (localizo a inverao de máquina), lugar el tejido que quiere coser debajo del ALIMENTADOR PAGA. Descargo el ALIMENTADOR PAGA PALANCA baja y el ALIMENTADOR PAGA bajará tener el tejido en posición. Ruede HANDWHEEL en el sentido de las saetas del reloj dos rotaciones llenas & entonces enciende el poder.

Vuelve el PODER lo APAGA una vez ha terminado de coser, ruede HANDWHEEL alzar aguja sobre el ALIMENTADOR PAGA alzamiento del ALIMENTADOR PAGA por cerrar con llave la PALANCA en posición (según stage 1), retira el tejido suavemente con hito todavía intacto.

—ADVERTENCIA Y OTROS

—Baterias de la inserción en la dirección como máquina marcada puesta o usa (ac) correctol (adaptor) del (do) cuyo tostoto del tapón arriba sota (indicación como marcado en la máquina).

Cris miró un momento el techo, dobló el papel y lo metió en la caja. Guardó la caja y todo lo que había puesto sobre la cama en la valija. Fue al placard, acomodó la valija en el estante. En el de abajo, estaba la libreta de espirales. La abrió y sacó las fotos. Dio vuelta entre los dedos la más chica, en colores un poco quemados. Eran él y su padre: su padre tenía el pelo largo y jeans, estaban parados sobre el pasto, su padre inclinado hacia delante con las piernas abiertas lo sostenía de los brazos a él

que tendría un año y algo y a duras penas, se veía, conseguía permanecer derecho entre las piernas de su padre. Su padre se estaba riendo, con toda la cara levantada hacia la cámara. Conocía la foto en todos sus detalles, si cerraba los ojos podía reconstruirla por completo. La otra era una foto vieja, rectangular, de bordes ondulados, en blanco y negro, perfectamente nítida. En el reverso, en tinta oscura, decía: *San Alfonso, 1946*.

Cris bostezó. Guardó las fotos en la libreta y cerró el placard. Miró por la ventana: la niebla se había espesado de una manera increíble y apenas se alcanzaba a distinguir la cerca trasera del parquecito. Quiso salir a ver la niebla, estirar las piernas. Moverse.

LA señora Vidot escuchó el ruido de la puerta de calle al cerrarse; un momento después, la silueta del chico pasó frente a la ventana sin verla y se hundió en la niebla en dirección al parque. A sus espaldas crecieron el silencio y la soledad de la casa; la señora Vidot lo experimentó físicamente como un estremecimiento de frío. Se echó sobre los hombros el saco de lana abandonado sobre el sillón y fue a levantar el calefactor. Buscó el paquete de cigarrillos, encendió uno y lo fumó frente a la ventana. La niebla se había espesado extraordinariamente y apenas distinguía las casas de la vereda opuesta. La cortina gris volvió a abrirse y Marcia vio a Andrés. ¿Y si Andrés volvía a casa como siempre, la sonrisa, los ojos comprensivos, los regalos del viaje? ¿No podía acaso Andrés surgir de la niebla, buscar la llave en el llavero sujeto al cinto, en el gesto que le había visto mil veces, y abrir la puerta? ¿Qué pruebas tenía ella de su muerte? Papeles escritos. ¿Y qué podían significar realmente unos papeles escritos? Apretó la cara contra el vidrio frío. Abrió los ojos: un río blanco se deslizaba afuera rozándola con su débil claridad nacarada. Recordó el azoramiento del chico en el cuarto de huéspedes, hacía un momento, ¿o unas horas? A veces el tiempo se comportaba de manera alarmante, con ausencias de las que despertaba sin saber muy bien qué cosas habían ocupado su mente, como ahora en que, apenas insinuada esa escena, ya otra imagen la desplazaba y venía a llenar el espacio de su imaginación de manera excluyente: la niebla sobre el mar, nunca lo había pensado así. El barco surcando un mar oscuro, un reflector barriendo la superficie, perforando el velo; tal vez había sido un día como éste cuando el cuerpo de Andrés se sumergió para siempre. Marcia Vidot se sabía al detalle la orografía marítima del Sudeste asiático y en especial la zona donde había sucedido lo que había sucedido. La atormentaba la idea del abismo marino; quería imaginar que el cuerpo de Andrés había quedado en alguna saliente, más próximo a la superficie, al paso de los barcos, al mundo humano. La llamada del consulado, aquella madrugada. Disposiciones reglamentarias; apesar de todo, sorteadas. Se había contratado una barca de pescadores (¿malayos, javaneses?) para arrojar el cuerpo al mar; pese a todo, habían logrado respetar su voluntad, cuchicheaba triunfante la voz en el teléfono desde el otro lado del mundo.

Se apartó bruscamente de la ventana y caminó tropezando con los sillones hasta la cocina. Casi sin ver lo que hacía, sacó leche de la heladera, llenó una taza, puso en un plato chico trozos de carne que ya tenía cortados y enfiló para el patio de atrás, hendiendo la niebla. Se quedó viendo cómo las ramas del fresno desaparecían arriba, hundidas en una envoltura perlada y silenciosa. Después entró en el galponcito.

EL contorno de los edificios había desaparecido y apenas distinguía los autos estacionados en la calle. Avanzaba envuelto en una densa nube blanca. Una mujer con la bolsa del supermercado se le vino encima y casi se atropellan. La mujer se rió con una risa comprensiva, maternal, y a Cris lo levantó una ola repentina de alegría. La señora Vidot, la máquina de coser y los senos de goma se licuaron en un remolino que los sumergió en la nada. Se sintió transportado, eufórico, como si sobre Buenos Aires hubiera nevado; no se acordaba haber visto nunca nada igual. Si alguna vez alguien le preguntaba qué tipo de días le gustaban, iba a contestar: los días de niebla. Avanzaba cauteloso y a la vez liviano, el mundo se había vuelto invisible. Alcanzó la vereda de circunvalación del parque como un náufrago que llega a una isla. El frío húmedo le traspasó la ropa; empezó a trotar de costado, rápidas carreras laterales a ciegas. A punto de entrar en la cancha, el técnico lo agarra del brazo: Vas a jugar medio tiempo, no quiero que te me estropees, pibe, sos demasiado bueno. Hizo un footing velocísimo en el lugar, las rodillas casi hasta el pecho. Giró los brazos en forma de molinete. Era fabuloso, la niebla no estaba quieta, se deslizaba, con zonas densas y huecos transparentes, en medio de uno de los huecos se reveló el perfil del edificio Amigos de la Astronomía. La adrenalina circulaba veloz: no saber contra qué podía chocar, también podía ir a parar al medio de la calle, debajo de un auto. Una silueta imprecisa se dibujó en el borde de su limitado campo visual. Cris detuvo el trote y miró con mayor atención lo que se acercaba: era sin duda un hombre, delgado, mediana estatura, las manos en los bolsillos del pantalón, la gorra, la bufanda alrededor del cuello.

—¡Don Román! —gritó Cris.

La silueta se detuvo y quedó allí, a unos cuatro metros, expectante. Cris se le acercó en dos zancadas.

—Don Román, soy yo, Cristóbal... ¿se acuerda?

Debajo de la gorra, la cara del anciano pasaba lentamente de la alarma al reconocimiento y de ahí, le pareció a Cris, a una cierta satisfacción.

—El vendedor de los chinos... Qué hacés con este día por acá.

—Cómo sale con esta humedad. ¿No le duelen los huesos, don Román?

—¿Y la valija?

Don Román cambió el rumbo en que venía y tomó la dirección de Cris. Avanzaban guiándose por el cordón de la vereda. Una aerovía perforando la masa de nubes, custodiada por lánguidos centinelas que cortaban la niebla con sus ramas nudosas, negras de humedad. Cris deseaba que el mundo siguiera sumergido para siempre en la niebla.

—Hoy estoy de franco. Salí a hacer ejercicio. —Tropezó y casi se va de boca; logró mantener el equilibrio—. Cuidado con la vereda, don Román, las raíces

levantan las baldosas.

—Esta vereda me la sé de memoria. Desde el año cuarenta y cuatro que no había una niebla tan cerrada —sentenció—. Acá en Buenos Aires, porque en Ezeiza hay que ver lo que es, y en el interior ni te cuento... Con decirte que se suspende la actividad. Una vez con aquel muchacho de Terrabusi andábamos por Fortín Tiburcio... no se veía ni la mano. Zona baja. Todo el día en la fonda.

Hicieron la curva abierta del parque y avanzaron paralelos a Ángel Gallardo. Los coches se desplazaban lentos, con las luces bajas encendidas, como fantasmas letárgicos patrullando las calles. La niebla ejercía un efecto benéfico sobre los nervios de la ciudad, le daba una tregua. Las pocas personas con las que se cruzaron parecían en trance de sosiego, todo lo cual hacía que Cris se entregara a la rareza de lo que estaba sucediendo y cediera a las ocurrencias extrañas que le provocaba, como la de la aerovía o los gatos que, surgiendo de improviso detrás de las rejas negras, semejaban duendes de un lugar encantado. Don Román lo tomó del brazo. Con el índice señaló arriba. Frente a ellos se alzaba la monumental fachada del edificio del Museo, más solemne todavía y misteriosa a causa de la envoltura de niebla que giraba sobre sus torres y portales de piedra gris. Los techos más altos desaparecían en la claridad lechosa. El viejo lo empujaba suavemente, lo animaba a cruzar el doble portal de reja y a subir las anchas escaleras de la entrada. Cris levantó la cara: vio el arco doble de piedra enmarcando las puertas de entrada y los ladrillos rojo oscuro de las paredes poderosas. Entre lentos remolinos de hebras blancas, descubrió, mucho más altos, los imponentes búhos de piedra que como centinelas mudos se asentaban sobre dos torres, a un lado y a otro de la entrada principal.

—¿Viniste alguna vez? —pregunto don Román.

—No —contestó Cris, un tanto cohibido bajo la sugestión que los búhos y el portal ejercieron sobre su ánimo, como si se encontrara en un lugar perteneciente a un orden distinto. Desde el interior, las luces lo llamaban con su resplandor amarillento esparciéndose sobre los escalones, fundiéndose en la niebla. Parecía un sueño raro, pensó Cris, porque la luz de adentro fluía recortada en haces por la geometría de una tela de araña de hierro forjado que hacía de reja protectora de la puerta, con su araña fija no lejos del centro. El detalle maravilló a Cris, como un inesperado derroche. Miró a don Román que su vez lo observaba. Con la bufanda enroscada en el cuello y los extremos debajo de las solapas del saco abrigándole el pecho, el viejo era el mismo de siempre.

—Vení —le dijo con un tono amistoso—. Vamos a entrar.

El oficial de seguridad, única persona visible en el lugar, saludó a don Román con amabilidad y se aproximó. La altura del vestíbulo excedía a la de cualquier edificio que Cris conocía, salvo la estación Retiro. El piso claro, de mármol pulido, brillaba hasta el último rincón. La mujer de las entradas se despertó detrás de la ventanilla.

—Cómo le va, don Eliseo.

—Muy bien —contestó el viejo—. Hoy traigo a este amigo a conocer el Museo.

Le palmeó la espalda. Cris dio unos pasos y se detuvo en el centro del hall de entrada. Desde allí miró levantarse las arcadas rectas reflejadas en el brillo del piso. Como en los caminos que debían elegir los héroes de las historias antiguas, los portales se abrían en tres direcciones: a la derecha, dando paso al arranque de la gran escalera curva; hacia delante, profundizándose en una sala de enormes muros silenciosos; a la izquierda, perdiéndose en la oscuridad. La realidad exterior quedó atrás y Cris se abrió a un mundo desconocido en el que sólo atendía a la voz persuasiva de don Román.

—Mirá —A un costado del hall, sobre un pedestal, Cris vio una tremenda piedra de hierro negro, de contornos irregulares, suaves y curvos. Su densidad y peso se presentían con sólo mirarla—. Meteorito de dos mil quinientos kilos. Andá a saber de dónde vino —el viejo pasó una mano arrugada por la superficie trabajada por miles de años de fragua estelar, Cris hizo lo mismo—; te puede traer suerte.

Cruzaron el portal del frente y avanzaron por un pasillo ancho, flanqueado de vitrinas. La luz general era baja y los haces de los spots atravesaban el vidrio arrancando destellos geométricos de las piedras.

—Amatista, ves qué hermoso color —dijo el viejo y señaló—: Aquél es cuarzo; cuando lo rodeás, le ves los distintos reflejos.

Cris seguía las vitrinas, una lo llevaba a la otra, de un brillo a otros colores encerrados en el mineral. El mundo inerte jugaba con la luz, aún el más oscuro emitía pálidos destellos.

—Fluorita abigarrada —don Román señaló una placa, cortada en forma de rodaja de tronco de árbol; vetas irregulares la recorrían como ríos de un territorio desconocido—. Hermosas vetas, si la mirás bien hay muchos colores, no solamente el verde. De todo esto está hecha la tierra por donde pisamos.

Un silencio de templo reinaba en el Museo. Salvo los pasos de Cris y de don Román, ningún otro sonido alcanzaba las salas. Cris echó una mirada aérea. A gran altura, las ménsulas que sostenían el techo alrededor de la sala remataban en figuras de murciélagos con las alas desplegadas hacia atrás, como mascarones de proa.

Salieron y cruzaron en diagonal el vestíbulo de entrada. La gorra sobre los ojos, el guardia se aburría o dormitaba apoyado contra la pared. El viejo cruzó el otro portal y se internó en un corredor donde reinaba la oscuridad. Cuando lo traspuso, Cris se detuvo. Se encontraban en el acuario, una sala estrecha y larga. Sólo las peceras, empotradas en las paredes enfrentadas, despedían una luz verde agua que quedaba flotando como una suave emanación de vapor. La altura se perdía en una oscuridad completa. Una junto a otra, las ventanas submarinas se abrían a un mundo limitado pero perfecto de rocas, algas y musgos desde donde los miraban, suspendidos, los peces de los colores más asombrosos que Cris hubiera visto nunca.

—El pez payaso —indicaba don Román. Cris se dio cuenta por primera vez de que el viejo no miraba los cartelitos; le daba la información antes de que él se inclinara a leer. Tal vez había hecho lo mismo con los minerales—. Y aquél, el

cirujano azul.

En la luz verde azulada, el pez, de unos diez centímetros de largo, de un negro profundo recorrido por líneas blancas irregulares, era de una nitidez perfecta. Los ojos sobresalían a los costados como dos pequeños y delicados focos direccionales. Cris tocó el vidrio. El pez movió los ojos como si lo viera, adoptó la posición de enfrentarlo y desapareció. En su lugar quedó una corta línea vertical suspendida en licor verde, con la protuberancia de los ojos y el suave vaivén de las agallas. La cara de Cris seguía pegada al vidrio.

Desde la luz azulada de otra pecera, don Román lo llamaba.

—La raya de río... qué rara es, ¿no? Y el pez damisela, el que más me gusta.

Recortadas contra la luz de la pecera, las siluetas inclinadas de don Román y de Cristóbal provocaban reminiscencias de un mago y su aprendiz abismados en el estudio de algún fenómeno natural. El viejo se había quitado respetuosamente la gorra en la entrada del Museo y su pelo, ralo y blanco, dejaba filtrar la claridad del agua, mientras que el pelo largo y desparejo de Cris hacía un contraste exuberante y oscuro. Al fin, don Román ordenó:

—Vamos, quiero mostrarte otra cosa...

Cris caminó tras la silueta del viejo internándose en un corredor desierto que comunicaba con otra sala. Los recibió una luz diferente de la del acuario, de luminosidad rosada. Vitrinas con caracoles marinos de una diversidad de formas y tamaños que Cris apenas alcanzaba a entender una cuando ya aparecía otra más curiosa o inexplicable.

—*Tridacna gigas* —recitó el viejo, junto a un pie macizo de hierro; la base sostenía una almeja monstruosa, cuya valva ondulada y entreabierta dejaban ver un interior nacarado, al que se asomó Cris—. La almeja gigante. Doscientos cincuenta kilos. Sabés para qué las usaban antiguamente, para las pilas bautismales. ¿Sabés lo que es una pila bautismal?

Cris recordó un libro de historia con el plano de una iglesia. Dijo que no.

—Donde se pone el agua bendita para bautizar a los chicos.

Cris no prestó atención porque estaba leyendo el cartel indicador donde figuraba la información que le acababa de dar el viejo. Se enderezó. Por unos segundos volvió a notar el peso del silencio general, que parecía bajar sobre ellos desde los mismos techos altísimos. Cris miró a don Román: contemplaba arrobado los tesoros pródigos de las vitrinas. Su cara había tomado un tinte rosado como la luz que reflejaban los caracoles de mar, que parecían ejercer sobre él una fascinación magnética.

—Cefalópodos —le indicó. Codo a codo observaron los ejemplares espiralados y cóncavos, de paredes ópalo y exterior irisado. El diseño perfecto resaltaba con una nitidez deslumbrante sobre el fondo negro de la vitrina—. El *Argonauta* y el *Nautilus*... —la voz del viejo al nombrarlos adquirió el matiz del iniciado que muestra al neófito una de sus más preciadas posesiones—. Criaturas delicadas y al mismo tiempo indestructibles. Tomalo en cuenta.

Derivaron entre aquellos seres de otro mundo; de formas mutantes en una proliferación de corazas erizadas en puntas o superficies lisas, acanaladas o espiraladas como un cucurucho, transparentes o pétreas y opacas, de colores lisos o con delicadas manchas y dibujos. La diversidad los llevaba de una vitrina a la siguiente, para descubrir qué forma quedaba todavía por probar, empujados por la infinita capacidad de variación. Cris se enderezó, un poco mareado. Al fin, don Román también levantó la cabeza. Liberado del influjo de los caracoles, lo miró despierto y un tanto misterioso. Le dijo a Cris que se preparara. Una sombra de malicia cruzó el celeste acuoso de los ojos del viejo.

Tras pasaron el siguiente portal y a Cris se le escapó una exclamación. Ante ellos se cernían los fósiles monumentales de los dinosaurios, dominando el espacio mayor del Museo. Impulsado por un regocijo que le venía de la infancia, Cris se internó solo entre aquellas criaturas reconstruidas casi a su escala natural, monstruosas y a la vez recónditamente familiares.

—Yo era loco por los dinosaurios, los tenía a todos. Los coleccionaba. Y libros.

Como el que presenta viejas amistades, don Román los iba nombrando.

—El *Amargasaurus*... el *Carnotaurus*... el *Kritusaurus*... Todos argentinos —agregó con orgullo—. Ves, el *Argentinosaurus*, cuarenta y cinco metros... —Se rió ante la expresión de su acompañante.

Cris daba vueltas, una y otra vez, la cara hacia arriba, entre los fósiles dispuestos en actitudes ficticias; algunos luchando, otros, los más gigantescos, elevando, atentos, una cabecita grotescamente ínfima con relación al cuerpo, reconociendo crestas, dientes como para triturar un auto y manitos ridículas. Era como volver a sus nueve o diez años; se divertía.

Don Román lo esperó; él también parecía divertirse pero observando a Cris. Desandaron el camino, volvieron a pasar por el acuario, atravesaron otra vez el hall central en sentido inverso, y subieron por la escalera de mármol. No se cruzaron con ningún visitante, ni siquiera con el guardia. «No importa el tamaño», iba diciendo el viejo, «cada cosa tiene lo suyo, lo más chico y lo más grande». Hablar mientras subían le quitó a don Román el aire; el viejo resoplaba, hundía y sacaba la boca tratando de recomponer la respiración.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Cris, pero no veía ningún banco.

Don Román negó con la cabeza. Se pasó la mano por el escaso pelo blanco. El gesto terminó de apaciguarlo. Con la voz un tanto aflautada pero con el tono del que no admite ninguna renuncia, anunció: «Mamíferos».

Vidrieras hondas, empotradas en las paredes, donde se reproducían paisajes naturales de pampa o montaña, de pasto duro y ramas disecadas con fondo de telón pintado. Cris miró con desagrado los cuerpos embalsamados de animales familiares. El pelo muerto del puma y del yagüareté era espantoso. Los habían querido mostrar en una actitud feroz, pero la pelambre apelmazada y la boca abierta con la lengua pintada de un rojo descascarado les daba un aspecto lamentable, de muñecos

apolillados. Cris sintió lástima, una pena inexplicable que se mezcló y confundió con el cansancio espeso que empezaba a embotarlo. El viejo le leía el pensamiento porque en ese mismo momento decía:

—A los monos es triste verlos, es por el pelo muerto. El chimpancé parece borracho.

Amontonado con un conjunto de ejemplares de diferentes clases y tamaños —en una rama, uno tan chico que Cris no supo si se trataba realmente de un mono—, un chimpancé ocupaba el primer plano, junto al vidrio, de frente al espectador. Con los ojos entornados, las piernas combadas y abiertas, un brazo colgando al costado del cuerpo y el otro aferrado a un palo para mantener el equilibrio, era la viva imagen de un tipo que acaba de salir de un boliche. Solamente le faltaba la botella de tinto, pero era sobre todo la expresión soñadora...

El influjo general del Museo, que había sofocado en Cris cualquier impulso, encontró una válvula de escape. El mono le produjo un incontenible ataque de risa. Como le pasaba a veces en el colegio, se había tentado y no podía parar; era algo desproporcionado. La cara sorprendida del viejo también era para morirse, pero el mono, agarradito del palo, completamente mamado... ¡ay! Cris tuvo que apoyarse en la pared. No era sólo del mono de lo que se reía, había algo, más abajo, lo sabía, pero saberlo no lo hacía parar. La risa se expandía, galopaba brutal en el silencio de iglesia, rebotaba arriba en estallidos huecos. Don Román lo miró con simpatía:

—¿Qué pasa, mocito?

«¿Mocito?», Cris casi se dobla en dos, lloraba de risa. Mocito, ¡ay! Le dolía el estómago. Como a veinte metros, en el otro extremo de la sala, el guardia del piso se asomó a mirarlos. Cara de besugo debajo de la gorra. Fue peor. Don Román le daba palmaditas en el hombro.

—Bueno, bueno... —decía benévolo—. Te cansaste.

De a poco, Cris se fue calmando. Tuvo que respirar hondo. Se secaba la cara con la manga.

—Vamos, te muestro lo último antes de irnos.

La sala en la que entraron era más chica, menos importante que las otras y estaba en penumbra. Se detuvieron frente a una vitrina alta y de poca profundidad. De pie, bajo un grueso rayo de luz, un esqueleto humano exhibía su posición erecta, esbelta, para nada triunfal. A Cris le produjo un sobresalto: la turbación provenía de contrastar con lo que había visto la fragilidad de esos huesos, tan delgados y blancos, tan fáciles de pulverizar; esa clavícula, ese fémur provocaban un sentimiento fugaz de exaltación y al mismo tiempo de insignificancia. Junto al esqueleto humano, pero separado por abismos de tiempo y de azares biológicos, otro esqueleto, el de un primate que le llegaba poco más arriba del codo, se veía como un pariente lejano. Un pariente pobre que no podía ocultar la fatalidad de su imperfección. Algo parecido a esto o de formulación más imprecisa entendió Cris en el murmullo del viejo, que volvía a escuchar ahora, como si antes hubiera estado solo, preso en un bache de

silencio, porque desde hacía un rato miraba absorto la calavera humana sobre la que veía reflejada su propia cara. El tipo había sido mucho más bajo, pero la vitrina lo alzaba a su estatura.

—Nada extraordinario... —dijo don Román—, pero el menos manso de todos.

CRUZABAN la avenida Ángel Gallardo. El parque y las calles habían encendido las luces y aunque la neblina no era tan espesa como unas horas antes, alrededor de los focos flotaba todavía un vapor plateado que seguía dándole al parque un aspecto fantasmal. Cris suspiró profundamente. No podía darse cuenta del tiempo que habían pasado dentro del Museo. Había salido con una sensación rara que no lo abandonaba, de visita a un mundo insospechado que, sin embargo, era éste, o había sido éste millones de años atrás y ahora era este del cual él, don Román, la ciudad y todos los que se cruzaban con ellos y caminaban por las calles eran nada más que una secuencia, un momento, un punto.

—Con una vez no hacés nada —estaba diciendo el viejo—. Hay que venir muchas veces para entender.

—Usted se lo sabe de memoria.

El viejo se rió con una risa un poco afónica, para adentro.

—Se hace lo que se puede.

Fue como aterrizar de golpe en la realidad. Cris estaba cansado y tenía frío. Entraron en un barcito donde los mozos saludaron amables a don Román. Ocuparon una mesa del fondo.

El viejo se frotaba las manos.

—Vos estás desabrigado con esa campera.

—Buenas, don Román. Qué van a tomar.

—Un cortado —dijo Cris, distraído. Las imágenes del Museo le daban vueltas en la cabeza, no terminaban de irse. Lo dominaba una sensación que le era difícil identificar y que no le permitía prestar atención al bar, a la calle, al viejo. Algo que tenía que ver con la muerte o que tenía que ver con el tiempo, un tiempo muy largo, enorme, que se extendía sin fin hacia atrás y que lo ignoraba por completo y del que él no había tenido hasta hoy la más mínima idea. Y algo peor, un tiempo que se extendía hacia adelante, no se sabía hasta cuándo, en una historia en la que él tampoco figuraba. Y el meteorito que venía de no se sabía dónde, desde el fondo del Universo, desde millones de años luz. Y él lo había tocado. No era miedo lo que sentía, pero se le parecía. Tenía que contarle esto a Mentasti cuando lo viera. Sintió unas ganas imperiosas, urgentes, de ir a visitar a su profesor, de hablar con él.

—No, esperá —le decía don Román al mozo con autoridad—. Traeme un huevo, un huevo crudo, la azucarera —alcanzó una estirando el brazo a la mesa de al lado— y una medida de moscato. Eso para él. Para mí un café con leche.

Cris lo miraba sin entender. El cansancio y el frío lo apagaban.

—Te voy a dar algo que me daba mi madre, que en paz descanse —dijo el viejo que, a la inversa de Cris, se veía lleno de vitalidad—. Cuando yo era chico, éramos muy pobres. José Ce Paz era campo. Esto era un lujo, para mí y mis hermanos. Con

esto nos conformábamos. Y las pasas de uva, eran como los caramelos. Ella siempre juntaba unos centavos para el puñadito de pasas de uva. ¿Tenés hermanos vos?

—No —dijo Cris y agregó con un gesto de repugnancia que no pudo disimular—: ¿Huevo crudo?

Don Román se rió por segunda vez ese día y el gesto lo rejuveneció de una manera sorprendente. Lástima que le dio tos, pensó Cris mirándolo un poco alarmado. Tosió un buen rato. Se recuperó; sacó el pañuelo con la raya bordó y se lo pasó por los ojos y por las comisuras de la boca. Cuando pudo hablar, dijo:

—Esperá, ya vas a ver.

El viejo cascaba el huevo, escurría la clara en una taza vacía, en otra taza dejaba caer la yema y le agregaba bastante azúcar. Con los dedos nudosos de piel amarillenta por el tabaco, empezó a batir la preparación que fue cambiando del amarillo fuerte al blanco.

—El batido cocina la yema —explicó.

Tomó el vaso con la medida de moscato y la echó sobre la preparación. Siguió otro batido enérgico.

—Listo. —Corrió la taza debajo de la nariz de Cris.

Cris no quería desilusionarlo pero dudaba de que aquello le gustara. Hizo un esfuerzo y se metió en la boca una cucharadita. Resultó que estaba muy bueno, más que muy bueno, el sabor era de primera.

Don Román sonreía. Tomaba su café con leche con mucha calma.

—Hábleme del corretaje, don Román —le pidió Cris, algo achispado por el moscato en ayunas.

Don Román se recostó en la silla y desde allí lo miró serio, después su cara esbozó una sonrisa apenas insinuada, un casi imperceptible repliegue de los ojos. Sacudió la cabeza.

—Otro día. Hoy estás cansado. Tenés que comer mejor vos.

—No estoy cansado —porfió Cris—. Hábleme del corretaje...

—El corretaje es cosa seria. Y no hablo más de cosas serias, me gusta más pensar en otras cosas.

—Qué cosas.

—Cosas sin importancia...

—Qué cosas.

—Cosas.

—Dígamelas...

—Qué te pueden importar a vos estas cosas, decime un poco.

—Cuéntemelas.

Don Román suspiró.

—Dónde habrá ido a parar un cortaplumas que yo tenía hace una punta de años, un cortaplumas con la emplomadura de nácar, o un par de zapatos, los que usé cuando conocí a mi señora. Adónde van a parar las cosas, eso digo. Uno las pierde de

vista y desaparecen. Pongamos que los zapatos se deshagan a la intemperie. ¿Y el cortaplumas? Andá a saber, tirado en alguna parte o en el fondo de un cajón de algún mueble abandonado.

—Da lástima, en un mueble abandonado.

—Sí —dijo don Román y llamó al mozo.

Cuando Cris hizo ademán de meter la mano en el bolsillo de la campera, el viejo alzó una palma tajante. Sacó parsimoniosamente del bolsillo interior del saco una billetera gastada, de cuero marrón con los bordes blanquecinos y deshilachados. Cris espió. Tres o cuatro billetes de dos pesos ordenados en la primera división; en la siguiente, uno solo de diez. El viejo tenía tan poca plata como él.

Caminaron de vuelta por el parque; brillaban amistosos los vidrios de Amigos de la Astronomía. Cris se sentía bien; le empezó a hablar de sus planes.

—Buscá algo que vos sepas cómo se fabrica —acotó don Román—. ¿No tenés un saco para ponerte?

Habían llegado a la esquina de la señora Vidot.

—Me tengo que ir, don Román —Cris titubeó—. Gracias.

—Gracias de qué —don Román se acomodaba la bufanda sobre el pecho.

—Por lo del museo.

—Ahí está, no se va a escapar; ahora tenés que ir vos solo. Con una vez no hacés nada. Cada cosa lleva mucho tiempo entenderla... —encogió los hombros—. Yo sigo. Chau. Abrígate.

La silueta del viejo fue desapareciendo en la oscuridad neblinosa de la bocacalle. Cuando ya no quedó ni siquiera una sombra, a Cris el vacío le cayó de golpe encima. ¿No se perdería don Román?

—¡Don Román, espere!

No hubo respuesta. Volvió atrás y se orientó siguiendo los faroles encendidos. Estaba bueno el parque, pero hubiera sido mejor si estuviera con Melisa o con Mariano o con el flaco Pereda. Podían quedarse por ahí, inventar algo. Hacía siglos que no miraba televisión. El que había resultado una sorpresa era el viejo. Don Eliseo Román, recitó Cris. Conocía hasta la última baldosa del parque, todos los mozos, todos los bares y no le gustaban las cosas de Taiwán. La cara de la señora Vidot mirando los senos de goma volvió a salir a flote con toda su carga. Y lo peor era que iba a tener que llamar, lo peor era que iba a tener que enfrentarse otra vez con esa cara. Si por lo menos le dijera cuánto le iba a cobrar, él le podía pedir una llave. Pero no, la mina era terca como una mula, o andaba siempre en la luna. O por ahí mañana le decía que se fuera.

Cruzó Díaz Vélez y buscó el bar en el que había estado unos días atrás. Entró y pidió un especial de salame y queso. Preguntó por el baño. Por el pasillo lleno de cajones de cerveza avanzaba un tipo de traje apretado y un mechón de pelo grasiento sobre el ojo. Venía tocando la pared con el dedo. Cris se puso alerta y aunque se pegó a la pared el tipo lo rozó al cruzar. Entró rápido en el baño y echó el pasador a la

puerta. El lugar tenía un olor inmundado que mareaba. Arrimó la cara al espejo carcomido sin tocar el lavabo. Se sentía raro. Deben ser los dinosaurios, pensó. O el moscato. Estaba más flaco y se le habían agrandado los ojos. Se pasó la mano abierta por el pelo. Bosteros de mierda gallinas culo roto viva racing, un poco más al costado, apenas visible pero con una letra clara alguien había escrito *el fuego siempre crea metáforas de sombra*. Era magia, como decía Melisa. Le habían dejado un mensaje. Buscó en el bolsillo y sacó la bic. *Ji, ji, ji*, contestó Cris en la pared, un poco al costado.

Dejó el bar pensando qué cara poner cuando la señora Vidot le abriera la puerta. ¿Y la de lunático desencajado? Sin saber por qué, el mono borracho se le vino a la cabeza. Se rió solo. Le iba a dar otro ataque. Pará, se atajó Cris. Pará. Se puso a silbar.

EN su alcázar del séptimo piso del barrio de Almagro, Mentasti vuelve, sin opción, a la única actividad que lo absorbe por completo desde su regreso a Buenos Aires: interrogarse. Sobre todo indaga, inspecciona ciertos hechos de su vida antes del viaje, donde busca indicios de su posterior (actual) desajuste.

En este momento, las tres y media de la tarde, luego de haber almorzado un sándwich de mortadela y una taza de café negro, ha encendido un cigarrillo y se recuerda, no sin mordacidad, tiza en mano frente a la clase, en su abnegada misión pedagógica: ¿De qué sirve una filosofía si no va a parar a una ética? Si se esfuerza (decía más o menos así, esforzándose él mismo aquella mañana), cualquier hombre puede llegar a comprender el pedazo de mundo, la baldosa, en la que vive. Ahora bien, ¿garantiza esta comprensión que dicho hombre se comporte adecuadamente, al menos sin inferir graves daños al fragmento en sí y a los otros que conviven con él en el fragmento? ¿Acaso dicho hombre común posee de manera natural algo parecido a una moral social que lo guíe? (caras profunda, sinceramente aburridas). Dios, las religiones, los premios y castigos eternos, habían respondido a esa necesidad de regulación basada en una paradoja: el hombre no era un ser angélico, más bien tiraba para el otro lado. Primer punto, iban a dejar a Dios y a las religiones aparte (estupor, modorra irreversible). El mundo, la Historia, decretó fuerte, como para despertarlos, iba demasiado rápido, iba en realidad a una velocidad desmesurada como para que pudiera adherirse a él alguna explicación, como para que un hombre, por genial que fuera, pudiera adjudicarle una interpretación. Entonces, la gran pregunta (hastío completo, mandíbulas flojas, pesadez): ¿Cómo actuar en la era de la incertidumbre? Se necesita una ética que determine una moral, una moral que nos indique objetivamente —discurría así aquella mañana, con la tiza en suspenso— que la *rectitud de una acción* consiste en que produzca *las mejores consecuencias*. Por ahí había que empezar.

En ese punto, Mentasti lo sabía ahora retrospectivamente, se había producido uno de aquellos vacíos, un agujero de silencio. Una pátina de anacronismo lo cubrió sigilosamente de la cabeza a los pies, y la pátina venía de aquellas miradas, jodonas, abúlicas, indiferentes. A esos jóvenes individuos no les interesaba ningún conocimiento, ningún legado, ninguna moral; abolían malignamente cualquier atisbo de interés antes de que naciera. Durante unos segundos vibrantes, Mentasti luchó cuerpo a cuerpo con la cosificación de la que era objeto y que provenía tanto de la fuerza negativa de esos cuerpos como del silencio lejano de Manuel, que arrojaba sobre lo que él estaba diciendo su soplo de absurdo. Se rehízo, recuerda ahora; con un esfuerzo casi heroico, se sobrepuso. Se vio en aquel momento: un perro sacudiéndose el agua helada después del baldazo.

Lo que acabo de decirles sobre la rectitud de una acción etcétera, había retomado

denodadamente, es de Bertrand Russell. Repito: Bertrand Russell, inglés, filósofo y matemático. Y se apuraba a escribir el nombre en el ángulo superior derecho del pizarrón con la secreta esperanza (ahora abandonada) de que aquellos nombres desconocidos para las cabezas a sus espaldas actuaran como botellas arrojadas al mar del tiempo; alguno de esos cerebros adormilados, quizás algún día, guiado por la curiosidad o por una hipotética chispa de interés, tal vez, en un futuro improbable, quisiera bucear en aquellos años desconcertados y rescatar alguno de los nombres que él, repasaba Mentasti en su séptimo piso, tenía la constancia, se había impuesto la conducta, de escribir, para que emergieran años después, a la luz de su juventud o madurez (la de los dormidos detrás de su espalda) y adquirieran toda su dimensión. Pero estos ensueños, concluyó Mentasti, mostraban rápidamente su esterilidad y aquella mañana el nombre de Russell, como los de tantos otros antes, se desprendió del pizarrón como melancólica hoja otoñal y lejos de largarse a navegar como mensaje en el mar del tiempo, cayó y fue a engrosar el túmulo de hojas marchitas, resecas y a punto de disolverse.

—A ver, Pereda —había hablado fuerte y de golpe aquella mañana, dando un golpe de timón a la clase y despertando a todos y más que a nadie al propio Pereda, encajonado en su banco del fondo, entre la pared y la ventana—. Vení a sentarte acá adelante. Vamos a hacerle unas preguntas al hombre común.

La clase entera empezó a despabilarse, a moverse, a pasar velozmente al regocijo. Verlo a Pereda en esa situación era para una primera fila y los de atrás se dispusieron a tomar posiciones. El interpelado no se movió. Pasaron unos segundos. Algo en la mirada de Mentasti le avisó a Pereda que aquella vez debía obedecer. Caminó hamacándose hacia la primera fila de bancos con una sonrisita de suficiencia que no alcanzó a disimular, ante los conocedores, la incomodidad que le provocaba la situación. El flaco Pereda hacía él las bromas, él era el cerebro, la materia gris de todos los estropicios; la inversa le resultaba inconcebible. El chaleco de fuerza que, en un descuido, le había puesto Mentasti le generaba una rabia sorda que no encontraba por dónde salir. Se sentó, giró la cabeza y le hizo a sus condiscípulos un gesto elocuente.

—Bien —dijo Mentasti—. Contestame algunas preguntas; son sencillas. Si acá el ciudadano Pereda se queda callado, el que quiera puede acercarle una respuesta.

La clase creció en regocijo porque advirtió que bajo la solemnidad exagerada, el profesor se divertía. Cómo Mentasti había logrado sentar a Pereda en el primer banco y en situación de contestar nadie podía explicárselo y sólo podía atribuirse al factor sorpresa. Ahora el damnificado no tenía escapatoria.

—Pereda: ¿deben los hombres realizar acciones buenas?

Pereda no pudo evitar que la boca se le abriera un poco. Como el que ha esperado recibir un fuerte golpe desde el lugar más inesperado y recibe, en cambio, una leve cosquilla. La pregunta era fácil. No obstante, para salvaguardar su honor y para indicar que contestaba porque se le daba la realísima gana, hizo un despectivo

encogimiento de hombros.

—Repito, Pereda: ¿deben los hombres realizar acciones buenas?

—Ni idea... sí.

—¿Deben los hombres evitar las acciones malas?

Pereda otra vez se encogió de hombros. Mentasti lo miró más de cerca. Después de un segundo, Pereda respondió en medio de un resoplido de impaciencia.

—Yo qué sé... sí.

—¿Exige usted, Pereda, que le den una razón para comportarse bien; por ejemplo, exige que le expliquen por qué no debe robar o por qué no debe mentir o por qué no debe lastimar al prójimo?

Pereda, más desconcertado de lo que podía disimular, no sabía dónde estaba la trampa. Se escucharon risas ahogadas. Pereda miró a un lado y a otro escandalizado, no por la pregunta ni por las risas sino porque no terminaba de explicarse cómo había podido llegar a semejante situación. Quien más, quien menos, todos, alguna vez, habían sido sus víctimas; la división entera quería sacar partido.

—Tírele un charutito, profe. Así no puede pensar.

Desde el fondo llegó una voz precisa.

—Si alguien se coge a tu hermana, ¿es buena o es mala acción?

La clase explotó. Las risotadas cubrieron a Pereda. Mentasti levantó una mano pidiendo silencio.

—Conteste, Pereda, es fácil, piense: ¿le tienen que dar una razón para que usted, por ejemplo, no robe? ¿Debe haber una razón para que una persona se comporte bien, no haga el mal, o lo sabe solo, espontáneamente?

Pereda miró a un costado, acorralado.

—Ni idea.

—Si usted, por ejemplo Pereda, se dirige a robar el estereo de un auto estacionado... —Pereda se revolvió incómodo en el banco; atrás se escuchó un ¡Uy! —, se cruza conmigo y yo le digo: No lo haga; usted, no lo hace porque le parece que no está bien hacerlo, desiste, o me pregunta ¿por qué?

Pereda entendió y miró a Mentasti desafiante.

—Sí, a ver, ¿por qué?

—Porque como usted me contestó hace un momento, los hombres deben evitar las acciones malas. Usted es un hombre, Pereda, y robar ¿produce buenas o malas consecuencias? La moral es una cuestión social. No se trata sólo de lo que a mí me parece, o lo que a usted le parece.

Ceñudo, Pereda miraba el piso.

—Robar, Pereda, ¿está en el orden de las buenas o las malas acciones? ¿Produce buenas o malas consecuencias?

Pereda se encogió de hombros. Se había puesto a dar vueltas una tira de papel entre los dedos. Estaba furioso. Los demás se habían callado.

—¿Y si roba para morfar? —se escuchó otra vez la voz del fondo.

Mentasti levantó la cabeza.

—Ésa es una muy buena pregunta, pero es una pregunta política; por el momento, la vamos a dejar en suspenso. El primer paso de la ética consiste en reconocer lo bueno y lo malo, las acciones que producen buenas o malas consecuencias. Y si los hombres lo saben espontáneamente o si debe existir una razón explícita, un código, que les indique cómo actuar. En el marco de su cultura particular, claro —había terminado Mentasti mirando de reojo a Pereda.

—Todo preso es político, profe —recitó la voz del fondo entre comentarios de aprobación.

Mentasti volvió a levantar la mano pidiendo otra vez silencio. Pereda ya no disimulaba su rabia por haber accedido a sentarse en el frente y haber sido el blanco de las preguntas de Mentasti, algo que no terminaba de entender pero que indudablemente le había dado el crédito al profesor; le había ganado esta vez. El furor le ponía la cara colorada.

—Muy bien, Pereda —dijo Mentasti mientras le apoyaba una mano en el hombro; el chico casi salta de los nervios—. En serio —todos lo miraron, parecía que el profesor no mentía, no se estaba burlando—. En serio, muy bien: pudiste fijar la atención unos quince minutos lo que es ya una hazaña, y además respondiste. Está muy bien.

La clase se rió. Mentasti estaba serio y miraba a los ojos a Pereda, que se levantó del banco y volvió, puteando bajo, pero no tan bajo como para que no lo oyeran, a su asiento del fondo.

Y aquello le había parecido sólido en algún momento: una vida modesta, dedicada a la educación. Sembrar alguna idea en aquellas vidas jóvenes, suburbanas, llenas de desorientación. Pero la desorientación había venido a anidar, como el huevo de la serpiente, en su departamento de Almagro.

ANOCHECER frío de sábado, los coches deslizándose en la calle, las luces que empezaban a encenderse. Afuera todo era nítido, brillante, pero en su cabeza la noche recién abierta no tenía relieve y extendía sobre él sus alas amenazantes. Cinco pesos para gastar, contó Cris. Los otros diez no los tocaba. La valija le pesaba como si llevara ladrillos; para qué corno la había traído, la gente estaba en otra cosa. El traje, nunca más. Cris quería borrar de su memoria, de su vida, su entrada el mediodía anterior en el restaurante para ejecutivos, como había dicho el armenio. Reconquista y Viamonte. Disfrazado con el traje azul ridículo en la luz tamizada por el toldo y las plantas, descolocado en medio del lujo, del ruido templado de los cubiertos, de los manteles blancos y los mozos obsecuentes. El aire olía a dinero, a ropa exclusiva, a coche importado. La mirada desdeñosa del cajero por arriba de los anteojos casi lo detiene. Empleados y clientes se daban cuenta con solo mirarlo de que no pertenecía al lugar. Cris no pidió permiso porque sabía que no se lo iban a dar, fue derecho a una mesa con cuatro tipos todos de traje. «¿Qué es, pornografía?», había dicho antes de reírse de forma repulsiva, haciéndose el gracioso, uno de los tipos, bastante maricón parecía de tan peinado, tostado y relamido. Aunque había sacado un seno de goma de la caja y había alcanzado a ponerlo sobre la mesa, no le dieron tiempo a explicar nada: cuando estaba diciendo que no al de la pornografía, que era para liberar la tensión de la oficina, así había dicho como un idiota, otro de los tipos, uno serio, de pelo canoso cortado cepillo y traje gris cruzado, le estaba haciendo una seña al mozo que casi corrió hasta la mesa. «¿Dejan entrar cualquier cosa?». Se había enojado el tipo y, sin decirlo y sin mirarlo, lo estaba haciendo echar. La mirada autoritaria clavada, impaciente en el mozo. Cris sentía la cara y las orejas ardiendo. Lo aplastaba la humillación del traje barato y la burla en los ojos de toda esa gente con las billeteras repletas, las tarjetas de crédito y los depósitos en los bancos. Levantó la caja con el seno de goma que se veía como era: ordinaria sobre el mantel blanquísimo. Él era cualquier cosa. En la mesa de al lado, una mujer joven, muy hermosa, de pelo lacio dorado y vestido negro tenía la cara vuelta hacia él con los ojos muy abiertos. Cris se distrajo. Todo sucedió muy rápido: sintió los dedos del mozo clavados arriba del codo y al mismo tiempo vio el gesto del tipo amanerado que le deslizaba un billete en el bolsillo del saco. Cris se quedó sin aire. «Simpático», dijo a sus espaldas. Lo habían echado a la calle y punto. Había interrumpido un almuerzo de negocios, igual que un lustrabotas inoportuno o un vendedor de lotería. La humillación lo trastornó y lo impulsó furioso entre la gente de la calle. Sacó el billete de veinte pesos y se lo dio al chico de los taxis. El traje ridículo le quemaba el cuerpo; se sacó la corbata de un tirón. Con una ingenuidad de imbécil le había creído al armenio, una vez más había hecho lo que le había recomendado. En su puta vida Margosián había pisado un restaurante como ése. Volvió a Parque Centenario

cortando el aire, casi sin darse cuenta, como si la vereda quemara; nunca más, se había prometido que nunca más le iba a hacer caso en nada a Margosián. Sepultó el traje en el placard. Un viernes negro. Pero, a pesar de todo, no tenía plata y, hoy, sábado a la noche, había salido otra vez con la valija.

En la esquina, Cris estiró la mano a una mano extendida Academias Villagrán de Folklore — ¡¡Conectate con tu país!! — Danzas patrias, gato, chacarera, media caña, cielitos, Malambo I y II, etcétera — Profesor Samuel Villagrán («Samuelito»). Entró en un bar de la esquina de Santa Fe y Coronel Díaz. Puso la valija sobre una silla, a la vista, y se sentó. La gente iba y venía; todos tenían algo que hacer. Cris se arrepintió de su gesto del día anterior; le hubieran venido muy bien los veinte pesos. Grupos de chicas y chicos de su edad. ¿Qué estaría haciendo Melisa? Si tomaba un café, se volvía a pie a Parque Centenario. Pidió un cortado. Su madre, en Warnes; Poteki y su negocio mugriento. Margosián, con la teta te independizás, pibe. ¿Qué se creían todos? Un rencor universal lo partió en dos. Se le endurecieron los músculos de la garganta y parpadeó rápido, ¡maricón!, dijo en voz baja. El mozo le dejó el cortado y el vasito de soda. Se tomó la soda de un trago. Muchas veces pensaba que no era hijo de su madre. No tenía nada que ver con ella, ni física ni mentalmente. Él era de pelo castaño, medio rubio, le llevaba más de una cabeza. Él se parecía al muchacho de la foto: su padre. Pero su padre, ¿cómo había muerto?, ¿era un desaparecido?, ¿se había suicidado? Lo único concreto, lo único que ella le había dicho, era que había muerto cuando él tenía un año y medio. Siempre evasiva, se aferraba a una frase para salir del paso: «Cuando tengas los años suficientes te voy a explicar». ¿Cuántos eran los años suficientes? Que había sido muy doloroso, años terribles, y que no quería acordarse. Le había dado una sola foto: el tipo joven de vaqueros, pelo largo igual al suyo, que lo sostenía por los brazos. Había sido imprentero, eso también le había dicho; el padre, o sea, su abuelo, le había dejado la imprenta, una imprenta chica. A Cris le hubiera gustado saber dónde estaba. Le golpearon los ojos escenas discontinuas de hombres feroces, siluetas negras sin cara, destrozando las máquinas de una imprenta, como en una película vieja y quemada. Alguien se lo había contado, o lo había inventado, o se lo había escuchado al pasar, no sabía dónde ni cuándo, a su madre, sólo retenía el tono de la voz, raro; pero ella, ¿con quién hablaba, a quién se lo contaba?, ¿al hombre de la carpintería, al de la foto vieja? Hubo un momento en que su madre cortó con el pasado de modo tajante. Él tendría cinco o seis años. Ahí había aparecido Poteki. La antipatía fue mutua, desde el primer momento. Su madre había pronunciado una frase hecha, de telenovela: «Ahora vas a tener un padre». Él ya tenía padre. Pensaba en él, en actitudes que no lograba llegar a componer más allá de la de la foto; o asociado a la escena de las máquinas, pero eso no le gustaba pensarlo. Tampoco había parientes ni, como pasaba en casa de algunos de sus compañeros, amigos de la familia. Una idea le pareció terrible: era como si su madre al casarse con Poteki se hubiera suicidado. Inquieto, la desechó. Una tarde descubrió la foto vieja, en blanco y negro, de lo que parecía la calle de un pueblo con la pareja en el frente.

Su madre le había dicho con una voz rara, apagada, como él no le había oído antes: «Tus abuelos; ella ya murió». Eso era todo, pero él recuperó un recuerdo de sus cuatro o cinco años que lo ligaba nebulosamente a esa foto. Cuando se fueron a vivir arriba del negocio de repuestos de autos, toda relación con el pasado quedó anulada. Atrás quedaba una cada vez más borrosa casa de barrio, donde había tenido un perro —el Duke— que también había desaparecido y cuyo destino nunca quiso averiguar.

Una pareja que pasó tropezó con la silla de la valija. La bajó al piso. La había traído por las dudas y ahora quería patearla al medio de la calle.

Afuera, las luces, ahora en todo su esplendor. En cada cuadra, en cada esquina, una tras otra, alguien le daba un volante que Cristóbal guardaba en el bolsillo. Lo hacía por solidaridad, los pibes se pasaban las horas en una esquina... Aprenda folklore — Samuel Villagrán («Samuelito»), Malambo I y II. Querían deshacerse de los volantes para ir a cobrar los diez pesos que les daban... ZANTUZA Y EL CURACA DE LOS MILAGROS, curanderos y hechiceros del amor — únicos amarres para el amor eterno en una sola noche, devolvemos el ser amado con sólo invocar su nombre, foto, prenda o FECHA NATAL (Lanús Oeste, trasbordar en Puente La Noria, línea 421, el azul); Cris estiró el café un rato largo y volvió a la calle. Los arcos deslumbrantes de un *shopping* del primer mundo; al menos entrar era gratis. El brillo lo embistió y parpadeó varias veces. Música, conversaciones, vidrieras resplandecientes y hasta perfume en el aire cálido. Cris miraba a todos lados con auténtico asombro y admiración. Subió por la escalera mecánica; lo inundó la música torrencial de un negocio donde vendían ropa para chicos de su edad. Deambuló de un lado a otro. Entre el primero y el segundo piso optó por el ascensor, decidido a probarlo todo. Se sentía liviano y sin frío; habían pensado en todo y la calefacción era impresionante. Patio de comidas. Allí, sus cinco pesos se hacían humo antes de poder comprar nada. Torció por un pasillo que desembocaba en los baños y los teléfonos públicos. Llamar a Melisa se llevaría parte de su presupuesto de la noche. La puerta entreabierta de un baño le dejó ver a una mujer cambiando los pañales a un bebé. Derivó entre la gente. Chicas a la moda, hablando todas a la vez, las cabezas ávidas como proas al viento, se cruzaron con él sin mirarlo. Se había vuelto invisible; a veces le pasaba. Estuvo a punto de poner en escena su sonrisa de lunático pero le pareció peligroso; tal vez nadie se diera cuenta y terminara comportándose como un verdadero loco desquiciado. Se deslizaba liviano, era una pluma transparente. Ni siquiera sentía la valija colgando de la mano *cuando la noche, es más oscura, se viene el día en tu corazón, cuando la noche...* La modelo de la foto gigante hacía una contorsión increíble, subía el hombro y estiraba una pierna larguísima empujando los labios para afuera. Se usaban esos labios, tremendamente hinchados. Besar esas minas debe ser como besar un riñón, dijo el flaco Pereda la tarde del kiosco. Lo amodorró el aire calefaccionado y se quedó inmóvil junto a la baranda mirando para abajo. Tanta dentadura blanca, tanto jean ajustado en el culo, tanto patio de comida. El lugar y el amontonamiento de gente se le volvieron

sofocantes. Apoyó la valija en el posamanos de la escalera mecánica, y a pesar de las miradas de dos viejas estiradas que se corrieron como si estuviera leproso, trató de bajar sentado, pero no le alcanzó el impulso.

En la calle, el frío le dio un sopapo y lo sacó del embotamiento. La vida seguía circulando con prescindencia de él; coches y coches sin cesar, signos de que estaba sucediendo algo inalcanzable. Todos iban a alguna parte. Como nunca en la vida Cristóbal extrañó el walkman, era como si le faltara un brazo. En el primer bar barato que se presentara se tomaba un cortado y cruzaba el límite de los cinco pesos. Barría con los ojos la vereda porque le había entrado la idea obsesionante de encontrar plata tirada por ahí. Una billetera. Era sábado, la gente salía con plata. Hasta tal vez un portafolio con dólares. Estaba en Barrio Norte y en aquellos edificios altos, de entradas lujosas, vivían ejecutivos que podían salir apurados a tomar un avión a Ezeiza. Lo lamentaba, pero él no era de los que devolvían los dólares. Si alguien alguna vez le preguntaba qué opina de la gente que encuentra plata y la devuelve diría: No estoy de acuerdo. Y nada más. Stop. No iba a decir toda esa basura de que era grandioso que la gente fuera tan decente, que había que festejarlos y sacarlos en la televisión hablando como idiotas, cuando la verdad era que esperaban la propina, o habían tenido miedo de quedar pegados si los dólares llegaran a estar marcados o algo así.

Se sentó en un bar angosto y largo. Las doce de la noche. Todavía no había pedido nada cuando la mesa de al lado fue ocupada por un grupo de cuatro tipos y una chica, todos vestidos de negro, uno completamente rapado. Buscó en los bolsillos: se había olvidado la bic. El mozo, impaciente por algo, lo miraba a él y después a la calle y después de vuelta a él.

—¿Tiene una birrome, mozo?

El mozo metió la mano en el bolsillo interior del saco blanco y le extendió una.

—No te me la vas a quedar que es un elemento de trabajo. ¿Qué te traigo?

—Un cortado.

Danzas patrias («Samuelito»)... Relojería «Del Nonno» comunica a sus clientes su nueva dirección. Del otro lado Cristóbal escribió: 1. pedirle otro adelanto a Margosián. Iba a escribir 2. llamar a Melisa, pero no tuvo ganas de seguir anotando. Los de la mesa de al lado se habían enfrascado en una conversación o, más bien, todos seguían lo que decía el flaco pálido de nariz alargada y boca finita. Vestido completamente de negro, con el pelo largo agarrado atrás en una coleta baja, monopolizó la atención y hablaba lanzando cada tanto una mirada ciega alrededor, como para averiguar en qué planeta se encontraba. Los otros se hacían los distraídos pero estaban como en misa. Sin saber por qué, Cris le tomó una rabia inmediata, violenta. Lo miró taladrándolo, tratando de que el otro lo mirara, pero el de negro no miraba a nadie. Hablaba del concepto de ser moderno, de la música y de las ruinas, del simulacro. A pesar de él, Cris escuchaba, no entendía y el encono crecía sin motivo. Los tipos estaban en lo suyo y la verdad era que lo ignoraban. En un

momento el flaco de coleta dijo, Cris escuchó perfectamente, «nada de vampiros dark, ni hippies políticos, ni punks, eso fue, ahora es lo minimal». Es insufrible el tipo, pensó Cris sintiendo que culpaba al de negro de una cantidad difusa de cosas que no le interesaba investigar. Quiso molestarlo. Puso el pie en el travesaño de la silla con la valija y empujó con saña. Las patas rasparon el piso con un ruido rechinante, molesto, pero no consiguió que le prestaran atención. Lo ignoraban tanto que Cris pensó que hablaban para él, para demostrarle lo guarro y suburbano que era. «Lo máximo es el efecto de superficie...» estaba susurrando ahora el de coleta y Cris miró intensamente su perfil, quería doblegarlo. El tipo estaba concentrado en lo que decía y no registraba al resto del bar. Cris apretó el borde del cenicero hasta que lo hizo saltar sobre la mesa, con un ruido bastante impresionante. Al fin lo miraron, sin ninguna expresión particular, como si lo descubrieran. Enseguida volvieron a la conversación. Cris se levantó; dejó la bic y los últimos dos pesos al lado del vaso de soda y salió a la calle. Desde adentro lo sacudía una incomodidad mundial, insufrible. Andaba cruzado.

La gente se trasladaba en distintas direcciones detrás de los vidrios de los coches y las luces de los semáforos seguían su paso del rojo al amarillo y del amarillo al verde y vuelta al amarillo y detrás de las ventanas de los edificios la gente se disponía a dormir o a salir para Ezeiza o a acostarse trezándose desnudos unos con otros, como aquel día Mentasti y la morocha. La ciudad en la noche eran ventanas iluminadas en edificios chatos y negros. Cris sentía furor, un furor indefinido que dejó de centrarse en el tipo de negro para desparramarse por la calle. Si hubiera tenido el walkman todo habría sido distinto.

Caminó sin rumbo hasta que lo alcanzó la música. Entró en el local de Musimundo y fue como irrumpir en una zona electrizada; sonidos discordantes, fugados de distintos sectores, luchaban en el aire en un volumen casi palpable. Cris derivó entre góndolas y exhibidores al acecho de un lugar libre. Al fin, una chica colgó los auriculares justo a un metro de donde él estaba. Con la valija entre las piernas y las manos sobre los auriculares, Cristóbal se quedó quieto, escuchando... y *vas a andar esta ruta hoy... cuando anochezca... Tu esqueleto te trajo hasta aquí...* Los ojos cerrados y la mente abierta a la voz. El mundo le cantaba su desgarró en las orejas, la voz del Indio gritaba con un nudo de dolor en la garganta y la guitarra de Skay lo seguía como náufragos en una balsa, saltando en el torrente de la música, sin rumbo, a los saltos de la banda, a los bandazos por la calle, en la noche de ventanas apagadas, indiferentes, los auriculares como una corona y en esa cavidad él solo con su viaje, como un meteorito en la oscuridad.

—Che, loco, hace dos horas que estás ahí. Largá que estoy yo.

Una mano le había tocado el hombro y aunque se dio vuelta, las palabras fueron tapadas por el volumen. Igual Cris supo qué quería el dueño de la mano; encogió los hombros en un gesto de qué me importa, se dio vuelta y volvió a escuchar. El grito del Indio le traspasó el alma *No lo soñé... ibas corriendo a la deriva... No lo soñé...*

los ojos ciegos bien abiertos. La mano volvió a tocarle el hombro. Giró iracundo y ahí estaba. Tenía a una chica agarrada del hombro y se hacía el machito. Cris deslizó los auriculares sobre el cuello.

—¿Qué pasa, flaco, no ves que estoy escuchando? Andá a joder a otro lado.

El pibe soltó a la chica y acercó la cara. Era más grande que él, de edad y de cuerpo.

—¿Qué dijiste?

—Que te vayas a joder a otro lado.

Que se viniera, ojalá que se viniera, nomás. El Indio lo había puesto justo en el borde de toda la injusticia que sentía a su alrededor, desde ayer y antes de ayer y desde que se había ido de su casa y desde siempre y que se fueran todos a la remilputa que los parió. Ojalá que el loco volviera a tocarlo. Y eso fue lo que el otro hizo. No tocarlo sino apretarle el hombro como para arrancárselo.

—Dejame los auriculares, entendés, pendejo.

Cris estaba hartado de que le dijeran pendejo. Se quitó los auriculares y los colgó del gancho. Oprimió el *out*. Se dio vuelta y le pegó un codazo con todas sus fuerzas debajo de las costillas, el otro apenas alcanzó a abrir los ojos con asombro cuando ya se había doblado en dos y boqueaba buscando aire. Antes de que pudiera darse cuenta, Cris sacó rápido el puño y le pegó en la cara. El otro se levantó como un resorte; era un tipo grande. Con la cara roja de furia se le vino encima, puteándolo. Cris recibió por todos lados; lo que más le dolió fue el cabezazo en la ceja. Lo tenía encima, aplastándolo, y recibió dos piñas más en la cara antes de que los empleados del local vinieran a separarlos. El otro pataleaba, tenía los ojos inyectados y quería matarlo. La chica se tapaba la boca con las dos manos. La camisa del empleado se manchó de rojo. Era su ceja lo que sangraba. El mismo empleado, Cris no supo si por solidaridad o para protegerse el pantalón, le puso un pañuelo encima del ojo. Se había hecho un círculo de mirones que se reían. Al otro lo tranquilizaban. Con la pelea, la valija había ido a parar debajo de un exhibidor de CD. No supo quién se la alcanzó y lo empujaron a la calle. Las luces se movían y una cumbia frenética le perforó la cabeza *qué tendrá el petiso, qué tendrá el petiso*. Cris manoteó como pudo la valija. Al tipo lo seguían sujetando entre dos en el fondo del local.

—Mejor te vas, pibe. Agradecé que no te hacemos pagar nada.

—Si no se rompió nada —dijo Cristóbal mareado, con un ardor insoportable en el ojo y soltándose de un tirón de la mano del empleado. Las luces bailaron una danza enloquecida.

—Si viene el encargado, te vuelve a cagar a palos. Volá de acá, porque si te agarra te mata.

—Qué va a matar —decía Cristóbal; tiró el pañuelo dentro del local, la gente lo miraba—. Estoy en la vereda, la calle es de todos... —se alejó despacio, lo más despacio que pudo. Las luces se iban quedando quietas, de a poco.

Tenía la ropa arrugada y manchas de sangre en el cuello del buzo. Entró en el

primer bar que encontró y fue para atrás, buscando el baño. En el espejo vio el tajo. No era grande, pero no paraba. El cabezón hijo de puta. Sacó un montón de papel higiénico y lo sostuvo sobre la ceja. Frotó un poco de agua sobre las manchas del buzo. La puerta se abrió con violencia.

—Vamos, pibe, vía —era el hombre corpulento de la caja.

—No pasa nada, enseguida me voy.

—Vamos, rajá de acá. Los conozco cuando andan bien drogados. Rajá o llamo a la cana.

Antes de que el tipo lo tocara, Cris salió. Otra vez en la calle, en el asfalto brillante la luz se hacía trizas. La noche derivaba lenta hacia la madrugada. Caminó para cualquier parte, la valija era de plomo. A pesar de la campera, el buzo húmedo lo hizo tiritar. Caminó despacio entre la gente que venía toda en contra. Llegó hasta Callao y Santa Fe y se quedó en la esquina, indeciso. Se miró en el espejo de una vidriera iluminada. No le salía más sangre pero la cara daba miedo, se le iba haciendo un moretón. Siguió una cuadra más y dobló por Rodríguez Peña. Volver hasta Parque Centenario a pie con ese peso muerto y con ese frío le pareció imposible. Una pareja de viejos estirados de Barrio Norte lo miró raro. Váyanse al carajo, dijo Cris. Se secó la cara con el revés de la manga, sacó pecho. Un buen codazo le había dado al chabón, lo había dejado sin aire, justo debajo de las costillas. Se le pasó el calambre de la garganta y se rió solo. Le hubiera gustado que lo vieran el flaco Pereda y Mariano; era grandote el boludo pero no sabía cómo hacer para tragar aire. Se rió solo. Empezó a silbar. En Córdoba y Rodríguez Peña buscó un teléfono público. Boca puto, River capo. Llamame papito te las hago todas Ayelén las 24 hs. Bucal, tarifa aparte. Ser moderno (tachado): ser posmoderno. Bien tirada rock. Buscó en el bolsillo de la campera. TE LLAMA La Iglesia Universal del Reino de Dios en el Monumental de Núñez, atrás estaba el número. Marcó. Sonó varias veces. Nadie atendía. Cris lo dejó sonar. Se guardó los papeles en el bolsillo.

AMEBA transparente, delicada y un poco histérica, su pensamiento era repelido por el perímetro de sus propios límites; una criatura etérea que buscaba desplazar el molde interno hecho por la costumbre, las supuestas verdades, los hábitos mentales, los prejuicios, todo lo que había recibido desde el origen de la razón, de su razón, cuando era un recipiente vacío. Límites que maniataban como un chaleco de fuerza. Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo, citó a W. Su mente, la delicada ameba, era demasiado débil para luchar contra el molde. Ser consciente del límite no adelantaba nada. A los treinta y nueve años su modo de ver y de pensar el mundo estaba peligrosamente en vías de fraguar, o había fraguado. Algo ante lo que él y Manuel se habían prometido no ceder, recordó Mentasti, no claudicar, no dejarse apagar por el narcótico de la costumbre; no rendir ese último bastión cuya misión era permanecer alerta, abierto a lo nuevo, a medir lo nuevo con su carga de renovación, expurgándolo de la mera novedad. La idea de la esclerosis lo horrorizaba. (¿El teléfono no iba a parar de sonar?). Entre las palabras, un persistente sonido de alerta había empezado a acosarlo desde la fisura y estaba en franca expansión: ¿acaso él mismo no había sucumbido a los cantos de sirena de lo nuevo, no se sentía un hombre moderno con sus Vienas fin de siglo y sus citas de Karl Krauss? A fuerza de ser sincero (si no lo era ahora, ¿cuándo?) tenía que preguntarse, debía hacerse la pregunta: ¿acaso ya antes de irse, Manuel no le estaba resultando un tanto anacrónico?; ¿acaso él no le perdonaba un poco la vida cuando hablaban y secretamente deploraba su falta de flexibilidad, de sentido del humor? ¿No se había cansado, a veces, de sus conversaciones y no lo había encontrado, al final, antes de que Manuel tomara la decisión de irse, de perderse, no lo había encontrado un poco demasiado ideológico para su gusto? ¿No había habido ciertas amistades que ya no compartían, o mejor, que Manuel no aprobaba? ¡Lo que me faltaba!, dijo Mentasti al vidrio pero dirigiéndose al teléfono. Iba a tener que reconocer ciertas irregularidades de su parte en vistas a la respuesta que le había dado Manuel. Tan ascético y puro en su montaña llena de cóndores. Debía contestarse honradamente algo que creyó sepultar bajo las cartas de esos años: que sí, que él y Manuel se sentían ligeramente incómodos aquellos últimos meses, antes de la partida de Manuel. El teléfono sonaba desde tiempo inmemorial. Se despegó de la ventana y en la media luz de la puerta entreabierta de la cocina cruzó hasta el teléfono. Estaba en medias y remera.

—¿Quién es? —su voz se oyó desproporcionadamente sonora en la penumbra del departamento. El corazón le bombeaba sordo y, le pareció, enfermo.

—¿Quién? —volvió a gruñir.

—...

—¡Y quién carajo es yo! —Mentasti se iba calmando a la par que constataba con frialdad que hablaba con alguien por teléfono por primera vez desde la noche en que

había llegado. Salvo Claudia y Sara, que venía una vez por semana a limpiarle el departamento.

—...

Mentasti hizo un esfuerzo. Alcanzó el paquete de cigarrillos y el encendedor; prendió uno.

—Ah, sí... —dijo; la tensión bajó de golpe, una tensión tan larga como el viaje, se escurrió y lo dejó vacío. Tuvo que sentarse en la punta del sillón; le dio frío—. Esperá que me voy a vestir...

—...

—¡Y poné otra moneda!

Fue hasta el placard, sin prender la luz manoteó algo que resultó ser un pulóver y se lo puso. Justo el que no resistía, el que le picaba sobre la piel hasta la desesperación. Volvió al teléfono.

—Sí, qué decís —el agotamiento le había apagado la voz.

—...

—No, no va a haber.

—...

—Que no va a haber ningún curso.

—...

—No es Samuel... es Ludwig, Ludwig Wittgenstein, no Samuel. Ni siquiera anotaste el nombre.

A Mentasti le picaba intolerablemente el pulóver; se lo sacó de un tirón. El teléfono fue a parar al suelo. Lo levantó tanteando en la oscuridad. Más tranquilo, miró la ventana en cuyo ángulo superior derecho había aparecido una media luna finita.

—Pero te digo algo: no existe. Wittgenstein se murió. Olvidate del curso, tengo que cortar.

—...

—¡Ah...! No te enteraste..., sí, murió hace... van a hacer cuarenta y cinco años.

—...

—Al colegio no voy más...

—...

—Te felicito, no sirve para nada. Sabés lo que te digo, ya lo escribió alguien, vivimos en una época glacial para el espíritu. Pero glacial es una categoría demasiado poética para nosotros, en estas latitudes vivimos en la era del chapoteo...

Mentasti siguió hablando hasta que se dio cuenta de que hacía rato se había cortado la comunicación.

ALETARGADO por el frío y con una punzada ardiente en la ceja, Cris dejó el teléfono público y se quedó un rato parado, haciendo frente a la vuelta a pie a Parque Centenario. Se largó a caminar pegado a la pared. Levantó la cara esperando que el aire húmedo y frío de la madrugada lo despejara, aniquilando los últimos restos de ese sábado para enterrar. La ciudad era ahora y por estos lados un montón de ventanas apagadas. Nadie en las calles. Lloviznaba; las ilusiones, bien, gracias. Largó un silbido despellejado, estridente, porque sí, para hacerlo rebotar en las paredes vacías. ¿Por qué había dicho *Samuel*?, aquello era algo sobre lo que no tenía la más mínima idea, pero había podido llevar adelante la conversación a pesar de la impresión que le causó el tono áspero del profesor Mentasti, tan hostil, cuando él había esperado que lo invitara a tomar un café a su departamento, que le contara del viaje a Bolivia. En realidad quería hablar de él, de sus cosas, en el momento en que lo había llamado tenía ganas de hablar con alguien. Samuel; sólo podía atribuirlo a los nervios. Siempre empezaban mal sus conversaciones con Mentasti. Cómo no se iba a acordar de que el tipo se llamaba Ludwig si lo había escuchado a Mentasti hablar como dos horas de él en la famosa clase previa.

Sentado en su silla de plástico, Cris miraba por la ventana hacia donde le habían dicho que se veía el río, y que resultó ser una línea parda y miserable entre dos monoblocks. El departamento de Mentasti era demasiado chico y uno de los alumnos había prestado el suyo para la reunión preliminar. Se trataba de uno de esos edificios donde vivían miles de personas —detestables para el gusto de Cris—, con paredes de cartón y el ascensor adornado con barbaridades. El grupito —eran quince, se había encargado de contarlos— se amontonaba en un living donde habían corrido dos o tres muebles de caña destruidos y en su lugar habían acomodado las sillas de plástico.

—Desde acá se ve el río.

El dueño de casa, un chico flaco y bajito, de pantalones chupados y remera fruncida, le estaba hablando con una sonrisa lamentable, señalándole la ventana. Como si fuera el pobre pibe de un hotel que tiene que agrandar al turista. Cris miró para fuera porque le despuntaba una agresividad sin motivo. Se movió inquieto, incómodo. No conocía a nadie y no terminaba de explicarse qué hacía él ahí, donde seguramente había tipos que estaban por empezar la facultad. Si lo viera el flaco Pereda. Por hacer algo, estudió la libreta espiralada comprada para la ocasión. Miró de reojo a ver si los demás habían hecho lo mismo, no fuera a ser cosa que al único que se le había ocurrido traerla fuera a él, como en la primaria. En la fila de adelante, un tipo le hablaba a una rubia al oído, cada uno con un cuaderno sobre las rodillas. Almuerce y cene en El Asturiano, asado de tira, choripán, ahí había anotado la dirección, estaban en Saavedra.

En ese momento Mentasti, jeans, pulóver negro, jarro de café en la mano, se

ubicaba en los cincuenta centímetros que le habían quedado disponibles entre la primera fila de sillas y una mesita para enanos donde una pizarrita de juguete se apoyaba contra la pared. Agradeció a todos que hubieran venido y dijo que ese encuentro era algo informal, preliminar, que tenía como propósito dejar establecidos algunos datos básicos antes de largar con el curso. Dijo que lo único que allí no se iba a pronunciar era la palabra filosofía. No quería que se sintieran inflados por esa palabra, dijo *inflados*, dijo que le interesaba algo más modesto: quería hacerlos pensar, se corrigió, me corrijo, dijo, que pensemos entre todos, de qué manera avanza el conocimiento. Porque el conocimiento —Cris empezó a experimentar una clase de proceso que le era familiar por el cual la irritación de hacía un momento encontraba un cauce, un canal, y se transformaba en concentración o atención intensa y, no sabía cómo, empezaba a entender qué quería decir Mentasti mientras su mano anotaba en la libreta casi sin darse cuenta—, el conocimiento no empieza en los grandes libros, decía el profesor aquella tarde de la reunión preliminar, termina allí. Empezaba cuando algunos hombres le hacían frente a algunas perplejidades, había dicho *perplejidades*, el miedo a la muerte, el universo incognoscible, Cris anotó: universo desconocido. Lo que les proponía, así dijo, era ocuparse juntos de un hombre singular. Un hombre que se debatió entre la ciencia y sus formulaciones por un lado, y aquello otro que queda fuera, aquello que no puede ser formulado por la ciencia, llámese espíritu, llámese metafísica, llámese lo que sea y esta contradicción entre ciencia y metafísica la había planteado, Mentasti hizo una pausa, en el seno del lenguaje. Cris anotó: seno y se ocupó en hacer un dibujo de un seno bastante bueno y una línea curva... trabajando la relación lenguaje/mundo, concluía el profesor; Cris se había perdido algo. Mentasti apenas tuvo espacio para darse vuelta y en la pizarrita anotó: Wittgenstein, Viena, 1889. Fue como si sonaran silenciosas campanas. El profesor dejó que midieran este nombre en todo su peso y esplendor. Se calló la boca y tomó un largo trago de café; siguió ocupando un buen pedazo de tiempo en dejar la taza y encender un cigarrillo. No era el mismo profesor del colegio, lo supo Cris en ese momento con una especie de clarividencia, cuando ya Mentasti volvía a hablar con una expresión contaminada por una pizca de aburrimiento, o eso era lo que aparentaba, como si no tuviera más remedio que pasar por ese tramo elemental para llegar a sus torpes cabezas ignorantes. Volvió a hablar y dijo que, más allá de los datos, el tema de hoy era, simplemente, una historia, un cuento. La clase de hoy iba a estar dedicada, nada más y nada menos, que a contarles un cuento.

A Cris le pareció que los presentes se desinflaban un poco, y él también. ¿Un cuento? ¿Habían venido a escuchar un cuento? La sorpresa mezclada con decepción donde también cabía algo de curiosidad no alcanzó a tomar forma porque con un sobresalto considerable Cris descubrió en la primera fila, un tanto arrinconada, a la novia de Mentasti, Claudia, la morocha que había conocido la tarde que fue por primera vez a su departamento. Tenía los labios pintados y debía haberse puesto el pulóver con calzador. El pulso le latió con otro ritmo y a partir de ese momento, por

un tramo, la clase se le había vuelto un tanto confusa, sin contar con que aquello no era ni de lejos Renato. «Un hombre ético», seguía diciendo el profesor (Cris anotó la palabra, expulsó a la morocha de la primera fila y se concentró, amontonando lo dicho por Mentasti en veloces anotaciones que no entendía, como si el profesor lo fustigara a él solo y dijera sobre su cabeza, ¿estás anotando?). El profesor volvió a girar a duras penas: *Tractatus Logico-Philosophicus*, 1922, se encargó de aclarar torciendo la cabeza. Y debajo: *Investigaciones filosóficas*, 1953. «Creó dos sistemas que se excluyen; no temió equivocarse y empezar de nuevo. La lógica debe ante todo, y esto es lo que W. se propone, despejar de las proposiciones las ambigüedades del uso común del lenguaje para lograr un lenguaje límpido, que permita pensar con rigor». Otro silencio. Cris había dejado de anotar. «Ahora bien, ahora bien», repitió el profesor y Cris intuyó que venía algo fuerte porque se había agarrado el mentón: «¿Es posible eliminar la ambigüedad del lenguaje? En el *Doktor Faustus* (¿doctor qué?, le susurró la chica que tenía al lado Cris), Mann pone lo maligno —es decir, lo demoníaco— en la ambigüedad (el profesor echó una mirada rápida a su chica en primera fila), lo ambiguo es el germen de lo maligno. Si trasponemos esta idea al lenguaje, es esta ambigüedad la que corroe la posibilidad de pensar».

—¿Me siguen? —dijo de golpe Mentasti.

Murmullos que Cris no supo entender si querían decir sí o no. El de adelante intercambió con la rubia un gesto desdeñoso. El dueño del departamento miraba a Mentasti con ojos de ternero degollado. El profesor volvió a hablar como quince minutos seguidos. Cris se distrajo otra vez; alcanzó a anotar una frase entera: la primera dificultad con la que van a tropezar es la de su propia familiaridad con el lenguaje. Bostezó y miró para fuera. Anotó significados, anotó el lenguaje es historia, garrapateó objeto y lograr distancia del lenguaje propio; volvió al dibujo del seno y le trazó una curva, como el perfil de una mujer, después le zampó una melena larga, leonada, cayendo desde un borde, como la de la morocha, la novia de Mentasti.

«¿Me siguen?», volvió a preguntar el profesor. «Se fue a la mierda», susurró el tipo de adelante, que aparentaba estar ahí de casualidad porque sabía todo. Cris se indignó; aunque había estado distraído no le parecía para nada que se hubiera ido a la mierda. De todos modos, otra vez se distrajo y notó una cosa bastante fuerte: Mentasti parecía hablar para la morocha en primera fila pero, al mismo tiempo, no dejaba de controlar el fondo. Cris se dio vuelta: en la última fila, contra la puerta, se había ubicado una chica muy delgada que a Cris inmediatamente le gustó. Pelo corto castaño, ojos muy grandes, una boca increíble, y sobre todo una suavidad enervante que llegaba hasta su propia silla. Parecía que el profesor estaba entre dos fuegos esa tarde. La morocha se dio vuelta controlando atrás. «No importa», seguía Mentasti, «no se desanimen. No es un pensamiento fácil. Por supuesto vamos a ver lógica formal, pero con el que nosotros vamos a tratar es con el segundo Wittgenstein, el que dejó las cristalinas esferas de la lógica y asentó los pies en el plano terrestre». Apurado por anotar, Cris no pudo saber si ese florido lenguaje de Mentasti era cierto

o irónico, de todos modos le tomó menos de un segundo volver a ponerse del lado del profesor y en contra de esos catorce imbéciles que se hacían los superados. Una corriente de simpatía lo solidarizaba con su profesor, el que le había mandado la carta, el que lo había alentado a estudiar después del colegio. Telepáticamente mandó un mensaje: estaba con él a muerte y se hacía cargo de que tenía lío, que no era su mejor día. En ese momento, por magia, como le gustaba decir a Melisa, Mentasti lo miró y a Cris se le enrojecieron las orejas. «Lo que me interesa destacar, y con esto termino, es la ética personal de Wittgenstein».

La morocha hacía como que tomaba nota, pero Cris sabía que esa chica no estaba interesada en el curso, se notaba que estaba ahí por algo más y ese algo más se sentaba en la última fila. Al profesor se le iba a armar quilombo. Cris miró por la ventana tratando de distinguir el famoso pedazo de río. No vio nada. Había oscurecido y las sombras de los edificios con las ventanas que empezaban a iluminarse mostraban algo parecido a la vida en todo aquel espacio chato, oscuro y muerto. «Pretendo que me escuchen, aunque no entiendan», estaba diciendo Mentasti cuando él dio vuelta la cabeza, clavándole los ojos. Los volantes sueltos de su libreta cayeron al piso Plan Médico personal El tango te espera. La Viruta tango bar. Compro celulares, La burbuja tintorería rápida, renovación de nobuk (¿qué era el nobuk, un animal?), vestidos de novia, cortinados.

Mentasti se sacudía la tiza de las manos. Había adoptado un gesto que él no le conocía, en el colegio no se lo había visto nunca. Entre la morocha de la primera fila y la castañita de la última, Mentasti se mandaba la parte. O tal vez estaba recuperando el último resto de brío, se superaba a sí mismo y a la situación; se sobreponía.

—Y ahora, o por ahora, olvidense de todo esto —dijo—. Cuando va a Cambridge, en 1911, cuando se encuentra con Russell, las lecturas de Wittgenstein son, sobre todo, literarias. Dostoievski y Tolstoi lo impresionan. De Tolstoi dijo: «He aquí un hombre que tiene derecho a escribir». Más tarde, durante la guerra, lo va a marcar, precisamente, la lectura de los Evangelios hecha por Tolstoi.

El profesor hizo una pausa bastante larga. Hubo carraspeos y acomodados de sillas. Cris se aflojó. Mentasti se paró al costado de la pizarrita, apoyó la espalda contra la pared y cruzó los brazos. Con los jeans y el pulóver negro, Cris se sorprendió pensando que el profesor podía llegar a gustarles a algunas mujeres.

—Para terminar, o para empezar, les voy a contar un cuento. Wittgenstein consideraba que en él se plantean los problemas centrales de la filosofía: se trata de «Los tres *staretzi*», de Tolstoi: En ruso: los tres ancianos o ermitaños. El cuento tiene un epígrafe muy significativo de San Mateo. Búsquenlo ustedes.

Clavó la mirada en las sillas del fondo y recitó el texto con voz neutra: Un obispo navegaba en un barco de peregrinos rumbo a un monasterio. En cubierta, le señalan un islote en el horizonte y le cuentan que en aquel peñasco viven tres ancianos alejados del mundo: un viejito sonriente como de cien años, un hombre viejo muy fornido y un tercero de barba blanca y túnica de arpillera. Parecían contentos y casi

no hablaban. El obispo pide que se desvíe el rumbo del barco hasta el islote. Cuando desembarca, los tres *staretzi* lo esperaban en la playa tomados de la mano. En presencia del obispo se inclinaron hasta el suelo. Viendo hombres tan simples, el obispo les pregunta cómo rezan a Dios, cómo lo alaban para salvar sus almas. «Sólo nos ganamos el pan», responden, «y rezamos así: “Tú eres tres, nosotros somos tres, concédenos tu gracia”». El obispo contesta que no es así como se reza, que él les va a enseñar. Pasa todo el día enseñándoles el Padre Nuestro. Pero los ancianos repetían mal, se equivocaban, no recordaban las frases y el obispo debía recomenzar una y otra vez. Al atardecer, se despidió entre las reverencias de los *staretzi* y volvió al barco, que se alejó de la isla. Esa noche, en cubierta, ve una claridad sobre la superficie del mar. El piloto dice: «Son los tres ancianos que vienen hacia nosotros corriendo sobre las olas». Cuando llegan junto al barco, el más viejo le dice al obispo: «Señor, nos hemos olvidado de las palabras de la plegaria, por favor enséñanos otra vez». El obispo se persignó e inclinó la cabeza. Les pide que sean ellos quienes recen por todos.

Los tres ancianos se alejan sobre el mar rumbo a su isla, en medio de un resplandor que sigue hasta el amanecer.

El cuento era lo que Cris mejor recordaba de la clase previa del profesor Mentasti. Y resulta que había muerto hacía una bocha de tiempo, Ludwig. Y él, como un idiota, había dicho Samuel.

Caminó bajo la llovizna al ritmo silencioso y elástico de sus zapatillas. Paredes pintadas: Iwannarock, Bien Tirada. En cada cuadra, Cris cambiaba la valija de mano. La soledad caía sobre él como la llovizna fría de esa noche de agosto. Se sintió el centro de un mundo nocturno, desolado y silencioso. Tal vez un chico igual a él se deslizaba por las calles de Bogotá o de Tokio en este preciso momento. Le gustó la idea y Cris cantó para él con una voz potente que rebotó en los tapias helados ... *maldición va a ser un día hermoso... Pintan mal las cosas para él mi viejo ¡Pintan mal!*

La señora Vidot abrió la puerta y se quedó mirándolo. Tenía puesta la bata azul sobre el camisón y era evidente que la había despertado, pero ella no dijo nada. A los diez minutos le tocó la puerta de la pieza; traía un pedazo de algodón y agua oxigenada. Sentado en el borde de la cama, Cris no había encontrado todavía fuerzas para desvestirse. Sin hablar, la señora Vidot limpió la sangre de la pequeña herida; con cuidado apoyó una gasa doblada en cuatro sobre la ceja y sobre la gasa cruzó una cinta adhesiva. Muerto de cansancio, Cris no se movía. Era agradable el perfume suave, como de colonia, que venía de las manos o del pelo de ella. Antes de irse, la señora Vidot le mostró en el aire un juego de llaves y las dejó sobre la mesa de luz. Cris apenas le pudo agradecer. Se dormía sentado.

UN punto no lejos de Charazani, casi a trescientos kilómetros de La Paz. El paraje, a tono con el color que venía viendo desde hacía horas, lo absorbió en su desolación y se quedó parado al lado del camino. El horizonte lejano de montañas azules, nevadas, y el viento frío en la cara combatieron su inercia, su insignificancia, su estupor. Mentasti recuperó sensaciones de infinito y pureza que no recordaba haber tenido desde hacía muchísimo tiempo. Recobró el movimiento. A pesar de contener lo indispensable, el bolso le pesaba. Una calle sola, empinada, paredes de adobe, los umbrales sobre la tierra; nadie a la vista. Por el cielo subía una delgada hebra de humo blanco, único signo de actividad. Se detuvo frente al mínimo almacén que se ofrecía a través de una ventana con los postigos abiertos de par en par. En el vano, cuatro botellas de gaseosas atadas por vueltas de hilo de nailon oficiaban de anuncio. Golpeó en el vidrio hasta que la cara de una mujer se asomó detrás de Visa-Mastercard. Pronunció por primera vez en Bolivia el nombre de Manuel Urruty y le indicaron. Lo inundó un cosquilleo parecido al contento, casi al júbilo. Irguió los hombros, estaba a tres mil metros de altura, un detalle que no podía dejar de lado al juzgar sus mecanismos mentales. Avanzó unos metros y dobló en la callecita transversal, para llamarla de un modo convencional porque se parecía más a un patio de curso largo que a una calle. Todo amontonado y chato y de colores apagados bajo un cielo azul cobalto que hería los ojos, con un horizonte distante de picos nevados, abstracto y al mismo tiempo de una gravitación aplastante. Pensamientos inconexos lo asaltaban sin aviso. Golpeó la puerta de madera, angosta y descascarada. El frío lo protegía, lo reducía a las sensaciones del cuerpo y lo ponía suficientemente fuera de sí mismo como para alejar el golpe de absurdo que lo abatió no bien bajó del avión en La Paz. La idea de la muerte, de morirse ahí mismo sentado contra ese umbral, seco por el clima, una venerable momia desconocida. Silencio. Volvió a golpear. Mentasti llamando a la puerta de la casa de su amigo Manuel Urruty en un inexistente paraje cercano a Ulla Ulla, en la cordillera occidental de Bolivia, después de ocho años de no verlo, esperando la aparición de su cara afilada, su pelo negro y sus ojos inquisitivos en aquella callecita de tierra seca, desierta y barrida por el viento helado. Tenía un poco de taquicardia (cuidado con el soroche). La mujer joven que abrió la puerta lo estudió sin una sonrisa; apenas curiosidad en los ojos achinados, curiosidad o lo que más tarde, en el interminable viaje de regreso, Mentasti comprendió había sido alarma, tal vez miedo. Dijo quién era. Un momento después, con un chico de unos tres años agarrado a la pollera amplia y multicolor, la mujer joven y él hablaban en la cocina; un lugar de techo bajo, con una única ventana demasiado estrecha para la falta de aire que experimentaba Mentasti. Dejó el bolso al costado de la silla y se sentó. Una abertura sin puerta daba a lo que era el dormitorio, donde se amontonaban una cama grande y otra chica.

—Está en La Paz —dijo la mujer y se quedó esperando. Se arregló un imaginario pelo suelto detrás de la oreja; el pelo estaba perfectamente peinado, partido al medio y sujeto en dos largas trenzas. Como Mentasti parecía no poder hablar, ella, venciendo la evidente timidez y con un esbozo de sonrisa, continuó:

—Él me lo nombró a usted.

Mentasti detectó otra vez alarma en la cara de la mujer antes de que desapareciera de su vista; casi en el acto reapareció frente a él. Le arrimó una bolsita de nailon con hojas de coca.

—Tome, mastique. Está apunado.

Como si Mentasti estuviera incapacitado para entender el lenguaje, ella apeló a las señas: con la mano le indicó que tomara unas hojas, que se las metiera en la boca, que masticara. Mentasti obedeció; todo sucedía de manera muy lenta. Él se quedó mirando el piso de tierra. Al rato pudo hablar. Enfrentó la cara de la mujer, joven, redonda y cobriza, de la que había desaparecido todo rastro de aprensión.

—¿Cuándo vuelve?

Esta vez ella sonrió ampliamente. En otro lugar, los dientes habrían pasado por artificiales de tan perfectos.

—Cuando va a La Paz, no sé cuando vuelve.

Hablaba un español cerrado, con las eses marcadas. Mentasti miró alrededor. Buscó alguna estantería con libros, algún afiche, algún indicio, pero las paredes de adobe estaban desnudas. Allí vivía Manuel, entonces, el egresado de la UBA, el antropólogo cuestionador, el militante de izquierda de alto promedio. Su amigo de la infancia. Qué desazón, se dijo Mentasti y se repitió, qué desazón. Notó algo ficticio en la única palabra que le acudió a la mente. Desde aquí le había llegado el relato intermitente de las cartas con una voz que se había ido adelgazando con el tiempo, una voz que se había vuelto apagada y lejana, que se iba deshaciendo como la delgada hebra de humo que había visto en su llegada a la aldea. Como si descubriera en un rincón un animal dormido, lo sorprendió una mesa que no había visto hasta ese momento, una mesa rectangular chica con papeles, unos libros y folletos; al lado, una silla de paja con un almohadón de colores de tela rústica que se destacaba en ese ámbito como un detalle de lujo. El desajuste de esos objetos, anacrónicos entre el mobiliario humildísimo de la cocina, le trajo a Manuel con más fuerza que si hubiera aparecido por la puerta. Mentasti tomó aire. A sus espaldas, alguien entró. Alguien a quien la mujer se dirigió en un lenguaje rápido y desconocido. Mentasti giró en la silla, a su pesar un poco sobresaltado. En la puerta había un chico de unos seis o siete años. Se notaba que había venido corriendo. Ahí estaba Manuel, la misma frente y los ojos inteligentes, el mismo gesto en la boca fina. Avergonzado, Mentasti quiso disimular la emoción abrupta que lo tomó por sorpresa. Sólo quería ganar tiempo hasta serenarse.

—Discúlpeme. Es el viaje tan largo —hizo un gesto en dirección a la puerta—. Es parecido a Manuel.

Le pasó la mano por el pelo al chico que se había acercado en silencio y lo miraba desde el borde de la mesa. Los tres lo estudiaban sin malicia, minuciosamente.

—¿Cómo te llamás? —dijo como para decir algo. ¿Todo este viaje para nada?, preguntaba, congelada, otra voz.

El chico permaneció mudo; desconfiaba. La mujer volvió a hablarle en su idioma. Aymara, supongo, pensó Mentasti, que sentía que recuperaba algo parecido al raciocinio. «Tengo un hijo, un varón», la voz un poco solemne de Manuel años atrás en la comunicación telefónica desde algún lugar que Mentasti, en su departamento de Almagro, había imaginado lleno de color local. Una casita en la montaña, en las afueras de La Paz, con teléfono y una pieza para cuando él llegara de visita. Era para reírse. Por qué carajo Manuel no le había contado nada.

—Martín —dijo al fin el chico.

Mentasti tuvo que pararse. Fue hasta la puerta y haciéndole a la mujer un gesto de que esperara, agachó la cabeza y salió a la calle desierta. Abrió y cerró los brazos. El aire helado irradiaba iones y protones. Un pájaro de alas extendidas, inmóviles, planeaba arriba. Lo vio girar en el azul profundo, lento, dominando el espacio. A una altura mucho mayor, otro describía un amplio círculo; descubrió otro más. Se dejó deslizar al suelo, la espalda contra el adobe. ¿Y mientras tanto él vivía satisfecho en la petulancia de las palabras, encaramado a la ortopedia de los discursos? Tan propio de Manuel, lo importante no era necesario decirlo, le habría parecido demagógico: Le puse tu nombre, lo habría asqueado semejante frase. Lo esencial se omite, es imposible de expresar. Una partícula del genio de W. acudió a la mente de Mentasti, lo tocó y remontó vuelo hacia las alturas del cóndor, se perdió en el infinito. Miró la casa. Desde el marco de la puerta, la mujer con el más chico en brazos y el otro pegado a las polleras lo miraba. Los ojos redondos y serios. Cuando se fuera, su presencia en el paraje iba a ser largamente comentada. Corrección: su presencia sería borrada no bien se fuera. Aquel lugar se tragaba las palabras; incitaba al silencio. Se puso de pie. Él representaba una anomalía, una pequeña perturbación del ambiente que sería prontamente enmendada por aquel lugar del que ahora no recordaba ni el nombre. Se corrieron a un costado para dejarlo entrar. El más chico era la réplica de la madre, ojos y trazo redondo de la cara, asombro puro. La mujer, una joven mujer de pómulos altos, ahora al fin Mentasti la veía, tal vez veinticinco o veintiséis años, fue hasta una repisa y trajo dos vasitos y una botella. Lo conmovió que también se sirviera para acompañarlo cuando debía ser impensable para ella beber a esas horas del mediodía. Tal vez ni siquiera bebía. En un acto reflejo, Mentasti miró su reloj, que le mostró algo incongruente: la hora en la Argentina, la hora de su barrio de Almagro, de su departamento, de su vida en un lugar remoto llamado Buenos Aires. ¿Qué hombre era Manuel ahora? La única pista, el precario elemento que, como el hilo de Ariadna, lo llevaba a una recuperada identidad, era aquella mesa, chica, baja, arrinconada, insignificante junto a la silla de paja con el almohadón. Hacia allí miró otra vez Mentasti, esforzándose porque terminara de aletear, de cuajar y formarse la

perdida o disgregada imagen de su amigo. Incapaz de analizar sus propios sentimientos, se dejaba estar: una piedra rodando en el lecho del río. Las proposiciones del lecho del río, así las llamaba W., lo que se comparte en una conversación, pero acá no compartían nada. De inmediato lo desechó como un pensamiento profano, obscuro, entre aquellas honestas y sencillas paredes de adobe. Un rebuscamiento de su parte. Qué desazón, qué vacío. Las palabras se formaban y se deshacían como en un juego intrascendente, como débiles y transparentes nubes al pasar bajo el sol mientras él mira por el cuadrado de la ventanita un cielo casi blanco ahora y respira un aire intolerablemente puro. Sufría las consecuencias de un desguace: sus pedazos empezaban a separarse y a flotar, como en un cuadro de Dalí, alejándose lentamente en diversas direcciones. No tenía nada que hacer, salvo mirar. El pueblo andino no relatado en las cartas; la mujer, nombrada pero no descripta en las cartas, los chicos mencionados en las primeras cartas. No estaba preparado para esa precariedad. De ahí no había regreso a ninguna parte, pensó con rencor Mentasti, sin simpatía ni afecto por la causa ni por la casa ni por la mujer ni por los chicos. Se defendía de algo sin saber cómo hacerlo; no podía reflexionar en ese espacio lleno de cóndores que mataba todo esbozo de pensamiento. Volvió a los ojos de la mujer, que lo miraba abiertamente. Vaya a saber qué versión conocería Manuel de esta visita. Le había escrito, como siempre, a la casilla de correo, la casilla número 1203, en La Paz. Había mandado dos avisos y, secretamente, a pesar de sus reiteradas advertencias de que no fuera a esperarlo (sí, debía admitirlo), en el fondo y sin poder evitarlo, había imaginado un encuentro, un abrazo con Manuel en el Aeropuerto de La Paz.

—¿Recibió mi carta? Dos cartas. Le avisé que viajaba —dijo, sabiendo que era inútil insistir en esa dirección. La mujer iba a contestar, pero él la interrumpió por temor a que dijera que sí, que las había recibido—. ¿Dónde puedo encontrarlo en La Paz?

Ella se levantó y fue a la mesita del rincón. Sus movimientos eran precisos, económicos, con un gracioso revoleo de pollera multicolor. No había en esa vivienda nada superfluo, ni en los bienes muebles, ni en la posesión de esos sencillos bienes, ni en las actitudes dentro de la modesta casa aplastada por un cielo augusto, bajo el vuelo majestuoso de los cóndores. ¿Habían sido una alucinación?, se preguntaba Mentasti mientras la veía volver del rincón con un papel que le extendió en su mano diligente y morena. Un volante de la COB, con el anuncio de una movilización y la dirección del sindicato. Mentasti dejó la ventana y fue hasta la mesita, dio vuelta un volante y se quedó mirando el papel, como si hubiera perdido impulso. «Hasta la victoria...» escribió de un tirón. Vaciló. Tachó «la victoria» y puso «siempre». Abolló el papel y lo guardó en el bolsillo. Finalmente escribió: «Tenés una mujer y unos hijos hermosos. Lamenté no encontrarte. Un abrazo. Martín».

Se largó a caminar los dos kilómetros que separaban el paraje del cruce de caminos donde debía esperar, donde esperó durante horas, el paso incierto de un ómnibus que lo devolvería a La Paz.

Encajonado contra la ventanilla en un asiento estrecho, con las rodillas encogidas y saltando al compás de los bandazos que el conductor le imprimía a aquel colectivo que había sido nuevo en la década del cincuenta, Mentasti sintió caer sobre él la inutilidad del viaje. Viaje inútil, en los términos en los que lo había planteado: no había visto a Manuel. Mejor dicho, Manuel no había querido verlo. A pesar de las cartas, de sus anuncios de fechas de llegada y festivos anticipos de conversaciones interminables, Manuel ni siquiera había considerado esperarlo. Ni siquiera había tomado en cuenta que él, su amigo de infancia y compañero de facultad, su confidente epistolar, su camarada de ruta o todo esto junto, había hecho el interminable trayecto hasta aquel insignificante punto en el corazón de Bolivia solamente para verlo. El viaje de regreso a La Paz empezó a resultarle intolerable. El viaje de venida había estado sostenido por una suerte de deslumbramiento de los sentidos, un regreso a las impresiones primarias de olores y colores que lo colmaron de buenos presentimientos, ocupado, además, en ordenar las cuestiones pendientes, todo lo que tenía para contarle a Manuel, en imaginar todo lo que, a su vez, tendría Manuel para decirle. El viaje de ida había alcanzado picos de euforia habida cuenta del pintoresquismo que lo rodeaba, de su benévola simpatía general y de visiones deslumbrantes de los Andes, atravesadas por ráfagas de ansiedad y recuerdos en tropel de su amistad con Manolo.

Ahora, en el regreso, debió abrir la ventanilla y respirar hondo, sofocado por el hacinamiento y el olor combinado de humanidad y comida en aquel colectivo destartalado en el que la gente viajaba sin conflicto aparente, con unos bolsos que todos, sin excepción, acarreaban; bolsos de arpillera de nailon, descomunales como nunca había visto. ¿Qué llevaban ahí dentro? A la noche, la gente sacó frazadas y se tapaba hasta la cabeza, durmiendo perfectamente a pesar de la velocidad que el conductor le imprimía al ómnibus, incluso en las curvas. Al amanecer, acalambado y aterido, se dio cuenta de que era un camino de cornisa y que un precipicio escalofriante se abría bajo la densa vegetación, justo debajo de su ventanilla. Los cambios en el paisaje eran tan violentos y desconcertantes que parecían el resultado lógico del sueño agitado producido por su cabeza a los tumbos contra el respaldo rígido del asiento. Un paisaje que saltaba de la vegetación subtropical a los manchones de nieve de altura, nieve recogida por él en una de las tantas paradas del camino, mientras los pasajeros se desbandaban como alegres ardillas y armaban grupos donde se ponían a comer, cobijados por la imperturbable sonrisa del conductor. Por hacer algo (era el único que viajaba solo, el único con un bolso insignificante), se acuclilló y armó una bocha de nieve con la que no supo bien qué hacer, salvo arrojarla sin convicción contra una roca.

Cuando logró digerir las primeras horas del viaje de regreso, en su interior se desató una rabia sorda, un furor que al no tener destinatario se desparramaba sobre sus compañeros de ruta, que le resultaban insoportables, sobre el camino desastroso, y más que nada, sobre el conductor que no daba explicaciones de las paradas,

fumando displicente contra el capot. El desajuste entre su persona y ese ómnibus era completo. Encogido y un poco de costado en su asiento, rodeado de gallinas en jaulas, de caras redondas e impenetrables, de sonrisas de dientes perfectos, de caras chatas de infantes atados a la espalda, resultaba tan artificial como el color pálido de su piel y su Wittgenstein en la cabeza. En aquella emergencia quedó desnuda la premisa de que el lenguaje era apariencia de comunicación. Tenían eso en común con las personas que viajaban con él, la lengua, pero de una manera tan casual y remota como si se tratase de un tatarabuelo compartido, perdido en la niebla de los tiempos. A su alrededor el lenguaje tenía la misma fuerza que la vida, no se había desgajado de ella, eran la misma cosa. Mientras que a él le costaba encontrar las palabras elementales para comunicarse.

En una de las paradas sin motivo visible (o él no lograba descifrarlo), junto a un grupo indigente de casas, observó desde su asiento a sus compañeros de viaje esperando alguna reacción. Satisfechos con esta nueva oportunidad de hacer otro alto a la vera del camino polvoriento, los pasajeros no se inquietaban en lo más mínimo ni perdían el buen humor. El chofer había ido a refrescarse a un bar minúsculo de adobe blanqueado y carcomido, con un pequeño alero empinado de chapa (Tome Naranja Fanta — Visa-Mastercard). Decidió bajar, al menos para estirar las piernas. Cerca pero apartado, Mentasti observó disimuladamente al grupo que comía y hablaba y cada tanto, reía, y se sintió tan extranjero y raro que por un perverso mecanismo de extrapolación se vio como se lo vería allí a W. Bajo ese sol, entre esas caras oscuras de antiguos ídolos: un loco manso en su overol azul, un hombre artificial entre esos seres enraizados en la existencia hasta las capas más profundas de una tierra a la que pertenecían por derecho ancestral. El sol caía a plomo. La sensación de irrealidad fue tan intensa que lo impulsó a moverse, a deambular como perdido por el miserable patio de atrás del almacén, con su pañuelo mojado, atado con cuatro nudos sobre la cabeza al estilo hinchas de fútbol, y con Wittgenstein sobre el hombro, como la lechuga de Palas Atenea. Wittgenstein, quien, Mentasti no sabía por qué causa insensata o fallida (*cuidado con el soroche*), requería ser pensado allí, imperativamente, en medio de esas condiciones adversas, muy imperativamente requería ser pensado y se le imponía. No en Viena, no en Cambridge, no en la brumosa y silente atmósfera de su cultura europea particular, urbana y claustral, que lo envolvía como un elegante *foulard* de niebla de *dandy* extraviado, sino bajo este sol refulgente, en esta atmósfera vibrante y traslúcida del campesinado cocalero de Bolivia. La incongruencia le produjo un sobresalto nervioso. La niebla europea sufría las consecuencias del calor, simplemente se deshacía a una velocidad que lo dejaba sin asidero, perdido en medio de la luz enceguedora de las dos de la tarde. Dio la vuelta y desembocó en la parte delantera del almacén.

Debajo del humilde alero donde se había refugiado, Mentasti se sacó el pañuelo de la cabeza y se sentó, exhausto, en el suelo de tierra, la camisa húmeda contra la pared de adobe. Miró sus zapatos polvorientos. Levantó la cabeza. Cerveza en mano,

el chofer lo estaba mirando con su estúpida sonrisa imbatible. *A La Paz por Coroico* rezaba en letra manuscrita un pedazo de cartón torcido, pegado al parabrisas. Era natural, se consoló Mentasti con lógica de ocasión, allí todo se derretía, los juegos del lenguaje se volvían eso, juegos, tan superfluos e inasibles como las nubecitas que corrían por el borde del horizonte, tan extraordinariamente lejanas que parecían de otro mundo. O se comprendían a fondo, rectificó, ya que las reglas del juego que manejaba él y las que manejaban los otros, sus ocasionales compañeros de viaje, para comunicarse pertenecían a dos realidades tan distantes entre sí que resultaban antagónicas. ¿Cómo podían comprender el significado que para él tenía la palabra «espera» si no compartían la misma idea del tiempo? Las reglas comunes apenas admitían una precaria y engañosa comunicación entre él y los otros. Aunque *el otro* acá era él. Sintió que se balanceaba en el borde de un precipicio; alcanzó a asirse a una rama: el *cogito* seguía en pie, como tallado en esas rocas milenarias de las laderas de los Andes: Pienso, luego existo. Pienso, luego existo, repitió Mentasti. Ese hilo, la ironía de ese hilo, fue la que le devolvió, momentáneamente, su razón de ser, cierto atisbo de identidad lo succionó por un momento de la extrema extrañeza como si lo pescaran con un anzuelo y ¡zap! lo puso de cara a una chola jovencísima, sonriente, agachada frente a él como una clueca sobre las polleras superpuestas: «Cómprame», decía, y le extendía una mano de niña, morena, servicial, con un cucurucho de papel: «Cómprame unito». Mentasti sacó automáticamente el dinero y pagó, fascinado por la pequeñez de la mano sin averiguar qué contenía el cucurucho, y la criatura con un revuelo mareante, corrió a pasitos cortos, hasta el grupo de comensales que se rieron, seguramente de él, o no, tan contentos y autosuficientes que Mentasti alcanzó a saber que su presencia en ese colectivo y entre esa gente tenía un sentido contingente, casual, temporario, pero no por eso menos importante: estaba ahí para comprar. Lo que fuera. Era un dispensador de dinero (dinero que aplicadamente había cambiado en el aeropuerto pensando en la cena que iba a compartir con Manolo, en algún restaurante con buen vino). Su imposibilidad de comer mostraba un desajuste grave con el medio. Otro desajuste era el tiempo: el tiempo de aquellas personas se extendía pacífico como la superficie de un estanque; él, en cambio, se debatía en las procelosas aguas de la duda (todavía era capaz de cierta ironía, de cierto margen de maniobra). Le dio el contenido del cucurucho a un perro, tratando de que no lo vieran. ¿Cómo haría para rearmar a Wittgenstein luego de esta desarticulación feroz bajo el sol de Tiawanaku? Allí W. se le descomponía, como la Viena fin de siglo de la que había emergido, hijo dilecto arduamente gestado por centurias de razón europea y parido bajo el fulgor enfermizo del artificio de aquel mundo brillante, aullante y desesperado que celebraba su propio derrumbe, su gran época de ocaso, su lento crepúsculo sangrante. El canto de sirena al borde de la desintegración, en el comienzo de un siglo trágico. Y Manolo, haciendo este viaje, ida y vuelta, ida y vuelta (ah la praxis), mientras él andaba por otros caminos. *Sólo renunciando a influir sobre los acontecimientos del mundo podré independizarme de él y en cierto sentido,*

dominarlo, pero esta premisa del *Diario*, también se le vaciaba.

Los haces de sol de la chapa agujereada vibraron en el calor. El conductor disfrutaba de la cerveza, sin apuro. El viaje llevaba ya once horas (miró su reloj argentino). A ese ritmo, calculó, faltarían cinco o seis horas más. El calor hizo presión desde afuera y la indignación explotó en un estallido silencioso. Por supuesto que Manuel había recibido las cartas; había recibido y leído las dos, pero lamentablemente, su viaje había coincidido con una movilización de la COB y frente a eso no se podía hacer nada. Mentasti maldijo aplicadamente a su amigo, a Bolivia, a su ocurrencia del viaje, al chofer y a todas las movilizaciones habidas y por haber. Resopló con furia y desechó con un esfuerzo titánico la necesidad de fumar. Nadie se movía, ni atisbos de reiniciar el viaje. Se le acercaron unos chicos y quedaron a su altura. Mentasti no tenía buena relación con los niños, más bien los rehuía. Calculó, uno, cuatro; la otra, cinco: caras redondas, piel oscura, sedosa, con rubor en los cachetes, tremendos ojos, pelo negro pirincho, mocos, bocas sucias. Lo estudiaron largo rato. *Cogito ergo sum*, dijo de golpe Mentasti en voz alta como ante una mesa examinadora. Las bocas se abrieron y redondearon, los ojos hicieron lo mismo. La mano de ella tomó el borde de la pollera y lo retorció. *Pienso luego existo*, tradujo Mentasti a los profesores. No pasó nada; las miradas fijas en su cara. *Las proposiciones atómicas y los hechos atómicos son isomórficos: el lenguaje es un mapa del mundo*, levantó el índice al alero: *Tractatus*. Las bocas más redondas, con un dejo de migas y de tierra por los bordes. Atención: *A la lógica no le concierne si algo es o no es el caso sino que algo es* —enfaticó, había enfatizado ante los doctores — *que existe el mundo y no la nada*. El más chico echó una mirada rápida hacia un costado, la constatación de que su madre seguía por allí cerca, y volvió a escrutarlo. A Mentasti se le escapó un gesto involuntario, una sombra de sonrisa que tuvo el efecto especular de dilatar las bocas de oreja a oreja, se reían ahora, ya abiertamente, a más no poder mientras corrían sobre la tierra dura y amarilla, entrechocándose como cachorros, entre gritos nerviosos de placer y contento, hasta donde estaba la madre. El varón hundió la cara en la pollera voluminosa. Ella se inclinó, uno todavía más chico le dormía en la espalda. Cuchicheos, conciliábulos, miradas francas. La más grande corre de regreso: «¿Cómprame?». La mano infantil pero ya adulta en el gesto estira hacia él un bollo sobre un pedazo de papel de estraza. Mentasti suspira y tiende una moneda. Otra disparada, otros gritos de placer. Desde allá lo miran: se trataba en definitiva de la atracción mayor de ese viaje interminable a La Paz y, además, de un comprador compulsivo.

Compro, luego existo, se dijo sin el menor humor Mentasti. Se acomodó mejor en el piso de tierra. En aquel lugar ésta era una modesta aunque flagrante verdad. El *cogito* resistía, mantenía peso y realidad, iluminaba como una leyenda grabada en la roca con caracteres indelebles. El *cogito* era ubicuo, universal; poseía la cualidad de instalarse en el eje de cada existencia de por sí fluctuante como un corcho en la correntada tumultuosa del río del existir: pienso, luego existo; o amo, luego existo; u

odio, luego existo; o tengo hambre, luego existo; o no soy libre, luego existo. Descartes también había postulado una primera sustancia: lo corpóreo, y una segunda sustancia: el pensamiento. Si lograba mantener juntos cuerpo y mente, meditó Mentasti debajo del alero agujereado en aquel punto ignoto, ahora con un dejo de humor, tal vez lograra llegar cuerdo a La Paz y de allí a Buenos Aires, lugar que por el momento existía sólo en la forma de cuatro sílabas vacías.

En estas latitudes, recordaba Mentasti que había pensado con cierta exaltación producto de lo extremo de la luz y de los colores, o de la euforia, ya que estaban otra vez arriba del ómnibus en marcha, en estas latitudes aquel que quisiera explorar el lenguaje iba a tener que estar atento a la vida. Acá la historia estaba tan caliente como un volcán activo. ¿Cómo respaldar ante esas caras la empresa de expurgar el lenguaje? A esta objeción, reflexionó Mentasti, el propio Wittgenstein se le adelantaba en aquella carta memorable que sabía de memoria: *¿de qué sirve estudiar filosofía si todo lo que sacas es poder hablar de manera más o menos aceptable sobre algunas abstrusas cuestiones de lógica, sin que mejores tu modo de pensar en lo que se refiere a las cuestiones importantes de la vida cotidiana?*, W. era un producto de su tiempo, de un mundo donde todo había sido dicho hasta la extenuación, hasta el vaciadero, un mundo que miraba con nostalgia las torres del reino perdido del significado. En ese borde había trabajado este hombre admirable, arriesgando su cabeza. (Mentasti recordó que se había emocionado y también ahora le sucedía), ¿Qué hubiera pensado acá, en su overol azul, bajo el sol de este camino sin nombre, en las montañas occidentales de América? Acá no había entramado lógico del mundo; acá era la pura facticidad. La realidad no se andaba con vueltas; se apropiaba del lenguaje, lo usaba perentoriamente según necesidades inmediatas, urgentes, de grito, o lo adelgazaba hasta la consistencia del aire en una canción andina cantada por algún chico en las vecindades de Tarija que, al borde del siglo XXI, ni sospechaba la existencia de un mundo fuera de su aldea. Nadie podía resistir esa prueba. Entre esta gente que no había hablado por siglos, todo estaba en las vísperas, todo esperaba ser dicho. Y en esto radicaba, quizás, el centro de la decisión de Manuel. ¿Y si comenzáramos a pensar con el corazón, como había dicho el poeta, precisamente conciudadano de W.? Pero, se escandalizaba Mentasti, ¿era inútil que el hombre pensara?, ¿la especulación, límpida y pura, era inútil? No, eran los destiempos de la historia. Y eran ese calor y ese aligerar el colectivo de los bultos porque otra vez se habían detenido ya que el motor, explicaba por una vez el chofer, había tenido un desperfecto y había que revisar el cárter para lo que se necesitaba que se sacara todo el equipaje afuera. Se descontaba la comprensión de aquellos pasajeros que con el mismo contento con el que comían se habían puesto a desalojar sus pertenencias para que el conductor hiciera su trabajo, como si el tiempo fuera infinito. Y el tiempo era infinito, o el tiempo se había ido para el lado de los tomates. Mentasti había dejado, por fin, descansar su reloj, objeto por completo inútil. Nuevamente se sentó a un costado del camino, esta vez sin apuro. Debía sufrir algún tipo de

resignación. A su lado una mujer se dispuso a dar cuenta de un choclo. *La pureza de la lógica era un espejismo, una superstición*, ya lo había dicho. Los chicos corrían. Nadie lo miraba.

Ya en La Paz, en la multitudinaria terminal de ómnibus, Mentasti arrojó el volante con la dirección de la COB. Se sentó en un banco cerca de la puerta de salida. Miraba el ir y venir de la gente, los bolsos, los paquetes. Se sucedieron los minutos. ¿Y ahora qué pasa?, se preguntó. En realidad no sabía. En medio del ajetreo que lo ignoraba, cayó sobre él algo que había estado allí tan evidente y claro como el sol: *Manuel no había querido verlo*. Ninguna confusión ni carta perdida ni malentendido ni compromiso impostergable. *No había querido verlo*. La claridad de esta idea lo aturdió; después, lo serenó: ya era algo. Una mujer se sentó en el banco y puso entre los dos un bolso gigantesco. Con algo parecido a un temblor interior, Mentasti se dijo que lo comprendía perfectamente: ¿por qué motivo Manuel querría encontrarse con esa rémora del pasado? La idea del viaje había sido de cabo a rabo suya, del principio al fin. Había sido él, Mentasti, el abúlico, el dubitativo, quien había tomado la decisión y había venido a su encuentro. Pero Manuel no quería ser encontrado, no quería confrontar esa parte de su pasado —él— con la que ya no tenía nada que ver. El pasado compartido tenía tanto que hacer allí como W. o las noticias de Buenos Aires o las elucubraciones bizantinas de Mentasti, o Claudia, de la que, de repente lo supo, no habría sabido cómo hablarle a Manuel. Sus años de amistad habían quedado atrás para siempre. Las cartas que había recibido a lo largo de esos años habían sido el tributo que Manuel rendía a su amistad, una apariencia de comunicación sostenida en un afecto pretérito. *No alcanzo los límites emocionales de esta verdad*, se recitó Mentasti, en voz baja, anestesiado por el cansancio. Dolía como el demonio, sin embargo. Más habría dolido encontrarnos como dos extraños, se dijo, apoyándose sin darse cuenta en el bolso descomunal, cosa que no consideraste desde tu perspectiva narcisista. Nunca había comprendido mejor que no había comprendido nada. Con sus teorías, sus discursos, sus tribunas de palabras ajenas, había vivido en una ética hecha a su uso. Manuel, el más delirante (a su juicio) y en un punto el más lírico y al que él había considerado siempre en secreto el más débil, había sido al fin el dispuesto a llevar las cosas hasta el fondo. Había algo más: ¿Por qué había dejado que él llevara a cabo el viaje? ¿Por qué no le había escrito? ¿Significaba tan poco, ni siquiera la molestia de un llamado telefónico? Estaba eso, que ahora, por puro cansancio, se sintió incapaz de analizar, demasiado anonadado como para compadecerse. Un olor rancio, mezcla de especias, ropa usada y comida lo envolvió. La mujer le sonrió, amistosa. Los ruidos, las imágenes y las voces se degradaron en una profundidad sin fondo. Mentasti se durmió, la cabeza apoyada en el bulto descomunal.

Un sacudir suave del hombro lo despertó. La mujer debía viajar; se alejó entre la gente con su carga. Entumecido, Mentasti volvió a la realidad. Dudó un momento; abrió el bolso a sus pies y trajinó a ciegas rompiendo papeles de envoltorios. Sacó los dos robots plateados a pilas. Se había equivocado en no dejárselos: les habrían

gustado a los chicos de Manuel. A todos los chicos les gustaban los juguetes, vivieran donde vivieran. Los acomodó con cuidado sobre el banco, uno junto al otro, y salió de la terminal a la noche fría. En las laderas que circundaban la ciudad, empezaban a encenderse líneas irregulares de luces. Se largó a caminar por calles empinadas sobre las que brillaban los cerros, ganado por la belleza resplandeciente de La Paz.

Cambió el pasaje para dos días después. Iba y venía por la ciudad sin tener nada que hacer. Varios lustrabotas se le acercaban, chicos oscuros y ágiles. En las esquinas, el afiche de la movilización de la COB, con el día y la hora. En el mercado, los olores a comidas y a condimentos demasiado fuertes. Objetos de plata. Caras sonrientes pero inescrutables, chicos sujetos a la espalda. Al caer la noche, las mujeres levantaban todo en un santiamén y trepaban los cerros. En las calles céntricas, autos importados, gente con celulares en la oreja. Edificios vidriados, modernos, reflejaban la puesta del sol. Oscurecía rápido entre las montañas.

Desde la ventana de su hotel sin pretensiones, Mentasti vio encenderse los cerros por segunda vez. Abajo, en el fondo de un desfiladero, el río de luces de la ciudad moderna trajinaba y vivía. La Paz era hermosa, de raíces tan antiguas como los hombres oscuros y las cholas que al crepúsculo se fundían con las montañas hasta desaparecer. Esa tarde, en el museo, el barroco de los marcos de madera, la plata repujada, los ángeles arcabuceros. Él, sentado en el austero patio español. Después, los chicos de la calle detrás del lustre de sus zapatos. En una pared, el afiche de la COB. Mentasti se deslizaba entre el bullicio sin saber bien qué hacía ahí ni por qué permanecía. Ejecutivos de la banca internacional en los restaurantes. Él comía una sopa picante en el mercado (¿un encuentro casual con Manuel?). Nada de sanitarios, todos a la que te criaste. En el taxi, viajando en montón, su piel blanca desentona. «¿Cómprame unito?». A la noche, una luna radiante se levanta detrás de los cerros negros, titilantes de luces. Le empezó a pesar la decisión del cambio del pasaje. Sin ancla que lo fije a nada, en el borde de la cama anónima de hotel, Mentasti repasa una y otra vez el número y la hora de su vuelo de regreso a Buenos Aires en el Lloyd Aéreo Boliviano.

CRIS abrió un ojo; el otro, apretado y hundido en la almohada, le produjo una puntada de dolor. Se estiró y enderezó la cabeza. Cómodo y holgazán, recibió la luz opaca de la mañana; una llovizna mansa caía afuera, sobre el parquecito. En ondas sucesivas, volvieron imágenes de la noche anterior: el *shopping*, la pelea en la disquería. El codazo había sido fenomenal, el tipo se dobló en dos, encima después le había embocado una, le parecía, debajo de la oreja. Se inspeccionó la cinta adhesiva. Estaba recordando lo mal que había sonado el profesor Mentasti por teléfono, cuando la puerta se entreabrió y Cris, con un sobresalto, incorporándose sobre un codo, ya del todo despierto, vio contra la pared blanca la cara blanca de la señora Vidot, extrañamente desencajada. Cris no supo qué era lo distinto que percibía en ella, pero había algo distinto: con la bata un tanto floja y con el pelo pegado a la cara seguramente por la lluvia, porque vendría desde la galería sin paraguas (no iba a andar adentro de la casa con paraguas), vio a la señora Vidot apoyarse contra el marco de la puerta y cerrarla sin ruido por detrás de su espalda, o tal vez hizo ruido y Cris no lo escuchó porque la lluvia se había desatado en los últimos segundos y caía con fuerza sobre el techo y los vidrios mientras ella, Marcia, se acercaba a la cama con paso mecánico y lo miraba como no lo había mirado antes, nunca, desde que llegó. Lo miraba a los ojos. Y Cris supo lo que iba a pasar, trató de prepararse para lo que iba a pasar aunque sólo atinó a incorporarse un poco mejor en la cama como para recibir a la señora Vidot que se sentaba en el borde y le tocaba con sus dedos finos y helados la cinta adhesiva que ella misma le había colocado la noche anterior sobre la ceja. El contacto puso a Cris completamente alerta pero indemne, como si la señora Vidot se hubiera agrandado al mismo tiempo que él se empequeñecía cuando ya ella le pasaba una mano por el pelo y se lo retiraba de la cara y Cris no supo si la cara mojada de la señora Vidot era por la lluvia o porque estaba llorando, aunque ahora podía darse cuenta de que no estaba llorando porque la mirada, los ojos de Marcia, habían adquirido una intensidad seca, una profundidad brillante y se habían vuelto oscuros, casi negros, trágicos habría pensado Cris de haber podido pensar, y su cara se aproximaba a la suya y la mano de ella se apoyaba en su pecho. Sobre la cara de Cris cayó el pelo mojado de Marcia. Unas gotas de agua de lluvia fría se deslizaron por el cuello de Cris, produciéndole un estremecimiento no supo si de frío o de qué, porque un impulso de envaramiento o expectativa le poseía el cuerpo entero cuando ella se inclinó y lo besó en la boca con suavidad, con la otra mano apoyada todavía en su pecho que saltaba por su cuenta a una velocidad creciente. Lo besó otra vez, sin suavidad, separó la cara y lo miró. La mirada tenía una mezcla de esa opacidad que Cris le conocía más otra cosa que parecía venir más de lo hondo, una oscuridad que le salía por los ojos y se desparramaba por su cara que se aproximaba una vez más (porque ella volvió a inclinarse) y su boca se abrió sobre la de Cris y su lengua pasó

sin violencia de sus labios a su boca y le apretó la nuca con la mano obligando a Cris a responder. Y cuando Cris había tendido ya sus brazos para atraer hacia sí a la señora Vidot, ella se levantó sin apuro, con las dos manos se retiró el pelo húmedo hacia atrás y desanudó el cinturón de la bata, que ahora Cris veía estaba manchada de barro. La bata cayó a los pies de la cama y la señora Vidot quedó en una especie de enagua de seda, seguramente vieja, porque Cris detectó un brillo apagado en el borde de la cadera como de una tela suave color claro, una enagua muy usada que se adaptaba al cuerpo de Marcia con la docilidad de los que se conocen desde hace mucho tiempo. Del otro lado de la cama, ella se sentó de espaldas a Cris y se quitó la enagua por arriba de la cabeza, y después se sacó la bombacha blanca sin levantarse de la cama, inclinando un poco el cuerpo a un lado y al otro, la deslizaba por las piernas y se desembarazaba de ella en el piso, haciendo todo sin apuro, como cumpliendo los pasos consecutivos que debían cumplirse mientras Cris miraba fascinado las gotas de lluvia que, desprendiéndose del pelo, bajaban por la espalda inesperadamente tersa de la señora Vidot, por el hueco que recorría su espalda desde abajo de los omóplatos hasta la cintura, por allí bajaban las gotas, hasta donde se notaban los dos hoyuelos de las caderas. Y en ese momento se escuchó un trueno que surgió desde el fondo del cielo, desde abajo del horizonte de la ciudad, como por debajo de la tierra y rodó elevándose sobre casas barrios plazas autos gente volviéndolos insignificantes hasta pasar por encima de la casa de Marcia y de la pieza de huéspedes donde la luz se hizo más opaca y gris y pareció que estaba por anochecer en vez de ser mediodía. La señora Vidot, alzando sus largas piernas, se escurría bajo las sábanas junto a Cris y lo atraía hacia su pecho y volvía a besarlo y lo obligaba, firmemente lo guiaba al próximo movimiento hasta que sus cuerpos se reconocieron desnudos bajo las sábanas y bajo la lluvia desatada que los sentidos de Cris no percibían entregados ciegamente a la piel suave de Marcia, de sus caderas ahora montadas sobre las suyas porque la señora Vidot estaba sobre él y llevaba sus manos, las de Cris, a los costados de su cintura con los ojos cerrados y la boca amarga y le imprimía a los cuerpos un vaivén acompasado y fue ella misma la que decidió volcarse de espaldas y cambiar el turno y el ritmo hasta que Cris se derrumbó sobre ella, sobre su costado, la respiración ahogada, la boca llena del pelo de Marcia Vidot sin saber si su cuerpo era su cuerpo sólo la pura sensación del tacto, del placer del tacto de esa piel que le resultaba tan insoportablemente suave que apenas alcanzó a reprimir el impulso de morderla. Entonces ella, Marcia, se había corrido suavemente de debajo de su cuerpo y había girado quedando de costado, dándole la espalda desnuda, mirando hacia el baño, y pasó, había pasado, tanto tiempo sin hablar en esa posición que Cris que ahora, luego de un sopor que no sabía cuanto había durado, se recuperaba y percibía otra vez la lluvia con los sentidos extraordinariamente despiertos sin saber, eso sí, sin siquiera poder darse una idea de cuánto tiempo había pasado, a Cris le pareció que la señora Vidot estaba dormida. Para comprobarlo inclinó el cuerpo sobre el de ella y vio que tenía los ojos muy abiertos, fija la mirada en la puerta del baño; entonces Cris

fue a hablar pero ella lo impidió porque le puso una mano sobre la boca, y giró, ella, y quedó de espaldas a la cama y la señora Vidot volvió a atraer la cara de Cris esta vez sobre la suya y todo volvió a empezar, sólo que esta vez Cris estaba más atento, menos dócil pero siguiendo sin darse cuenta las sabias maniobras de la señora Vidot que había cerrado los ojos, la cara casi totalmente cubierta por el pelo por donde Cris alcanzó a ver las aletas finas de la nariz que temblaban y parecían buscar en cada latido, ansiosamente, aire.

La señora Vidot flotó en un nirvana olímpico, en una inmensidad lechosa, pálida. Trató de perfeccionar un gesto que se le insinuaba de adentro hacia fuera, en el ángulo de la comisura de la boca, destinado a ella misma. Cerró los ojos para recordar bien la cara de Jeanne Moreau, su boca despectiva.

—A lo Jeanne Moreau —dijo.

Cris la miró. La señora Vidot agregó:

—No te suena ni de oídas. Una actriz fea...

—Usted es... muy hermosa —interrumpió la voz juvenil.

—... pero increíblemente talentosa.

Marcia volvió a cerrar los ojos; confortablemente arropada, como si se hubiera drogado con anestesia. Qué gesto, se burló la señora Vidot en la oscuridad rojiza de sus párpados cerrados. Una zambullida en un mar que se vuelve cada vez más oscuro, capa tras capa de profundidad mientras el cuerpo baja hacia las aguas negras. Buscando aire, abrió grandes los ojos.

—Usted es hermosa... —repitió la voz juvenil, a su lado.

La tristeza de la señora Vidot fue tal, tal golpe sintió en el costado, que para sobrevivir tuvo que encoger las piernas bajo las sábanas y abrazarse las rodillas, apoyando la nuca en el respaldo de la cama.

Sólo después de un rato largo pudo mirarlo. Algo parecido a una remota simpatía por ese ser que le hablaba desde una distancia incalculable se abrió paso desde un lugar desconocido de su interior. Se inclinó hacia adelante y torció la cara sobre las rodillas encogidas. Desde ahí vio de cerca y casi de frente la cara del chico, la inocencia brutal en la manera de bajar los párpados lisos, de niño, en la curva del pómulos, en el pelo largo revuelto. Más chico todavía por la tira adhesiva sobre la ceja, despegada en un extremo por el revolcón.

—¿Vendiste algo de lo que llevás en la valija?

El desconcierto de Cris fue grande; había creído que su apreciación sobre la belleza de la señora Vidot había sido la causa de su aproximación en la cama, el mirarlo de aquella manera.

—Más o menos... la máquina de coser.

—Son menos años.

—¿Cómo?

—Los que tenés... son menos.

La voz de la señora Vidot sonaba somnolienta, ronca; con el mentón apoyado

sobre las rodillas, ahora miraba hacia la puerta.

—Qué importa —dijo Cris, buscando tiempo y algo rápido para decir que desviara la conversación. No quería hablar de años; ella se iba a sentir incómoda. Esperaba de corazón que la señora Vidot no le preguntara cuántos años le daba, esperaba de verdad que ella no le preguntara cuántos años aparentaba porque en ese caso, si ella le llegaba a preguntar cuántos años le daba, él...

—Tengo cuarenta y seis años —afirmó la señora Vidot, sin énfasis ni entonación de ninguna índole; como si dijera hace frío.

Uno menos de los que tenía su madre, pensó Cris sin querer. De inmediato espantó la imagen de su madre de la escena.

La señora Vidot experimentó la distensión de sus músculos, el aflojamiento general de sus huesos; una corriente benévola le fluyó por el cuerpo, salía de ella, casi la veía salir como tenues filamentos de energía de sus manos y pies, y fluía, seguía fluyendo y se diluía en el aire cerrado del cuarto. Marcia Vidot se sintió inundada por una clara y balsámica indulgencia. Sin mirarlo, visualizó al chico, como en la infancia, cuando se tiene mucha fiebre y los adultos susurran lejos, a los pies de la cama, allí estaba, pequeño, remoto. Salvar del olvido ese instante, ¿valdría la pena? De lo contrario iría a parar al pozo ciego de lo nunca sucedido, como todo desde hacía un año. El chico hablaba (estaba diciendo algo ahora) desde su propio centro, un lugar del que todavía no se había movido ni un milímetro. Un puro vivir, un puro mirar, una pura expectación que recibía y daba frases prestadas. De ahí su sinceridad, su frontalidad insoportable, su existir nuevo en el mundo. Acercarse a esa tabla, a esa saliente, fundirse a ese existir centelleante, ahuyentar imágenes aterradoras. Por un momento. Sentirse viva.

La delicada fortaleza de la señora Vidot se derrumbó veloz y en cascada, como las fichas del dominó. Miró al chico bajo el efecto de una revelación; despojada de su coraza, a sus ojos los cubrió una emoción trémula. Lo vio tal cual era: extraño, inaccesible, prodigioso en su adolescencia. No los separaban años sino eras, el chico vivía en otra dimensión. La manera en que veía al mundo y a ella misma le eran por completo ajenas. Sin esfuerzo transmutó su mirada por la del chico, fue el chico por un segundo y se vio, ajada, contra la pared, mirándolo desde su habitáculo cristalizado. No podía analizarlo ni reducirlo, vivían en universos diferentes y las palabras de uno y otra no llegaban a destino, se descomponían en significados falsos, estallaban en el aire como burbujas brillantes llenas de nada. Flechas disparadas por un arquero errático que iban a clavarse en cualquier parte produciendo una reacción deformada, una respuesta errónea. Respiró hasta el fondo. Se permitió un sentimiento, una tímida tristeza brotó de ella y cubrió al chico. No la ola sin nombre que la arrasaba desde la muerte de Andrés, sino esta cosa leve, insípida, que ahora caía sobre la cama nublándola y haciéndole perder contorno. El cuarto, el parque afuera ahora sin lluvia, el mundo, se volvieron indiferenciados y ambiguos, cargados de un sinsentido persistente como el sonido lejano de un tambor. Todo sobraba;

acorde con el absurdo ritmo marcial todo marchaba, seres y objetos, y daba igual que estuvieran o no. Cerró con fuerza los ojos y recurrió al último gramo de energía, a la insignificante piedra donde enganchar el ancla. Los golpes del tambor se mitigaron, desaparecieron, entonces la compuerta se levantó, todos sus nervios se replegaron y adormecieron, y la señora Vidot volvió a ser ella, con dominio de su cuerpo y de su mente, cubierta, galvanizada, rodeada por la soledad como el carozo dentro del durazno. Lo miró.

Cris buscaba decir algo, que le parecía tremendamente hermosa, aunque no era eso, era algo más, tenía que haber otra palabra, sensual no, era un asco, estuvo a punto de decir: usted es hermosísima, pero se contuvo a tiempo para sofocar otra frase que saltó, que involuntariamente asomó sobre las otras, algo como «querría agradecerle...» que, de manera indiscernible, se refería al alquiler de la pieza pero quedaba adherida a lo que acababa de pasar en la cama y que Cris aplastó como a una cucaracha, embutió en el fondo de su cerebro. Miró de reojo la expresión de la señora Vidot. Se sorprendió porque ella lo estaba mirando. Cris abrió la boca pero no atinó a decir nada bajo la mirada de lleno de Marcia Vidot. Sostuvo la mirada, no era una mirada intimidatoria, era abierta, los ojos despejados, interesados, la mirada salía de ella y se volcaba sobre él suavemente y no se sentía mal ni cohibido. La señora Vidot levantó una mano y le acomodó suavemente el mechón de pelo lacio detrás de la oreja, le pegó la cinta adhesiva sobre la ceja. Después se vistió, se puso la bata embarrada y, tan silenciosamente como había llegado, abrió la puerta y se fue.

Era la una del mediodía del domingo. A Cris el cuerpo le pesaba, se hundía en una languidez que lo arrastraba al sueño. *Metáforas de sombra*, le rozó el pensamiento cuando ya entraba en la oscuridad, los párpados cerrados, *hermosa y sombría como una canción de los Redondos*, era eso lo que hubiera querido decirle, pero antes siquiera de poder formularlo, se durmió.

LA señora Vidot, envuelta en un chal oscuro, ha hecho entrar a Ulises y Penélope. No ha vuelto a llover, pero puede recomenzar en cualquier momento. Un cielo plomizo de nubes bajas aplasta el patio y las ramas desnudas se ven curiosamente indefensas, resaltan contra el fondo gris como en una estampa japonesa. La señora Vidot siente el temblor interno, incontrolable, que en cualquier momento puede dispararse hacia quién sabe qué actitudes, qué crisis. Se rinde; lo único que necesita es que Tommy llegue cuanto antes. Recorre nerviosamente el living y va al escritorio; arregla unos papeles pero está ausente. Que llegue cuanto antes.

Son las tres y cuarto de la tarde y la señora Vidot sigue esperando con desesperación la llegada de Tomás. Un trueno hace temblar los vidrios de la ventana y la sobresalta y la abruma hasta hacerle bajar la cabeza sobre el pecho.

—Estoy llegando, tesoro, estoy llegando —dijo, al fin, la voz agitada de Tomás en el celular.

El trueno hizo temblar los vidrios de las ventanas y despertó a Cristóbal. Le costó unos segundos saber dónde estaba hasta que lo sucedido unas horas antes cayó sobre él como un aire ardiente, con todos sus detalles. Se dejó invadir por el deseo de que la señora Vidot estuviera ahí, en la cama, otra vez al alcance de sus manos. Las piernas de la señora Vidot habían sido una revelación, un encuentro fabuloso; su cuerpo ardía como si guardara las huellas del abrazo, de la piel de Marcia. No era algo que se pudiera contar. Sacudió la cabeza, más para quedar libre de algo que lo superaba que para terminar de despertarse. ¿Qué diría ella ahora?, ¿qué le iba a decir?, ¿se lo iba a reprochar, lo iba a echar a la calle? La amenaza no lo perturbó, se sentía demasiado bien. Las cuatro menos veinte. El timbre de la puerta sonó dos, tres veces. El fastidio de que alguien llegara a la casa, algún desconocido o desconocida, que se entrometiera, que interrumpiera la posibilidad de ver a solas a la señora Vidot, terminó de despertarlo.

TOMÁS apretaba las manos de la señora Vidot. Estaban en silencio, las manos entrelazadas sobre el mantel a cuadros rojos y blancos de la mesa de la cocina. Los ojos secos y hundidos de Marcia miraron el patio y después el cielo.

—En cualquier momento vuelve a llover.

La de Tomás era una cara tranquila y rellena; los ojos chicos tenían una expresión preocupada detrás de los anteojitos. Una cara colmada de genuina compasión. El pelo muy corto, rubio y lacio arriba, le caía un poco sobre la frente.

—No te preocupes, yo lo hago, yo lo voy a hacer. Ya voy. —Le apretó las manos con más fuerza—. Estás helada, debés tener la presión baja —añadió, y le empezó a friccionar suavemente cada mano entre las suyas, regordetas y con las uñas comidas—. Te sirvo algo fuerte —decidió Tomás ante la mirada vidriosa de la señora Vidot—. ¡Marcia! —le sacudió las manos—, ¿te sirvo algo fuerte?

Sin esperar respuesta, se quitó el impermeable y fue hasta el living, a la mesita con las botellas, y volvió apurado.

Cris avanzó por el sendero de adoquines desde la pieza de huéspedes. Cuando los vio a través de la ventana de la cocina quedó un momento en suspenso. Tomó impulso, bajó la cabeza, y entró. El tipo servía una bebida en un vaso que por el color podría ser whisky o coñac y le alcanzaba el vaso a Marcia. Como se hace con los chicos, la alentó a que tomara todo el contenido. Recién cuando eso estuvo cumplido, giró hacia él.

—¿Y éste quién es? —preguntó Tomás.

Cris esperó ansioso a que la señora Vidot lo mirara; en sus ojos, aunque fuera en un mínimo destello de sus ojos, él iba a saber de inmediato si lo sucedido horas atrás le había parecido, como a él, una experiencia tremenda. Marcia levantó los ojos del mantel; en el choque que le produjo la expresión crispada de la cara, Cris volvió a descubrir esa mirada de alguien a punto del asombro, alguien que parecía verlo por primera vez, alguien que con dificultad recuerda su cara y su nombre. ¿Cuándo lo iba a registrar la señora Vidot? ¿Cuántas veces iba a tener que acostarse con ella para que lo registrara? Este pensamiento lo llenó de una momentánea satisfacción, revelaba su grado profundo de intimidad con Marcia Vidot. A su lado, el tipo recién llegado le echaba un rápido vistazo de asombro. Era bajo, no era gordo pero era macizo y a pesar de que su aspecto y expresión eran los de una persona bonachona, evidentemente pacífica, Cris notó de inmediato, tuvo la seguridad, que el tipo era muy fuerte. Jeans, blazer azul, zapatillas, pelo medio rojizo, anteojos chicos sin armazón, arito. A Cris le recordó a alguien.

—Ah —dijo ella dando la impresión de estar haciendo un portentoso esfuerzo—. Este chico está viviendo acá, por ahora, en el cuarto de huéspedes.

«Este chico». ¿Lo sucedido esa mañana no contaba? ¿Y ese tipo, quién era?

—Él es Tommy, Tomás, mi amigo —antes de que cualquiera de los dos pudiera hacer o decir algo, la señora Vidot extendió el brazo, tomó la mano de Tomás entre las suyas e impulsivamente la llevó a su mejilla, la apretó ahí; la cabeza se le venció. El pelo oscuro tapó cara y manos. Respiraba entrecortadamente, parecía que lloraba. Cris se asustó y aferró el respaldo de la silla. Un segundo después, Marcia se rehízo. Soltó la mano de Tomás. Se sentó con la espalda derecha en la silla, se limpió la cara, aplacó el pelo como si se tratara de algo ajeno a su cuerpo y lo acomodó detrás de las orejas. Las aletas de la nariz le latían, enrojecidas.

—¿Cómo te va? —dijo Tommy con un suspiro profundo. Le tendió la mano regordeta, con un anillo en el índice.

—Hola —Cris extendió la suya.

No podía quitar los ojos de la señora Vidot. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba arrepentida de lo de esa mañana? Le había parecido mal, quizá muy mal, lo de la diferencia de edad, era seguro. Debía encontrar un momento a solas para decirle que eso no tenía ninguna importancia. Y este tipo, ¿hasta cuándo se quedaría en la casa? Cris lo miró con rencor celoso. La urgencia de hablar con Marcia le crispó las manos sobre el respaldo de la silla donde había buscado apoyo. Se concentró en parecer relajado.

—Tranquila, Marcia querida, tranquila —decía en ese momento el amigo—. Este chico me va a ayudar, ¿no es cierto? Vamos, vamos a hacerlo antes de que se largue a llover otra vez, así te quedás tranquila —y dirigiéndose a él ordenó—: Vení, vos.

Sin saber de qué se trataba, Cris lo siguió dócilmente por el sendero de adoquines entre el pasto mojado, hacia el fondo, donde el parque terminaba en una cerca baja; del otro lado, a la derecha, se alzaba el galponcito, y a la izquierda, un poco más atrás, la enorme copa del fresno.

¿Y ese tipo quién se creía que era? «Vení vos», le daba órdenes como si fuera su tío, se enojaba Cris. Si no fuera por Marcia lo habría mandado al diablo. Debía creer que tenía una personalidad magnética. Le miró la espalda, le hubiera podido dar una buena patada en el culo, por venir justo hoy, justo ahora y porque Marcia lo quería, confiaba en él, eso se notaba. Tomás abrió la puertita de la cerca y pasó esperando que él hiciera lo mismo. Cris tomaba nota. Éste es puto, pero bastante discreto. No se vestía como maricón, el jean, el saco azul y el pulóver, de lo más careta, le recordaban a alguien y no podía darse cuenta a quién. Casi choca con la espalda de Tomás, que se había detenido de golpe.

—Qué atrocidad —murmuró el amigo de Marcia. Se quitó los anteojos, giró hacia Cris como el que se siente acorralado y se apretó los párpados.

Entonces Cris vio la gata blanca de la que la señora Vidot le había hablado el día que llegó, la gata herida que había curado y refugiado en el galponcito. Colgaba de una rama del fresno, ahorcada con un pedazo de soga; una de las manos, recogida y rígida, llevaba todavía el vendaje hecho sobre la herida. La venda blanca se había desenroscado y flotaba en el aire opaco y húmedo acentuando el desamparo sombrío del cuerpo entre las ramas desnudas.

Las pequeñas manos dobladas sobre el pecho, las patas juntas y estiradas; el cuerpo delicado tenía ese aspecto rígido, carente de toda señal de vida, definitivamente muerto: los ojos abiertos, la lengua rosa asomando entre los dientes, el pelo mojado por la lluvia reciente y apelmazado donde había empezado a secarse, era pelo muerto. Los animales no se andaban con vueltas, pensó Tomás, cuando se morían o los mataban, de inmediato estaban muertos. La piel estaba muerta, los ojos estaban muertos, los frágiles huesos estaban muertos y ya eran nada más que materia biológica disolviéndose, convirtiéndose rápidamente en pura materia informe, universal. Del polvo al polvo, sin pretensiones. La humildad del animal en esa muerte violenta y el recuerdo de la belleza de la gata cuando estaba viva conmovieron a Tomás, que miró el cielo nublado como solicitando apoyo.

—Pobre Marcia —dijo después de un momento en voz baja—, justo ella encontrarse con este espectáculo, saber que hay alguien cerca capaz de una cosa así, tan gratuita. —Volvió a restregarse los párpados. Se puso los lentes—. Pobre Marcia, vino a la mañana a traerle la comida y se encuentra con esto. Horrible.

Cris estaba inmóvil, buscó algo que contestar pero él mismo estaba demasiado impresionado por lo que veía y, al mismo tiempo, resolviendo el tumulto de pensamientos que se desencadenaron sobre lo ocurrido ese mediodía, unas horas atrás. La bata embarrada de Marcia Vidot, su cara desencajada; entonces, ¿ella venía de ahí?

—Dios mío —la cara descompuesta de Tomás enfrentó a Cris—. ¿Quién puede hacer algo así? y ¿por qué?

Cris no supo qué decir, estaba aturdido, era horrible ver el cuerpo de la gata, colgando de la soga. Recordó fugazmente los animales del museo. El pobre animal, solo en el galpón, no había podido huir. Qué hijos de puta, Cris tuvo que mirar para otro lado. De cualquier modo, se dio cuenta de que el amigo de Marcia no esperaba respuesta, había hablado al vacío. Tomás entró en el galponcito y salió con la pala del jardinero. Sin decir nada, Cris le sacó la pala de las manos y buscó un lugar para cavar. No era algo desinteresado: entre cavar y tocar la gata, él iba a cavar.

—No, ahí vas a chocar con las raíces del fresno. Por acá —dijo Tomás, señalando el ángulo que hacían la medianera y la pared del fondo.

Cris clavó la pala, que se deslizó con facilidad en la tierra húmeda. No quería volver a mirar la gata ahorcada. Se había levantado algo de viento y sería horrible verla balancearse, con ese pedazo de venda blanca desenroscada colgando de la pata. Le daba una lástima terrible. Qué hijos de puta, era lo único que podía repetir. Entonces, esa mañana o ese mediodía, Cris no sabía bien qué hora era, cuando Marcia entró en su pieza con la bata embarrada, aquello de la bata con barro que le había parecido tan extraño y que después olvidó, entonces ¿cuando entró en la pieza y se acercó a la cama acababa de ver esto? Se enderezó con una sacudida de alarma: a un metro más o menos estaba viendo unas huellas de pisadas en el barro. Eran de zapatillas y venían desde el tapial medianero. Llamó a Tomás.

El amigo de Marcia abrió la boca desmesuradamente y lo miró. Se había puesto las manos abiertas a los costados de la cara y ahora Cris notaba un anillo en cada una. Gesto de maricón, pensó sin poder evitarlo, pero Tomás ya se inclinaba sobre las huellas y miraba de cerca el suelo.

—No toques nada. Si quiere, Marcia puede hacer la denuncia. Éstos son capaces de cualquier cosa. —Se quedó pensativo; dio vuelta la cara. Detrás de los anteojitos redondos, los ojos no tenían nada de amistosos; dos botones oscuros y escrutadores—. Y vos, ¿quién sos?, ¿qué hacés viviendo en esta casa?

Cris se envalentonó; no iba a creer ese marica que él era capaz de una cosa así. Lo miró desde arriba.

—Buscaba una pensión y me dijeron de este lugar. ¿Por? —el «por» le salió con un tono altanero, más desafiante de lo que hubiera querido. El otro se le había acercado y lo seguía mirando fijo.

—Te anticipo —empezó a decir el amigo de Marcia en tono bajo y prudente—, que cualquier cosa rara que vea, algo que pueda afectar a Marcia, sin aviso te fajo y te pongo en la calle, ¿entendiste?

Desde hacía unos días todos querían fajarlo. Apenas a tiempo Cris pudo reprimir la bronca súbita y un «para fajarme tenés que subirte a una mesa», que casi se le escapa. Metió las manos en los bolsillos del jean y estiró los brazos. La idea de la policía que había mencionado hacía un momento el amigo de Marcia le hizo cerrar la boca. A Cris no le gustaba nada la idea de que la policía visitara la casa. El otro lo seguía mirando de cerca, con las cejas fruncidas. De golpe, se le despejó la cara.

—¿Qué te pasó en la ceja?

—Un cabezazo —contestó Cris evasivo y de mala gana.

Se dio vuelta y siguió cavando en silencio. Cuando terminó, evitando mirar la rama, se quedó a un costado, las manos sobre el mango de la pala como diciendo «yo no la bajo». Tomás estudiaba el tapial, como calculando la altura de la medianera y las huellas que iban para el lado del galponcito. Cris, inmóvil, sintió el peso del cielo encapotado y de la llovizna que caía, el verde negro y mojado del árbol, la venda blanca resaltando en el aire, y fue plenamente consciente de la tristeza de la escena, de lo feo e innoble que encerraba. Todo se había puesto color ceniza. Miró el pasto pisoteado, los rincones de barro. Se echó el pelo mojado para atrás. «Ahora me dice que la baje», «le digo que soy alérgico», decidió en el acto. Tomás, que había entrado en el galponcito, volvía con el trapo que la señora Vidot había dispuesto en el fondo de la caja de cartón. Traía una tijera de pelar cable. Cris lo miró hacer con admiración. Tomás cortó la soga y recibió el cuerpo que cayó sobre el trapo; enseguida lo envolvió entre sus brazos, sin el más mínimo asomo de aprensión, poniendo todas las manos en el trabajo de acomodarlo. Una vez que estuvo cuidadosamente envuelto, lo depositó en el fondo del pozo.

—No hay problema —dijo—. Soy veterinario. No te iba a pedir que la toques —sacudió la cabeza—. Yo mismo curé a esta gatita hace unos días.

Entre los dos empujaron la tierra hasta que el trapo quedó cubierto por completo. La llovizna de hacía un momento se había vuelto tupida y Tomás y Cristóbal tenían el pelo y los hombros chorreando agua, pero ninguno parecía notarlo.

La ondulación del suelo revelaba que ahí yacía un cuerpo, un túmulo como de juguete y, por eso mismo, triste, pensó Tomás.

—Es como una tumba de juguete —le habló a Cris mirando el suelo—. Los animales son los inocentes de la creación, ¿qué mal le hacen a nadie?

A Cris la frase le pareció de lo más rebuscada; había que ver a un cocodrilo con la boca abierta y uno en el agua, o a un tigre en el aire..., pero tenía razón Tomás: qué mal había hecho ese animal a nadie para terminar así. Giró la cara para otro lado, incómodo. De reojo vio al amigo de la señora Vidot acomodarse por quinta vez los anteojitos después de restregarse los ojos.

—Las veces que hemos ido con Marcia a rescatar animales como éste —Tomás hablaba serio—. Y cómo nos han sacado volando. De acá, de Amigos de la Astronomía, detrás tiene un terreno abandonado... una vez nos pescaron. Es propiedad privada, un edificio público... Municipal o algo... qué sé yo. Nos sacaron volando una vez... Yo mismo curé esta gatita la semana pasada.

Tomás sacudió la cabeza y enfiló hacia el galpón. Cris levantó la pala y lo siguió.

—Tendríamos que haber dicho una oración —decía ahora Tomás, enjabonándose las manos. Su actitud irradiaba un calor amistoso que empezaba a fundir las prevenciones de Cris; algo protector que emanaba de la potencia del cuerpo macizo. Lavarse las manos juntos en la pileta del galponcito, hombro contra hombro, era un acto que los acercaba como a dos camaradas. Les daba el aire cómplice de exploradores que acaban de volver al campamento y van a tomarse un trago al lado de la carpa, con un fondo de rugidos lejanos. Cris depuso todo estado de alerta y lo miró con simpatía. Casi da un salto. ¡Elton John! ¡Ahí estaba el parecido! Era increíble lo que el tipo se parecía a Elton John y hacía todo lo posible por parecerse más, con esos anteojitos y el pelo cortado igual, de un rubio medio anaranjado; se jugaba las manos a que en el ropero el tipo tenía un traje de pana verde loro—... no una cosa católica o mahometana, o budista, no pienses que digo algo de eso, nada de esos inventos —seguía diciendo en voz baja Elton, había agarrado una toalla vieja de encima de la pileta y se secaba las manos—. Hablo de una oración verdadera porque una criatura de la naturaleza ha vuelto a la naturaleza. Una criatura de inocencia perfecta que lo único que dio al mundo fue su belleza perfecta.

Cris tuvo miedo de que Elton se pusiera a llorar.

—¿Te interesa lo que digo? —los ojos detrás de los anteojitos redondos lo escrutaban completamente serios—. Estás pensando en otra cosa. Bueno, querido... —con el índice hizo campanillear el arito en la oreja—. Acertaste. Ambidextro. Pero no tengas miedo, el terreno de Marcia es sagrado para mí.

¿El terreno de Marcia?, así que lo consideraba como algo de ella, una relación a la que tomaba con cierta naturalidad. El corazón de Cris dio un vuelco y su simpatía se

evaporó. ¿Qué era eso del «terreno de Marcia», había habido otros antes, era tal vez una costumbre? ¿Qué pasaba en aquella casa? Se inquietó, las orejas le ardieron. ¿Y el sida? Tenía que mantener una prudente distancia. Se corrió medio metro e hizo como que se apoyaba en la pared.

—No te confundas, no lo digo en el sentido de amantes, digo su vida, lo que entra en su vida, lo que la toca o lo que le importa, ¿entendés?, eso es sagrado para mí. Ella puede traerse una *troupe* de circo si quiere. Marcia está pasando un momento difícil, todo lo que haga está bien para mí. Solamente una cosa: no salgas con nada raro ni que pueda molestarla; ella te hizo un lugar en su casa porque no está bien o andá a saber por qué. Vos mismo podrías haber hecho esto —con la cabeza señaló afuera, tras los vidrios, los ojitos taladraban el gesto espantado de Cris—. No sabemos quién sos —la mano en el aire interrumpió lo que Cris iba a decir—, así que portate bien porque te voy a estar vigilando.

Elton lo dejó para echar una mirada atenta, circular.

—Acá parece que hay algo revuelto... —dijo cauteloso—. Como si se hubieran llevado algunas herramientas. Sí... a esto lo corrieron... —Manipuló una cortadora de césped nueva y evidentemente muy pesada, enganchada contra la puerta. Sin signos aparentes de esfuerzo, Elton la levantó por el aire y la colocó en un rincón ante la mirada apreciativa de Cris que confirmó la potencia muscular que le había atribuido hacía un rato—. Estoy seguro de que quisieron llevarse la cortadora y no pudieron —conjeturaba Elton con actitudes del doctor Watson—. Después tendrá que venir Marcia a fijarse.

Del otro lado de la cerca, como si presintieran que allí sucedía algo que les atañía o por simple curiosidad, Penélope y Ulises esperaban. Se largó a llover con fuerza y los gatos corrieron para la casa. Elton pasó al otro lado. Cris fue hasta el fresno y desató el pedazo de sogá deshilachado que quedaba colgando de la rama.

—Hiciste bien —dijo Tomás.

Cris cerró la puertita del patio de atrás. Tomás se le adelantó.

Cuando entró en la cocina, Elton le estaba haciendo todo un escándalo a la señora Vidot por la pavada de la seguridad. Sentado junto a ella, le pasaba la mano de arriba abajo por la espalda. Se hacía el fuerte, el dueño de la situación, pero estaba más pálido que ella. A Cris le ardían las orejas y la ceja le tironeaba con punzadas de dolor. Por el momento decidió concentrarse en la señora Vidot, la causa principal por la que había seguido al culón de Elton a la cocina. Marcia, con aspecto ausente, estaba sirviéndole un café a su amigo del alma.

—Por favor, dale uno a mi compañero —dijo Tomás y se pasó las manos por el pelo empapado; le indicó una silla—. ¿Qué edad tenés? —preguntó con un gesto irónico, achicando aún más los ojitos.

—Veinticuatro —contestó la señora Vidot, desde la mesada.

Tomás estiró la boca hacia abajo en el gesto de ¿qué me decís? Cris miró el patio y después las mangas del buzo hechas sopa.

—Marcia, nos empapamos. Voy un segundo al baño a secarme... A vos también te convendría cambiarte —dijo Elton en dirección a Cris.

Se internó en el pasillo que daba al baño. Cris no se animó a moverse y tampoco supo qué decir en el silencio repentino de la cocina. La señora Vidot estaba, pálida y sin expresión, sentada junto a la mesa. Cris quiso aprovechar el momento a solas para volver a intentar un diálogo entre los dos. Estaba pensando cómo empezar cuando desde el pasillo llegó la voz de Tomás:

—Marcia, ¿puedo agarrar un suéter del placard?

En la cocina, la señora Vidot enderezó la cabeza y se puso lentamente de pie. Transcurrieron unos pesados instantes de silencio. Al fin dijo:

—Sí, está bien.

Cris cruzó corriendo el parquecito a cambiarse el buzo. Cuando volvió, Elton, seco y peinado, estaba diciendo:

—Marcia, querida, vayamos a tomar el café al living. Tendríamos que hacer algo esta noche, algo para olvidar las penas.

Cris no fue invitado pero los siguió igual; no quería perder de vista a Marcia; lo atenaceaba la necesidad urgente de hablar con ella a solas, y tendría que pensar muy bien qué le iba a decir. Se sentaron en los sillones. No bien lo habían hecho, la señora Vidot, como si la hubiera asaltado un pensamiento punzante, se levantó y fue al escritorio. No salía de su ensimismamiento (*... la tierna zarpa muerta era la representación palpable de la angustia; la angustia hecha cosa, tras ella se abría una compuerta, una vorágine de chicos tirados a la basura, chicos aterrados mirando caer bombas, calaveras chupando un pecho exhausto, indecibles imágenes del hambre, palizas bestiales en bestiales calabozos, todo lo atroz y salvaje del mundo se condensó en el cuerpo del animal sacrificado sin propósito, prueba palpable de la existencia de una crueldad gratuita, pozo de sombra que la abismaba y ante cuya evidencia huía como una impostora sobre un manto de brasas...*). Con una agilidad nerviosa que sobresaltó a Cris, ocupado en descubrir alguna señal en Marcia que le fuera destinada, Tomás saltó del sillón y la siguió.

—Marcia, tesoro, contame, contame algo. ¿Ya tradujiste lo de las carpas de camping? —Cris los veía recortados contra la suave luz de la lámpara del escritorio. La señora Vidot, la barbilla sobre el pecho, el chal lacio sobre los hombros, era la imagen de un desconsuelo general, irreparable—. Tenés que olvidar la espantosa escena; la enterramos, quedó bien acomodadita, te lo juro, Marcia —decía Elton con voz apaciguadora. Dejó el vaso sobre el escritorio y abrazó a la señora Vidot.

Ella quedó un instante rígida y luego, como el que llega a una casa amiga, se dejó abatir. Sollozaba en silencio sobre el hombro de Tomás. Él la abrazó y le acarició el pelo de una manera tan paternal y masculina que Cristóbal, testigo mudo de la escena de esos cuerpos que lo ignoraban, se asombró, como si el gesto de Tomás desarticulara la imagen que se había hecho de él, tal vez, demasiado rápidamente, y asomara otra, un tanto inesperada, un tanto incómoda, abierta a interpretaciones que

no alcanzaba a dar. Sintió celos, él hubiera podido consolarla tanto o más.

—Está bien, está bien... —repetía Elton, pasándole la mano por el pelo—, ya vamos a ir a buscar otro... —Ahogada por los sollozos, la señora Vidot dijo algo que Cris no pudo entender—. Sí, ya sé, ya sé —susurró Tomás, trayéndola de vuelta al living—, vení, sentate. A ver... —De repente se dirigió a Cris colérico—: No te quedes ahí parado. Servile un poco más de coñac a Marcia.

Le señaló una mesa alargada, brillante.

Cris miró las botellas que se amontonaban entre vasos, copas y pinches para vermut. Sirvió un poco de coñac en una copa y se la tendió. La señora Vidot bebió; estaba blanca, no pálida sino blanca, como si no tuviera sangre en la cara, pero parecía que se iba recuperando. Cris la veía ahora, en este momento, de otro modo, como a su madre cuando le bajaba la presión, aquella palidez, aquel desmadejamiento. La asociación le causó repugnancia y la desechó como si le quemara la cabeza. En su lugar volvió a recuperar a la mujer sensual, de largas piernas que, entre las sábanas de esa mañana, se abandonaba a sus brazos. Unas palabras que él le había dedicado esa mañana estuvieron a punto de tomar forma y desaparecieron, algo que él había pensado sobre la señora Vidot que no podía retener y se le escapaba. Me enamoré de esta mujer, estoy enamorado de Marcia. Marcia, Marcia, repitió Cris viéndola sentada frente a él, en el sofá. El chal se le había deslizado de los hombros, la garganta y el comienzo de los pechos, que se dejaban adivinar en el escote en V, y el pelo oscuro, desordenado, lo atravesaron como una flecha ardiente. Se apartó y fue a la ventana para tranquilizarse. ¿Qué le pasaba? ¿Se había convertido en un degenerado, en un tipo que no pensaba más que en el sexo? ¿No se daba cuenta de lo que estaba pasando? ¿Acaso la escena del fondo no le había resultado también a él espantosa? Una impulso nervioso, irracional, al que no supo darle nombre, lo hizo moverse por el living. Recitó la primera de las reglas de Renato: *Dar al pensamiento una dirección que le permita formular juicios sólidos y verdaderos sobre todo lo que se presenta a él.* ¿Qué se presentaba ante él? Una mujer. Bien: ¿cómo era esa mujer? Hermosa. ¿Había hecho el amor con ella? Sí. ¿Cómo lo habían hecho?

—¿Llueve? —le preguntó Tomás desde el sillón.

—Voy a tener que hacer algo... —murmuró Marcia sin saber bien lo que decía. Volvía lentamente a la realidad. Como desde una pesadilla, la imagen sombría la arrasó otra vez, la resistencia del animal, un charco de agua plateada, pútrida, la sogá, el cuerpo balanceándose, la venda de la pata herida colgando en un aire de plomo. Le temblaron las manos. Dejó con cuidado el vaso sobre la mesa baja, al lado del sillón. Tomás le pasaba otra vez una mano por la espalda. Le acomodaba el pelo como si fuera una muñeca inerte.

—Esos salvajes —decía Elton—. ¿La gente se ha vuelto loca? —Con un sobresalto miró a Marcia, que agachó la cabeza; se dio cuenta de que estaba hablando de más—. Vamos a organizar algo, preparemos algo... con este chico, con Cris —le

lanzó una mirada significativa pero Cris no llegó a entender qué quiso decirle—. Andá a arreglarte un poco, Marcia; lavate la cara, ponete un saquito... —la empujaba suavemente hacia los dormitorios—. Andá.

Sin una palabra, la señora Vidot desapareció por el pasillo.

—¿A vos no se te ocurre nada? —habló con voz fuerte Tomás—. Estás en Babia. Fijate: ¿Está lloviendo?

A Cris no se le ocurría nada. ¿Y si había que comprar algo? Tenía diez pesos.

—No. Ahora paró.

Tomás se le acercó y le apretó el brazo con fuerza.

—Llamá a alguien. Una amiga, un chico. Usá el teléfono, no te quedes ahí parado. Vamos a armar algo para distraer a Marcia, pero nada de gente conocida. Marcia le tiene horror.

Metódicamente, Cris consideró dos cosas: que Elton se iba poniendo cada vez más locuaz, y que sobreactuaba el papel de protector y dueño de casa. A pesar de todo, imbuido de un sentido de cooperación y diciéndose que debía aportar algo a la causa de Elton, aunque sólo fuera por la señora Vidot, Cris hizo un rápido repaso de nombres. Desechó los primeros y más obvios: sus amigos. Don Román, reflejado súbitamente en la pantalla de las posibilidades, quedó descartado: tenía como mil años. Por hacer algo frente a la mirada apremiante de Elton, fue hasta el teléfono y marcó el único número que se acordaba de memoria.

—¿Melisa?, soy Cris; venite para acá..., donde estoy viviendo. Hay una reunión, después te explico. ¿Cómo? Bueno, traémelo, pero venite para acá.

Dictó la dirección y quedó en suspenso. «Tu mamá te manda un paquete», había dicho Melisa. Era raro. Elton lo apuraba con un impaciente: «¿Y?».

—Estoy pensando en alguien más —explicó Cris.

Podría llamar al profesor Mentasti. Aunque intuía que el profesor no estaba pasando por un buen momento, recordó la frustrada y vergonzosa comunicación telefónica de la noche anterior, a Cris le gustó la idea de llamarlo. Mentasti debía tener más o menos la edad de Elton, lo que arreglaba bastante bien las cosas. Y en una de éstas traía a la morocha de pelo hasta la mitad de la espalda. ¡Qué relajó!, se exaltó Cris, con la idea de una reunión vagamente clandestina. «Ya vengo», le dijo a un Elton ansioso y desconcertado que daba vueltas por el living y parecía haber depositado en sus manos el destino de esa noche. Cruzó corriendo el parquecito y entró en su pieza. Revolvió en el bolsillo de la campera: ¡TE LLAMA! La Iglesia Universal del Reino de Dios en el Monumental de Núñez. Liviano y audaz, como si hubiera fumado alguna sustancia prohibida, recorrió de regreso el sendero de adoquines y entró en el living. Tomás se había servido una copa y lo miraba hacer desde el sillón. Como inconstante burbuja, el momento de confianza que lo había transportado se deshizo en el aire. Frente al teléfono, Cris estaba ahora convencido de que la llamada iba a ser inútil. Mentasti no iba a venir. Le fue difícil imaginar al profesor entrando por el zaguán; la duda le paralizó la mano sobre el auricular. Elton

se acercó.

—¿A quién vas a llamar?

Cris titubeó, como si la sola formulación de la idea fuera ridícula. Al fin dijo:

—A un profesor del colegio.

Junto a la ventana volvían a tener cierto aire de conspiradores sin determinación.

—No será un pesado total —dijo Elton—. A ver si nos tira abajo la fiesta.

¿La fiesta? Cris lo miró. ¿No estaba un poquito pasado de revoluciones el bueno de Elton? Con voz formal, dijo:

—Es un tipo joven, un bocho, muy interesante para conversar, el mejor profesor del colegio.

—¡Llamalo! —ordenó Elton, clavando el índice regordete en el teléfono.

Cris buscó en el folleto y marcó el número de Mentasti. El teléfono sonó lejos, interminablemente. De algún modo aliviado, Cris estaba a punto de cortar (si no está no es tu culpa, susurró Renato), cuando la voz apagada del profesor contestó: «Hola». A los tropezones (¿por qué diablos se ponía nervioso?), Cris explicó de qué se trataba la llamada. Se dilataron los segundos de silencio. Cuando reapareció, la voz de Mentasti lo sorprendió por completo pidiéndole la dirección. Cris colgó con cuidado.

—¡Viene! —exclamó, mirando a Tomás.

Cris pasó de la incredulidad al entusiasmo. Iba a tener una nueva oportunidad de hablar con el profesor para intentar componer la conversación desastrosa de la noche anterior. La impensada y ahora posible presencia de Melisa, el profesor y tal vez Claudia, la morocha, en esa casa, desató en Cris un estado de excitación. Sin poder estarse quieto, fue hasta la mesita y se sirvió una medida de ginebra con hielo. Volvió hasta la ventana con el vaso. Recién entonces reparó en que tal vez debía haberle dicho algo a Elton, algo como «Me voy a servir un poco de ginebra», o, haciéndose el gracioso: «Necesito combustible, man» o cualquier cosa por el estilo que no fuera la idiotez de «¿Me puedo servir...?», pero Elton estaba ahora a su lado y parecía muy serio. Se había vuelto a servir una copa y la tomó de un trago. Miraba la calle a través del vidrio. La lluvia había acelerado la caída de la noche y en el living de la señora Vidot una oscuridad cenicienta empezaba a borrar los contornos de los muebles, a afantasmarse la maqueta del barco y las máscaras africanas. Pasaron un buen rato en silencio, hasta que Tomás preguntó, aunque Cris entendió que no era una pregunta:

—¿Oíste hablar de la fealdad del mundo?

Cris terminaba de serenarse. Pensó algo para contestar. Se daba perfecta cuenta de lo que Elton le estaba hablando; de todos modos, lo primero que se le cruzó por la cabeza fue el título de un programa de televisión de trasnoche. Consideró mejor no mencionarlo.

—No me digas nada —se adelantó Tomás—. ¿Oíste hablar de las avalanchas de lodo, ese amasijo que no se sabe cuándo empieza, siempre de repente, y que arrastra gente, animales, árboles, autos, que todo queda irrecuperable, indigno?

—Sí.

—La fealdad del mundo a veces te golpea así, como si te agarrara la avalancha de lodo —con el índice de uña comida Elton se arregló los anteojos sobre la nariz, un gesto que repetía—. A Marcia le pasan estas cosas, un desajuste grave con la realidad, sobre todo si perdiste a tu marido... el hombre que más quisiste en el mundo —terminó Elton mirando el vaso.

Cris, aplacado, creyó entender todo; o, al menos, parte del todo.

La señora Vidot acababa de entrar en el living y se distendía en un sillón al amparo de la penumbra. Si fuera posible quedarse sola, pensaba, a salvo de las abnegadas maniobras de Tomás, el querido Tommy; si fuera posible quedarse sentada en la casa oscura y vacía, recorrida por los sedosos pasos de Penélope y Ulises, todo sería más llevadero y el día podría concluir de algún modo. Un leve mareo le permitió rendirse al apaciguamiento. Debía dejarse conducir, no oponer resistencia, flotar sobre lo que fuera a suceder. Miró las dos siluetas contra la claridad difusa de la ventana en el mismo momento en que Tomás, presintiendo su presencia, siempre era así, daba vuelta la cara. En un segundo y con cierto escándalo estaba prendiendo las luces, dándole órdenes a Cris de que fuera a encender la del escritorio. Las sombras pacíficas huyeron por debajo de las puertas y la señora Vidot fue consciente de que, bajo la luz implacable, era preciso aferrarse a alguna cosa. Hundió la mirada en las cuencas vacías de la máscara de Senegal, la del rictus colérico.

CRIS abrió la puerta y se encontró con la cara de Melisa. Pelo corto negro, flequillo, labios pintados de morado y ojos bordeados de oscuro. Se había puesto la minifalda de cuero y las botas acordonadas y traía el bolsito de terciopelo. Todo el conjunto le produjo a Cris un súbito efecto de regocijo que borró la inquietud de la última hora. Le dio un beso suave en la boca que ella recibió con indiferencia. La pose de Melisa (estaba convencido de que la practicaba) era la de una mujer despectiva y distante. A Cris le dio gusto verla, más que gusto se daba cuenta de que estaba encantado de verla. En el zaguán, Melisa le pasó el informe: la madre de Cris había ido a esperarla a la salida del colegio; le había preguntado si sabía dónde estaba, y que si lo veía le dijera que la llamara. Le había dado ese paquete para él. Cris se lo puso bajo el brazo. Cuchicheante y ansioso, se daba cuenta pero no podía evitarlo, le dio a Melisa una escueta información sobre quiénes eran las personas con las que se iba a encontrar. El profesor Mentasti había llegado hacía escasos minutos y después de las presentaciones y a pesar de la actitud hospitalaria de Elton, se había sumido en un silencio aplastante. Antes de entrar en el living, Cris rompió el papel. Era un walkman nuevo y un pulóver. «Dijo tu vieja que es tu regalo de cumpleaños», aclaró Melisa, mientras miraba sin disimulo alrededor, muebles y personas, como un animalito joven en territorio desconocido. Elton estaba monologando con actitud divertida; se interrumpió.

—¿Y esta criatura?

Cris hizo las presentaciones. Mentasti, que parecía estar ahí como podía estar en cualquier otra parte del planeta, pensó Cris, apenas dio vuelta la cabeza.

—Divina, cómo te va. Siéntense. Servile algo, Cris.

La señora Vidot había hecho un gesto con la mano, un gesto leve de elemental cortesía, mientras percibía en todo el cuerpo el breve y deslumbrante momento de la aparición de la chica y, al mismo tiempo, el gesto aturdido de Cris, como disculpándose por ser el introductor de esa presencia nueva, flamante, de pelo negro corto, con un copete parado en lugar de flequillo. La chica recordaba la vida, admitió la señora Vidot, que volvía a percibir el contorno de la realidad después de un largo entumecimiento, era un latido fresco, involuntario, inmune a cualquier comentario adverso o deseo extravagante que pudiera suscitar. A la señora Vidot la chica la perturbó porque todo en ella era insultantemente joven y todo lo que traía puesto, barato y desafiante. Elton también recibió el impacto y estiró hacia la chica un brazo en el que Marcia Vidot reconoció, fugazmente, pero con la agudeza de un alfilerazo, el suéter gris de Andrés, lo que la hundió en la perplejidad. La máscara negra la espió desde las cuencas vacías y la señora Vidot se debatió en una lucha confusa entre una rabia sorda y la desconcertante ternura que los dos chicos, sentados uno al lado del otro en el sillón grande, le provocaban.

Tomás volvía de la cocina con una bandeja de canapés y la depositó sobre la mesa. Procedió a descorchar otra botella de vino.

—Marcia, tesoro, contales de los profiteroles, las carpas de camping y la industria farmacéutica. Marcia traduce —siguió explicando. Tomó una copa más en la cocina y ahora va a tener que sostener absurdamente esa actitud festiva, pensó la señora Vidot, estirando la mano en busca de los cigarrillos que no encontró. El hombre, el profesor de Cris, sentado junto a los chicos, había sacado su paquete y le ofrecía uno. Marcia aceptó. ¿Qué había estado sucediendo en su casa?, era una pregunta al vacío. Miró la noche cerrada en el parquecito, detrás de los vidrios repartidos de la galería. «Permítale descansar en paz», dictaminó la voz atronante del Juez desde un estrado de dimensiones sobrehumanas. Eso era lo que debía hacer, se dijo Marcia con vehemencia, eso era. Tomás le alcanzó una copa y ella la bebió cerrando los ojos, como si se tratara de una medicina. El ánimo de Tomás subía y bajaba según la necesidad del momento; ahora estaba arriba, con ímpetu, entusiasmado, fraterno y benévolo; en unos segundos, estaba abajo, la libido bajo cero—, traduce prospectos, folletos y esas cosas del italiano, pero va a llegar a traducir poesía. Yo quiero que traduzca poesía —se paseaba alrededor de la mesa baja, con la bandeja en la mano, ofreciendo las galletitas con atún; cuando estuvo frente a Melisa le pasó con delicadeza un dedo por el pelo y la cara—. Y también, cómo no, lo de la industria farmacéutica y las carpas porque de algo hay que vivir, ¿no, queridos? Pronto te vas a tener que dedicar a otra cosa —Tomás se dirigía a Marcia como la tía formal a una sobrina apocada—, porque si me dijeras, la industria farmacéutica alemana, vaya y pase, la holandesa, incluso la polaca, con lo bestias que son los polacos, sin ofender a nadie, espero que no haya ningún polaco hoy aquí entre los presentes. ¡Gracias! —hizo una graciosa inclinación de cabeza que a Cris le resultó tan idéntica a Elton que le dio un toque con el codo a Melisa—. Hasta los polacos pueden tener una buena industria farmacéutica, pero los tanos ni soñando, se lo digo como nieto de tanos, igual que acá la señora Orsini.

—Sí... como los condottieri, pero no de esos Orsini... —Marcia dio una réplica cansada, mecánica, como en un acto ya mil veces representado, pero se cortó y no dijo más. Los chicos la miraban; el profesor de Cris se había levantado del sillón y recorría las paredes estudiando las máscaras y las reproducciones. Tomás había vuelto a servir vino en su copa. Tomó un largo trago; de repente estaba borracha y lo sabía. Se entregó a la actuación de apoyar con sumo cuidado el vaso en el borde de la mesita. Las cosas sucedían con una rápida lentitud o una lenta rapidez; eso es. Una declaración policial: «Marcia Vidot, en estado de embriaguez», no pudo dejar de reírse; en realidad, la señora Vidot explotó en una carcajada y todos menos Mentasti, ocupado en investigar las repisas y los cuadros de las paredes, la miraron sonrientes. Ella no lo notó ni les prestó atención porque en ese momento recordaba un lejanísimo viaje de egresadas, ah Dios mío, se dijo Marcia, parecía que había sucedido eras atrás, al norte, Salta y Jujuy, viaje en el que una de sus amigas, Mercedes, Mecha,

había perdido o le habían robado un bolso; en la comisaría, el perspicaz (sí la palabra era perspicaz, se rió otra vez sin disimulo la señora Vidot, acomodando mejor el vaso en el borde de la mesa), el perspicaz oficial había notado que ella le decía a su amiga, «negra»: «No te preocupes negrita, ya va a aparecer» (con qué detalle recordaba la escena, hasta la remera azul de Mercedes, la raya trabajosa en el pelo espeso del oficial, debía emplear una hora larga en peinarse, esto se lo dijo ahora, cuando terminaba de correr el vaso un poco más adentro de la mesa, y la imagen del hombre luchando con la pelambreira le produjo otro ataque de risa, esta vez más notorio que el anterior). Al día siguiente, el diario local informaba, en primera plana, que se había presentado a declarar Mercedes Uribarrena, «alias la Negra». La señora Vidot casi se ahoga.

—¿Qué?, ¿qué es, de qué te acordaste...? —hacía rato que Tomás repetía estas palabras, inclinado sobre ella con una sonrisa de oreja a oreja. Hacía siglos que no veía a Marcia reírse así. Contagiado, Cris también sonreía.

—¿Te acordás de «alias la Negra...»? —la señora Vidot no pudo seguir. Las convulsiones que le provocaba la risa le impedían hablar. Tomás abrió los ojos y desencajó la mandíbula como si le faltara el aire.

—Sí, por Dios, la Mecha, alias la Negra...

Encantado del giro jocoso que inesperadamente Marcia le había dado a la reunión (¡precisamente Marcia!) y al margen de la actitud de Mentasti que estudiaba los réplicas de los barcos en miniatura dándoles la espalda, Elton sirvió vino en todas las copas. Marcia pasó súbitamente de la risa al gesto reprobador, un gesto que denunció cuánto había bebido, cuánto le había estado dando de beber Tomás desde la tarde, pensó Cris inquieto, observándola desde el sillón. La señora Vidot se puso seria y clavó una mirada cargada en la espalda de Mentasti. De ánimo taciturno, el profesor no parecía tener intención de entablar un diálogo con ninguno de los presentes y en ese momento sostenía entre los dedos uno de los barquitos. La señora Vidot, prisionera de los vaivenes de un día aciago, informó altanera:

—De la Costa de Marfil.

Mentasti la miró, asintió, y volvió a dejar la reproducción junto a las otras que se enfilaban en la repisa.

Marcia no deponía el gesto adusto, la boca amarga.

—Mi marido los traía... los coleccionaba.

—Te acordás de la Mecha... —retomaba Tomás, alarmado de que Marcia hubiera nombrado así a Andrés, de golpe, frente a todos.

Sonó el timbre. Quedaron en suspenso. Mentasti echó una mirada por encima del hombro para volver enseguida a enfrascarse en la inspección de una máscara japonesa. Para qué había venido, era lo único que su cabeza podía formular; la ridícula pretensión de constatar que podía ser mínimamente sociable y ¿para qué?, ¿para poder esgrimir una prueba frente a Claudia de que no se había vuelto un zombie? Lo único que le restaba era ver el hueco, el momento de poder salir y

escaparse. Otro timbrazo, corto. Cris tuvo el impulso de levantarse del sillón, envuelto en una repentina sensación de peligro. Miró a Tomás que a su vez miraba a Marcia. La señora Vidot, envuelta en su propio mareo, fue asaltada por imágenes fulgurantes, borrosas, de policías buscando en la oscuridad, de hechos sangrientos. Otra vez; el sonido fue más largo, más imperioso.

Marcia se puso de pie. No permitió que nadie la acompañara: «Yo atiendo», dijo tajante.

—Cuidado, Marcia —dijo Tomás, con ojos de alarma—. Preguntá quién es.

«Cómo le gusta actuar», pensó sin piedad la señora Vidot. Fue por el zaguán desplazándose con un leve zigzag y, sin preguntar, tiró de la puerta.

Debajo de un paraguas de varillas al aire, bajo la lluvia que caía con mansedumbre, en la oscuridad ahora barrida por la suave luz del zaguán, una chica de unos quince o dieciséis años la miraba. Los dedos aferrados al mango torcido del paraguas están llenos de anillos, hasta los pulgares, anillos de pacotilla, piensa Marcia, con lentitud, como el que sale de un sopor pesado y debe acostumbrarse a la velocidad de las cosas. La boca infantil, como la de Melisa, delineada de un morado profundo. Unos vaqueros, una camperita de lana negra, ajustadita, y la nube de su aliento en el aire helado. Piensa Marcia: Se está congelando, no tiene nada propio salvo lo puesto y está tan desabrigada.

—Dice mi vieja que no haga la denuncia —la chica habló rápido, mirando al costado, la lluvia le caía sobre un hombro desguarnecido de paraguas.

—¿Cómo?

La chica la miró y tomó aliento.

—Dice mi vieja que no haga la denuncia; si le robó algo ella se lo va a devolver, lo que pasa que mi hermano está siempre drogado, son los pibes con los que se junta.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?

La chica volvió a mirarla; con sus ojos, su boca y sus uñas pintadas, parecía una nena disfrazada. Suspiró como armándose de paciencia ante un débil mental.

—Que vino la cana a mi casa; mi hermano le dijo a mi vieja lo del tapial, creyó que usted lo había denunciado, pero la cana le dijo que no, que era por lo de la farmacia, y que ahora iban a venir a hablar con usted. Si lo denuncia, por ahí lo mandan a Devoto. Dice mi vieja que perdone si le faltó algo.

Se calló. Después de un momento, la voz de Marcia Vidot sonó metálica y lejana.

—Mató a mi gata.

—Ahh... —exclamó la chica, francamente asombrada, dejando la actitud recitativa.

—No sé si robó, me mató la gata porque sí, la colgó... —la señora Vidot cerró la boca.

—Ahh... —repitió la emisaria, los ojos redondeados por la noticia, despuntando un cierto asombro mezclado con alivio que le hizo empujar apenas el labio inferior. Miró el fondo de la calle y sacudió la cabeza; tal vez creyó que era necesario algún

gesto—. ¡Qué hijo de puta! —dijo bajo y apreciativamente; pero era una embajadora y tenía una misión por concluir—. Mire, se junta con otros pibes y se drogan. Mi viejo casi lo mata. Entonces, ¿no hay denuncia? —la miró abiertamente, desafiante—. No robó nada.

—Dónde está tu hermano ahora —a la señora Vidot no le importaba, realmente, no le importaba ni le importaría un pito dónde estaba, o adónde podía ir a parar, nada más debía seguir la conversación por una cuestión de inercia. Algo estaba ahí siendo discutido (era demasiado decir) por esta criatura y ella, sin ningún viso de compasión ni de nada por un animal que había sido matado por un antojo o por el efecto de una sustancia, daba igual, y las mismas palabras con que lo enunciaba se volvían faltas de peso, insinceras, grotescas, porque este mínimo incidente y otros terribles sucedían ahora mismo en millones de lugares del planeta. ¿No morían chicos de meses golpeados por sus propios padres? La señora Vidot tuvo que agarrarse del picaporte porque se mareaba; quizá se tirara al piso y se dejara estar ahí hasta nunca jamás. Miró a la chica. Una frente a otra, con nada para decirse, salvo el permanecer paradas, a un lado y a otro del umbral. Para no volver adentro, Marcia se detuvo en el paraguas: una obra de arte moderno. Bien instalado podría obtener un premio: con las varillas desnudas y torcidas señalando la noche, aire de aparato de dentista, el rayón roto y en partes enrollado. ¿Y la chica?

Miraba por enésima vez la esquina, como si por allá pudiera encontrar alguna cosa para decir o cómo decirlo, algo. La lluvia caía, mansa y oblicua, bajo la luz. Estaban casi a oscuras, casi confortables. La chica apenas iluminada bajo el adefesio que destellaba en las puntas.

—En el hospital, hasta mañana que va en cana —de golpe, la criatura se abatió. Le habían hecho un encargo pesado y el trámite se estaba prolongando; o tal vez ahora, resuelta la situación y dicho lo que tenía que decir, o enterada de las cosas, ella también se sentía afectada. Marcia no pudo saberlo. Con un resoplido de fastidio o de urgencia por irse y aunque la señora Vidot no había preguntado nada, continuó—: Mi viejo lo cagó a palos, le quebró la clavícula por lo de la farmacia que tiene que poner la plata y dice mi vieja que si usted lo denuncia le van a dar más, capaz un año. Mi viejo anda loco porque lo jodieron los del supermercado...

No habló más. Estaba agotada, había dicho más de la cuenta. Una criatura a la intemperie, morada de frío, heroicamente a la moda. Seres extraños, recién salidos de la infancia, sobrevivientes de abusos varios, que en una noche de droga te cortaban en pedacitos. Y hacen bien, pensó desde kilómetros de distancia y con el mareo que la hamacaba la señora Vidot, ¿qué otra cosa podían hacer? Pero no me maten al gato... ¿Cómo se las habría arreglado esa criatura para ponerse el aro en la nariz? ¿En qué tugurio?

—Decile que no voy a hacer la denuncia.

Un aire frío, como la oleada de su propia muerte, envolvió a la señora Vidot y escurrió hacia lugares sin nombre el sentido y sostén de la realidad, hacia el

vaciadero. En una escena negra, una silueta blanca colgando del árbol se mecía como un signo de los tiempos. La chica salió corriendo. Andrés hubiera sido el único capaz de detener el derrumbe general de las cosas, pero Andrés, desde hacía un año... «¡Marcia!, ¡Marcia! ¿Quién es?». La voz alarmada de Tomás se acercaba. La señora Vidot cerró la puerta.

—Contales, bebé —retomaba Elton, achispado y benévolo, tratando de volver al interrumpido principio de diversión—. Contales lo bien que te las arreglás con esos prospectos, ¡qué chatura...! —sentado en la punta del posabrazos del sillón, la copa entre el pulgar y el índice, los otros tres dedos al aire, la muñeca quebrada—, cuando ella podría traducir cosas fa-bu-lo-sas...

Se acuclilló frente a la señora Vidot y le pasó la mano por el pelo. Cris volvió a detectar el gesto masculino, por completo en desacuerdo con el comportamiento general de Elton. Incómodo, desvió la mirada, como si espicara una escena demasiado íntima. Melisa, por el contrario, no les quitaba los ojos de encima. Mentasti había vuelto de su larga ronda de inspección de objetos y, abstraído, se tomaba el whisky hundido en la otra punta del sillón. Melisa, sentada en el medio entre él y el profesor, miraba ahora la ventana y se aburría a morir. Al primer entusiasmo que le causó a Cris ver a Mentasti había seguido el desconcierto; el profesor casi no había intercambiado una palabra con nadie y ahora lo ponía cada vez más nervioso con su actitud. No entendía a qué se debía y empezaba a arrepentirse de haberlo llamado. Sus dos tímidos intentos de incluirlo en la conversación habían naufragado penosamente.

¿A qué había venido? Se repitió Mentasti por décima vez como prisionero de la frase, paralizado para entablar cualquier tipo de conversación sencillamente porque le era imposible. Era incapaz de actuar o de reunir las fuerzas para irse, admitió. Miró al costado, al chico, que se notaba incómodo seguramente por su culpa; el reproche que se hacía no era consistente, no conducía a nada. No sabía a qué había venido y sólo tenía que levantarse e irse. Lo único que lo distraía era el aspecto de la chica de su alumno. Tan a la moda precaria, tan vulnerable y joven y sabia, Melisa era, por ahora, enteramente lo que debía ser, con sus aires de vampiresa infantil, y esas piernitas debajo de las medias negras. A Mentasti la chica le causó una ternura risueña, le hubiera pasado la mano por el pelo, pero miró para abajo, asombrado de detectar ese impulso positivo.

—Es un baboso, tu profesor —cuchicheó Melisa en el oído de Cris, recostándose contra él—, todo el tiempo me mira las piernas. Y a éstos, ¿qué les pasa? —con el mentón señaló a Marcia y Elton que murmuraban con las cabezas juntas.

—¡Estás loca vos! —se indignó Cristóbal, apretándole el brazo para que cerrara la boca—. Mentasti no es de esos tipos.

—Bueno, no seas tonto, ¿qué te pasa? —Melisa se separó un poco.

—Ella es Marcia, la dueña de casa que me alquila la pieza, y el otro es un amigo, ya te dije —concluyó Cris fastidiado.

Para distraerla de lo que había dicho de Mentasti, le susurró en el oído:

—¿A quién se parece?

—Es marica —apreció Melisa.

—No sé y no me importa —Cris se enfurecía otra vez y ya se estaba arrepintiendo de haberla llamado. Criticaba sin entender nada. Miró a Tomás, que volvía a la carga.

—A Elton John, quién no se da cuenta, no te alteres. Me cae simpático.

—Mostrales, Marcia querida, tu traducción de esa poesía, les va a encantar. ¿No que les va a encantar? —desde el centro del living, Tomás echó una mirada circular, desafiante.

Aquella reunión era un error, pensó con claridad Cris.

Su primer intento de sociabilidad desde que había vuelto resultaba un completo fracaso, admitió Mentasti, ni esta gente ni otra le interesaba para nada; sintió el bienestar que empezaba a procurarle el segundo whisky y una ambigua satisfacción: como si hubiera apostado contra sí mismo y ganado. Ahora sólo restaba juntar las últimas fuerzas, levantarse del sillón e irse.

Ninguno de los presentes llegó a sospechar el esfuerzo sobrehumano que realizó al señora Vidot para no defraudar el pedido bienintencionado de su amigo; un esfuerzo tanto más difícil ya que iba en contra de sus inclinaciones más profundas de huida hacia dentro, de rechazo general, de que se fueran de inmediato. ¿Quiénes eran esas personas?, se sublevó Marcia, ¿qué hacen en mi casa? Había tomado demasiado alcohol. Sin embargo, sin una palabra, obediente, fue hasta el escritorio y miró entre sus papeles. Volvió con una hoja y echó una mirada fugaz a Melisa. Era otra versión de la chica bajo el paraguas. Se aburría mortalmente.

—Mejor no —dijo la señora Vidot. Se acomodó el chal sobre los hombros y guardó silencio.

Por detrás de la cabeza de Melisa, Mentasti le susurró a Cris las primeras palabras que intercambiaron en la noche.

—¿Qué le pasa a esta mujer?

—Unos que entraron le mataron la gata, anoche —se apresuró a informar Cris, alentado por el interés del profesor que podía causar un giro al clima general de la reunión.

Mentasti bebió de un golpe la mitad del contenido de su vaso. Dijo distraído:

—El mundo se derrumba y hay gente que se preocupa por un gato.

—¿Cómo dice? —la voz de Marcia sonó seca y alta, del otro lado de la mesa baja.

Tomado por sorpresa, Mentasti no supo qué responder.

—Le pregunté qué estaba diciendo.

Había violencia en el tono filoso de la voz de Marcia. Tomás, sentado en el brazo del sillón, le puso una mano apaciguadora en el hombro.

—Estamos en mi casa y tengo derecho a saberlo.

Un mechón de pelo le caía sobre el ojo, la voz le temblaba y se apretaba el chal

contra el pecho.

—Francamente... —empezó Mentasti.

—Marcia, tesoro...

Era perceptible que un estremecimiento nervioso la dominaba. Cris se alarmó. Mentasti sumergido otra vez en el fondo de su vaso parecía ser el único en no darse cuenta de la situación, ni alcanzaba a medir la proporción que sus palabras podían llegar a tomar. Como si argumentara solo dijo:

—Francamente, pensaba en todas las cosas que pasan... Incluido, tal vez, su gato —Mentasti echó una ojeada alrededor mientras expulsaba aire por la nariz con un sonido sarcástico, que hacia dentro pulverizó la imagen de la chola y su hijo reflejados en el vidrio con Visa-Mastercard.

La señora Vidot se erguía en el sillón, lo miraba fijo con algo de fanática.

—Ah, sí. ¿Y usted qué hace por todas las cosas que pasan? Seguramente es un hombre sensible... —Tomás le apretaba un brazo, pero ella se deshizo de la mano con un gesto brusco—, ¿no? Seguro que es un hombre sensible, debe haber leído mucho. ¿No?

Recién en ese momento Mentasti la miró y pareció comprender de golpe la dimensión que había adquirido el diálogo; su cara fue de sorpresa genuina.

—Tiene razón, discúlpeme...

—Así piensan —el tono de Marcia quería ser irónico pero estaba al borde de las lágrimas; había encontrado un contrincante, al fin, luego de tanta acumulación de espanto y desconsuelo—; esto es más importante que lo otro y lo de más allá, y no ven que lo importante es una sola cosa, una misma cosa, y mientras tanto... Estoy segura de que usted no ha hecho absolutamente nada por *las cosas que pasan*.

—Marcia... —alarmado Tomás le pasó un brazo por encima de los hombros, la hizo levantarse del sillón y la llevaba un poco aparte.

Mentasti estaba serio. Dejó el vaso sobre la mesita y se puso de pie.

—Va a ser mejor que me vaya.

Empezó a moverse. Cris también se paró, no supo si para acompañarlo o para apaciguar el clima tenso que flotaba bajo el techo. Confundido, miró a Elton como para saber qué hacer. Melisa le imprimió más celeridad a las mandíbulas, las uñas pintadas de morado hacían girar el bolsito de terciopelo. A Cris no se le ocurría nada; se llenaba de encono contra el profesor. ¿Por qué actuaba así? No estaban en la clase del colegio. Mentasti se había ido de mambo, aunque le parecía que sin mala intención. No era un mal tipo. Seguramente, cuando salieran de lo de la señora Vidot se podrían ir a tomar un café juntos y habría alguna explicación. La idea de irse a un bar a charlar con Mentasti transformó como por encanto el enojo de Cris en puro entusiasmo. Podían ir los tres, con Melisa.

—Quédese —dijo la señora Vidot.

—¡Nadie se vaya, nadie se vaya! En cualquier momento llegan las pizzas. —Tomás miró a Cris pidiéndole ayuda. Pero ¿qué pizzas?, pensó Cris, si no habían

pedido nada. Tomás daba una vuelta, empujando a todos por los hombros para obligarlos a sentarse—. Vení Marcia, hay que hacer las paces, para qué nos reunimos si no. Vos, tesoro, ¿sabés hacer algo lindo, cantar, algo?

Melisa salió de su pose lánguida y en silencio colocó su bolsito negro sobre la mesa baja, lo abrió y extrajo un mazo de cartas de Tarot. A Elton se le empañaron los anteojos. Había entrado en éxtasis.

—¡Ay!, ¡esta chica es un ángel! No te puedo creer que sabés tirar el Tarot. Marcia, mirá que criatura más divina, yo algo me había palpitado...

Melisa sonrió por primera vez en la noche y le tendió una mano a Tomás que la invitaba a salir a bailar.

Con una gracia sorprendente, Elton canturreó y bailó unos pasitos haciendo girar a Melisa por debajo del brazo.

—Cris, llená los vasos. Hoy te bajamos la bodega, Marcia querida.

La señora Vidot seguía con los ojos clavados en Mentasti, que miraba el vaso. Otra vez sentado, otra vez ausente.

Cris hizo lo que le ordenaron. Había corrido bastante alcohol desde la tarde y empezaba a sentirse agradablemente liviano, con cosquillas en el estómago. El recuerdo súbito de que tenía otra vez un walkman lo levantó por el aire. ¡Su vieja se había portado! Se dio vuelta con la intención de decir algo, alguna cosa alegre, alguna boludez como un brindis, pero no le salió nada. Tomás sentado frente a Melisa miraba fascinado las manos que preparaban el mazo. Como acordándose de dónde estaba, dijo:

—¿Por qué no juegan a algo? Mientras esta nena me tira las cartas, por qué ustedes no juegan a algo. Marcia, *necesito* que esta criatura me tire las caras. Vos podés empezar nuestro juego favorito, el de los buenos recuerdos. El juego de la buena onda, hay que recordar recuerdos bonitos y contarlos... —explicó y se rió solo—. ¿Tengo que cortar? —le preguntó a Melisa—. Estos infantes no pueden jugar —la mirada un tanto extraviada de Elton los recorrió—. ¿Ustedes tienen recuerdos? ¡Qué van a tener!

Los buenos recuerdos.

Un lugar enorme y en sombras con intenso olor a madera. Desde sus ojos de cinco años, los objetos tienen una dimensión desmesurada, la mesa larga, adosada a la pared, las herramientas en un tablero. Todo es alto, fresco y oscuro, menos afuera donde brilla el sol con una luminosidad cegadora. Una silueta a contraluz se acerca; Cris no siente temor. La puerta doble abierta deja entrar el resplandor vibrante del verano, la silueta tapa el resplandor y el hombre se acucilla frente a él: le da algo, se lo pone en las manos con unas manos grandes y ásperas: un camión de madera pintado de rojo. Se esfuma la imagen, se pierde en el tiempo, se evapora el perfume a madera y la sombra se adelgaza y deshace cercada por el sol.

Su padre haciendo el asado, la bicicleta escondida detrás de la pared, su madre y su hermana espíándolo: su cumpleaños número nueve. Con Manuel, volviendo de

una quinta, un verano, cantando a grito pelado. El mundo enorme, acogedor, los esperaba. Laura, la tarde que él se vino a estudiar a Buenos Aires, el pelo y el cuerpo de Laura. Manuel, enamorado de una compañera de la facultad, exultante, él contagiado de esa felicidad, tirados en el pasto de una plaza, una noche, cerca del Luna Park.

Los ojos de Andrés el día de su último cumpleaños; un hueco de silencio en el bullicio, aquella mirada, brillante, para ella; el calor protector de su cuerpo una noche de las tantísimas noches en que se despertaban abrazados; la risa de Andrés ante su torpeza, la risa abierta que ella amaba; el brazo de Andrés apretando su cuerpo, bailando con Andrés Un anno d'amore.

Melisa, con gestos de adivina, distribuía las cartas del Tarot sobre el vidrio de la mesa baja. Tomás, en el borde del sillón, vibrante de ansiedad, se había olvidado de todos y sólo tenía ojos para las manos infantiles de uñas color morado.

Hacia la una, la señora Vidot había desaparecido. Elton cabeceaba en el sillón. Un Mentasti indiferente y retraído se escurría para el lado del zaguán; Cris lo siguió, apurado, con Melisa detrás. Se ponían camperas y sacos en la vereda, cuando con apenas un murmullo de despedida, el profesor dio media vuelta y caminó resuelto, alejándose en la oscuridad.

VIENDO achicarse la silueta de Mentasti en dirección contraria al parque, Cris se sintió defraudado. Se había imaginado que los tres podrían charlar hasta tarde en algún bar. Giró hacia Melisa y la cara bajo el flequillo logró borrarle el sentimiento de frustración.

—Te acompañé hasta la parada del colectivo —dijo Cris empezando a despejarse en el aire nocturno.

Dejaron atrás la puerta de la señora Vidot. A pesar de que la noche no había resultado como la esperaba Tomás, caminando con Melisa a su lado él se sentía muy bien, casi feliz, impaciente por volver a su pieza a probar el walkman. El deseo por la señora Vidot se deshacía en la madrugada húmeda, desaparecía desplazado por el cuerpo de Melisa. En algún momento de la noche, tal vez cuando Marcia se enojó con el profesor o tal vez antes, en algún punto que no supo precisar, Cris había entendido que lo sucedido entre la señora Vidot y él había sido una especie de accidente, una desviación del curso natural de las cosas, una anomalía provocada por hechos que nada tenían que ver con él y que acaso no comprendía, una anomalía perfecta que sólo había abarcado el tiempo de su propia duración. No habría otro encuentro con la señora Vidot. Paradójicamente, esta certidumbre le produjo alivio.

Tuvo ganas de que Melisa cantara. Cantaba endemoniadamente bien, pero nunca hacía caso. Para incitarla empezó con unos acordes: ... *el futuro ya llegó, ya lo ves...*

—¡Uau...!, y estos viejos quiénes son... ¡qué mala onda! —lo interrumpió Melisa. Era caprichosa y nunca concedía hacer algo que le pidieran. Al menos, en el primer momento.

—Es donde vivo, por ahora —explicó Cris—. Ya te dije, la casa es de ella, de la señora Vidot, me alquila una pieza —trató de agarrarle la mano y no pudo. Melisa era arisca.

—Tomás está bien —concedió ella.

Cris retomó:

—*Llegó como vos no lo esperabas...*

Por una vez, ella le hizo caso y las palabras empezaron a salir de su garganta en el tono quedo y agudo que a Cris le encantaba... *yo voy en trenes, no tengo dónde ir... algo me late... y no es mi corazón...*

La voz de Melisa se elevó sin estridencias acompañándolos entre las paredes que se alargaban en la noche, llenas de ventanas apagadas. Cantaba bien, cantaba fabulosamente bien. Cris no se acopló porque su voz era mala y hubiera arruinado el momento. *Hermosa y sombría como una canción de los Redondos*, ¡eso era!, acababa de acordarse. Había buscado la frase toda la tarde y la recuperaba ahora. Ya no habría ocasión de decírsela ni creía que la señora Vidot la apreciara. O por ahí sí, pero ya no le importaba. Miró a Melisa de reojo, no era hermosa ni sombría; era otra cosa y

descubrió que él la quería. *Yo voy en trenes, no tengo dónde ir... coreó fuerte, algo me late... y no es mi corazón...* siguió ella. Cris le pasó un brazo por los hombros.

En la parada del colectivo Melisa buscó las monedas en el bolsito de terciopelo.

Casi sin pensar, Cris soltó:

—Por ahí me voy, por un tiempo.

Los ojos pintados lo miraron con curiosidad. Melisa hacía una bolita con el chicle y lo dejaba caer.

—¿Adónde?

—No sé. Cuando sepa te aviso.

De golpe, Cris la abrazó y la besó. Ella respondió.

Se quedó mirando la silueta estrecha junto al conductor. El brillo del pelo negro bajo el foquito alejándose en el colectivo iluminado y vacío. Esperó hasta que la vio sentarse en el primer asiento, del lado de la ventanilla. Dio media vuelta y volvió silbando bajo a lo de la señora Vidot.

Puso la llave y empujó la puerta del zaguán. Salvo la lámpara chica del escritorio, en el otro extremo del living, todas las luces de la casa estaban apagadas. Cris se deslizó sin hacer ruido; abrió y cerró con cuidado la puerta de la galería e iba a emprender la marcha por el parquecito cuando, con un sobresalto considerable, descubrió junto a la oscuridad del pino a Elton. Fumaba un cigarrillo. Estaba en mangas de camisa y parecía inmune al frío.

—¿Todo bien? —la voz de Elton completamente sobria, seria, sin asomo del chispeante papel que, creyó descubrir ahora Cris, había representado toda la tarde y esa noche. Una voz adulta y distante.

—Sí, todo bien.

El silencio no incomodó a Cris; al contrario, le gustaba estar ahí con Tomás. Parecía que la noche se había apaciguado, al fin; no le quedaban resquemores con el profesor y empezaba a sentir sueño. En una zona del cielo, las nubes oscuras se deslizaban veloces; se abrieron y detrás, inesperadamente y por unos segundos, brilló una media luna perfecta. Las nubes volvieron a cerrarse y el jardín se sumió otra vez en una oscuridad casi completa.

—Lo de Marcia con vos no se va a volver a repetir —dijo Tomás.

—¿Cómo? —Cris había entendido pero ganaba tiempo.

—Vos sabés lo que dije —Elton dio una pitada y la brasa iluminó momentáneamente los cristales de los anteojos; le alcanzó a Cris para ver la expresión seria de la cara.

—Sí. Ya sé.

—Ya sabés qué —la voz parecía de otro Elton.

—Que no se va a volver a repetir.

—Fue... un accidente.

—Ya sé.

—Está bien, entonces.

Elton aplastó lo que quedaba del cigarrillo en lo negro del pasto. Se cruzó de brazos. Miraba para el fondo del parque, como si vigilara. Inesperadamente, un grillo rompió a cantar con su canto monótono. Debajo del pino, claro y nítido, cri... cri, cri... cri...

—Mirá vos —dijo la voz del primer Elton—. Un grillito en pleno invierno.

Antes de que Cris encontrara algo para contestar, Tomás le dio una palmada en el brazo.

—Hasta mañana.

Desapareció en la oscuridad. Cris escuchó el abrirse y cerrarse de la puerta de la galería.

—Hasta mañana —contestó.

Fuga

1

OCHO de la mañana. Acatando una señal enigmática para el profano, las cortinas metálicas comienzan a elevarse, una tras otra; la vibración y el chasquido simultáneo de cadenas alcanzan para el barrio resonancias de regocijo, como una promesa de prosperidad que recorriera, veloz, el zigzag de las calles. Vidriera tras vidriera, hace su aparición a la luz del día la abigarrada magnificencia de los negocios: el reino del cartón, del plástico, del yeso, de la goma, del nailon; el dominio del *camouflage*. En las veredas, empleados distraídos vigilados por patronos desconfiados, guiándose sólo por leyes de peso y tamaño, distribuyen una indescriptible miscelánea de objetos en la puerta, en las vidrieras, hasta en el borde mismo de la calle. Un clima carnavalesco anima la primera hora del barrio de importadores y mayoristas: la mercadería multicolor se exhibe como ropa tendida en un día soleado; a la menor brisa, bailan los salvavidas con cabeza de pato, las palas y baldes playeros, las cornetas de plástico, las pelotas en bolsas de red, los paraguas liliputienses, los muñecos ahorcados por la misma cuerda que los sostiene y los cruza de un extremo a otro de la entrada. Ya pululan por esas calles compradores de todo tipo. Tropiezan unos con otros en las veredas ajustadas, como hormigas que, tras unos segundos de reconocimiento, siguen, apuradas, sus caminos opuestos.

Nueve de la mañana. Cris camina por las veredas ajetreadas sin prestar atención a lo que pasa a su alrededor, ensimismado en el encuentro que se avecina. Entra en Margosián Importaciones. La luz pálida del sol que colorea la calle apenas logra abrirse paso dentro del local para morir sin brillo contra la superficie de las cajas apiladas.

—¿No te dije que llamaras antes de venir? —en la parte de atrás del local, la cara del armenio presagiaba tormenta.

—Andaba por acá cerca y pasé —mintió Cris.

Margosián le dio la espalda y siguió hablando con un tipo alto, con aspecto de *gangster* de película de bajo presupuesto. Cris tomó aire y juntó coraje; lo iba a necesitar porque al armenio no le gustaba que le devolvieran la mercadería, y menos si se le había pedido un anticipo. Decir todo de golpe era su única estrategia. Después, que sea lo que Dios quiera.

El hombre terminó la conferencia y enfiló para la salida. Pasó junto a él como si Cris no existiera. Inquieto, Cris vio como la considerable humanidad de Margosián empezaba a desplazarse desde el fondo y ocupaba su lugar de privilegio detrás del mostrador. Su lugar escénico. Desde ese sitio dominaba el mundo, ése era su ámbito natural y no le gustaba que lo vieran entre bambalinas.

—¿Qué pasa, pibe?

—Le vengo a devolver los senos de goma.

Los ojos de camello de Margosián pasaron inesperadamente de la actitud

bonachona y oriental a la redondez y el asombro.

—¿Cómo a devolver? Acá no se devuelve nada. Menos cuando pediste un anticipo que todavía no está pago.

—Se los canjeo por otra mercadería; ya tengo la mitad de lo que le debo, deme otra cosa así le puedo pagar —a Cris las orejas le ardían. Lo apremió la urgencia de terminar con todo e irse.

—Acá no se devuelve nada. ¿Vos te creés que a mi abuelo le iban a devolver una alfombra?

El armenio acomodó sus más de cien kilos en el banco alto, dispuesto a exprimir la situación. Era evidente que quería impresionarlo. No sólo lo habían sorprendido fuera de escena sino que querían devolverle la mercadería. Frente a frente, con el mostrador de por medio, las cosas debían volver a su lugar.

—¿Y vos eras el que se iba a independizar? Eso me pasa por darle mercadería a mocosos culo sucio. ¿Fuiste a la city como te dije?

—Sí —Cris decidió volverse tercamente lacónico.

—Te pusiste el traje —aseveró Margosián; antes de que Cris respondiera, siguió —: ¿Fuiste a los restaurantes que te dije o no?

—Hice todo, pero son invendibles.

Era la palabra suicida, la única palabra que jamás debía pronunciarse en la cueva de Alí Babá, y Cris lo sabía. Los nervios lo tenían envarado contra el mostrador.

El armenio pareció despertarse y crecer en todas direcciones.

—¿Qué quiere decir invendibles? Te volviste idiota o qué... La mejor mercadería en plaza, ¿y vos decís que no se puede vender? ¿La teta de goma del mejor poliuretano no se puede vender? En este mundo no hay nada que no se venda, entendés. Cualquier cosa se compra y cualquier cosa se vende, y sobre todo la teta de goma.

—Deme un canje así puedo pagarle —Cris resolvió sobre la marcha no contestar directamente y pasar a la acción.

Sacó las cajas azules de la valija y las puso sobre el mostrador. El armenio tenía la cara morada, apopléjica. El celular desaparecía en la mano cerrada y peluda.

—Esto me pasa por tirarles perlas a los chanchos... —levantaba una por una las cajas y las revisaba al trasluz—. Los ejecutivos se vuelven locos con la teta de goma y vos no la podés vender... —el enojo crecía porque había entrado por la variante.

—¡José!

El grito repentino del armenio hizo saltar literalmente a Cris. Antes de que nadie contestara, volvió a gritar:

—¡Traeme la bolsa de nailon!

Un silencio negro se depositó sobre el mostrador. Cris conocía la bolsa de nailon; era adonde iba a parar la basura invendible, el rezago de temporadas pasadas.

—Así que querés canje. Yo te voy a dar canje. —Sin mirar el mostrador, el armenio agarró al azar una de las cajas con el seno de goma—. Esta caja está rayada.

Cris se agachó como para atarse la zapatilla y tomó aire. Cuando se enderezó, se había tranquilizado. Algún día el armenio se iba a morir de un ataque al corazón y él no quería tener la culpa.

—Mirá pibe, hoy es cinco, te doy hasta el diez. Y es la última vez que me hacés pasar por esto. Te lo dice Margosián.

El payaso con la lágrima luminosa, el termómetro-llavero, el perro con la cabeza flotante, el cuadrado iluminado con el paisaje chino, la lapicera con los pescaditos, el cisne-florero de yeso con detalles plateados, la lapicera con la mujer desnuda... Cris manoteó lo que el armenio eligió de la bolsa y cerró la valija. Lo miró directamente a los ojos:

—Sabe una cosa, don Margosián: la filosofía no se compra ni se vende. Pero ni usted ni su abuelo tuvieron nunca *esa* mercadería.

El armenio lo miró.

—¿Cómo?

—¿A que ni siquiera sabe lo que es la filosofía? —presa de un impulso ingobernable, Cris desplegó la cara de lunático desencajado, la sonrisa de oreja a oreja; habló a toda velocidad—: La filosofía, gordo, ¿no entiende lo que digo?, en su vida debió escuchar esa palabra, y su abuelo menos. La filosofía no se compra ni se vende.

La cara del armenio había pasado de la sorpresa al estupor. Todo había sucedido en segundos. Cris se agachó y dejó la valija a su lado, en el piso. Cuando volvió a emerger de atrás del mostrador, miró al armenio y casi se ríe de los nervios, pero sostuvo el gesto imperturbablemente serio:

—En una semana le devuelvo el adelanto. Este seno de goma me lo quedo de recuerdo. Si no se lo puedo pagar, lo traigo de vuelta.

Margosián recuperaba su fisonomía habitual: sus ojos melancólicos de camello. La cara se le había nublado del todo. Parecía a punto de llorar.

—Buenas tardes, don Margosián.

En la calle, Cris tomó aire y se fue para adelante; sintió el impulso de revolver la valija. De golpe se empezó a reír, no podía parar. La cara que había puesto el armenio. ¡Ay! Cris se apoyó en la pared, resoplaba. Al rato, se fue serenando.

Por la vereda pasaba el hombre con el carrito de supermercado lleno de latas y botellas de plástico vacías. Cris se enderezó y levantó la mano:

—Chau —dijo.

Caminó de vuelta a Parque Centenario.

LA mañana entera se había consumido en deambular de una cosa a la otra con aire ausente. Las horas pasaron en levantar un papel y dejarlo, en hojear una revista, en tomar tres tazas de café sobre el compás del martilleo monótono que venía desde el fondo: bam, bam, bam. La señora Vidot quería que el albañil se fuera de una buena vez... que dejara todo tal como estaba y que se fuera. Desde hacía unas semanas, su casa había sido invadida. Si pudiera explicarlo, pensó ansiosa, pero ¿a quién?, ¿y para qué? No lo del albañil, no; otras cosas... se reprochaba no prestar atención a nada. No interesarse en nada. Había cosas que sí le interesaban o que todavía le interesaban, pero ¿podía cambiarse algo? No era el absurdo de los mundos infinitos, el universo negro de la nada (bam, bam, bam), era el absurdo de un mundo salvaje. ¿Estaría exagerando? Cómo saberlo. Agachó la cabeza. El peso de los hechos y de algunas constataciones que no supo siquiera formular abatió los párpados de la señora Vidot y la impulsó a buscar algo a que aferrarse. Levantó la mirada y trazó un puente anhelante con los ojos de Tomás —un lugar de descanso a un metro y medio de su propia cara—, sentado frente a ella en el sillón del living. No es necesario hablar, pensó con alivio la señora Vidot, no es necesario decir nada.

Desde el sofá, con una actitud tranquila, se diría displicente —las dos piernas cruzadas sobre el posabrazos, una mano colgando hasta el piso—, Tomás también la miraba. Acababa de dejar sobre la mesa baja las dos tazas de café, y ahora esperaba, en la comfortable placidez de los que se han dicho todo.

—Tengo un regalo para vos —dijo Marcia de golpe; ponía azúcar en su taza. Le tendió la azucarera. Tomás se enderezó en el sillón.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa.

—Mentira. No tenés nada.

Marcia elevó los ojos al techo.

—Bueno, no lo tengo todavía, lo tengo que comprar. Cómo supiste que era mentira, a ver.

—No sos de las que aguantan con un paquete en el placard. ¿Qué es?

—Es una sorpresa.

—Dale, Marcia, sabés que odio las sorpresas. ¿Qué es?

—Una bufanda de cashmere, color verde inglés.

Tomás revolvía el café; la miró exagerando el estupor.

—Voy a quedar hecho una persiana. Marcia querida, ¿por qué una bufanda ahora que termina el invierno?

—¿En qué mes estamos?

—Me estás cargando. Empezamos septiembre. Por qué no me regalás una camisa de seda, una camisa de seda italiana color salmón. Es el toque de un gigoló que se

precie. Toda la vida quise ser un gigoló.

—Me gustás más así. Además, no te animaste.

—Marcia adorada, por qué siempre me pinchás el globo antes de que se me ponga turgente.

—Qué palabra: turgente.

—Qué tiene. Los senos turgentes, los glúteos turgentes, es lindo, interesante.

—Los senos de goma... —Marcia cerró la boca. El muchacho de los senos de goma, casi sonrío. Aquel chico, Cris, había sido entonces, tal vez, una buena idea. Abrió y allí estaba, veinticuatro años, dijo, pero no era así. ¿Cómo fue eso? Lo dejó pasar; de golpe, en el parque, en el cuarto de huéspedes. Había huecos, blancos. Fue para el año de Andrés, el 31 de julio y ahora empezaba septiembre, como había dicho Tomás. Había estado tomando demasiadas pastillas para dormir. Una cuña en la superficie, el chico; y el ritmo había cambiado, de eso estaba segura, había impuesto un compás diferente al ritmo de los días, a la imagen de Andrés sumergiéndose. ¿Aceptar ese cambio era el principio del olvido, lo que ella más temía, era eso a lo que se negaba y que ahora por primera vez dejaba que asomara en la superficie? No, no era así. No habría cambio, no lo creía posible porque no lo quería. Trató de distraerse, de recordar los rasgos del chico pero se le escapaban, retenía la actitud avergonzada, los gestos tan jóvenes. Miró el parqucito: la puerta de la pieza estaba cerrada; ni siquiera sabía si estaba en la casa. El muchacho de los senos de goma. Se le volvió a escapar una media sonrisa.

—¿Qué dijiste? —Tomás la miraba divertido, animándola.

—Nada —dijo Marcia.

—No, vos algo dijiste de unos senos y casi te reíste.

—Estás loco. No dije nada. Andá a la cocina, sé bueno, y traé más café y un jugo de naranja, ¿eh? Tomasito.

—Acordate de la camisa —indicó Tomás cuando se levantaba, señalándola con el índice.

Un momento después, volvía con la bandeja seguido de Penélope y Ulises.

—Dice el muchacho del fondo que vayas a ver cómo queda la valla. Te quiere hacer una pregunta.

Marcia fijó los ojos en la taza de café.

—Andá vos.

—No, vos.

—No, vos.

—No, vos, nena, es tu casa, es tu valla. Vamos, algún día tenés que volver al patio de atrás. —Con manos diligentes, Tomás servía el café y dejaba caer en cada taza un chorrito de leche.

Marcia se quedó callada. Hasta ellos llegaban apagados los ruidos de la calle y el martillar acompasado del fondo. Cerró los ojos. Una sierra cortó metal, seguramente bajo el sol. Unos segundos de silencio, con una lejana vibración. El gorjeo monótono

de los gorriones.

—¡Marcia!

—¡Qué! —sobresaltada, abrió los ojos.

—Te estabas durmiendo. ¿Para qué me hiciste traer el jugo de naranja? —corrió el vaso sobre la mesa—. Hagamos un viaje, dale.

—No, Tommy, no.

—Me salió en las cartas. La chica de la vez pasada, la chiquilina de la minifalda con el Tarot. Reíte pero lo hace muy bien, es viva. Muy sensual, gran sensualidad, tengo un radar para eso. El chico no, el chico es más tranquilo. Nunca comentamos lo de esa noche. ¡Y el otro!, qué cara de amargado. ¿Qué le pasaba a ese tipo?

—Esperá, Tomás —Marcia echó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sillón. No quería acordarse de aquella noche ni de aquel día. Cerró otra vez los ojos.

—Vayamos a Brasil, tenés que salir, tenés que volver a salir.

Ella negó con la cabeza. En el silencio volvió a escucharse el martilleo llegando desde el fondo: bam, bam, bam. Marcia lo miró a través de los párpados entrecerrados. Tomás estaba serio; Penélope se le había subido a las rodillas y los dedos de uñas comidas le rascaban suavemente la cabeza. Gastó toda la chispa que tenía, ya no le quedan más recursos y ahora está triste, pensó la señora Vidot. Pobre Tommy. En ese momento él la miró.

—Che, tenés que ir a ver la valla, cuántas veces te lo tengo que decir.

Dejó la gata en el suelo, se levantó del sillón y le tiraba de la mano, obligándola a pararse.

—Vení, vamos, vas a ver qué lindo morochito —Marcia le lanzó una mirada de advertencia—. Está bien, está bien, era un comentario, nada más. Hay que joderse, como decía mi finado abuelo. Hay que joderse... —Le hacía cosquillas en la cintura mientras la empujaba por el camino de adoquines entre el pasto. Marcia terminó riéndose.

CON la cabeza pesada y la lengua hecha un trapo, Cris se deslizó furtivo de su pieza hasta el zaguán. Trató de evitar un encuentro con la señora Vidot o con Elton, o con los dos. No tenía ganas de verlos. Se había despertado a las tres y media de la tarde gracias a los martillazos del obrero que trabajaba en el fondo y no iba a poder explicar por qué no había salido con la valija a la mañana, como casi todos los días desde que vivía en esa casa sin pagar alquiler. Se pasó la mano abierta por la cabeza para acomodarse el pelo. Nadie le preguntaba nada, de todos modos. La resaca era descomunal. La noche anterior, festejando su triunfo sobre Margosián (aunque no había dicho nada, ni una palabra, en secreto él festejaba precisamente eso), había corrido demasiada cerveza y, no sabía bien cómo, bastante de tequila. A las siete y media salieron del boliche y Melisa y Mariano se habían vuelto a Warnes. Entró en la galería vidriada. De refilón, Cris vio a Marcia y a Elton en el living, hablando, ajenos a todo. Se deslizó hasta la puerta de calle y salió.

Cris no podía pensar en nada, ni siquiera en lo más inmediato como adónde ir a tomar un café con leche. La idea le produjo un principio violento de náusea que apenas alcanzó a contener. Caminó con cautela; no terminaba de despertarse ni de acomodarse. Ni siquiera había levantado el walkman. Un poco de sol opaco traspasaba las nubes grises y bajas. En sus condiciones, un buen programa sería sentarse en un banco hasta ver qué hacer. Dio un rodeo para salir al parque desde un ángulo diferente. Cruzó la bocacalle de la cortada donde vivía don Román. Don Román tampoco tenía familia, su única hija se había ido a vivir a España. Por qué había pensado que *tampoco* si él tenía a su madre y posiblemente un abuelo. Se quedó en la esquina recibiendo la luz débil del sol que brilló un momento y lo envolvió para desaparecer enseguida; el aire volvió a ser frío. Un dejo agrio de cerveza subía y bajaba en el fondo de su garganta. Lo estremeció una arcada. Respiró hondo. A mitad de cuadra, en la vereda de don Román, se llevaba a cabo una actividad que le llamó la atención. Sin saber bien por qué, Cris enfiló hacia el grupito de personas que hablaban en voz baja y con caras serias al lado de la puerta. Un hombre de traje negro salió de la casa con una corona de flores en cada mano y las acomodó en la vereda, contra la pared de la casa. «Tus amigos», «Club de Jubilados Centenario», decían las cintas blancas y doradas sobre las flores marchitas. En el pasillo de entrada se había juntado más gente. Despierto del todo, guiado por una alarma difusa, Cris se abrió paso entre el grupo que se volvía cada vez más compacto a medida que avanzaba hacia dentro de la casa, como un angosto río de gente. Una mujer, apoyada contra la pared, apretaba un pañuelo arrugado sobre la boca. Desembocó en una especie de hall. Por arriba de las cabezas, Cris vio las puertas de par en par de otra habitación y en la habitación vio un cajón de muerto. Un crucifijo plateado brillaba con la luz de los candelabros gigantes; en vez de velas, los

candelabros terminaban en unos foquitos flacos de una luz fluorescente que le pareció horrible. Alrededor del borde del cajón sobresalía un género blanco con puntillas. El corazón se le disparó con un golpe de pánico y empezó a retroceder. El espasmo del estómago se repitió, esta vez más intenso, y Cris debió correr, desandar el pasillo lleno de gente a los empujones, hasta la puerta. Llegó apenas a tiempo para largar un agua agria de la boca al lado del árbol. Después de unos minutos se le serenó la respiración y volvió a entrar. Detrás de él le preguntaron en voz baja: ¿Vas a pasar?, pero Cris no se daba cuenta de que le hablaban y se quedó en el lugar, un poco rígido, sin hacer nada. ¿Vas a pasar?, si no, correte, dijo detrás de su nuca una voz impaciente. Cris se hizo a un lado. Fue derivando hasta una pared, y ahí se apoyó junto a la mujer del pañuelo en la boca que lo escudriñó con unos ojitos de párpados enrojecidos. Los que entraron después que él fueron enfilando para la otra pieza, a reunirse alrededor del muerto. En un ratito lo sacan, le cuchicheó la mujer, qué cosa, tan de repente. Pegado a la pared, Cris sintió frío y cruzó los brazos. ¿No lo vas a ir a ver?, decía la mujer: Andá, no te va a impresionar, parece dormido. Cris le dio la espalda y trató de avanzar hacia el fondo de lo que era ese comedor o living del que se habían sacado los muebles. No era que hubiese tanta gente sino que el lugar era chico. Sentía las piernas flojas. De golpe se puso a llorar. Apoyó la frente contra la pared para que no lo vieran. Unas mujeres empezaron a rezar una oración interminable en la pieza donde estaba el cajón. Unas voces recitaban la primera parte y otras les contestaban, como un zumbido persistente que sobrevolaba todos los cuchicheos y el rumor del arrastre de pies. En media hora lo llevan, más o menos, le confirmó un hombre de negro a una mujer más joven de ojos hinchados. A la mujer se le torció la cara en una mueca que a Cris le dio risa, pero el efecto fue el contrario porque él también había vuelto a llorar y ahora no podía contenerse. El banco del parque, la tarde del museo le dieron vueltas en la cabeza. Ni loco iba a ver a don Román en un cajón de muerto. Se secó la cara con el dorso de la manga. Al lado de él había venido a parar una chica más o menos de su edad, un poco más chica, de pelo largo lacio y negro, con flequillo y una campera de jean ajustada sobre una remerita que apenas podía contener dos pechos grandes, sueltos. No lleva corpiño, pensó automáticamente Cris. La chica tenía la boca húmeda, dos dientes de conejo y un cuello tierno, como de nena. Cris no pudo reprimir un sollozo quebrado y ocultó la cara otra vez contra la pared. Se estaba portando como un imbécil, era la resaca. ¿Lo conocías? Preguntó la chica con voz dulce, lo que produjo en Cris una pena tremenda. Dijo que sí con la cabeza. La chica le pasó un brazo por los hombros y le bajó el cierre de la campera. Bueno, calmate, te falta el aire. Se escucharon unos gritos ahogados y dos mujeres, la de los ojos hinchados y otra que acababa de llegar, lloraron abrazadas, sin pudor ni miramientos. Cris se escandalizó, sintió un golpe de alarma, ¿adónde iba a parar todo aquello? No podía ser, ¿cuándo había pasado? Anoche, le dijo la chica mientras lo arrastraba hacia el fondo de un pasillo donde se veía una puerta cerrada. Pero si yo lo vi hace dos días y estaba bien, no le pasaba

nada, porfió Cris. Fue repentino, me dijo mi abuela. Vos no te sentís bien, vamos para atrás, yo conozco la casa de memoria. Cris se dejó arrastrar, le daba lo mismo. Una tristeza como nunca había sentido le pesaba, una tristeza en la que se mezclaba todo lo que le venía pasando. Era un vendedor fracasado, don Román había tenido razón, esas porquerías no servían para nada. Le dolió la garganta en el esfuerzo por controlarse, pero volvió a llorar aprovechando que la chica lo guiaba; de paso, pudo mirarle los vaqueros ajustados. Ella abrió decidida la puerta. En el cuartito en el que entraron, sobre la única cama, se amontonaban los sacos y abrigos de la gente que estaba desde la mañana, o que tal vez había pasado toda la noche velando al muerto. Cris se negaba a creer quién era el que estaba en el cajón, le era imposible o se negaba a imaginar la cara. Nunca había visto un muerto en toda su vida y ahora tampoco lo quería ver. La piecita tenía una ventana con las hojas abiertas; la persiana baja dejaba pasar unas rayas de luz difusa. Cris se sentó en el suelo, la espalda contra el borde de la cama; la chica hizo lo mismo. No quiero ver un muerto, dijo ella, me da miedo, después sueño. Quedaron callados. Al otro lado de la puerta que la chica había cerrado, las mujeres dejaron de llorar y resurgieron los rezos en un compás monótono. Siempre rezan antes de que cierren el cajón. Cómo sabés, dijo Cris por decir algo. Porque estuve en todo el velorio de mi abuelo; él era amigo de mi abuelo, con la barbilla señaló para atrás, para donde, pared por medio, estaba más o menos el cajón. Cris bajó la cabeza, le volvía una congoja irreprimible: ni siquiera había buenas coronas, eran dos coronas de porquería, las más baratas, seguro. Le dio vergüenza delante de la chica y trató de disimular la emoción tosiendo. No importa, dijo ella en la penumbra, llorá, hace bien. Cris giró la cabeza y sus caras casi se tocaron. Sintió un olor dulce y suave a chicle. No estoy llorando. En serio, insistió ella, llorá, hace bien. A los varones no los dejan llorar y después se les hacen traumas y algunos le pegan a la mujer. La chica se acurrucó contra su cuerpo. Sos el único chico, siguió ella, acá son todos viejos, me da miedo. ¿Vos lo conocías? Sí, mucho, dijo Cris y volvió a bajar la cabeza. ¿Lo conocías? ¿Y cómo no te vi antes, sos de acá? No, hace poco que vivo acá; lo veía siempre en el parque. La chica lo tranquilizaba, se empezaba a sentir mejor. Debía ser por la presión del pecho de ella contra su brazo, un contacto cálido, que venía sintiendo desde hacía un rato. ¿Cómo te llamás? Faustina, susurró ella, ¿y vos? En el momento en que Cris contestó Cris, un grito traspasó la puerta seguido por un tumulto sofocado de pasos que corrían. Nunca estuve antes en un velorio, dijo Cris inquieto. La pieza se oscureció y creció el sonido de la lluvia. Un chaparrón. Se callaron. Cris se puso nervioso; era consciente, cada vez más consciente, de la respiración de la chica al lado de su oreja. Detrás de la persiana, sonó una voz de mujer: Traé un poco de colonia, apurate. ¿Qué pasó?, preguntó otra voz alarmada. Es para la China, gritó en sordina la primera. Otra corrida, otras voces apagadas. La pieza y el espacio detrás de la cama resultaban un refugio cálido, seguro, sintió Cris, cerca y a la vez lejos de todo; casi en la oscuridad, ocultos por la pila de sacos y abrigos, se sintió comfortable, protegido, si no fuera

por... Con voz finita la chica graznó: *Para la China* y no pudo seguir porque la risa le ahogó la voz. ¿Eh...?, dijo Cris sorprendido. *La china, la china*, seguía repitiendo la chica. Se rieron, la chica tapándose la boca. *Dónde anda el gaucho*, susurró Cris con voz impostada, grave. El resoplido de ella lo contagió de una manera descontrolada. Faustina había agarrado la manga colgante de un sobretodo y se tapaba la boca. Pará, pará, la calmó Cris, temiendo que alguien entrara. Otra voz de mujer, alta, apremiante, preguntó detrás de la persiana: Amelia está descompuesta, el baño está ocupado; ¿la llevo a lo de Trejo? Cris tragó aire. A ver si no llega, susurró en la oreja de la chica. Se doblaron sobre las rodillas. Cris sintió el jadeo y los estremecimientos de ella en su cuerpo; cuando la chica levantó la cara, los ojos le brillaban en medio de una franja de claridad. El efecto le gustó a Cris. La cara de ella se acercó más y Faustina apoyó la boca en el costado de su boca; Cris respondió en el acto, como si hubiera estado esperando esa señal. Sus manos buscaron debajo de la remera; la piel desnuda y cálida de la chica le nubló la cabeza. Se besaron desordenadamente; con las zapatillas resbalándole en el piso, Cris se dio vuelta y le recorrió el cuerpo con avidez, ella le tiraba del pelo y había empezado a resbalar hacia abajo llevada por el peso de Cris que seguía su impulso con una seguridad ciega. La chica decía: Cris, Cris, con la respiración entrecortada, él la siguió besando contra el piso, la cabeza de ella golpeó en la pata de la cama; Cris le metió la mano entre el pelo para protegerla y en el mismo movimiento se subió sobre ella, sintió el cuerpo frágil de la chica bajo el suyo y la urgencia de tenerla le borró la noción de dónde estaba; trató de bajarle el cierre del vaquero, la chica forcejeó débilmente; cuando Cris le había levantado la remera hasta el cuello y metía la mano debajo del pantalón, la puerta se abrió con un golpe seco y entraron dos mujeres; revolvieron entre los sacos. No encuentro mi cartera, dijo una voz, y encima llueve. Qué desgracia. Yo voy en el auto de Pepe, contestó la otra. Faustina se tapó la boca con la mano pero no se reía, tenía los ojos redondos; respiraron agitados, Cris escondió la cara en el cuello de ella. Las mujeres salieron y se cerró la puerta. Antes de salir, una dijo: Ya lo llevan. Cris buscó otra vez la boca de la chica pero, rápida, ella se escurrió debajo de su cuerpo y se sentó enrollada, abrazándose las rodillas, la cara oculta por el pelo. Sin mirarlo, se acomodó la remera y abotonó la campera de jean. Cris le acarició el cuello. Las palabras *ya lo llevan* le habían caído como un balde de agua helada, lo habían enfriado por completo. Una nueva mujer entró y revolvió sobre la cama hasta encontrar lo que buscaba. Salió. A la excitación violenta había seguido una lasitud que le impedía cualquier movimiento, Cris sólo podía repetirse *ya lo llevan*. Faustina parecía triste o avergonzada. Cris le pasó la mano por el pelo. ¿Dónde vivís?, preguntó. Dos casas más allá, para el lado del parque no, para el otro, contestó ella. Van a venir a buscar más sacos, dijo Cris, pero no se movió. Vamos, dijo ella. Salieron. Del otro lado, la gente hablaba más animada como si el hecho de tener que salir para el cementerio acelerara al fin algo que ya todos deseaban: que terminara el acto de una vez, que se movieran un poco las cosas, que se acomodaran

los muebles de la casa y que todo volviera a la normalidad. Los descompuestos estaban bien, los deudos concertaban cómo se iban a acomodar en los pocos autos que había, y la mujer del pañuelo abollado juntaba las tacitas de café sobre una bandeja. Una mujer de tapado azul abrochado y cartera lista vino directo hacia ellos. Con voz enojada le habló a Faustina, ¿Dónde te habías metido? Hace una hora que te estoy buscando, ¿no ves que tengo que acompañar a Amelia? Andá para casa a quedarte con Rosarito. Faustina no dijo nada pero caminó detrás de la mujer. Se despidió de Cris con una sonrisa. Sin que la madre lo notara, él le sacó una pelusa bastante grande que le había quedado en el pelo. Un día de éstos paso a buscarte, iba a decir Cris, pero no lo hizo porque, después del ajeteo, la congoja que había sentido al principio se le iba transformando en una apatía general. Esperó que la gente terminara de salir sin saber muy bien qué hacer, envuelto en la inercia de los cuerpos que se movían a su alrededor. Si no vas al cementerio por qué no salís por el garaje, le dijo un hombre como diciendo: no estorbes. Cris no tenía idea por dónde se iba al garaje. Circuló por el pasillo eludiendo la pieza donde había estado el cajón y que ahora, porque no pudo impedir echarle una ojeada, se veía desmantelada, con pétalos blancos machucados en el piso, puchos de cigarrillos y bollos de pañuelos de papel; en un rincón, una cinta de seda dorada y blanca formaba una gran ele. Cris sintió el impulso de llevársela como recuerdo y de inmediato la idea le causó repulsión. Dio la vuelta y ya entendió cómo salir. Afuera había parado de llover. En el garaje, que no era un garaje sino un lugar lleno de muebles y trastos viejos, habían quedado las dos o tres personas que no iban al cementerio y no tenían apuro por volver a sus ocupaciones. En una silla contra la puerta de chapa estaba sentado don Román, con el saco y la bufanda enroscada bajo las solapas, pero sin la gorra. Cris se quedó envarado. Cuando el viejo lo vio, tuvo una expresión de sorpresa que duró un segundo, después sonrió y se levantó de la silla. Se acercó.

—¡Eh!, ¿qué hacés vos por acá? —Resoplaba y hundía y sacaba la boca; los pómulos rosados. Lo agarró de la manga—. Vení, estás pálido, vamos a la vereda a tomar un poco de aire. Es el olor de estas flores de porquería.

Afuera las nubes encapotaban la ciudad bajo un color violeta profundo. En una zona baja, más allá del parque, una grieta larga como el horizonte dejaba pasar una luminosidad esplendente. Dos mujeres y un hombre se apuraban a subir a un auto. En la vereda quedaban los restos dispersos de las coronas deshojadas. Don Román había sacado la gorra del bolsillo y se la encasquetaba con gesto preciso.

—Pobre viejo —comentó—. Fue de repente, pero es lo mejor. Qué se le va a hacer.

Cris respiró hondo, seguía con la mirada fija en la gran grieta rosa y naranja.

—Yo les haría donar la plata de las flores para los huérfanos —siguió don Román; cambió a un tono jovial—: ¡Qué sorpresa me diste!

Caminaron de acuerdo y en silencio para el lado del parque. Antes de ocultarse, el sol filtraba rayos imponentes por la gran raja del cielo y pulverizaba oro sobre la

parte alta de las copas de los plátanos. Cris sintió hambre. Se le había ido la náusea. Faustina, canturreó para dentro. La chica había estado a punto de entregársele sin resistencia, y qué par tenía, ésas sí que no eran de poliuretano. ¿Qué les pasaba a las mujeres? Melisa, la señora Vidot, Faustina, consideró exaltado y un poco irónico, parecía que su poder sobre las mujeres había aumentado de una manera fenomenal. Hay que ponerle un poco de método, se dijo: Con las mujeres, a lo que se presente. O mejor, corrigió, correrlas para el lado que disparan. Lo anotó en el cuaderno de su filosofía personal. Si alguna vez alguien le preguntaba qué opinaba de las mujeres, iba a contestar: A las mujeres hay que correrlas para el lado que disparan. ¡Huija, caracho! Cris pegó un salto y alcanzó a tocar con la punta de los dedos una rama que cruzaba la vereda y que venía viendo bastante alta. Don Román lo agarró del brazo. Le hizo un gesto señalándole el fondo del cielo: la grieta naranja chocaba con una zona de turbulencia color pizarra y un arco iris empezaba a levantarse muy lejos, sobre los árboles, resaltando nítido contra el fondo violeta. La revolución del cielo era algo increíble.

—Lindo, ¿no? —dijo don Román con orgullo en la voz, como si el arco iris fuera un artilugio del parque, de su barrio.

Cris asintió, pero estaba pensando en otra cosa.

De vuelta en su pieza, Cris no tuvo ganas de hacer nada. Entre la resaca de la noche anterior y las emociones del velorio había quedado demolido. Se tiró en la cama. La verdad era que iba perdiendo empuje, iba perdiendo las ganas de vender las pavadas de Taiwán, como le había comentado a don Román en el parque. Lo sostenía el orgullo de querer devolverle la plata al armenio, de no deberle nada. Por un momento consideró no aparecer más por el negocio, pero enseguida desechó la idea. Le iba a pagar y a cerrar esa historia, iba a actuar con método. El tema no es el armenio, susurró Renato en su cabeza y tenía razón: se sentía desanimado y a la vez inquieto, como si persiguiera un impulso ciego. Terminar el colegio por ahora era imposible. El profesor Mentasti estaba en otra cosa, no sabía en qué, pero era evidente que había perdido interés, no era el mismo de cuando él había ido a verlo al departamento. Parecía estar metido en algún problema, lejos del colegio y de la clase previa y del curso de filosofía; muy lejos de los consejos que le había dado y de querer saber qué iba a hacer él con su vida cuando terminara el secundario. Ni siquiera había intentado conversar un rato la noche de la reunión, la noche de la gata muerta, la noche del día en que él se había acostado con la señora Vidot. Le habría podido contar muchas cosas, de la cara del armenio cuando él le dijo la filosofía no se compra ni se vende, del museo, de don Román, le habría gustado hacerlo. Pero no le guardaba rencor. Si había alguien a quien Cris nunca iba a reprocharle nada era al profesor Mentasti. Hacer como Renato, ver claro, cosa por cosa, paso a paso. La única cosa clara, lo único que por ahora lo tranquilizaba, era que tenía reunido más de la mitad del anticipo del armenio, aparte de lo que había ahorrado para él. Le había ido bien con la máquina de coser, cosa en la que el armenio ni se había fijado. Se

levantó y fue al placard. Buscó la libreta, volvió a la cama y se sentó. Veinte veces la había contado y volvió a hacerlo: aparte de los treinta pesos para Margosián, tenía noventa y ocho pesos. Si la señora Vidot no le cobraba, eran todos suyos. Cris bostezó.

Cuando se despertó, la cabeza le daba vueltas. Me podría comer un lechón, murmuró. Tenía hambre, ahora sí que tenía un hambre terrible. Eran las diez de la noche pasadas y no había comido en todo el día. Retiró cinco pesos de los noventa y ocho, levantó el walkman y salió.

SALIÓ sin rumbo, con idea de perderse. Aunque perderse era una manera de decir, se resignó Mentasti, que buscaba hacía mucho el sobresalto (con un punto parecido al regocijo) de una esquina sin señales previsibles, completamente nueva. Miró la noche honda y dejó que el cuerpo se le fuera solo, a su libre albedrío, como al azar de una ciudad desconocida. Ya unas cuadras hechas, se dijo que era ingenuo, que observado desde afuera debía ser un tipo que daba lástima: sus grandes elucubraciones (todas mayúsculas) convivían con una falta total de lo que habitualmente se denominaba sentido común. Y sin embargo él había creído poseerlo, a tal punto que juzgaba que los demás vivían equivocados, que él tenía la clave de una forma de vivir más rica y profunda, con una visión ejercitada en ir más allá de la superficie de los hechos. Había descubierto que no tenía nada que decirle a nadie. No supo qué hacer con este descubrimiento. Era como verse del revés, verse de atrás y notar una particularidad que había llevado toda la vida a costas sin saberlo, inadvertidamente. Revelación que pertenecía al tembladeral de su viaje a Bolivia. El tembladeral había ocasionado desajustes varios. ¿Ejemplo? Su único intento de ser sociable, unos diez días atrás, resultó una calamidad. Cris, su alumno, el chico al que había prometido un curso sobre W., el mejor, lejos, de una escuela desmantelada que no tenía ganas de recordar, y su noviecita, la protovampiresa infantil. Y la mujer desequilibrada, la dueña de casa... Y el tipo, Tomás... alguien sin duda con cierta calidez. Con fastidio los borró de su mente. Tomó aire, miró alrededor y se dejó invadir por la quietud de la noche crecida. Decidió que en las próximas cuadras iba a ser positivo. Se constituía por derecho propio en un nuevo *flâneur*, del tipo descubierto por Sarmiento en París, que develó a la vez el verbo y su acción: caminar a lo lelo por la ciudad, *ando lelo*, así había escrito el gran sanjuanino, *pareceme que no voy sino que me dejo ir*. Agarró para el sur. De Santiago a París (el gran sanjuanino) y antes, de un pueblito ignoto de provincia a Santiago. También él pertenecía a la larga fila de los pueblerinos que habían llegado a la gran ciudad. Si pensaba en los extremos de su autobiografía, devanaba Mentasti, primero emergía, quieto en la llanura, un pueblo; no el pueblo real y concreto de su infancia sino, digamos, un prototipo. Un pueblo con un cierto número de habitantes, un pueblo con entidad y cuerpo suficientes como para sostener una tradición en la que se engarzaran hábitos, costumbres y leyendas. En el otro extremo se alzaba Buenos Aires. En el pueblo hipotético, las cosas, los sucesos eran más sustanciales y a la vez menos definitivos que en la ciudad, donde los hechos parecían contagiarse de un vértigo corrosivo. Ejemplo, se exigió: ejemplo, la muerte; en el pueblo la muerte conservaba todavía su espacio, su ceremonia, su denso transcurrir de luto conversado (desde un recóndito lugar de su memoria, saltó el pueblo de sus abuelos en su primera infancia, la muerte, y los caballos negros con penachos negros: las llamadas «pompas fúnebres»). Alguien había dicho: Si fuera un

chico, los caballos y las plumas serían blancos: primera sorpresa de la vida: los niños también se morían). Muy bien, continuó, se alentó Mentasti, complacido como un arqueólogo que acaba de recuperar una pieza valiosa del rompecabezas general. En la ciudad, en cambio, a la muerte se la despachaba rápido, no se anclaba en rumores y clamores; burocrática, empezaba y terminaba envasada entre cuatro paredes desconocidas, espantosamente definitiva con su raíz al aire sin anudarse a nada, a ningún ciclo, a ningún ciprés, a ninguna genealogía. A su vez, en el ámbito del pueblo, los objetos, el mundo concreto pegado a lo cotidiano, las relaciones de amistad y de parentesco por todos conocidas, ejercían una gravitación, una fuerza centrípeta generadora del anticuerpo del localismo, defensa instintiva ante todo lo extraño o venido de afuera. Desconfianza heredada, era la savia local, la sustancia que ligaba el pueblo a un tiempo más largo, un tiempo medido por la cadena de las generaciones cumplidoras del mandato de perseverar en su ser. El pueblo era temporal y se daba en la sucesión, la ciudad era espacial y se daba en la simultaneidad. El pueblo era la oralidad, la ciudad era la escritura. Las tipologías humanas, tan nítidas en el pueblo, se perdían en la ciudad, donde la multitud las desdibuja y el anonimato las borra, dando lugar a algo inquietante: cualquiera podía ser cualquier cosa o adquirir cualquier aspecto; en este sentido la ciudad era, a veces, cómica o siniestramente carnavalesca. En el pueblo existió, existe se advirtió Mentasti, la genealogía; el individuo vive sostenido por las redes de parentesco que lo ligan al pasado y lo proyectan al futuro: alguien es siempre hermano, hijo o padre de. En la ciudad nada sostenía; uno era uno y solo en el vacío. ¿Ejemplo? Él mismo: la ciudad, un ponto oscuro y traicionero donde él boyaba sin poder hacer pie en ninguna parte. Ni siquiera en la certeza parcial de algunas de sus previsibles divagaciones. ¿Y el tiempo? Por su parte, el tiempo, elucubró Mentasti, confortablemente calzado en sus viejas zapatillas y arrebujado en su bufanda negra, el tiempo se extendía en el pueblo desde cualquier punto del presente hacia el pasado cercano o remoto, y el pasado impregnaba el presente; en la ciudad, el tiempo estallaba repleto en el instante anónimo, librado a la lluvia ácida de los acontecimientos. Soy un prototipo, concluyó Mentasti. Algún día formaría parte de una casuística, sería un ejemplo de los efectos de la transición de un mundo que se acababa, el mudo que habíamos conocido y que transmutaba, con impiadosa ferocidad, a lo que ahora era y sería después. Cosa de la que nadie, por otra parte, tenía la más mínima idea. Desde el futuro, Mentasti se vio caminar: las zapatillas silenciosas sobre la vereda, las manos en los bolsillos del pantalón, como si cruzara un puente. ¿Había ganado la ciudad sobre el campo? No, no había ganado. En todo caso, había sido una victoria artera, defectuosa. Lo conseguido no era el sueño de nadie. La ciudad había surgido por miedo a la barbarie; cómo negar que ahora ella misma engendraba su propia barbarie.

Como si diera un salto, Mentasti se volvió otra vez al afuera, al aire frío, a la noche desierta. Día de semana. Ni un alma en la calle. Venía por la avenida Independencia. Se cansó de andar en línea recta y dobló a la derecha, hacia el sur, por

lo que le pareció era la calle Catamarca, o podía ser también Rincón. O todavía más allá. Venía distraído y no pudo darse cuenta de cuándo había cruzado Jujuy. *Ando lelo*. En contraste con las luces de la avenida, la calle y sus árboles le parecieron más familiares y recónditos. Ninguna ventana mostraba luz, ni siquiera una mínima rendija por la cual se filtrara alguna claridad, prueba de alguien despierto; barrio de trabajadores. Un auto ruinoso daba la impresión de estar junto al cordón de la vereda desde siempre, hundido en el empedrado de la calle. Amparado por él, un pastito corto y conmovedor se había animado a rodearlo, brotando entre los adoquines. A su espalda, un zumbido creciente le indicó un auto o colectivo que seguía la onda de semáforos en Independencia. El zumbido lo acompañó un momento y se apagó con un ulular en la distancia. Caminó lentamente, familiarizándose con la calle, cada vez más suya. Allí había follaje y los árboles dejaban pasar la luz espaciada de los focos en una filigrana de sombra. Todos dormían. Podía sentir sobre él el sueño de los otros. Un ladrido a su paso, como en las casas de los pueblos. Los barrios se parecían a los pueblos. Cruzó San Juan como si vadeara un río manso y diurno y volvió a internarse en el túnel sombrío de la calle. Al fondo, a menos de cien metros, distinguió el puente transversal de la autopista. Desde donde estaba le pareció extremadamente bajo, pero era una distorsión provocada por los árboles que cerraban la perspectiva. A medida que se acercaba, el perfil se iba alzando; en realidad, la autopista estaba a unos cuantos metros sobre el nivel de la calle. Una repentina racha de viento levantó una hoja de diario que giró interminablemente sobre sí misma y volvió a posarse en la vereda con lentitud onírica. Se hizo un silencio profundo, uno de esos silencios inesperados que se producen a veces, de noche en la ciudad, silencio que tuvo el poder de abolir hasta el sonido leve de sus pasos, hasta el de su respiración, como si, sedosamente, los tragara. Mentasti se detuvo. Un fragmento de tiempo vacío se desplegó sobre la calle desierta dando la momentánea ilusión de que el tumulto y la fiebre de vida de la ciudad, su incesante rumor, se hubieran acallado, como si la ciudad se retirara lejos con sus perfiles, sus cementerios y sus cavanaghs, a gran distancia de la encrucijada en la que él se hallaba; como si el movimiento incesante de personas, máquinas, artefactos, ascensores, rotativas, generadores, teléfonos hubiera quedado bruscamente inmóvil, mudo. Una cuña de nada clavada de golpe, a las dos y veinte de la madrugada en el barrio de Balvanera, unos metros antes de cruzar bajo la autopista. Mentasti miró el cielo nocturno. *Serena, la eternidad espera en la encrucijada de estrellas*, recitó, arrastrado por el eco de una palabra anterior. Eran pocas las estrellas; entre las ramas desnudas y los escorzos negros de los edificios, apenas divisaba tres modestos puntos luminosos sin duda pertenecientes a una constelación menor. El patio de la casa de sus padres, en un pueblo de provincia (su pueblo y el de Manuel), una noche insomne de sus diecisiete años, la parra del fondo y, entre la parra, serena, la eternidad esperaba en la encrucijada de estrellas; qué bien se sentía, qué melancólico y triste y solo y con toda la vida por delante se sentía, qué inquieto y con hormigas en el culo se sentía aquella

noche de aquel día en que su profesor de secundaria les había leído el poema de Borges. Recomenzó la caminata. Por primera vez desde que había vuelto de su desangelado viaje, con cierto alivio en el corazón. Nada más lo colmaba el deseo de seguir hundiéndose en la noche, perdiéndose, si eso fuera posible, en el laberinto, si fuera posible, hasta el amanecer.

Llegó bajo el bloque elevado de hormigón, sostenido por enormes columnas. Arriba, a derecha e izquierda, la curva larga de la autopista imponía una monumentalidad oscura, de cierta gracia gótica. Debajo del hormigón intempestivamente sonoro de caucho (volvía ahora todo a rodar, volvía lejano el rugir apagado) una luz mortecina colgando sobre una puerta de alambre tejido le daba al lugar un aire artificial, escenográfico o, Mentasti lo pensó mejor, de escenario abandonado. Miró enfrente. Lo que había creído antes de entrar un montón de cajas o desechos eran ahora, bajo la luz mezquina pero suficiente, lo que le parecieron unos colchones superpuestos y sobre ellos un bulto amorfo de frazadas o trapos. Una cabeza rapada emerge de entre las mantas y otea a un lado y a otro; enseguida, otra cabeza, esta vez con una mata de pelo revuelto. Las cabezas lo miran, ciegas, porque el foquito de la luz de la entrada a lo que le parece una cancha de *paddle* está a su espalda, es decir que su cara no debe ser visible desde enfrente, desde donde lo miran. La calle allí es angosta o parece más angosta por la opresión que ejerce la curva de cemento. Salta una de las siluetas, sale del amasijo de trapos, cruza corriendo y ya está junto a él:

—Algo para comer, don.

El rapado es un chico descalzo, de unos siete años, muy flaco, de sonrisa radiante; pero ya del bulto amorfo ha surgido otro cuerpo, el de la mata desmelenada, sin proporción con la figura menuda y grácil, de vaqueros colgantes y remera ajustada: una chica de unos once o doce años, tal vez la hermana, deduce inmóvil Mentasti, viéndola acercarse; abajo queda alguien o varios, indiscernibles en la sombra. Junto a él, el chico parece que nunca ha estado dormido en toda su vida, por el contrario hace un movimiento pendular con los brazos y palmea las manos atrás y adelante del cuerpo. Rapado, con una costra de lastimadura al costado de la ceja y con una descosida camiseta de San Lorenzo que le llega a las rodillas, tiene un ineludible aire de hospicio, algo tan convencional que el propio Mentasti duda de la existencia del chico y por un momento infinitesimal cree que es presa de una alucinación provocada tal vez por el reciente hueco de silencio o por lo escenográfico de la bóveda de hormigón, iluminada por la lamparita de la calle y por el otro foco colgante que se balancea y que alumbró malamente la entrada de lo que ahora, certifica, es una cancha de *paddle*. La chica deshace la ilusión de Mentasti, llega hasta ellos un tanto vacilante o dormida pero decidida y real, y queda por un momento de perfil a la luz; los ojos le blanquean en un destello tan joven que Mentasti se conmueve como frente a una inesperada iluminación.

—Me da un cigarrillo, don —no pide, exige la chica con voz ronca.

Mentasti piensa que podría rodearle el tórax con las manos y tocarse los dedos por detrás. La remera ajustada marca la inocente elevación de los futuros pechos (apenas dos graciosos acentos circunflejos), pero donde ya está grabada a fuego (Mentasti se distrae con esto) la señal ineluctable de su destino. De la mano extendida en el pedido de cigarrillos cuelgan unos veinte centímetros de venda sucia, que le cubre la base del pulgar hinchado. Con la llegada de la chica, como un actor que ya ha hecho su parte, el chico sale de escena; ha retrocedido y se apoya ahora contra la pared de ladrillos al lado de la entrada de la cancha de *paddle* que Mentasti alcanza a percibir, más allá de la puerta de alambre tejido, como un lugar abandonado. Con las manos detrás de la espalda, pega y despega la cabeza de la pared, moviendo el cuello delgado y mugriento, sin declinar la sonrisa radiante. La desolación del chico, que tiembla de una manera evidente, incluso en la semioscuridad, golpea a Mentasti que mira alrededor buscando ayuda. Va a responder a la chica cuando alguien grita algo desde el colchón, pero la inflexión gimiente de la voz impide entender las palabras. Náufragos en una balsa de colchones encallada contra el pilar de la autopista; el chico, estremecido de frío, remando suavemente... Un aletear junto a su cara lo saca de la distracción: la chica agita la mano de la que ondea el pedazo de venda como si le quemara y la mete bajo la axila del otro brazo, apretándola contra el cuerpo. Todo ha pasado en segundos y recién ahora Mentasti, por decir algo, por impulso, o no sabe bien por qué, abre la boca:

—¿Qué te pasó en la mano?

La chica se mira el dedo y la venda: «Un puntazo de un chabón, en Constitución. Dele, ¿me da un cigarrillo, senior?», vuelve a pedir la voz ronca. Mentasti se pregunta si debe darle cigarrillos a esa criatura cuando sus manos, por cuenta propia, buscan en el saco y le extienden lo que resta del atado junto con el encendedor, y por el mismo procedimiento, pero sólo con el propósito de que deje de temblar y vuelva bajo el amasijo de frazadas, es que Mentasti estira la mano no sabe si con diez o veinte pesos al gesto ávido del chico, cuya sonrisa es ahora más radiante que nunca; el chico escamotea la plata al manotón de su hermana y corre y se sumerge en el agujero negro del túmulo de trapos. La chica desaparece detrás de él. Mentasti, otra vez solo, no encuentra el modo de reaccionar ni sabe cómo procesar el acto que ha presenciado como fuera del tiempo (se ve espectador de esos pequeños actores, algo de reminiscencias godotescas); se le antoja una escena que la ciudad ha preparado para sorprender al caminante desprevenido, en un recodo azaroso de las calles. Un poco mecánicamente, recupera la capacidad de movimiento y termina de atravesar la bóveda en la que baila la luz y sombra del foquito colgante. No quiere ni girar ni mirar, no quiere darse vuelta pero lo hace: todo ha vuelto a un quietismo nocturno y glacial; allá está el sombrío túmulo, más oscuro que la oscuridad, salvo por la brasa mínima pero perfectamente visible del cigarrillo. Mentasti dobla con cierto alivio, buscando la calle transversal y, tarde, se da cuenta de que lo que creyó una bocacalle es un espacio abierto al costado de la autopista, una entrada a lo que quiere parecerse

a una plaza, en realidad un retazo de terreno de forma triangular, imposible, le parece ahora, de confundir con una bocacalle.

La conciencia de tiempo y lugar bajó sobre él en picada, como viniendo de las apenas visibles estrellas, dos en realidad, sobre el horizonte de la autopista. Serena, la eternidad esperaba. Respiró hondo y se aflojó. Había una opresión ahí, en el pecho, más bien en la garganta, yéndose de a poco. Estaba en una placita rotosa. Un triángulo de tierra desapareja hecha al azar de las lluvias y las pisadas, contra el alambre tejido (el lado más extenso del triángulo) que la separaba del basural en lenta pero segura formación entre las columnas de concreto. Los otros lados del triángulo los limitaban los muros altos de dos edificios, entre los que se había sacado de cuajo un tercero. Mentasti alcanzó a distinguir el positivo afantasmado de lo que habían sido cuartos, cocinas, el zigzag de una escalera. La luz mortecina que se volcaba desde las calles laterales le reveló un farol roto, dos arbolitos raquíuticos y estremecidos, latas de cerveza, hojas de diario y unos bancos sin respaldo. Más atrás, un tobogán torcido daba la dolorosa impresión de haber sido apaleado. Acostumbrados los ojos a la oscuridad, Mentasti descubrió algo cerca del vértice del triángulo, algo a ras de tierra, una pequeña protuberancia, una forma que empieza a descifrar: un perro echado de costado, puro cráneo, cuero y huesos; un perro muerto. Retrocede, se sube la solapa y se cruza el saco por delante porque el frío lo hace temblar y ha empezado a buscar la salida cuando, a contraluz de la otra calle, paralela a la que él ha entrado, ve algo que antes no había visto: en uno de los bancos una sombra. Mentasti se ha quedado mirando, detenido otra vez junto al alambre, sin poder precisar qué hacen, supone que son dos porque sería extraño (extraño y de temer) que una sombra sola hiciera esos movimientos lentos, como de lucha, esas formas, sí, son dos, una pareja, ¿se besaban, se montaban, se inyectaban?, uno o una a caballo del otro u otra realizaba contorsiones lentas en un abrazo incomprensible del que colgaba una pierna, un solitario pseudópodo desprendiéndose de los cuerpos hasta el suelo y cuya punta terminaba en forma de zapatilla. Igual a un Bacon pensó Mentasti, con el foquito de la calle de atrás pendiendo sobre sus cabezas. Los arbolitos raquíuticos temblaron otra vez bajo una ráfaga de frío. Deseaba irse pero no se movía; sobre su nuca el aire helado de la madrugada (engañosos primeros días de septiembre). El ruido creciente y decreciente de los autos en la autopista, con largos silencios intermedios, le daba una vaga y a la vez esperada medida del tiempo, una pauta. ¿Qué hora sería?, se preguntó Mentasti sin mirar el reloj, atribuyéndole a la hora una intencionalidad nebulosa, preguntándose al mismo tiempo por qué le importaban los sonidos chirriantes de las gomas sobre el concreto. Lo que lo rodeaba parecía contener un sentido oculto. Él también era una sombra amenazante en el triángulo oscuro de la plaza, un triángulo imperfecto, el ojo místico de la ciudad. Un clamor tan apasionado como misterioso subió desde un lugar que no le importó precisar y lo dobló sobre el pecho. Algo tenía que reventar, algo... El clamor se apagó y Mentasti volvió a ser tragado por la ominosa opresión de ese rincón de la

ciudad. Arriba, la eternidad esperaba, todavía; abajo, donde él estaba, había olor a resaca humana, a basura, a jeringas usadas, un lugar pensado para el esparcimiento de los niños sin recursos. «Dame todo lo que tenés, puto, o te reviento». El dolor del golpe en el costado, debajo de las costillas, fue tan inesperado y brutal que Mentasti se quedó sin aire; unas manos lo sacudieron y lo aplastaron contra el alambre tejido que se le incrustó en la cara. Levantó los brazos en un gesto instintivo; los jadeos entrecortados y rabiosos en la nuca le indicaron que eran dos, le revisaban los bolsillos a manotazos, hizo ademán de buscar la billetera y un tirón frenético del pelo le llevó la cabeza hacia atrás, una rodilla se le clavó en la espalda, una voz joven, arrastrada y alcohólica, «Tenés suerte puto, tomá». La billetera le pegó un chicotazo ardiente en el costado de la cara, rebotó y fue a parar a algún lugar; la carrera corta, enloquecida y lo que le sonó a una risa cortada o grito se perdieron detrás de su espalda. Silencio otra vez. Fue recuperando la respiración; el dolor agudo en el costado lo puso en cuclillas, la cabeza colgando hacia abajo. Diez, veinte, treinta segundos. Abrió los ojos, el cuero marrón brillaba débilmente, al alcance de la mano. Se enderezó. Era para morir de risa. Formas larvales que generaba la ciudad, vengativo descarte que el sistema excluye, diría Manuel. La autopista era negra desde abajo, negra y curva e interminable. Mentasti sucumbió a la dimensión que pugnaba por hacerse imagen y fue el agobio de lo extenso, como en las pesadillas del opio, aquellos pantanos infinitos en tiempo y en espacio, negras marismas a las que el triángulo de tierra de la placita se integró, reproduciéndose, extendida hacia horizontes sin límites cuyo horror derivaba de su inmutabilidad. Una posibilidad del infierno podía ser estar sentado eternamente en esa plaza con el chico famélico de la sonrisa radiante, el perro muerto y el puño clavado debajo de las costillas. El protector nombre de Wittgenstein bajó veloz desde las estrellas y quedó suspendido ante él como un escudo de diamante; después se disolvió igual que el aire en el aire. Mentasti intentó respirar más hondo. ¿Qué había ahí, debajo del hígado?, ¿el bazo? Tal vez el alma, como pensaban los griegos. Caminó inclinado, riéndose bajo, apretándose la cintura, y salió a la calle lateral. Desierta. Se largó despacio a cruzar bajo la autopista en sentido inverso. Sobre su cabeza, la chapa decía Combate de los Pozos. Combates, pensó. Pozos. El barro innoble y ensangrentado de las trincheras del catorce; aquello había sido peor. Una ráfaga fría hizo oscilar la débil luz de la esquina y la noche fue presa, otra vez, de una atmósfera vagamente escenográfica, como si una ineludible irrealidad pesara sobre la calle, sobre el arco oscuro, sobre los edificios dormidos. Entre las sombras de los árboles pudo distinguir, o le pareció, una silueta fugaz, de caminar leve, una silueta enjuta en overol azul, de espaldas, que vaciló bajo la luz mortecina de la calle para disolverse enseguida en la oscuridad. Magias modestas que las calles nocturnas podían reservarse, pensó Mentasti sin asombro. Reemprendió la marcha y enfiló hacia las luces de la avenida San Juan. Trataba de ir enderezándose.

DÍA ventoso sobre los árboles de Parque Centenario. En la bocacalle de Ángel Gallardo y Díaz Vélez el cruce de vientos sacude carteles y ramas y hace volar hojas de diarios que, alocadas y sin destino, van a pegarse de golpe a la ventana del bar. La chica florista de la esquina protege los ramos escuálidos con un nailon transparente y, sin perder la calma, se ceba un mate del termo que sostiene bajo el brazo. Cris la miró desde la vereda de enfrente. Se largó a cruzar, el pelo revuelto y la campera flameando. Le gustaba la florista como le gustaba el viento. Se divertía viendo a toda esa gente desesperada por los peinados, las polleras levantadas, los papeles que salían volando como enloquecidos, en cualquier dirección. Entró decidido en el barcito con teléfono público.

En el auricular, su madre suena más ansiosa y expresiva que lo habitual. Cris responde mirando por la ventana hacia la calle. Le dice que va a hacer un corto viaje. Quisiera estar más serio pero la calle y la gente con las caras llenas de viento lo distraen. Ya se lo dijo a Melisa, unas semanas atrás. Ahora lo repite por las dudas.

—Me voy a ir por un tiempo... No pasa nada si no llamo.

Antes de que su madre siga tratando de averiguar cosas ridículas, Cris da la espalda al vidrio de la ventana y pregunta a su vez y sobre la voz de ella algo que hace mucho quiere preguntar. No sabe bien por qué ahora va a hacerlo; tal vez sea por el cosquilleo de ansiedad que le provoca el viento. El viento es el culpable de su decisión de preguntar algo que da por sentado, algo que puede tener una respuesta que no le gustaría oír.

—Él, ¿vive?

Del otro lado se hace un silencio. Cuando responde su madre tiene otra voz, la misma que había tenido la tarde cuando le habló de la foto de su padre.

—¿Tu abuelo...? Sí, sí, vive, debés acordarte, eras muy chico, vive en...

—Ya sé dónde vive —la interrumpe Cris con un alivio tremendo, asombrándose de estar hablando así, tan directamente, con su madre. De ser él quien ha tomado la decisión de la pregunta, de ser él quien empuja las cosas.

—Cris —dice ella. Ahora la voz suena apagada, como lejos del teléfono, y Cris está seguro de que puede largarse a llorar en cualquier momento. Lo va a evitar como sea. No está dispuesto a ese tipo de escenas con su madre, no está preparado—, tengo que decirte muchas cosas... Hay cosas que tenés que saber de tu padre, de tus abuelos... —vaciló un momento como si le costara lo que iba a decir—, de mí. Tu abuelo es una persona maravillosa, Cris, pero yo... Cuando lo de tu papá, porque a tu papá lo...

Cris no pensó que la conversación iba a llegar tan lejos. Su madre le resulta mejor indiferente. La prefiere distante. Nunca le había escuchado decir algo como «persona maravillosa». No la reconoce, ni en el tono ni en la actitud, y quiere terminar con la

comunicación cuanto antes.

—Después —la interrumpe Cris—, cuando vuelva hablamos. Yo te llamo —hace un esfuerzo y dice con el mejor tono que puede encontrar, aquel que disimule sus evidentes ganas de cortar—: Mamá, no te preocupes.

Cuelga. Sale otra vez a la calle y recupera de un golpe el buen humor. Su abuelo vive. Se siente contento; la conversación con su madre le ha sacado de encima el peso insoportable de la despedida. Elimina el pensamiento de su madre y borra las palabras que le dijo porque se siente libre como hacía mucho no se sentía y no quiere anclarse a las palabras ni a las promesas ni a nada. Sólo algo importa: su abuelo vive. Y a lo mejor es menos viejo que don Román, considera Cris.

La chica del puesto de flores lo mira sonriendo. Cris siente unas incontenibles ganas de reírse. Y se ríe, sobre todo de un tipo que pasa colgado del colectivo con el saco dado vuelta sobre la cabeza. El nailon del puesto se sacude y truena. La chica usa un guardapolvo celeste y una polera azul; tiene el pelo negro recogido y unos aritos dorados. ¿De dónde sale tanto viento?, pregunta Cris en voz alta y después dice:

—¿No me convidás un mate?

—Bueno —contesta ella.

—No tengo plata para comprar nada —aclara Cris.

—Está bien —dice ella y le alcanza el mate.

Se sintió liviano, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, con ganas de caminar por ahí, de colgarse de una rama, de moverse. Se puso a dar vueltas sin rumbo por el parque. Su abuelo vivía y le había dicho a su madre que se iba por un tiempo, todo parecía estar en orden, parecía entrar en un cauce. De algún modo, Cris se sentía asombrado, como si las decisiones que iba tomando desde que se había ido de su casa se le hubieran impuesto por sí mismas, sin violencia, como siguiendo un orden preestablecido y natural, y le fueran indicando, solas, cuál era el próximo paso. Atravesó remolinos de hojas que el viento levantaba y en un momento deshacía. De golpe tuvo ganas de ver la foto, de comprobar algo que no supo bien qué era, pero que ahora, después de la conversación con su madre, se imaginó iba a ser distinto. Cruzó el parque y recorrió con apuro la media cuadra hasta la casa de la señora Vidot. Fue directamente a su pieza y abrió el placard. Junto a la otra, a la de él con su padre, estaba la foto vieja, en blanco y negro, de bordes ondulados. Cris se tiró en la cama; la hizo girar entre los dedos. Le gustaba la nitidez del blanco y negro.

La fotografía se había tomado posiblemente a la mañana y debía ser verano a juzgar por el follaje cerrado de los árboles de la vereda y las manchas claras de las flores, más atrás. La casa tiene un jardín en la parte delantera, no muy grande. Un parapeto bajo, de mampostería con pilares, la separa de la vereda. Vista de frente, tal como la muestra la foto desde un ángulo que permite encuadrar parte del galpón lindero, la casa tiene una ventana y, a la derecha, una galería abierta sombreada, en parte, por un enrejado de madera, a la que se sube por dos escalones ya que la casa

está más alta que el nivel del jardín. Columnas de caño sostienen el techo inclinado que termina en un borde de cenefas. Las piezas se enfilan hacia el fondo, donde la galería termina en otra habitación. En el centro, sobre los mosaicos con dibujos, hay una mesa ovalada, alta, y dos sillones grandes de mimbre. El jardín de adelante se continúa hacia el fondo en un pasaje ancho, de tierra, donde unos canteros de flores lindan con la pared alta del galpón, anexo a la casa; la pared está cubierta por una enredadera. Del galpón, sólo se ve parte del portón ancho, de chapa. Arriba, en una plancha de metal, se lee la mitad de la palabra: Carpintería. Junto a la puertita de entrada al jardín y a medias sentada sobre un pilar, está la mujer. Es joven, delgada, de pelo claro, recogido. El vestido de mangas cortas le cae en pliegues; está a medias sentada sobre el pilar, la otra pierna extendida apoya el pie en la vereda. Los ojos se adivinan claros en el gesto de bajar un tanto la cara y en las cejas contraídas para defenderse de la luz. Muestra a la cámara una media sonrisa y se ve serena, tal vez tímida. Al lado de ella hay un hombre de pie, tiene las mangas de la camisa blanca arremangadas y, sobre la camisa, un chaleco negro, abotonado. Un hombre en la plenitud de los cuarenta años, de hombros poderosos y actitud tranquila. La frente es amplia, con entradas, el pelo oscuro llevado hacia atrás, el bigote cae apenas a los costados de la boca. Mira directamente a cámara y, aunque no sonrío, su gesto es benigno y protector con la mujer; se nota en el brazo, que cruza por detrás de la espalda de ella. Ella parece algo más joven que él.

Cris se detuvo en la imagen del hombre; le estudia la cara, la ropa, trata de descifrar la expresión de los ojos. Del otro lado, en letra clara y tinta negra, dice: *San Alfonso, 1946*. Cris cierra los ojos. Verano. El resplandor del sol, afuera; el techo alto y oscuro, el olor a madera, la silueta protectora a contraluz que le pone el camión en las manos. La escena se diluye sobre un fondo lejano donde hay un ruido de viento entre los árboles. La foto se le deslizó sobre el pecho.

Una hora más tarde, Cris se enderezó en la cama. Trató de convencerse de que debía salir a vender algo del canje inservible que le había dado el armenio. Se desperezó largamente con un gruñido de satisfacción. Si al fin la señora Vidot decidía cobrarle el alquiler de la pieza, iba a necesitar más plata para el viaje. La idea del viaje alcanzó en ese preciso momento una dimensión real, adquirió peso y se instaló en la realidad y, por primera vez, Cris la creyó verdadera. Saltó de la cama y sacó la valija.

TOMÁS miró la mesada con la expresión filosófica de un alquimista moderno que contempla los compuestos de la piedra filosofal. Con cierta pompa, se sacó el anillo del anular izquierdo, luego el del índice derecho, y con la misma pompa se arremangó los puños de la camisa.

—Mh-mm... mh-mm... mhmm...

Con el dedo señalaba y controlaba los ingredientes, prolijamente dispuestos sobre el granito brillante, de lo que sería, según su modesto criterio, una paella a la valenciana de la gran siete. Todo en orden. Afuera oscurecía y el viento loco del día había calmado; en la cocina flotaba una luz cálida y se respiraba un airecito acogedor. Aunque todavía puede lograrse algo más festivo, pensó Tomás haciendo girar el sacacorchos al tope de una botella de tinto que sabía apreciar como fuera de serie. Qué bodega, Andresito; y había para mucho más todavía. ¡Chist! Tomás, *silence*. Se sirvió en una copa panzona, olfateó y miró el color a trasluz con gesto de experto. Canturreó algo irreconocible, incluso para él. Estaba encantado de acompañar a Marcia, ¿alguna culpa? ¡Por favor! Sorbió un trago largo y dejó que el vino le acariciara el paladar. Con la copa en la mano se acercó a la puerta del living.

—Marcia, ¿puedo poner un casete de Caetano?

Silencio desde el sillón. Mejor preguntar, mejor preguntar porque Marcia con su marido querido, con su querido marido muerto y adorado... había que preguntar todo, no fuera cosa que... pobre Andrés, pobre Andrés, se reconvino Tomás; de verdad, un muy buen tipo. Habían llegado a conocerse bastante, pero él, Tomás, tenía que admitirlo, ya lo había reconocido delante de su psicoanalista y amigos varios, con los amigos en broma, por supuesto, que él, Tomás, le tenía un poco de celos a Andrés, no podía ocultarlo, porque él la conocía a Marcia desde mucho tiempo atrás, desde la infancia, mucho tiempo antes de que ellos se conocieran, se enamoraran y se casaran, y ahora que Andrés había muerto, sentía un alivio mezclado con culpa: era tan común el caso que parecía de libro; su psicoanalista lo podría describir en una receta magistral: un poco de Edipo, otro poco de padre débil, una amiga atractiva, la transferencia de no sé qué carajo y dos más dos son cuatro. No, pensá en serio, se avisó Tomás como si hablara con otro, había sido algo completamente injusto, esa muerte tan lejos; cuando lograba separarlo de Marcia, cuando lo quería más, Tomás pensaba en Andrés descendiendo en el mar con los brazos abiertos, vestido con la chaqueta y los pantalones blancos, la cara un poco azul, los peces curiosos rodeándolo para huir veloces en una ráfaga plateada, mientras la forma del cuerpo se va borrando en el verde cada vez más oscuro... Lo único que me faltaba, se horrorizó Tomás, volverme la otra viuda. Sacudió la cabeza, Marcia le estaba diciendo algo.

—¿Cómo, tesoro? No te oí.

—Que pongas lo que quieras.

Bien la voz de Marcia; ningún tono oculto, bajo, mordiente de pena, no, para nada; buen tono, normal, tranquilo. Estaba bien, estaba volviendo. Ahora parecía cierto.

—Perfecto. Me estoy disponiendo a cocinar y con Caetano voy sobre ruedas. En menos que canta un gallo te llamo a la mesa. ¿Te alcanzo un vinito?

Tomás fue al equipo y deslizó el casete. El equipo que había traído Andrés de Japón. Parecía fabuloso años atrás y aquella vez lo habían festejado.

—Bueno —la voz distraída de Marcia desde el sillón.

—El chico, Cris, ¿no anda por ahí? Podríamos invitarlo.

Andrés había bailado con Marcia aquella vez, mientras él los miraba desde el sillón.

—No —dijo Marcia—. Entró y volvió a salir.

Tomás volvió a la cocina. Trajo una copa y la dejó sobre la mesa baja, frente a Marcia. Desapareció.

Sentada en el sillón del living, Marcia agradece que la música caiga sobre ella como una lluvia fina, tranquilizadora. Se descalza y recoge las piernas sobre el sillón. Se queda en blanco, en un estado flotante en el que los pensamientos entran y salen de su mente sin orden ni jerarquía. Escucha a Tomás, en la cocina, acompañando la voz de Caetano Veloso cuando descubre a Penélope que espera, oculta detrás de la puerta que da a la galería. Marcia le adivina la intención. Ulises no puede verla y avanza majestuoso hacia el patio. Penélope se prepara; apenas Ulises se asoma, cae sobre él. La sorpresa es grande y a él se le paran los pelos del lomo. Marcia se ríe. Para disimular la humillación, Ulises reacciona y devuelve unas cachetadas rápidas. Penélope huye, pero no corre en serio: corre de costado, con la cola parada, en un galope desmañado; él la sigue de cerca. Ella lanza unos gritos nerviosos. Cruzan como una exhalación de un extremo al otro del living para terminar en una corrida sin entusiasmo, con un afelpado golpetear de conejos sobre la madera. Marcia se deja absorber por la escena que ha visto muchas veces y que siempre le causa gracia. Ahora, para demostrar de quién es el dominio de la casa, Ulises decide ocupar el lugar exacto en el que Penélope está echada. Quiere desalojarla. Marcia sonrío para dentro. Se le acerca amenazador, haciendo oír un maullido ahogado y largo. Penélope lo mira de costado. Rápida, se sienta y lo espera. Sé lo que vas a hacer, murmura Marcia. Ulises se aproxima, cauto; ella es veloz, muy buena cazadora de todo lo que anda volando. A pesar de estar preparado, la zarpa disparada de Penélope lo sorprende una vez más. Sentados sobre las patas traseras, se tiran bofetadas a gran velocidad. Terminado el simulacro, Penélope camina cadenciosa. Un metro más allá, se lame una mano.

Marcia deja caer la cabeza en el respaldo. Vuelve a percibir la música y las partes de su cuerpo encogido sobre el sillón. La espalda cansada. Sin darse cuenta, ha tenido los puños apretados; afloja los dedos. Un aroma de alimentos cociéndose llega hasta el living, las canciones se suceden como aires suaves y perdidos, pero hay un latido

inocultable de oscuridad enroscado en la voz, ella puede percibirlo: como un ahogo. Sobre los párpados apretados de la señora Vidot vuelve a caer, inesperadamente, el intangible peso del mundo. El pulso se acelera y una ráfaga de pánico la encierra como una tenaza. Está inmóvil. La soledad se abre a sus pies como un precipicio sin fin; sus manos se aprietan una contra otra, acompañándose. Afuera está la noche cubriendo el mundo, afuera está la ciudad amenazante y oscura, llena de viento y destrucción; un pánico irracional la traspasa. Abre la boca. Sus gatos. Quiere verlos; han desaparecido. Lleva una mano al pecho. Con un esfuerzo doloroso se levanta y camina descalza hasta la galería. Queda de pie frente a la oscuridad de los vidrios. Hace violencia sobre sí misma, se obliga, se hostiga y logra abrir la puerta y luego dar un paso y cruzar el umbral al parquecito. La oscuridad sigue ahí, agazapada, no afuera, dentro de ella. Hunde la mirada en la liviana noche de septiembre. Un aire breve, rápido, le da en la cara; hay un perfume a noche fresca, a árboles con rocío, a algo que indiscerniblemente en la oscuridad del jardín sigue su curso incesante y crece y brota y se modifica y muere con total prescindencia de ella, de su vida y de su muerte y de las vidas y muertes de todos los que conoce o alguna vez conoció y amó. Aspiró el olor suave, amigo, de los árboles en el que se mezclaba el de la tierra húmeda y otro, germinal, más denso, de lo que se esforzaba por abrirse paso, o salir o brotar o nacer. Aun en lo más hondo de la noche las células se multiplican, los planetas giran, la sangre late, el agua corre. A pesar de todo, se obligó a pensar la señora Vidot, los pies descalzos sobre el pasto, a pesar de todo la vida era hermosa; tenía que obligarse a pensarlo para que fuera cierto, la vida pura y simple, la que seguía su curso a pesar de todo, incluso ahí, en su propio jardín, incluso en los lugares más siniestros. En los ojos secos de la señora Vidot se suceden imágenes que su memoria reúne sin su participación: gestos de un chico, árboles al costado de un camino, un cachorro, el sol en el agua, piedras de un río, las manos de Andrés, una flor amarilla, diminuta y perfecta. A pesar del miedo, ¿la vida seguiría concediendo formas perdurables? Se le fue serenando el pecho. Cuando el vórtice se aplacó y el parque fue nada más que un parque en el silencio de la noche, la señora Vidot volvió a entrar y cerró con suavidad la puerta.

En la cocina, copa en mano, Tomás ensaya un paso de *bossa nova*. Deja la copa sobre la mesada y vuelve a ponerse los anillos. Mirando el techo, con tono cantarino grita:

—¡Reina, andá sacando la platería que va a empezar la fiesta!

CRIS ha salido de lo de la señora Vidot a dar una vuelta sin la valija porque sí, porque es veintiuno de septiembre. El parque muestra el hormigueo verde que él quería ver, el hormigueo inconfundiblemente verde de la primavera; entre la gente y las cosas flota un aire brillante, atravesado de luz, bajo la comba de un cielo incomparable. Algunos árboles ya exhiben hojas como pequeños plumeros sacudiéndose al sol. El césped está colmado de gente, de estudiantes, de parejas, de mujeres y de chicos. Sus compañeros, el flaco Pereda, Melisa, Mariano, seguramente habrán ido a Palermo o a la Costanera Sur, como el año anterior. Podría ir y tratar de encontrarlos, se dice Cris, pero en realidad, no tiene ganas. El colegio y su casa van quedando atrás, se alejan a inesperada velocidad, cada vez más remotos, y eso lo hace sentirse libre, sin peso. Contribuye sin duda el fin de su historia con Margosián. Cris estaba muy satisfecho del cierre que le había dado a su relación comercial con el armenio. Sin proponérselo, le había salido una actuación con algo soldadesco que le causaba gracia. Puso los cincuenta pesos sobre el mostrador y, encima, plantó la caja con la teta de goma. ¡Devolución!, había dicho esa sola palabra con los ojos fijos en los ojos de camello, y después, así, firme: ¡Invendible!; y agregó, serio y marcial: El rejunte que me dio lo saldo en una semana. Media vuelta estilo colimba aguantando la risa, porque ahora el armenio le provocaba unas irreprimibles ganas de reírsele en la cara y, de frente, march, salió a la calle, al ajeteo del barrio mayorista importador, con los auriculares del walkman a todo volumen gritando *en este film velado en blanca noche... el hijo tenaz de tu enemigo... el muy verdugo cena distinguido...* Con Margosián había sido como con el polaco. No más concesiones, dijo severo Renato, y Cris estuvo de acuerdo. Consideró que su única concesión (disculpable) había sido avisarle a su madre por teléfono que se iba por un tiempo. Un viaje corto, no se sabe. Nunca se sabe. Jamás sabrás cómo van a salirte las cosas, o qué te espera, se dice, contento, Cris, hundiéndose en el verde que le entraba sin parar por los ojos. Arrojó el llavero al aire y lo atrapó sin dificultad, casi sin moverse, con la mano izquierda. Aunque tiene más plata que cuando llegó a lo de la señora Vidot, como vendedor ha sido mediocre. No había ninguna razón para que ella no le cobrara la pieza y, sin embargo, no le había cobrado y ya creía que no le iba a cobrar. Era una buena mina y Elton era un buen tipo. De eso estaba convencido esta tarde de veintiuno de septiembre, con el sol calentándole el cuerpo mientras los cuerpos de las chicas tendidas en el parque le bailaban en los ojos provocándole impulsos inconfesables. Al internarse en los senderos de grava, rodeado por los perfiles altos de la ciudad donde brillaban mil ventanas y por las copas florecidas de los palos borrachos recortadas contra un cielo azul profundo, lo arrasó un instante en el que experimentó la alegría de su plena juventud; un impulso ardiente que lo empujó hacia adelante y lo hizo absorber como una usina el vuelo de los pájaros, la fuerza de las hojas, el sol en el

pelo y sobre todo la mirada de una chica que giró la cabeza y lo hizo caminar más erguido, un poco empinándose, sacándose el pelo de la cara y poniéndose los auriculares, todo en un solo envión. La ciudad se veía hermosa bajo el sol de septiembre. La bruma del invierno había desaparecido y Cris se sentía eléctrico. Su mirada ávida no alcanzaba a abarcar todo lo que quería ver. Una mujer gorda tiraba besos a un balcón al otro lado de la calle, un chico agachado acariciaba a un perro y le arrojaba una pelota, y el perro corría junto al chico como flecha, pura energía atravesando el verde del pasto. Y en el pasto chicas tomando mate hablando en ronda, con anteojos oscuros baratos, riéndose de los varones, chicas jugando con una paleta, las piernas todavía blancas, el pelo agitado como una bandera, chicas con auriculares junto a un árbol, con un pie en alto marcando el compás, chicas reclinadas, una en especial, de remera blanca, con cola de caballo, el cuello ofrecido al sol, los pechos marcados bajo el algodón. Cris se sintió loco de amor por la chica, pero siguió su camino. Cantaban los pájaros, el mundo estaba alegre esta mañana, o mediodía o tarde, Cris ignoraba la hora y no quería saberla. El mundo era un lugar increíble y, dentro del mundo, el parque era un espacio alborotado de vida: el rojo de las mochilas junto a un árbol, los gritos de un picado (una voz pide furiosamente un pase), caras brillantes de sudor, la música cruzada de los estéreos sostenida por el aire de primavera, el saco blanco del vendedor y el rojo brillante de las manzanas acarameladas. Un hombre oficinesco de traje y portafolio miraba el mundo desde un banco. Sacate todo, sacate todo y tirate a la piletta, lo urge Cris. En otro banco, dos mujeres hablan meciendo los cochecitos, los brazos van y vienen.

Cris marchaba a grandes pasos acompasados. Ya llegaría el momento de hablar con su madre, ya habían empezado a hacerlo. Todo quedaba para después; era libre y se iba por un tiempo. O quién sabe, tal vez más, arriesgó, por primera vez dueño de su vida. Cruzó la verja lindera de Amigos de la Astronomía. «Hoy estudiantes gratis». En el patio delantero, y bajo la sombra de unos árboles, don Román juega a las damas con otro jubilado. Cris entró y fue directamente al exhibidor de las publicaciones. Compró por dos pesos el folleto: «Mapa del cielo (bóveda celeste, Hemisferio Sur)». Cuando salió, se acercó a la mesa; don Román había dejado colgada la bufanda en el respaldo de la silla. No lo había visto. Cris le apoyó la mano en el hombro. Los ojos celestes lo miraron.

—Qué hacés, pibe.

—Hola, don Román, cómo va la partida.

Los ojitos brillaron maliciosos.

—Pan comido.

Con una sonrisa, el contrincante sacudió la cabeza.

Cris se fue alejando sin que el viejo se diera cuenta. Don Román miraba el tablero: le tocaba mover a él.

Mucho más tarde, esa noche, Cris ordenó con cuidado la pieza. Levantó sus cosas del baño. Metió en la valija las muestras que le quedaban, los zapatos, el traje azul, la

camisa y la corbata. Los libros, la libreta, los casetes y el resto de su ropa, los puso en la mochila. Se sentó en la cama. Sobre la mesita de luz, en una hoja de la libreta, escribió: Señora Vidot, gracias por todo. Saludos a Tomás. Le dejo este recuerdo, es un «Mapa del cielo (bóveda celeste, Hemisferio Sur)». Pienso que le puede gustar, sobre todo la parte «Objetos celestes visibles en distintas épocas del año». Es interesante. Adiós. Y firmó. Después de dudar un rato, agregó abajo: Perdone las molestias.

Cerró la puerta de la pieza y enfiló por el sendero de adoquines. Todo se veía quieto y apacible bajo la luz de la luna. La casa estaba a oscuras. Atrás, en la última parte del parquecito, a la altura de las ramas repletas de hojas nuevas del fresno, sobresalían los parantes de la valla que se estaba terminando de construir bajo la supervisión de Elton. Un farol nuevo quedaba allá encendido toda la noche. Abrió la puerta de la cocina y escuchó. La casa estaba silenciosa. La luz de la luna entraba por la ventana dando un relieve extraño a los objetos. Puso el folleto sobre el mantel a cuadros, sobre el folleto, la nota y encima depositó las llaves. Salió por el zaguán y cerró con cuidado la puerta de calle.

Sin apuro, bordeó el parque por la vereda vacía y tranquila. Esparcidos por el pasto y los senderos de grava se veían los restos del picnic de primavera. El movimiento y los colores febriles de la tarde habían desaparecido y, por contraste, el parque se desplegaba silencioso hasta los oscuros recodos donde alcanzaba la vista. Indescifrable y enigmático, como si solamente de noche recuperara su entera identidad y fuera, de verdad, Parque Centenario. Frente a la entrada del Museo, Cris se detuvo a admirar los búhos que en lo alto, ahondados por la luz de la luna, le parecieron más misteriosos que en el día de niebla, cuando don Román se los había señalado.

Desde un teléfono público de Ángel Gallardo llamó al profesor Mentasti. No le importó la hora, sabía que estaba despierto. Quedaron en encontrarse, media hora más tarde, en una pizzería cercana a Medrano y Díaz Vélez.

EL aire del departamento de Almagro había vibrado con el portazo de Claudia. Antes, cómo no, había habido también un revoleo de llaves, piensa con una remota admiración Mentasti, que ahora se va sintiendo cada vez más inconsistente. Lo embarga una sensación de extrañamiento, de distancia fría con las cosas. No es una idea, ni siquiera es un pensamiento profundo. Es como un vaho, una neblina leve que emana de los objetos y flota por encima de las sensaciones más primarias, como una nube sobre un campo sombrío. Sabe que hay algo sobre lo que debería reflexionar, pero lo aleja, deliberadamente dejará para después su encuentro de esa noche, hace unas horas, con Claudia. Ahora, algo más acuciante lo distrae: la repentina necesidad de explicarse con Manuel. La idea de escribirle una larga carta, donde dará cuenta de todo lo que ha intentado en esos años, del significado de su viaje, va cobrando forma casi sin su intervención. Esta noche, la vida de Manuel se le aparece como una existencia ejemplar, límpida, santificada por la elección correcta. Casi la de un monje, viviendo como lo había pensado, viviendo para quienes había pensado. Hoy, por un momento, lo consideraba así; miró el calendario: dos y media de la madrugada del 22 de septiembre de 1995. No era del todo cierto y lo sabía. Otras veces la existencia de Manuel no aparecía orlada, ni nimbada; aparecía más bien absurda, distante y hasta casi con un viso ridículo. Irse a Bolivia. Por qué no se había quedado ahí nomás, en Jujuy o en el Chaco. No había organizaciones, había dicho Manuel. Las cosas habían sido habladas y discutidas hasta la náusea. Pero hete aquí que a pesar de todos los manueles juntos, él se sentía urbano, plantado en medio de la cuadrícula, del ejido, del trazado, del conglomerado, solo en la ciudad como una pulga en su departamento. La ciudad, se dijo: una playa de innumerable resaca. Se tocó el costado, habían pasado más de quince días y todavía dolía. Una trompada en el hígado. Al fin y al cabo no estaba nada mal; se trataba, ahora, de un dolor metafísico. Por pelotudo, murmuró objetivamente Mentasti, yendo a la cocina a calentarse un café. Decidió que tenía hambre y abrió la heladera. La inspeccionó. Irse. Todos querían irse alguna vez a alguna parte. La isla paradisíaca y desierta como consoladora ilusión, como construcción legendaria. Las islas desiertas no existen más. ¿Qué libro llevaría a una isla desierta? Un manual para construir botes. Eso era de Chesterton. Tendría que cultivar ese temple, esa ironía. Cortó un pan al medio y puso una rodaja de queso y dos de salame. Echó el café en la taza y dos cucharaditas de azúcar. Revolvió. Conquistar para sí mismo esa ironía, ver desde esa loma la realidad, todo sería tanto más fácil. Tomó un largo trago de café; se quedó en la cocina comiéndose el sándwich.

Cuando iba hacia el sillón del living a buscar los cigarrillos, sin previo aviso, viniendo del vacío, como cerrando una amplia elipsis, el boomerang de una intuición lo golpea. Una intuición que fue adquiriendo forma de evidencia. La neta y clara

evidencia, la cegadora evidencia de que *Manuel había querido que él viajara, aun sabiendo que no iba a verlo*. Por alguna razón, Manuel había provocado el viaje. ¿Por qué había sido? ¿Quería que él viera cómo vivía? No, no era eso. Quería sacarlo de..., ¿quería sacudirlo?; entonces, había leído sus cartas, había estado atento y actuaba en consecuencia. A Manuel no le gustaba cómo él estaba viviendo. La evidencia se apagó y lo dejó hueco, vacío, mirando sin ver la reproducción de Jackson Pollock. Estaba imaginando demasiado. Se había creado un superyó revestido por la efigie de su amigo. Todo nacía y moría en él y no existía ninguna prueba de lo contrario. Todo debía nacer otra vez y tal vez morir de nuevo en la era de la incertidumbre. Manuel seguía lejos y suponer lo que pensaba, presuponer una actitud, era pura especulación. O era pura autodefensa, o necesidad de su parte, algo patético. Hasta la reproducción de Pollock que cuelga en su pared le parece en este momento una impostura de su parte, como si encerrara algún tipo de pretenciosidad. Va a la cocina y se sirve un vaso de vino. Bebió un largo trago. Pensó en poner música pero no se movió, en cambio extendió la mano y agarró el paquete de cigarrillos. En ese momento, sonó el teléfono.

Se puso la campera y la bufanda. El chico, Cris, lo esperaba en una pizzería cerca de Medrano y Díaz Vélez. A Mentasti le pareció el llamado oportuno, la excusa perfecta para, por un par de horas, liberarse.

CRIS se mantenía en la silla, tranquilo, observando a su profesor. No lo había visto desde el día de la reunión en lo de la señora Vidot, pero no pensaba mencionar aquella noche para el olvido. La cara de Mentasti no era de lo más amigable que podía esperar. Se le habían hundido un poco los ojos y a Cris le pareció un tipo más viejo, distinto del profesor despreocupado que vuelta a vuelta los mandaba al carajo; muy distinto del tipo que había visto hacía unos meses la primera vez que lo visitó en su departamento, cuando estaba con su novia, la chica de pelo oscuro. O de la tarde de la clase previa. La mirada de Mentasti se clavó en la ventana y, a través de ella, en la noche de afuera. Empuñaba un whisky sin hielo y se lo bebía como si nada. Cris iba por la mitad de su cerveza y le pareció que el profesor quería contarle algo; transmitirle algo. Él también hubiera querido contarle del museo, de don Román, hasta, tal vez, lo de la señora Vidot, pero no sabía cómo empezar.

—A veces... —dijo Mentasti.

Cris se inclinó sobre la mesa atraído por el magnetismo nervioso que irradiaban la cara y el cuerpo del profesor, como ondas que salían de él y se expandían en círculos concéntricos para romper contra la barra del bar vacío. Esperó, pero Mentasti no dijo nada más. Sobre la mesa estaban los libros que Cris le devolvía.

—Quedátelos, te los regalo —dijo repentinamente Mentasti.

—¿En serio? —Cris había esperado que él dijera eso. Los levantó de la mesa y los puso dentro de la mochila—. Gracias, en serio. Yo...

Mentasti lo interrumpió.

—Pero olvidate de la filosofía. Leé poesía, es lo único que vale la pena. Buena poesía, verdadera, no la de los tarados, buscá los buenos poetas, aquellos que te hablen. Con eso tenés bastante.

Quedaron en silencio. Cris miró el reloj detrás del mostrador: las tres y veinte. Se encogió de hombros. Sacó la foto del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Mire.

Corrió el rectángulo de bordes ondulados hacia Mentasti. A Cris le gustó compartir con él aquella foto. Mentasti no pareció reaccionar. Al fin preguntó:

—¿Quiénes son?

—Mis abuelos —respondió Cris—. Ella ya murió, pero él todavía vive. Vive en San Alfonso.

Mentasti estudió la imagen.

—Buena gente —concluyó.

A Cris le gustó la observación, más bien quedó completamente encantado con lo que dijo el profesor. Los dos miraron al mismo tiempo para afuera la calle vacía donde la noche cerrada se sumía en su epicentro de oscuridad, antes de que empezara a amanecer. Mentasti le hizo un gesto al mozo. Cris quiso decir algo, titubeó:

—Profesor... —Mentasti agarraba el atado de cigarrillos y prendía uno—. A usted qué le dice esta frase: *El fuego siempre crea metáforas de sombra*.

Mentasti lo miró y a Cris le pareció que una chispa remota de interés se encendía en algún punto de los ojos cansados.

—La verdad —dijo Mentasti—, no te sé explicar nada; no sé nada. Vos sabés mucho más que yo.

Cris se rió.

—Me está cargando.

—No —dijo serio Mentasti.

—Pero usted me enseñó... —Cris dudó, la timidez lo detuvo; no quería parecer un chupamedias, pero se obligó a seguir—: Usted es un buen profesor, de verdad... No sé, disculpe, a mí me parece que desde hace un tiempo está un poco problematizado. Acuérdesse de lo que dijo Renato, hay que considerar los problemas de a uno, dividir los más complejos en partes más simples.

—¿Renato?

—Descartes —afirmó desconcertado Cris.

Mentasti lo miró, atónito; después largó una carcajada que a Cris le pareció excesiva; una carcajada que casi le parte el pescuezo.

Cris buscó plata en la campera para pagar la cerveza. Desparramó los volantes arrugados MODEL STAR ¿Soñaste ser modelo? Casting gratis, Danzas patrias, Academia de folklore Samuel Villagrán («Samuelito»). Revolvió entre los papeles y juntó las monedas. Mentasti le hizo el gesto de que dejara, que él iba a pagar, mientras inclinaba el cuerpo sobre la mesa y estudiaba con curiosidad los volantes. Con un dedo cauteloso separó del montón uno de papel amarillo. Se quedó mirándolo. Después de unos segundos, preguntó:

—¿Quién te dio esto?

Cris torció la cara y leyó.

—Éste me lo dio un tipo de esos pelados, vestidos de túnica naranja. ¿Por?

El volante decía:

No preguntes qué es el lenguaje: conoce al que habla. UPANISHADS

Mentasti había quedado inmóvil, mirando el papel. No contestó.

—Tengo varios de éstos —explicó Cris—. En cada uno hay una sola frase, no quieras averiguar esto, no preguntes lo otro... Creo que son bastante filosóficos.

Mentasti tampoco contestó. Cris pensó entusiasmado que la conversación podía girar hacia temas profundos, filosóficos, Mentasti parecía interesado y podrían hablar. Había anotado unas cuantas cosas en la libreta y quería comentárselas.

—¿Usted sabe qué quiere decir esa palabra? ¿Será un nombre?

Mentasti leía los otros.

—No, no es un nombre. —Se tiró la bufanda para atrás.

Cris pensó que no, que el profesor no iba a tener ganas de hablar.

—Los Upanishads son libros, libros sagrados de la India...

Ahora Mentasti pagaba y se estaba guardando el vuelto en el bolsillo del pantalón. Lo miró con ojos que a Cris le parecieron más despejados, un poco como antes. Mostró el papel amarillo en el aire:

—¿Me dejás éste?

—Sí. Quédeselo de recuerdo.

En la esquina permanecieron uno al lado del otro, sin hablar. Cris no estaba incómodo ni nervioso; al contrario, se sentía fenomenalmente bien y le hubiera dicho al profesor que le gustaría acompañarlo a caminar por ahí, pero había algo evidente en la actitud de Mentasti que le decía que quería estar solo. Al fin, con un suspiro audible, Mentasti dijo en voz alta como para nadie en particular:

—Cualquier cosa que precisés, me llamás. En serio te lo digo. —Sacó la mano del bolsillo del pantalón y se la tendió. Nunca se había dado cuenta Cris de que era apenas, pero era, un poco más alto que su profesor. Le estrechó la mano con fuerza; no sabía lo que le pasaba, pero era uno de los mejores tipos que había conocido. Se lo quiso decir.

—Profesor...

—Vos sos buen chico, cuidate —le decía en ese mismo momento Mentasti, dándole la espalda; unos pasos más allá se volvió y sin dejar de caminar dijo—: Acordate de la poesía. Chau.

Lo miró cruzar la calle desierta y desaparecer en la esquina.

SENTADO en el parapeto, con las piernas balanceándose en el aire, Cris torcía la cabeza para mirar el río y de paso la cara del pescador.

—Hoy la luna se pone tarde. Ya son más de las cuatro y media —dijo el hombre sin dejar de mirar el agua.

Cris volvió la cabeza hacia el norte, hacia la zona de San Fernando. Vio la rueda de un parque de diversiones iluminada en el fondo.

—Sí —siguió el hombre como si él hubiera dicho algo—. Los veintiuno de septiembre la dejan toda la noche prendida, como publicidad. Es linda pero sabés la de luz que deben gastar.

—¿No era que los pescadores no hablaban? —dijo Cris haciéndose el gracioso.

—Pse —dijo el hombre.

Cris se acostó sobre el parapeto y miró las estrellas, se veían con gran nitidez esa noche: la Cruz del Sur, los Siete Cabritos, las Tres Marías, no se acordaba de quién le había enseñado a identificarlas. A lo mejor, el hombre de la foto. Bajó del parapeto y agarró la valija. Caminó unos pasos hasta un lugar donde no había nadie pescando. Balanceó varias veces el brazo con un gesto amplio, atrás, adelante, atrás, adelante. Cuando alcanzó el máximo impulso, dio una vuelta completa sobre sí mismo y la soltó. La valija voló unos cuantos metros más allá y cayó al agua de plano, con un ruido escandaloso.

—¡Qué hiciste, qué tiraste! —el hombre lo miraba asombrado.

—Porquerías.

Otros tipos, más allá, también lo miraron.

Cris volvió a subir al parapeto. Era ancho, caminó tranquilo alejándose unos metros del pescador. Vio el reflejo de la luna en el movimiento ondulado del agua; sintió en la cara el aire nocturno y fresco de septiembre, el rumor del viento suave en la masa oscura de los árboles. El río hacía una curva, una bahía, y del otro lado, en la costa norte, podía seguir la línea de luces que se desvanecía en el agua. Era lindo el río de noche. Bajó de un salto. Unos tipos, cerca del espigón, trataban de alcanzar la valija con un palo o con una caña, Cris no alcanzaba a ver bien. Se acercó otra vez hasta donde estaba el hombre.

—No hay como ser joven —reflexionó el pescador.

—¿Se come los pescados que saca? —preguntó Cris.

—Algunos, otros los regalo. ¿Te vas a quedar hasta que se ponga la luna? Es bastante lindo acá, cuando amanece.

—Tengo que hacer —dijo Cris—. Pero sí, creo que puedo quedarme.

Se acuclilló al lado del farol sol de noche que el pescador mantenía encendido en el suelo a la potencia más baja. Buscó en el bolsillo de la campera y sacó todos los volantes. Los revolvió en el suelo y eligió uno: Pasajes en micro a más de 800

DESTINOS EN LA ARGENTINA. También Internacional. Terminal Retiro. Era ése. Se enderezó. Estrujó los otros y los tiró con flexión de basquetbolista en un cesto de la basura, pero no embocó. Se acercó, levantó el bollo de papel y le dio una patada. El efecto fue muy bueno, apreció Cris y mandó el bollo al medio de la calle, entre el arco de dos árboles. Se calzó la mochila en la espalda.

—Chau —se despidió Cris.

—Suerte —contestó el hombre, atento a la tansa que se había puesto rígida.

Algunos coches empiezan a trepar la autopista, las camionetas de los diarios se detienen y parten. En su pieza con cama de hierro y cómoda antigua, Don Román duerme; en las estaciones suburbanas unos pocos caminan por el andén; la señora Vidot duerme, una luz prendida, los gatos a los pies de la cama; en el cuarto de al lado, con el televisor encendido y mudo, Tomás duerme; en una celda de cemento un hombre duerme; en el puerto, acaba de atracar el *Asturias*; una pareja sale de un hotel en ropa de fiesta; en Constitución un hombre hurga en una bolsa de basura. Está fresco, hay un bajo porcentaje de humedad y las estrellas se divisan con gran nitidez a pesar de la luna.

Cris se calzó los auriculares; dejó atrás la Costanera y empezó a caminar llevado en andas por la canción, *yo voy en trenes... no tengo dónde ir... algo me late... y no es mi corazón...* Pasó bajo los arcos de ladrillos del ferrocarril y Palermo se abrió ante él como un océano de árboles oscuros y cielo estrellado derramándose sobre la ciudad dormida. El Planetario brilló bajo la luna ya cerca del horizonte. Cris mira el reloj, las cinco y diez. Está por amanecer. Mentasti mira el reloj. Esa noche (ahora, a las cinco y diez de la mañana, «esa noche» le parece muy lejos), esa noche, Claudia había pronunciado las palabras *estoy harta* de manera distinta. Por fin, verdaderamente. *Sin lastre hacia el mar blanco*, así se sentía; sin lastre, más liviano, más limpio, menos farsante. Incluyó la cabeza sobre el vidrio de la ventana. Cris levantó la cabeza cuando dobló por Figueroa Alcorta hacia Retiro porque los perfiles altos de los edificios se levantaban a su paso como un desfiladero geométrico de crestas rectas, blíndex encendidos y brillos niquelados. Contó las ventanas altas con luz, muy pocas en la madrugada. El aire se había vuelto más fresco. Por el lado del río, la oscuridad se descomponía en un color morado. En la avenida tan ancha, Cris experimentó la plenitud de estar solo y sentirse libre. Mentasti se preguntó si la serenidad que experimentaba no provenía de la hora, del sosiego previo al amanecer y de un súbito e inesperado silencio que se abrió dentro de él. El chico, Cris, su cara le vino a la mente. Debí haberle prestado más atención, pensó; sobre la mesa, el fulgor suave del papel amarillo parecía una señal. ¿Debía tomarlo como un mensaje, una dádiva de esa noche que había elegido como portadoras las candorosas manos del chico? ¿Le escribiría al profesor, aunque fuera una postal? Con algún pensamiento, algo de lo que había anotado en la libreta. Podía ser, se dijo Cris acomodándose la mochila. Enseguida lo olvidó, dedicándose a mirar los elegantes recibidores, enormes como peceras iluminadas. En vez de peces hay tipos de seguridad, constató Cris y

recordó el pescadito que le había mostrado Don Román, el blanco y negro, de ojos saltones. Caminaba, sin darse cuenta, con una sonrisa en la cara, al compás de la música que le sonaba en los oídos. Un portero conectó la manguera a una canilla en la pared; el primer colectivo cruzó una transversal. La ciudad se dejaba ver a esa hora, amistosa y mansa. Badú del sur La Renga Divididos. El nombre que pensaba no precisaba ser escrito en las paredes. La luz crecía. Mentasti buscó el paquete de cigarrillos y encendió uno, arriba las estrellas empezaban a apagarse; abajo, el caos de la oscuridad todavía confundía los límites entre las cosas. Solo pero apaciguado, en la ventana de su séptimo piso, era testigo del nacimiento de un nuevo día: por el este, el cielo de un verde diáfano, se iba volviendo blanco, transparente; un horizonte dentado, aún impreciso en el borde del amanecer, se recortó sobre la naciente claridad produciendo un fugaz efecto de belleza, de un resurgir, de un renacer, y en él, que miraba, una certidumbre de juventud perdida. El trueno resonante hizo vibrar los vidrios de la ventana y se extendió, cubriendo con su eco hasta el último límite. Mentasti buscó el horizonte. Un avión despegando de Aeroparque, pensó Cris y lo buscó por encima de su cabeza. Allá iba, color plata, con las luces rojas y blancas intermitentes en la punta de las alas. La música se achicó, disminuida por el tronar que se perdía en la distancia. Una estación de servicio amarilla brilló fantástica en el filo de la madrugada. ¿Cómo puede ser linda una estación de servicio?, pensó Cris, pero así era: en el minibar un hombre solo con campera de cuero negro tomaba un café. La vida rabiosa sonaba en los auriculares inyectándole euforia. Caminó cuadra tras cuadra, como empujando el día. Los heraldos del día, se dijo sin decirse Mentasti: la ciudad renacía del letargo nocturno hacia la manifestación de la forma. ¿Cómo eras? Medusa de cabeza fulgurante encallada en el río, filamentos dorados extendidos hacia los confines donde esquivas de luces desaparecían en el amanecer. Recordó la ciudad desde el aire y, ubicuo, se vio arriba en la ventanilla del avión, y, desde arriba, se vio abajo, en su ventana sin luz. En las ventanas continuas de un edificio de veinte pisos, Cris vio, en el reflejo pálido de la creciente claridad, una imagen ondeada de la estación Retiro. Trepó la barranca y se tiró en el pasto, a sus pies la bajada de plaza San Martín. En su departamento de Almagro, Mentasti se servía una última taza de café. Cris entrelazó las manos por detrás de la nuca. Alrededor de su cabeza, como una corona, se alternaban los penachos de las palmeras, las ramas negras y torcidas de los jacarandás y el tope de un edificio solo y gris como la proa de un barco. Una bandada de pájaros bailó en la comba del cielo sin nubes, todos para un lado y de repente, sin ninguna señal visible, todos para el otro; la bandada describió un círculo amplísimo hacia el lado del puerto y desde allá volvió a planear sobre la plaza. Cris se enderezó sobre los codos. La panorámica del Bajo le ensanchó el pecho. Había sido su ciudad y le gustaba. Buena gente, dijo el profesor Mentasti cuando miró la foto. Le iba a mandar una postal, decidió Cris. La idea del viaje, del campo abierto, le produjo un golpe de alegría. Buscó en el bolsillo de la campera: 800 DESTINOS EN LA ARGENTINA. Empezó a bajar hacia Retiro. San Alfonso

podía ser uno de esos destinos.

Ya casi es de día. En dirección al río, los perfiles se vuelcan en moldes precisos, como materia primordial encontrando su forma. Abstraído en su contemplación, Mentasti creyó recordar o imaginó, llenos todavía de noche, hondas calles de Flores, bares dormidos de San Telmo, tempestuosas nereidas de la Costanera Sur, rieles de trenes quietos, tristes galpones de Barracas, todo volviendo gradualmente a la luz. Los cambios y transiciones del color se sucedían en visiones instantáneas, en presagios lúgubres o en epifanías inmerecidas. Estremecimientos del día por nacer, pensó. En todas las cosas pesaba la soledad; entre las cosas se gestaba un remolino de energía, se construía la inminencia de lo que vuelve a la vida otra vez, una vez más. Lo inundó una sensación inesperada de plenitud y belleza. (¿Acaso la amaba?). *Amo et odi*. Millones poniéndose de pie, mirando el clarear del cielo, escuchando en la radio el pronóstico del tiempo: día soleado de primavera en Buenos Aires. La gran capital del sur junto al río color de león, junto al río color del desierto, junto al río inmóvil en el amanecer largo y verde malva. ¿Y ahora?, preguntó a su fantasma en el vidrio Mentasti. Frente a la luz del día, una a una, las luces de la noche se apagaban. Encendió el último cigarrillo nocturno.